

VIV ALBERTINE

Ropa música chicos



● crónicas ●
ANAGRAMA

Índice

Portada

Introducción

Cara A

1. Masturbación
2. Arcadia
3. Pet Sounds
4. Chicos malos
5. El cinturón
6. You Can't Do That
7. Chic
8. John y Yoko
9. Se fue
10. Los Kinks
11. Mierda y sangre
12. Demasiado genial para el colegio
13. Woodcraft Folk
14. Música Música Música
15. Hola, te quiero
16. Ámsterdam
17. La escuela de arte
18. Dingwalls
19. Davis Road, 22
20. Pavo real
21. Horses
22. El primer amor
23. El salto
24. Viv y Mick
25. Los Clash
26. La primera guitarra
27. El Roxy
28. Mick y Viv
29. Algo se respira en el ambiente
30. Las vueltas de la vida
31. Chocante
32. Una mamada
33. Encadenada
34. La Tienda
35. Los Flowers of Romance
36. El 100 Club

37. La Navidad del 76
38. Johnny T y yo
39. Heroína
40. El cambio
41. El sueño de Sidney
42. El Coliseum
43. Daventry Street
44. Las Slits
45. Ari Up
46. White Riot
47. Aniversario
48. La sesión de radio con John Peel
49. Aborto
50. Sid y Nancy
51. Crisis de personalidad
52. Componer canciones
53. Grapevine
54. Cut
55. Simply What's Happening
56. Space Is the Place
57. El retorno de las Slits gigantes
58. Sobredosis
59. El final

Cara B

1. Perdida
2. Deseando y esperando
3. Búscate la vida
4. Cámara oscura
5. El pacto
6. Pescar al Motero
7. El maravilloso mundo laboral
8. Baby Blues
9. El infierno
10. El cielo y el infierno
11. Sangre en el camino
12. La casa blanca
13. El ama de casa de Hastings se rebela
14. La hermosa fortaleza
15. La carta
16. El Año de Decir que Sí
17. Cuento de hadas en Nueva York
18. Tocar la guitarra
19. Bel Canto

20. Un asunto de vida o muerte
21. Las New Slits
22. La ruptura
23. Decir que Sí a Nada
24. Una noche de lluvia en Nashville
25. Liberación
26. Sexo y sangre
27. La carne y una MILF
28. El centrocampista
29. Un psicópata guapo
30. Vidas bien vividas
31. The Vermilion Border
32. Fuego amigo
33. Un mal comienzo
34. Sintiendo el misterio
35. La soledad
36. Una naranja

Ropa Música Chicos

Ilustraciones

Créditos

Notas

Para Arla

INTRODUCCIÓN

Si no quieres meter la pata mañana di la
verdad hoy.

BRUCE LEE

Quien escribe una autobiografía es imbécil o está en la ruina. A mí me pasan un poco las dos cosas. Una vez puesta a ello, me reí sola en varias ocasiones y, a medida que surgía la repetición de ciertas pautas, comprendí cosas de las que antes ni siquiera era consciente. Espero que también vosotros os riáis un poco y aprendáis alguna cosa.

El título proviene de algo que mi madre solía decirme: «Ropa, ropa, ropa, música, música, música, chicos, chicos, chicos, ¡sólo piensas en eso!» Era la cantinela diaria cuando, al volver yo del colegio, no recordaba nada de lo que me habían enseñado, pero podía describir en detalle lo que llevaba puesto la profesora, alabar hasta el delirio a los chicos que me gustaban y pronosticar los discos que alcanzarían los primeros puestos de ventas.

Éste es un libro sumamente subjetivo, un álbum de recuerdos. Las experiencias aquí documentadas han dejado en mí una huella emocional imborrable; me han moldeado y marcado. Y yo estaba presente en todas ellas. Si hay otros que también hayan estado y quieran contar su versión, allá ellos. Ésta es la mía.

Cara A

1. MASTURBACIÓN

Nunca la practiqué. Nunca quise. No porque existiese alguna razón para no hacerlo, alguna represión. Nadie me dijo que estuviese mal ni tampoco creo que lo esté. Simplemente no pensaba en ello. No sentía ningún deseo de hacerlo, por tanto no sabía lo que era. Cuando se me revolucionaron las hormonas, alrededor de los trece años, los chicos ya me metían mano y a mí con eso me bastaba. Poco a poco los experimentos fueron cada vez más lejos, hasta que tuve mi primera relación sexual a los quince años con mi novio de entonces. Estuvimos juntos tres años y todavía somos amigos, algo que me parece muy bonito. Durante toda aquella época posterior a mi primera experiencia sexual jamás me masturbé, aunque en una ocasión lo intenté después de que mis amigos me dieran la lata porque me quejaba de sentirme muy sola. Pero, para mí, masturbarte cuando te sientes sola es como beber alcohol cuando estás triste: exacerba el dolor. No estoy diciendo que no me acaricie los pechos (los tengo mucho mejor ahora que he engordado un poco) ni que no me toque entre las piernas y luego me huela los dedos, todo eso lo hago, me gusta hacerlo, acurrucada por la noche en mi cama tibia y acogedora. Pero eso no me conduce jamás a la masturbación. No me interesa. Tampoco soy de tener muchas fantasías, excepto una vez estando embarazada y con las hormonas a tope. Estaba tremendamente excitada y tuve una fantasía muy intensa en la que una jauría de perros salvajes y rabiosos me follaban en el jardín delante de casa. Más tarde perdí al bebé. A ver si aprendo. Aquella fantasía no hizo que sintiera deseos de masturbarme. Contemplé la escena un par de veces en mi cabeza, la escribí y nunca volví a pensar en nada parecido. De verdad.

(Por favor, dios, haz que aquel viejo ordenador en el que yo escribía esté hecho añicos y no tirado en algún vertedero del que puedan rescatarlo y analizarlo en el futuro como hicieron con el fósil de Lucy, la australopiteco.)

Pues bien, allá voy, con todo lo bueno y todo lo malo...

2. ARCADIA

1958

Mi familia llegó a Inglaterra proveniente de Sidney, Australia, cuando yo tenía cuatro años. Mi hermana y yo poseíamos tres juguetes cada una: una muñeca de trapo china, un osito de peluche y un koala. No le teníamos demasiado cariño a nuestros juguetes. Enterrábamos una y otra vez las muñecas en el jardín trasero hasta que un día olvidamos dónde estaban y perecieron bajo tierra. A los ositos de peluche los agarrábamos de las patas y los usábamos para aporrearnos mutuamente, enzarzadas en unas luchas encarnizadas hasta que acabaron sin ojos y sin orejas, destrozados por completo. No tocábamos a los koalas porque estaban hechos de piel auténtica y nos daban repelús.

Viajamos de Australia a Inglaterra a bordo de un barco que se llamaba *Arcadia*, según reza un salvavidas en miniatura rojo y blanco que aún cuelga de un clavo en el cuarto de baño. El viaje duró seis semanas. Uno de mis primeros recuerdos es el de mi madre y mi padre arropándonos en las literas de nuestro camarote. Nos dijeron que iban a cenar, que no tardarían y que, si necesitábamos cualquier cosa, sólo teníamos que tocar el timbre que había junto a la cama y alguien iría a avisarles. Aquello nos pareció totalmente razonable, así que nos acurrucamos bajo las mantas y ellos se marcharon.

No habían pasado treinta segundos y ya estábamos muertas de miedo. Yo tenía cuatro años y mi hermana dos. Una vez que se cerró la puerta y mis padres desaparecieron, la evidencia de encontrarnos solas de noche en aquel lugar extraño se hizo insoportable. Empezamos a llorar. Toqué el timbre. Tras esperar una eternidad y llamar muchísimas veces, apareció un camarero y nos dijo que todo estaba bien y que nos durmiéramos. Después se marchó. Todavía con miedo, volví a llamar al timbre. Pasó un rato largo y no apareció nadie, así que seguí llamando. Al final el camarero volvió y gritó: «Si volvéis a tocar ese botón una vez más, el barco se hundirá y vuestros padres se ahogarán.» Seguí llamando al timbre y mamá y papá no se ahogaron. Cuando volvieron de cenar nos encontraron berreando.

A la edad de cuatro años aprendí una lección importante: los adultos mienten.



Mamá y papá

3. PET SOUNDS¹

Quisiera ser niña otra vez, medio salvaje,
intrépida y libre.

EMILY BRONTË, *Cumbres borrascosas*

Mi hermana y yo éramos unas niñas bastante salvajes. Durante unos años ni siquiera parecíamos niñas. Éramos insensibles, rayando en la crueldad. Teníamos una perra llamada Candy, una yorkshire terrier que se comía su propia caca. Le olía el aliento. Después de que la operaran (para que no pudiese tener cachorros), se pasaba tumbada en su cesta intentando morderse la costra formada sobre la antigua herida. Supongo que, en cierto modo, todos lo hacemos.

Mi hermana y yo le enseñamos a Candy a dormir boca arriba, bien tapada bajo una manta y con las patas delanteras asomando por el embozo. En la Noche de las Hogueras² la disfrazamos con un sombrero y un vestido largo blanco (uno de nuestros faldones de bautizo), la sentamos dentro de un cochecito de muñecas y la paseamos por todo Muswell Hill Broadway pidiéndole a la gente un penique para el muñeco.³ No obtuvimos mucho dinero que digamos, pero tampoco era lo que buscábamos.



Con mi hermanita

Acabamos aburriéndonos de Candy bastante rápido y dejamos de sacarla a pasear. Al final sólo le gritábamos «¡A pasear!» y agitábamos su correa en el aire cuando no lográbamos que abandonara el jardín trasero y se metiera en casa por la noche. Con el tiempo acabó dándose cuenta del truco y no entraba jamás.

Un día alguien deslizó un anónimo por debajo de la puerta de casa: «No me conocéis, pero yo sé cómo tratáis a vuestra pobre perrita...» Nos estaba recriminando por ser crueles con Candy. La regalamos.

También teníamos una gata, Tippy. Solíamos ponerle trampas en el jardín. Cavábamos un hoyo, lo cubríamos con hojas y ramitas y nos sentábamos a esperar a que cayera en él, cosa que por supuesto nunca sucedió. Así que intentamos meterla en el agujero a la fuerza. Salió huyendo.

Por último tuvimos tres pececitos de colores. Flamingo, Flipper y Ringo, todos procedentes del mercadillo del pueblo. Flamingo murió a los pocos días, Flipper murió un par de semanas después y fue devorada por Ringo. Ringo tuvo una crisis nerviosa (provocada, sin duda, por la culpa de haberse

comido a Flipper) y empezó a hacer el pino en el fondo de la pecera, quedándose así, cabeza abajo, durante horas. Al final ya no pude soportarlo más, así que lo eché al retrete y tiré de la cadena. Cuando se vació el agua de la cisterna, Ringo seguía allí, cabeza abajo. Tuve que tirar de la cadena varias veces para librarme de él. Esa imagen de Ringo haciendo el pino en el fondo del retrete todavía me persigue.

4. CHICOS MALOS

1962

Se abre la puerta del aula y entra el director, flanqueado por dos chicos desaliñados e idénticos. El señor Mitchell anuncia a la clase que los chicos se llaman Colin y Raymond y que han sido expulsados de su colegio anterior por mala conducta. Baja la mirada hacia los gemelos y dice:

–Saint James es un colegio religioso. Creemos en la redención y os daremos otra oportunidad.

Colin y Raymond levantan los ojos hacia él con el ceño fruncido. No parecen nada contentos de estar allí ni tampoco agradecidos por aquella segunda oportunidad. Dirigen la mirada hacia nosotros, unos niños bien educados, con el pelo limpio, blazer granate, camisas blancas almidonadas y corbatas de rayas. Nos observan con desprecio. Colin y Raymond llevan los calcetines caídos y llenos de agujeros, sus pantalones no son ridículamente cortos como los de todos los niños de mi clase. A ellos los pantalones les llegan justo por debajo de las costrosas rodillas. Un flequillo castaño y grasiento les cae sobre los ojos. Uno tiene una cicatriz en su pecosa mejilla. Pienso para mis adentros: *Qué suerte, por fin dos chicos guapos en el colegio.* Siento ganas de aplaudir de alegría. No sé de dónde me viene ese pensamiento. No lo reconozco. Nunca me habían importado los chicos, hasta entonces habían sido invisibles para mí, no eran importantes en mi mundo. Nadie me había hablado jamás de los chicos malos, de que fueran sexys y seductores, o de que debiera mantenerme alejada de ellos. Todo eso lo descubrí yo solita en aquel preciso instante, a la edad de ocho años, en tercer curso.



Con el uniforme del colegio. 1963

Mientras los niños de mi clase desfilamos de dos en dos por las arboladas calles de Muswell Hill rumbo al refectorio, no puedo apartar mis ojos de aquellos dos delincuentes. Quiero empaparme de ellos. Giro la cabeza sin cesar y acabo caminando hacia atrás sólo para poder observarlos detenidamente. Me llevo una desilusión al comprobar que no estamos en la misma mesa a la hora del almuerzo, pero al menos me ha tocado justo a espaldas de Colin. El entusiasmo me desborda, un entusiasmo nuevo. Desde mis bragas azul marino reglamentarias del uniforme me sube hasta el pecho una sensación llena de vida, efervescente, que me forma un nudo en la garganta. El esfuerzo que tengo que hacer para contener tal energía me acelera aún más. Sólo se me ocurre una cosa para liberar tanta tensión y atraer la atención de Colin: le doy un codazo en la espalda. No me hace caso, así que le doy otro codazo. Esta vez se vuelve de repente y me suelta un gruñido, enseñándome los dientes como si fuera un animal a punto de atacar, pero mi nueva sensación me tiene pasada de revoluciones y, en cuanto me da de nuevo la espalda, le doy otro codazo.

–Hazlo una vez más y te rompo la cara.

Nunca me ha amenazado un chico y no me gusta, siento ganas de llorar. Tengo la impresión de que eso no es lo que debería pasar cuando alguien te gusta, pero el nivel de adrenalina que me corre por la sangre me impide razonar. No puedo creer lo que estoy haciendo, debo de estar loca, le echo

valor, dejo cualquier miedo, orgullo e instinto de autoprotección de lado, echo el brazo hacia atrás y le doy otro codazo.

Colin se vuelve. Todos se callan y se quedan mirándonos. Levanto los ojos en busca de algún profesor que venga a salvarme, pero no hay ninguno cerca, así que me agarro con fuerza al banco y sostengo la mirada de Colin con firmeza mientras espero el puñetazo de un momento a otro. Sus labios dibujan una sonrisa pícara.

–Creo que a esta chica le gusto.

A partir de ese momento nos hacemos inseparables.

5. EL CINTURÓN

1963

Pero el sollozo del niño en el silencio cala como una maldición aún más honda que la cólera de cualquier hambretón.

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
«El llanto de los niños»

Vivo con mi madre, mi padre y mi hermana pequeña en la planta baja de la casa de mi abuela en Muswell Hill, en el norte de Londres. La casa huele a naftalina y tenemos que estar siempre en silencio, incluso en el jardín (*Me siento totalmente identificada con Ana Frank cuando tenía que moverse de puntillas por el desván donde se escondía*), para no poner nerviosa a la señorita Cole, la inquilina del último piso. Nuestro apartamento no tiene salón y compartimos el cuarto de baño con mi abuela. No tenemos alfombras, sólo la madera desnuda del suelo y una raída alfombrita oriental en la cocina. Nuestros únicos muebles son tres camas, una mesa de comedor de formica verde jaspeada con las patas de acero y cuatro sillas con los asientos tapizados con un plástico amarillo por cuyas grietas asoman las hebras negras del relleno. Aquel juego de comedor había venido con nosotros en el barco desde Australia.

No puedo imaginar cómo es un hogar feliz: ¿habrá unos padres que se abrazan y ríen, que conversan sentados a la mesa, escuchando música y rodeados de libros en las estanterías? Nada de eso existe en mi casa, pero si mamá es feliz, yo soy feliz. El problema radica en que casi nunca es feliz porque mi papá es un tipo raro y difícil y no es tan listo como ella, y también porque somos pobres. Todas las noches oigo desde la cama el alboroto que organiza mi madre al otro lado de la pared mientras recoge la cocina. Abre y cierra las puertas de los armarios, hace ruido con las ollas y las cacerolas y yo intento interpretar esos sonidos y descifrar, según los portazos de los armarios, la violencia del entrecuchar de los platos, la forma en que suelta los tenedores y los cuchillos dentro del cajón, si mi madre está de buen humor o

no. Normalmente no lo está. Aunque hay veces en las que pienso: *Ha cerrado la puerta suavemente, ha guardado la cacerola con cuidado, se encuentra bien*, y entonces cierro los ojos y me duermo feliz.

Esta noche tengo los ojos hinchados de llorar y unos verdugones rojos me cruzan la parte posterior del muslo; las ronchas me duelen tanto que tengo que tumbarme de lado. Mamá vino a arroparnos a mi hermana y a mí, nos dio un beso y apagó la luz, pero yo estoy totalmente despierta y me esfuerzo por escuchar lo que sucede al otro lado de la pared. Cierro los ojos para concentrarme en los sonidos que me llegan y dilucidar si mi madre ha superado el disgusto de horas atrás. Oigo la voz de mi padre hablándole. *¿Qué hace esa bestia gigante y peluda en nuestra casa?* Ésa es la imagen que tengo de muchos padres: patosos, siempre en medio, fuera de lugar, ocupando el espacio con sus torpes cuerpos. Tendrían que haberse marchado al monte a cazar bisontes después de que nacieran sus hijos y no volver más; se supone que así debería ser. Sin embargo, mi padre no es como los demás padres, es peor: tiene pelos por todo el cuerpo y el mentón cubierto por una barba de tres días, además de salpicado de cortes del afeitado. Se tapa los cortes con pedacitos de papel higiénico para que dejen de sangrar. Casi siempre lleva el cuello y la barbilla cubiertos de minúsculos pétalos blancos con una manchita roja en el centro. Ya avanzado el día le aparecen otra vez los puntitos rojos en el mentón y va al lavabo para afeitarse de nuevo. Su voz grave, a la que el acento francés vuelve aún más rara, retumba y reverbera a través de las paredes y siempre está aclarándose la garganta de lo que parecen enormes escupitajos de flema. Es tan... masculino, tan... diferente; un cruce entre Pedro Picapiedra y una versión francesa de Stanley Kowalski en *Un tranvía llamado Deseo*.

Durante el día de hoy sucedieron dos cosas, una que nunca había pasado antes y otra que pasa mucho. Vino gente a visitarnos, no eran amigos (no creo que mamá y papá tengan amigos) sino un par de tíos y tías. Yo estaba tan entusiasmada, yendo de un lado a otro y quitando una a una las pelusas que encontraba en la raída alfombra bajo la mesa, puesto que no tenemos aspiradora (*¡Ay, no!, la alfombra está tan gastada que puede verse a través de los hilos*), poniendo las sillas en su sitio, haciendo las camas. Era la primera vez que veía nuestro apartamento desde fuera y me di cuenta de que vivíamos en un cuchitril.

Todo el mundo llegó hacia las tres de la tarde. Yo estaba en la cocina

poniendo en un plato unos bollos caseros con frutos secos cuando oí a papá contar una historia de cuando él y mamá tenían un local donde vendían pescado con patatas fritas en Canadá y todo les salía mal. Se les quemaban las patatas, rebozaban el pescado con una harina que no era la adecuada y una vez que se les presentó un autobús lleno de gente les fue imposible servirles y sólo se les ocurrió decirles que volviesen al día siguiente. Mamá y papá se morían de risa contando aquello. Eso era algo que nunca había pasado: papá y mamá riéndose juntos.

Dejé de hacer lo que estaba haciendo y me asomé a mirar. Me quedé parada en la puerta de la cocina mirándolos boquiabierta. Las lágrimas me corrían por las mejillas y me llegaban a la boca mientras me empapaba de aquella visión extraordinaria. Sentía tanta felicidad y tanto miedo, miedo de no volver a ver jamás algo tan maravilloso.

Jamás volví a verlo.

Cuatro horas después estoy tumbada a oscuras, escuchando. Me doy cuenta por los ruidos procedentes de la cocina que mamá está más furiosa que nunca y yo sé la razón. Después de que todo el mundo se marchara, mi hermana o yo, no recuerdo quién, dijo algo que irritó a papá, alguna tontería, pero se puso como loco.

–Vete a buscar el cinturón.

Es algo que sucede mucho. Voy al sótano, abro la puerta, no necesito encender la luz, me conozco el ritual de memoria, y descuelgo el cinturón de cuero marrón de un clavo que hay en la pared de ladrillo visto. Al respirar el olor a polvo y a ladrillo, se me cierra la garganta. Vuelvo a donde está mi padre, arrastrando la hebilla por el suelo detrás de mí, dejando que suene y golpetee contra los muebles. Aquel acto desafiante hace que se enfade aún más. Le entrego el cinturón. Me dice que me dé la vuelta y me azota tres veces sobre la carne desnuda, en la parte posterior de los muslos. Después le llega el turno a mi hermana. En nuestros alaridos se mezclan el sentimiento de injusticia y de dolor. Gritamos con todas nuestras fuerzas, con la esperanza de que mamá le detenga o de que los vecinos nos oigan y vengán a regañarle o hagan que se lo lleven preso. Pero una vez que has cerrado la puerta de casa nadie se inmiscuye en tus asuntos. La casa del vecino bien podría haber estado en otro país para el caso que nos hicieron.

Como castigo añadido, papá nos manda a nuestro cuarto. Allí siempre hace frío. En cuanto se marcha, hurgamos en el cajón de la mesilla de noche hasta

dar con un bolígrafo viejo y nos marcamos mutuamente con tinta azul todo el contorno de los verdugones rojos e hinchados para que, cuando desaparezcan, nuestros garabatos azules sean testigos de lo que nos hizo nuestro padre. Nos prometemos mutuamente que jamás nos lavaremos las marcas de bolígrafo y las repasaremos todos los días. Aquellos tatuajes caseros serán los recordatorios constantes (para él y para nosotras) de lo cruel que es nuestro padre. Pues sí, se va a enterar.

Poco después papá viene a vernos. Estamos sentadas en nuestras camas dibujando, ya superada la peor parte del dolor y las lágrimas. Lloro y nos abraza, nos dice que lo siente y nos pide perdón.

–¡Sí, te perdonamos, papá! –decimos a coro.

Tenemos que perdonarlo, tenemos que verlo todos los días, la vida sería mucho más incómoda si no lo perdonáramos; es una cuestión de supervivencia. Lo único que queremos es que todo vaya bien o que parezca que va bien. Mamá nos llama diciendo que la cena está lista, papá nos dice que nos lavemos para quitarnos esas tontas marcas de bolígrafo y que nos sentemos a la mesa.

Nos dejamos a propósito algunos trazos azulados sobre la piel enrojecida, no muchos para no volver a encolerizar a mi padre, pero los suficientes para salvaguardar nuestro orgullo. A continuación entramos en tropel en la pequeña cocina empañada por el calor para cenar carne estofada: grumos en nuestros platos, nudos en nuestras gargantas, ojos rojos, piernas rojas. Papá hace una broma y todas nos reímos para contentarle, después seguimos masticando en silencio. Cuando nadie me mira, escupo la carne masticada en la palma de mi mano y la escondo para tirarla después por el retrete. La radio está encendida, la melodía de *Sing Something Simple* cantada por los Swingle Singers inunda la habitación, las armonías vocales dulces y empalagosas llenan el aire y los silencios.

Aún hoy no puedo soportar el sonido de esas armonías tan propias de la década de 1950. Es como cuando de adolescente te emborrachas con una bebida en concreto y ya no puedes volver a olerla porque sólo su olor te produce náuseas.

6. YOU CAN'T DO THAT

1964

Estoy en casa de Kristina, mi niñera. Es la primera vez que entro en el dormitorio de una chica mayor. No hay muñecas ni ositos de peluche por ningún lado. Sobre su cama descansa un «gonk», un almohadón rojo y redondo con un largo flequillo de fieltro negro, que no tiene boca pero sí unos pies grandes. La colcha de la cama es violeta y ha pintado los muebles también de violeta. En el centro de la habitación, en el suelo, hay un tocadiscos, una cajita compacta forrada de cuero sintético blanco que se parece un poco a un neceser. A su alrededor se encuentran esparcidos unos sobres de papel cuadrados con un círculo recortado en el centro. Kristina abre la tapa del tocadiscos, saca un disco negro y brillante como un caramelo de regaliz de una de esas fundas de papel, lo inserta en el pincho que hay en medio y, con mucho cuidado, deposita un brazo de plástico encima de los surcos. Se oye un suave traqueteo. No tengo ni idea de lo que va a pasar a continuación.

Del pequeño altavoz surgen de golpe las voces de unos chicos: «¡Can't buy me love!» Sin previo aviso. Sin preámbulos. Entraron de repente en la habitación. Son los Beatles.

No muevo un solo músculo mientras dura la canción. No quiero perderme ni un segundo de esa música. Escucho con todo mi ser. ¡Las voces están tan vivas! Me encanta que no acaben de pronunciar la palabra *love*, la dejan a medias y la terminan con una especie de gruñido. La canción avanza sin tregua y sólo se detienen una vez para lanzar un chillido. Sé lo que significa ese chillido: ¡*Despierta!* ¡*Hemos llegado!* ¡*Vamos a cambiar el mundo!* Me siento como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Me burbujea todo el cuerpo.

Cuando termina la canción Kristina le da la vuelta al disco. ¿*Qué está haciendo?* Y pone la cara B: «You Can't Do That».

La canción me traspasa el corazón y siento que nunca me recuperaré de la impresión. La voz de John Lennon es tan cercana, tan real, es como si

estuviera allí, en el dormitorio. Tiene la voz de un chico normal, no canta haciendo gorgoritos pretenciosos ni con armonías almibaradas como las cosas que papá y mamá escuchan en la radio. Usa un lenguaje cotidiano para decirme a mí, su novia, que pare ya de hacer el tonto. Puedo sentir su dolor, puedo sentirlo en su voz un poco ronca; no logra disimularlo. Oscila entre la amenaza arrogante y la vulnerabilidad, intentando hacerse el duro, pero descontrolándose de vez en cuando. Y todo por mi culpa. Un chico así me hace sentir importante. Es algo embriagador. Me muero de ganas de poder decirle: *Siento mucho haberte hecho daño, John, no volverá a pasar*. Siento un cosquilleo entre las piernas, me gusta. Pongo la canción una y otra vez durante una hora hasta que Kristina no puede soportarlo más y me lleva de vuelta a casa.

Ya me sé «You Can't Do That» de memoria y la voy cantando para mis adentros mientras paso la mano por el borde de los setos, barriendo las hojas y hundiendo la uña en el verde carnosos cada vez que llego al estribillo, «¡Ooooh, you can't do that!». Todavía puedo escuchar la voz de John Lennon dentro de mi cabeza. No es un vozarrón intimidatorio como el de papá, sino una voz conocida y cercana, un poco nasal, como la mía. ¡Eso es! Es como yo, sólo que en *chico*. Voy flotando a lo largo de las calles arboladas, por delante de las casas adosadas, y a través de los cuadrados iluminados en aquellas cajitas de ladrillo vislumbro otras familias más felices que la mía. Pero hoy no siento envidia, ya no miro por las ventanas en busca de consuelo. Me deslizo bajo las farolas y los cerezos, pisando las grietas entre las losas de la acera y aplastando capullos de color rosa bajo mis sandalias Clarks. Ya no tengo tiempo para juegos infantiles. Hasta ese día siempre había pensado que la vida estaría compuesta de adultos tristes y enfadados, música aburrida, carne estofada, verduras hervidas, iglesia y colegio. Ahora todo ha cambiado: he descubierto el significado de la vida escondido en los surcos de un disco de vinilo negro. Me prometo para mis adentros que llegaré a ese mundo aunque no tenga ni idea de cómo hacerlo. ¿Qué o quién podría ayudarme a acercarme a ese universo paralelo? Miro calle arriba y calle abajo como si alguien fuese a asomarse por una de las puertas para ahuyentarme con un gesto de la mano, pero lo único que veo son casas, casas, casas, que se repiten hasta desaparecer en el infinito. Me dan náuseas. Las odio.

7. CHIC

1965

Es un domingo por la tarde. Tengo el pelo castaño claro, largo y liso, con un flequillo que me llega hasta las pestañas. Llevo una minifalda de pana morada, el jersey gris del colegio, calcetines blancos hasta las rodillas y los zapatos negros del colegio. Tengo once años y voy caminando con mi padre por Muswell Hill Broadway, pasamos por delante del Wimpy Bar, donde siempre me detengo y observo con verdadero deseo las fotos desteñidas y verdosas de las hamburguesas y las patatas Wimpy que se exhiben en las ventanas. Sólo he entrado allí una vez. Todo lo que hay dentro me encanta. Las sillas de plástico rojo unidas entre sí, las paredes de baldosas blancas me parecen muy modernas y limpias comparadas con las de mi casa. Las patatas fritas son tan finas que es imposible que puedan contener patata alguna, sólo unos palitos dorados y crujientes. Me gusta que la carne de la hamburguesa sea gomosa porque no parece carne de verdad, no parece parte de un animal. Me llena de satisfacción que, al morderla, mis dientes reboten en aquel redondel marrón. Es como comerse un juguete, algo ficticio y divertido. Comida de mentira. Perfecto para una comensal quisquillosa como yo: algo homogéneo, blando, sin sorpresas.

Después pasamos por delante de la juguetería donde todos los años elijo mi regalo de Navidad y de la tienda donde venden los uniformes del colegio y a la que vamos cada mes de septiembre a comprar la falda granate, la blusa amarilla y el jersey gris. Muswell Hill es mi universo. Hoy hemos estado en los columpios del parque de Cherry Tree Woods y papá me ha comprado un cómic de *Jackie*. Por primera vez en mucho tiempo me siento relajada estando con él. Paso mi brazo por el suyo y le digo:

–Papi, cuando crezca quiero ser una cantante pop.

Ya está, ya lo he dicho. He tenido valor para expresar cuál es mi sueño, para decirlo alto y claro. Papá es el único adulto que conozco a quien le interesa un poco la música, aunque sea la de Petula Clark, y ahora se lo he

dicho, he dado el primer paso hacia mi verdadero sueño. Papá sabrá qué hacer, cómo debo empezar, cómo encarrilarme.

–Tú no eres lo bastante chic.

No sé qué quiere decir *chic* pero entiendo a lo que *él* se refiere. Entiendo por su tono de voz que las ilusiones que me estoy haciendo respecto a mí misma distan mucho de mi aspecto real, de mi capacidad y de mis encantos, y le creo. Debe de tener razón, es mi padre.

Papá y yo continuamos andando en silencio. Pienso: *No me ha preguntado si sé cantar*, pero es evidente que eso no importa. No hay que darle más vueltas: yo no soy lo bastante chic.

8. JOHN Y YOKO

Crecí con John Lennon a mi lado, como si fuera mi hermano mayor. La primera vez que le oí cantar no tenía idea de nada: de qué cara tenía, de cómo se vestía ni de que el grupo estaba compuesto por otros chicos geniales. La música y la letra de las canciones lo decían todo.

La figura de John Lennon fue revelándoseme año tras año y no me decepcionó. Cada vez era mejor. Cambiaba de atuendo y de corte pelo, experimentaba con drogas, con la búsqueda espiritual, la religión y la psicología, y su música se hizo más sofisticada, disco tras disco. Entonces conoció a Yoko Ono. Por fin aparecía una chica en mi vida que despertaba mi curiosidad y me servía de inspiración. La prensa británica odiaba a Yoko, pero a mí me tenía fascinada y también a mis amigos. Nos parecía fantástica. Cuando se casó se puso un minivestido blanco y unas botas también blancas hasta la rodilla. Leí su libro *Pomelo*, donde exponía unos pensamientos que nunca había leído; sus conceptos e ideas eran como drogas alucinógenas para mí. Un poema podía estar compuesto por una sola palabra. Unos simples garabatos eran arte. Sus afirmaciones filosóficas y sus enseñanzas me hicieron pensar distinto acerca de cómo vivir mi vida. Me gustaba que los Beatles –bueno, que John y Paul (que en aquel entonces salía con Jane Asher)– tuvieran novias inteligentes, con rostros interesantes y personalidades fuertes (los Rolling Stones sólo salían con bellezones impresionantes). Cuando John y Yoko aparecieron sin ropa en la foto de portada del álbum *Two Virgins*, lo que resultaba chocante en aquellos cuerpos tiernos y normales, flácidos y desnudos, era su imperfección. Fue una decisión especialmente valiente para Yoko; la prensa analizó cada detalle de su físico y se mofó de él. Pero yo entendí el mensaje. Por fin aparecía una chica que era interesante y valiente.

John me parecía divertido, inteligente y sabio. El único problema que me acarreó convertirlo en mi musa fue que él era tan abierto respecto a sus emociones (todo el tiempo hablaba de su madre, de Yoko e incluso de su tía o escribía sobre cualquiera de ellas, evidenciando lo importantes que eran las

mujeres en su vida) que yo di por sentado que todos los chicos eran así, y, para gran desilusión mía, casi ninguno lo era ni lo es.

9. SE FUE

1965

Mi madre, mi hermana y yo volvemos a casa un sábado por la tarde a finales de agosto después de pasar dos semanas en casa de mi tía. Mamá y yo soltamos las bolsas de plástico y las mochilas en el vestíbulo mientras mi hermana corre escaleras arriba para decirle hola a papá. Oímos cómo entra y sale precipitadamente de las habitaciones dando portazos tras de sí. Está sobreexcitada, es la primera vez en años que hemos salido de viaje. Entonces la oímos gritar desde el final de las escaleras con una voz levemente distorsionada por el pánico:

—¡Se ha ido!

Subo corriendo, mamá sube detrás, las tres nos quedamos clavadas delante de la puerta del estudio de mi padre, que siempre está cerrada con llave, pero que hoy se encuentra abierta de par en par. Jamás se nos permite entrar allí, así que nos lleva cierto tiempo acercarnos, arrastrando levemente los pies, y nos asomamos para echar una ojeada al otro lado del umbral. El estudio tanpreciado por mi padre está completamente vacío. El escritorio de madera con los cantos afilados que él mismo hizo, la lámpara Anglepoise color turquesa y pie flexible, los libros de ingeniería, las corbatas colgando del lado interior de la puerta, todo ha desaparecido. Volvemos al vestíbulo y miramos a nuestro alrededor. Ya no hay cuadros en las paredes, el baúl grande con todas las fotografías se ha esfumado y poco a poco nos vamos dando cuenta de que faltan un montón de cosas. Es como si hubieran entrado a robar. Mi hermana y yo miramos a mamá con la esperanza de que ella nos dé alguna explicación lógica. No nos cabe duda de que ella nos dará una explicación lógica: mamá tiene una explicación para todo.

—Ay, gracias a Dios que se ha ido —dice, sonriendo—. ¡Qué alivio!

Mi hermana y yo soltamos una risa nerviosa. No estamos nada convencidas. No apartamos los ojos del rostro de mamá ni un segundo en busca de una mínima señal de duda en su expresión. Una vez persuadidas de que mamá se encuentra bien, nos relajamos y asentimos: sí, es fantástico que

ese pesado, grandote y peludo, se haya marchado. Es algo totalmente normal y todo va bien. ¡Vamos a prepararnos una taza de té!

Mamá tuvo que llevarse una enorme impresión al descubrir que papá se había largado, aunque las cosas anduvieran mal, nunca es agradable que te abandonen. Me pregunto de dónde sacó tanto autocontrol y tanta capacidad de actuación (las madres son unas actrices muy subestimadas) para lograr recomponer rápidamente la expresión de su cara y cambiar el tono de voz con el fin de parecer calmada y transmitirnos tranquilidad. ¿O quizá estaba todo planeado? Quizá habían arreglado que nos fuéramos durante dos semanas para que papá pudiese recoger sus cosas y marcharse. Cuando le pregunto a mi madre, ella se niega a hablar del tema. No quiero molestarla, así que tendré que vivir sin saber la verdad.

10. LOS KINKS

Los Kinks fueron mi inspiración cuando yo era joven. Fui a los mismos colegios que ellos en primaria y secundaria, y también a la misma escuela de arte. Cuando empecé el primer curso de secundaria a los once años, el hermano menor del bajista Pete Quaife estaba acabando secundaria, así que había bastante diferencia de edad entre nosotros, pero yo seguí su estela y siempre estuve muy al tanto de todos los pasos que daban por delante de mí.

Todos los vecinos de Muswell Hill parecían tener cierta conexión con ellos, incluso mi madre. Ella trabajaba en la biblioteca de Crouch End y la novia de Dave Davies (una preciosa rubia natural) también trabajaba allí. Mamá solía volver a casa con historias sobre lo imprevisible que era Dave.

Ya de pequeña, en el colegio, solía preguntarles a los profesores: «¿Ustedes fueron profesores de los Kinks? ¿Cómo eran? ¿No tienen algún cuaderno de ellos en casa?» Sentía una enorme curiosidad por ese asunto, más que por cualquiera de las asignaturas que tenía que estudiar. No pretendía dedicarme a la música, no existía igualdad por aquella época. Era inconcebible que una chica pudiese cruzar la frontera de un territorio típicamente masculino y formar parte de un grupo musical.

Años más tarde, cuando llegué al instituto, la gente ya estaba más interesada por los Kinks. Los chicos mayores se vestían como ellos, se dejaban el pelo largo por encima de las orejas o se lo peinaban con raya al medio, llevaban pantalones de tiro muy corto estilo *hipster*, que nosotros llamábamos *bumsters*, y botas de tacón grueso. También los profesores jóvenes se vestían como ellos. Para los chicos de Muswell Hill, los Kinks eran héroes, venían del mismo lugar que nosotros y habían logrado algo en la vida.

11. MIERDA Y SANGRE

Cagar y sangrar. Siempre tuve problemas con la mierda y la sangre. A los ingleses les encanta hablar de la mierda, así que los que son de otras nacionalidades pueden saltarse este capítulo. De igual forma, cualquier novio potencial, cualquiera a quien yo pueda gustarle, por favor, también vosotros saltaos esta parte.

A los cuatro años empecé a ir al colegio, un año antes de lo habitual, no sé por qué. Todos los de mi clase tenían un año más que yo. Dos años más tarde me hicieron repetir el curso para ponerme con los de mi misma edad. En el preciso instante en que mi madre y yo llegamos a la entrada del colegio, empecé a chillar y a dar puntapiés y seguí haciéndolo durante todo el trayecto por los pasillos hasta la puerta del aula. Cada mañana se repetía la misma escena porque yo tenía miedo. No quería dejar a mi hermana y a mi madre. Era demasiado pronto. Estaba traumatizada, pero no sabía expresarlo de otra forma que no fuera llorando.

Debido a que yo era demasiado pequeña y demasiado tímida, el solo hecho de tener que levantar la mano y pedir permiso para ir al lavabo durante la clase era algo que me ponía tremendamente nerviosa, así que, después de aguantarme todo lo que pude, me hice pis y caca encima. Elegir entre levantar la mano y la voz mientras la profesora estaba hablando o ensuciarme el uniforme no fue nada fácil, pero elegí la opción que estaba a mi alcance. Yo era tan pequeña que pensé que nadie se daría cuenta. Aquello me sucedió muchas veces. Cuando volvía a casa, mamá se mostraba comprensiva, me limpiaba y me abrazaba, excepto una vez que no lo hizo. Esa vez se enfadó, salió disparada al jardín, cogió un palo áspero y con él me quitó la caca del trasero y de las piernas mientras repetía que ya estaba harta. Que me raspaba con aquel palo me lastimó las piernas, el orgullo y los sentimientos. No volví a hacerlo.

Yo era una niña hipersensible, siempre atenta al humor de los demás y a sus fluctuaciones, y algo tan ínfimo como la perspectiva de tener que ir al colegio todas las mañanas me provocó diarrea hasta que cumplí los dieciséis. Por suerte no sufrí acoso en el colegio, era sólo que hasta el más pequeño

detalle desataba mi ansiedad, incluso que alguien caminase detrás de mí cuando iba hacia el aula. Aquello me cohibía tanto que me ponía tensa y me impedía andar con normalidad. Y cosas por el estilo.

Tuve el periodo un día antes de cumplir los trece años. Me volví loca. Gemí como un alma en pena, grité, di portazos. Estuve furiosa, enrabiada, despotricando y con un humor de perros durante días. Lo que me había pasado era totalmente inaceptable. Lo odiaba, no lo quería, pero era algo que escapaba a mi control. No podía soportar vivir si ello implicaba sangrar una vez al mes, verme debilitada y pasar por una situación tan comprometedor. Era muy injusto.

Durante los siguientes cuatro años seguí montando una escena cada vez que tenía el periodo, hasta que empecé a tenerlo sólo un par de veces al año. No sé si aquello fue el triunfo de mi voluntad sobre mi cuerpo, o si era algo que me hubiese pasado de todos modos. Creí que la magnitud de mi trauma había afectado mi ciclo menstrual. De todas formas seguí enfureciéndome cada vez que reaparecía, a pesar de la poca frecuencia. La menstruación afectó mi personalidad. Desde la primera vez, y de ahí en adelante, me convertí en una jovencita resentida y llena de ira por dentro, me sentía traicionada, y en lo más hondo de mi ser estaba convencida de que la vida era injusta y de que los chicos lo tenían más fácil que las chicas. Una ardiente bola de furia y rebeldía empezó a crecer en mi interior. Una bola que ha alimentado gran parte de mi trabajo.

Con el paso de los años, cuando empecé a tener relaciones sexuales, en lugar de desear que no apareciera la sangre, ansiaba con toda mi alma que sí lo hiciera. Después comencé a tomar la píldora, pero era una indisciplinada incorregible y casi siempre me olvidaba. Después dejé la píldora y me puse un DIU (se llamaba Copper-7). Podía sentirlo encajado allí, en la parte superior del cuello del útero. Me dolía. Anduve renqueando durante meses, porque me daba pereza solucionar aquel rollo y además pensaba que quizá fuese normal sentir ese malestar. Al cabo de un año fui a la Clínica Marie Stopes en el Soho (ahí puedes pedir que el médico que te atienda sea una mujer) y me lo quitaron. La doctora dijo que el DIU se había desplazado. En cuanto me lo extrajeron, me invadió una sensación de alivio, como si me devolvieran a la normalidad. Era la primera vez en todo un año que volvía a ser yo misma.

La mierda y la sangre (volveré sobre el tema más adelante) han dominado

y salpicado mi vida desde que era niña. Todavía hoy me da miedo la sangre, verla, no verla. «¿Es sangre “fresca” o sangre “vieja”?», preguntan siempre los médicos. ¿Existe una respuesta correcta para tal pregunta?

12. DEMASIADO GENIAL PARA EL COLEGIO

1969-1971

En el instituto de enseñanza secundaria las clases de música son tan aburridas que para animarlas nos dedicamos a intentar que la profesora salga huyendo del aula entre lágrimas. Golpeamos las tapas de los pupitres y gritamos: «Fuera, fuera, fuera.» Siempre funciona. También hay clases de música individuales; podemos elegir entre aprender a tocar canciones infantiles con la flauta dulce o tocar música clásica con el violín. Sólo los chicos aburridos tocan algún instrumento. A mí no me interesa. No veo relación entre las clases de música y la música que yo escucho, son mundos diferentes.

El único profesor que logra que la música resulte interesante es el de religión. Podría ser uno de los miembros del dúo pop Peter and Gordon: pelirrojo, con las gafas de montura de carey negro y un jersey de cuello vuelto. En clase se sirve de la música para despertar nuestro interés por los asuntos morales. A veces nos deja llevar algún disco y nos dedicamos a comentar las letras de las canciones. La gente lleva todo tipo de cosas: King Crimson, Motown, «She's Leaving Home» de los Beatles, canciones de protesta contra la guerra de Vietnam de Country Joe y los Fish, de Hendrix y de los Byrds.

Los músicos son nuestros verdaderos maestros. Ellos nos abren al mundo desde un punto de vista político a través de las letras de sus canciones y desde un punto de vista creativo a través de su música experimental y psicodélica. Comparten con nosotros sus viajes y sus descubrimientos. Nosotros no tenemos dinero para viajar, nadie que yo conozca ha subido jamás a un avión. No podemos conocer al Maharishi, pero sabemos de él a través de la música. Escuchamos las influencias musicales indias oyendo la cítara de George Harrison, descubrimos a Timothy Leary, a R. D. Laing, a Arthur Janov y *El grito primal*, el ácido, California, Woodstock, los disturbios..., todas las experiencias vividas por ellos, nosotros las vivimos gracias a sus canciones. Eso es música folk de verdad, en su verdadero sentido de música popular, y

no la que toca un barbudo con su guitarra acústica. Una música que trata de las experiencias de la vida real.

Lo que más me gusta del colegio es mi grupo de amigas. Son una mezcla de niñas que están en mi curso, pero también en el curso superior y en el inferior. Somos una pandilla. Vagabundeamos juntas por las calles o nos reunimos en nuestras casas. El grupo está compuesto por Paula, Sallie, Kester, Sue, Martha, Angela, Judie, Hilary, Myra, y a veces se nos unen un par de chicos, Toby y Matthew. La mayoría proceden de casas bohemias, desvencijadas, con muebles de madera de pino y pósters del Che Guevara en las paredes; sus padres son comunistas, artistas e intelectuales. Siempre estamos en casa de alguna de nosotras (menos en la mía, que no encaja porque no posee el ambiente apropiado), holgazaneando en un dormitorio, tumbadas en la cama o sentadas con las piernas cruzadas en el suelo, fumando hachís robado a algún hermano mayor o a los padres. Escuchamos discos, hablamos del colegio, de música y de chicos. Si los padres han salido, bajamos a la cocina y nos hacemos una tortilla francesa, a veces vamos al cine, pero por lo general deambulamos por Hampstead Heath: es gratis.

Usamos faldas muy cortas, de apenas quince centímetros de largo, o vaqueros y camisetas. Ninguna tiene mucha ropa. Todas llevamos largas melenas peinadas con raya al medio y no nos maquillamos; no nos dedicamos a acicalarnos juntas, nada de pintarse las uñas ni secarse el pelo en grupo. Tenemos los pies negros y endurecidos de caminar descalzas por Muswell Hill y las uñas de las manos cortas y sin arreglar.

En cuarto de instituto se me permite almorzar fuera del colegio, así que voy todos los días a casa de Judie. Tiene un hermano mayor que se llama Reuben y éste tiene un amigo que se llama Mark Irvin. Mark y yo nos enamoramos. Yo tengo quince años, él diecisiete y es mi primer novio formal. Nos besamos y nos abrazamos en la cama de Judie y escuchamos música sin parar: Syd Barrett, Motown, King Crimson, Pink Floyd. Los fines de semanas vamos a conciertos en los pubs y tomamos ácido y Mandrax⁴ («Randy Mandies») en Hampstead Heath. En el colegio se nos considera una pareja guay y vamos a todos lados juntos. Un día me dirijo muy temprano hacia el instituto porque tengo un examen. Veo a Mark caminando delante de mí de la mano de mi amiga Cathy. Es tan temprano por la mañana que no hay duda de que han pasado la noche juntos. Siento como si me hubieran golpeado con una barra de hierro en mitad del pecho. Me ahogo, no puedo

respirar. No puede ser verdad. Me doy la vuelta y salgo corriendo. Corro y corro. Corro hasta la otra entrada del colegio, que está más apartada, como a ochocientos metros. Llego tarde al examen. Intento concentrarme. No debo permitirles que arruinen mi futuro.



La pandilla. Delante: Judie, Su, Angela, Sallie. Detrás: yo, Paula, Kester. Fijaos en los uniformes de verano psicodélicos. 1969

Consigo evitar a Cathy y a Mark durante un par de días. Estoy destrozada, el primer amor de mi vida, el primer chico en quien confié me ha traicionado. Cathy se me acerca en el gimnasio: «Lo siento, fue un terrible error. Mark te ama a ti, no a mí; habla de ti todo el tiempo. Hemos roto.» Mark y yo volvemos a salir. Todavía no hemos tenido relaciones sexuales y por eso es más fácil perdonarle.

Salimos juntos muchos años, nos quedábamos en albergues juveniles, fuimos a Gales a visitar a Cathy (que se había mudado allí con su nuevo novio). Nos tomamos un ácido en la Península de Gower; cuando ya estaba colocada empezó a sonar en el tocadiscos «Here Comes the Sun» de los

Beatles y me puse a cantarla al mismo tiempo. Mark dijo: «Tienes una bonita voz.» Ésa fue la primera vez en mi vida que alguien dijo algo agradable sobre mi voz. Nunca lo olvidaré, aunque no estoy segura de que fuera una opinión demasiado válida, puesto que Mark estaba en pleno viaje de ácido en ese preciso instante. Con Mark perdí la virginidad, sangré muy poquito. Me pareció bien, de todos modos, que fuera con él. También me ayudó con mi examen final en la asignatura de arte y me hizo todos los dibujos preliminares. Después me sentí un poco culpable porque me pusieron un sobresaliente, una nota más alta que la que él sacó en su propio examen. El amor.



Mark (Magnus)

Estando en quinto curso de secundaria me doy cuenta con horror de que he abandonado los estudios hasta tal punto que ya es demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido. He hecho el tonto, he faltado a clase y he dejado de hacer los deberes durante tantos años que los profesores no me dejarán presentarme a algunos de los exámenes finales. Los chicos que me gustan son inteligentes, están en las clases de nivel superior y yo soy una vaga. Por las noches me asaltan pesadillas recurrentes en las que recorro los pasillos del colegio incapaz de encontrar el aula donde está mi clase o llego hasta la puerta del instituto en pijama y veo que todos los demás ya están saliendo de clase: una inútil, una fracasada, siempre a contracorriente.

Poco después me expulsan del instituto. He sido tan estúpida como para

confesarle a una profesora metomentodo que he fumado hachís en una ocasión. Por supuesto que lo he fumado en más de una ocasión, así que soy estúpida, pero no tanto. Mi madre va a hablar con el director y le insiste para que ponga por escrito que la razón por la que se me expulsa del colegio es por haber fumado hachís. Él no quiere hacerlo, así que vuelven a admitirme.

Una mañana un alumno de último curso entra en el aula durante la clase de inglés. Yo tengo dieciséis años y pronto me presentaré al examen final. Me encanta la clase de inglés, el señor Hazdell es un profesor genial, se parece a Biggles con su enorme bigote de puntas enroscadas hacia arriba y es un gran entusiasta de Shakespeare (interpreta las obras, les da vida, me hace amar la lengua inglesa). Un alumno de último curso llega y le dice algo al señor Hazdell y éste levanta la mirada hacia mí:

–Viviane, el director quiere verte en su despacho.

Todo el mundo se vuelve para mirarme. Estoy asustada. *¿Habrá muerto alguien?* Me siento importante mientras me dirijo hacia la puerta. *Mamá no. Dios no se llevaría a mi madre. Eso sería demasiado.*

Voy al despacho. Mi hermana está esperando en la puerta. Llamamos.

–Entrad –dice el señor Lowe. Nos mira con simpatía, es un hombre agradable–. Vuestro padre está aquí. Está en la oficina de al lado y tiene muchas ganas de veros.

Estoy en estado de shock. Hace años que no hemos visto a papá, casi ni nos acordamos de él. En todo ese tiempo nos ha escrito un par de cartas largas y ridículas, densas, sentimentales y aburridas. ¿Por qué ha venido al colegio? No queremos verlo; sería como traicionar a mamá, sobre todo allí, sin su permiso y sin haberlo hablado antes con ella. No es que yo necesite hablarlo con mi madre, sé muy bien lo que piensa al respecto: ahora las tres formamos una unidad, juntas luchamos para salir adelante, para hacer frente a la vida sin nada de dinero, y él no forma parte de ello. No hay ninguna posibilidad de que aceptemos verlo. Ni siquiera se lo pregunto a mi hermana, hablo por ella: No queremos ver a nuestro padre. El señor Lowe intenta convencernos.

–Está muy afligido, sólo quiere estar con vosotras unos minutos, dice que vuestra madre no le deja veros.

Le respondo que no es por nuestra madre, que somos nosotras las que no queremos verle. El señor Lowe no tiene ni idea de lo que ella ha tenido que pasar, los sacrificios que ha hecho para sacarnos adelante sola. No permitiré

que nadie juzgue a mi mamá, que diga que es una mala madre, que la culpe de nada.

El señor Lowe sale del despacho. Mi hermana y yo nos quedamos sentadas en silencio, no hay nada que decir. Estoy resentida con mi padre por haber invadido mi territorio, por haber interrumpido mi clase y haberme puesto en evidencia delante de mis compañeros. La situación me incomoda y me supera. Me supera ese dolor adulto, esa relación tan jodida entre mis padres.

Vuelve el director.

–Vuestro padre está llorando. ¿Estáis seguras de que no queréis verlo? Por favor, pensadlo un poco más.

No me haga repetirlo otra vez, puede que yo parezca una chica resuelta y dura, pero esto está siendo una agonía para mí. Conocemos bien esas lágrimas de cocodrilo, las derramaba después de habernos azotado con el cinturón, de habernos gritado, de haber faltado a una promesa. Nosotras sabemos mucho más que usted, señor Lowe. No se puede hacer nada más. El señor Lowe despacha a nuestro padre.

13. WOODCRAFT FOLK

1967-1970

El movimiento Woodcraft Folk es una organización juvenil británica, un poco como las Brownies y los Scouts, donde se mezclan niños y niñas, pero con un ambiente más bohemio y artístico. No tiene nada que ver con hacer manualidades con madera sino más bien con vivir al aire libre, cerca de la naturaleza. Es un alivio ir a las reuniones de Woodcraft. Me siento como en casa en ese mundo, mezclándome con personas interesantes y de mentalidad más abierta. El uniforme consiste en una gruesa camisa de algodón verde bosque, una talla más grande que la nuestra y que usamos por fuera, con una minifalda o vaqueros. Los adultos al mando se denominan «líderes» y los llamamos por su nombre de pila. Es la primera vez que se me permite llamar a un adulto por su nombre. En Woodcraft se trata a los niños como personas, no como criaturas irrelevantes a medio formar. Se nos consultan todas las decisiones que se toman. Estamos divididos en «Elfos», que son los miembros más pequeños, «Pioneros», que son un poco más grandes, y los «Aventureros», que son los mayores.

Cada verano se organiza un gran encuentro de los diferentes grupos Woodcraft de todo Londres, una especie de congreso. Robin Chaphekar, un chico guapo del grupo de Highgate, tiene una guitarra eléctrica y en el estuche ha escrito con cinta adhesiva roja y amarilla: *Safe as Milk* (Segura como la leche). Le doy vueltas y vueltas a la frase, es tan rara, ¿qué quiere decir? ¿Quiere decir que su guitarra se encuentra tan segura como la leche dentro de una botella metida en la nevera? ¿O como la leche que le dan gratis a los niños pequeños en la escuela primaria? No puede ser, eso no tiene nada que ver con el rock and roll. Le pregunto a algunos chicos si saben lo que significa la frase, pero nadie lo sabe. Soy demasiado tímida para preguntárselo directamente a Robin. Un mes después, mirando discos en una tienda de Crouch End, veo en las estanterías la carátula de *Safe as Milk*, de Captain Beefheart. Lo compro y nada más llegar a casa lo pongo. Me encanta la forma en que Beefheart juega con la voz, se deja llevar y ensaya múltiples

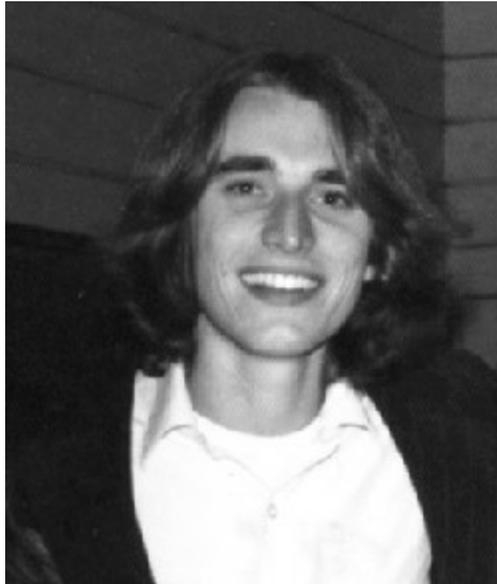
variaciones con total naturalidad. Es una música experimental pero accesible, mi combinación preferida, suena como la música pop, todas las canciones son cortas, con coros y melodías muy potentes aunque suavizados por la forma tan loca de cantar que tiene Beefheart. Grita y chilla sin parar en «Electricity», en «The Zigzag Wanderer» y en «Abba Zaba».

En Woodcraft nos enseñan técnicas de supervivencia, cómo hacer una hoguera, senderismo, socorrismo y primeros auxilios, te dan charlas educativas sobre la pobreza en el mundo, los conflictos globales y el movimiento pacifista. Pero para mí lo más interesante de todos esos encuentros es besuquearme con los chicos. Conocer a chicos como Robin Chaphekar es la verdadera razón por la que todos los viernes por la noche voy a los bailes que se organizan en el salón del colegio y doy saltitos al ritmo de la música country. La mayoría de los chicos son guapos, llevan el pelo largo, son un poco salvajes y tocan la guitarra. Los fines de semana vamos de acampada a un prado que está en medio de una rotonda en South Mimms. Por la noche nos sentamos todos alrededor del fuego, alguien toca la guitarra –*uno de los chicos que solía tocar era Mike Rosen, que después se convirtió en un famoso escritor de cuentos infantiles*– y cantamos canciones de protesta contra la guerra de Vietnam, sobre la inmigración y otros problemas sociales más cercanos a nuestra realidad nacional. Mis canciones preferidas son «Dirty Old Town» de Ewan MacColl, «Welcome, Welcome, Emigrante» de Buffy Sainte-Marie y una canción folk sobre la bomba atómica que se llama «I Come and Stand at Every Door».

Después de la orden de «apagar luces», nos escabullimos y entramos en las tiendas de los otros para besuquearnos y abrazarnos hasta que aparece uno de los líderes o de los aventureros con una linterna y envía al intruso de vuelta a su tienda. Por la mañana se nos castiga con alguna tarea como ir a vaciar las letrinas (cubos llenos de pis y caca) al pozo negro.

Antes de entrar en el grupo de Woodcraft de Muswell Hill, estuve en el de Hampstead durante un par de ocasiones porque no había lugar en el de Muswell Hill. Recuerdo que para ir teñí de color verde manzana una vieja camisa blanca y me puse una diminuta minifalda verde. Cuando entré en el salón sentí como si la tierra se abriera bajo mis pies. Nunca había visto chicos tan guapos y geniales. Me di cuenta de que los chicos de Hampstead eran mil veces más guays que los de Muswell Hill. Me sentí un poco fuera de lugar porque iba demasiado arreglada. Me quedé de pie en un lado de la sala

observando cómo los demás corrían de un lado a otro. Tanto los chicos como las chicas llevaban el pelo largo, enredado y sucio, vaqueros Levi's y zapatillas Converse gastadas. No paraban de correr por toda la sala gritando y riéndose. Sólo me habló una chica, Clio. Tenía una cabellera rubia hasta la cintura y era muy bonita. En un determinado momento se detuvo el alboroto y pareció como si se abrieran las aguas, todo el mundo se dispersó cuando aquel chico entró en la sala. Era más alto que los demás y tenía un porte y una dignidad que nunca había visto en una persona joven, los hombros hacia atrás, el mentón alto pero relajado, sin arrogancia. Irradiaba confianza. Tenía el pelo castaño no muy largo, justo por debajo de las orejas, y una nariz con personalidad. Era el chico más guapo que había visto en mi vida. Parecía una joven divinidad griega rodeada de meros mortales. Me quedé traspuesta y oí una vocecilla dentro de mi cabeza: *Ése es el tipo de chico con el que me quiero casar*. Se llamaba Ben Barson, el chico más famoso de Woodcraft y un pianista virtuoso y autodidacta (*hermano de Mikey Barson, que después integró el grupo Madness*).



Ben

El chico que más me gusta después de Ben Barson es Nic Boatman, el ser más pícaro y más mono de Woodcraft. Una vez que Nic y yo nos estábamos besando y acariciando tumbados en una cama en casa de alguien, él me metió la mano por dentro de las bragas y tuve un orgasmo de inmediato sólo por la

novedad de la experiencia. Bueno, creo que fue un orgasmo, sentí como una gran sacudida y después ya no quería que me siguiera tocando.



Paul, Nic (con catorce años), yo (con trece) y Maggie dentro de una tienda durante un campamento de Woodcraft en Yugoslavia. 1968

14. MÚSICA MÚSICA MÚSICA

1967-1972

La música que rodeó mi infancia y adolescencia era revolucionaria, y puesto que crecí escuchando una música que intentaba cambiar el mundo, eso es lo que sigo esperando de ella.

La mayor parte de las novedades musicales solían llegarme a través de amigos y siempre que salía llevaba un disco debajo del brazo, que por lo general no era mío sino que lo llevaba para devolver. Según el disco que pasearas bajo el brazo los demás se daban cuenta del tipo de persona que eras. Si era un disco raro, la gente más genial te paraba por la calle para hablar de él. Lo bueno de no tener teléfono era que a los que te habían prestado el disco les resultaba difícil recordarte que debías devolvérselo y, si lo necesitaban con cierta urgencia, no les quedaba más remedio que acercarse hasta tu casa y tener la suerte de encontrarte allí, además siempre te quedaba la posibilidad de no abrir la puerta. (Mamá nos había enseñado a no abrir jamás la puerta a nadie; en cuanto llamaban al timbre nos quedábamos todas petrificadas. Si te encontrabas cerca de una ventana, tenías que agacharte por debajo de la altura del alféizar y procurar no mover las cortinas. Todas conocíamos el procedimiento: esperar sin movernos a que el timbre dejara de sonar y la persona se marchase. A mi madre le preocupaban los asistentes sociales. No dejaban de venir a visitarnos después del divorcio.)

La música trajo la guerra de Vietnam al corazón mismo de nuestros dormitorios. Las canciones que nos llegaban de Estados Unidos hicieron que nos interesásemos en la política; eran como lecciones de historia presentadas de forma agradable y emocionante. Nos manifestábamos en contra de la guerra de Vietnam, discutíamos sobre la liberación sexual, la censura y la pornografía y leíamos libros de Timothy Leary, Hubert Selby Jr. (*Última salida para Brooklyn*) y Marshall McLuhan porque los habíamos oído nombrar en algunas canciones o en las entrevistas que les hacían a los músicos. En mi cuarto tenía un póster de Abbie Hoffman, el activista político y líder del movimiento «Yippie», y otro del Che Guevara. La música, la

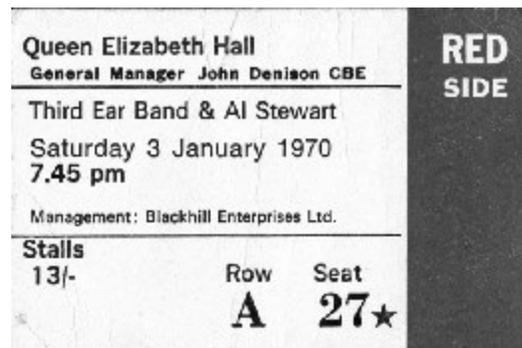
política, la literatura y el arte, todos se entretejían y retroalimentaban. También había algunas revistas geniales, como la revista de sexo *Forum*, o *International Times*, *Spare Rib*, *Oz*, *Rave* y *Nova*. No podíamos permitirnos viajar pero nos sentíamos conectados a otros países porque las ideas y lo que acontecía en esos lugares nos llegaba a través de la música y las revistas.

El primer grupo que oí tocar en vivo fue la Edgar Broughton Band en el Hampstead Country Club, detrás de la estación de metro de Belsize Park. Me senté en la primera fila en una sillita de madera junto a dos chicos mayores a los que conocía. Nunca había ido a un concierto en vivo y mis oídos no daban abasto. No sabía cómo había que escuchar aquello. Hasta entonces toda la música moderna que había oído era en disco. Tenía un altavoz pegado a la oreja y los sonidos se mezclaban en una bola informe que me impedía diferenciar unos de otros. La banda aporreaba los instrumentos y chillaba: «*Out demons out!*» (¡Salid demonios, salid!). Era ensordecedor.

Cuando tenía catorce años me enteré de que iba a haber una manifestación en contra de la guerra y que muchos famosos hablarían en Trafalgar Square. Era algo a lo que había que asistir, tan apasionante como un concierto de rock. Aquello iba a estar lleno de chicos guapos. Toda la mañana del sábado en que tendría lugar la manifestación la pasé en la cocina anudando una camiseta blanca para luego teñirla de negro y lograr un reparto desigual del color, le di vueltas y vueltas con una vieja cuchara de madera en una olla grande de aluminio colocada sobre el fuego. Mamá me dijo: «¡Date prisa, te vas a perder la manifestación! Ponte cualquier cosa, da igual.» Pero yo tenía que vestirme para la ocasión. La camiseta quedó fantástica, gris oscura en lugar de negra, con un círculo blanco irregular en el centro, un poco como el símbolo de la paz de la Campaña por el Desarme Nuclear. Cosí flecos negros a los lados de mis pantalones de pana negros, me lavé el pelo arrodillada junto a la bañera y me lo sequé delante del horno con la puerta abierta y cabeza abajo para que quedara voluminoso y salvaje. Y después partimos hacia la manifestación mi amiga Judie y yo, gritando a voz en cuello: «Oy, oy, oy, LBJ,⁵ ¿a cuántos niños has matado hoy?» Nos bajamos del autobús y corrimos calle abajo por Haymarket hasta Trafalgar Square. Cuando llegamos estaba totalmente vacía. El empedrado se hallaba cubierto de basura y las botellas vacías rodaban de un lado a otro, al igual que miles de panfletos, arremolinados por el viento. No quedaba nadie, sólo palomas. Habíamos dedicado tanto tiempo a la ropa que nos pondríamos que nos perdimos toda la

manifestación. La desilusión duró apenas un minuto, porque enseguida saltamos dentro de una de las fuentes y empezamos a perseguirnos la una a la otra. Vino un policía y nos reprendió, dijo que si no salíamos de inmediato nos llevaría detenidas y llamaría a nuestros padres. La sola idea de ir a la cárcel nos asustó y fuimos corriendo hacia la parada de autobús. Sentada en el segundo piso del autobús, con los flecos de mis vaqueros todos enredados, el pelo húmedo y aplastado y el tinte de mi camiseta mojada chorreando hilillos grises por mis brazos, pensé: ¡*Qué día más genial!*

Uno de los grupos más raros que vi en esa época fue la Third Ear Band en el Queen Elizabeth Hall. Me enteré de su existencia escuchando el programa de John Peel en la radio, siempre los mencionaba. Puso varias veces uno de sus discos, *Alchemy*. La música me quedó dando vueltas en la cabeza, era realmente complicada, pero entendí cuál era la idea: experimentar, romper barreras y no ajustarse a los clichés musicales. No aparté los ojos del escenario ni un segundo. No lograba descubrir si uno de los integrantes de la banda era un chico o una chica, era alto y muy delgado, con el pelo moreno y largo; lo miré y lo miré deseando que fuera una chica. Me marché del concierto sin haberlo averiguado puesto que ella, o él, mantuvo la cabeza baja todo el tiempo.



En julio de 1969, cuando tenía quince años, fui con mi amiga Zaza a ver de nuevo a la Third Ear Band (aunque era un grupo muy experimental, tocaba en todas partes y tenía muchos seguidores). Iban de teloneros de los Rolling Stones en el concierto de los «Stones in the Park»; un concierto gratis en la gran hondonada que hay dentro de Hyde Park conocida como «the cockpit» (el reñidero). También estaba King Crimson.

Zaza era un año mayor que yo y una loca de la música. Era de una belleza

impresionante, natural, nunca se maquillaba (ni yo), tenía una larga y brillante melena negra azabache, siempre llevaba unos vaqueros limpios y una camiseta sensacional, *jamás* usaba falda. Para el concierto yo me puse un vestido largo de encaje color amarillo limón muy claro, de los años treinta, que me quedaba como hecho a medida. Era totalmente transparente, así que debajo me puse una combinación muy corta color malva. Me encantaba que el vestido arrastrase por la tierra y que el bajo quedase sucio de barro y deshilachado. Como siempre, iba descalza. Zaza y yo no pudimos llegar cerca del escenario, así que nos sentamos al fondo en la hierba. Había una atmósfera cargada de tristeza porque Brian Jones, el guitarrista de los Stones, había muerto dos días antes en una piscina. Hacía poco que lo habían echado del grupo y lo habían sustituido por Mick Taylor. Para nosotros fue como si reemplazaran a dios: ¿cómo pudieron hacerle algo así? Zaza y yo pensábamos que era posible que Brian se hubiese suicidado debido al enorme disgusto. Nos preguntábamos cómo manejarían aquello los Stones, si actuarían como si no hubiese pasado nada o si ni siquiera les importaba la muerte de Brian. Todos a nuestro alrededor hablaban del asunto: *¿Se sentirán culpables los Stones? ¿Cómo se sentirá Mick Taylor? ¿Aparecerá?*

Mick Jagger irrumpió en el escenario como una exhalación, vestido con una camisola blanca, larga y diáfana, de amplias mangas, y unos pantalones también blancos y acampanados. El atuendo lo decía todo. *Somos los Rolling Stones. Somos escandalosos, pero también somos comprensivos y considerados. Expresaremos nuestro homenaje y reconocimiento para honrar la vida y muerte de Brian, pero lo haremos a nuestro modo. Vestirse de negro en señal de duelo es de gente convencional.* Mick leyó un poema y después soltó miles de mariposas blancas por encima de la multitud. Las mariposas revolotearon sobre nuestras cabezas y desaparecieron internándose en el parque. Estábamos viviendo un momento histórico y éramos conscientes de ello. Era como estar en el funeral de Brian Jones; los Rolling Stones estaban compartiendo aquel momento con nosotros. Durante una de las canciones Jagger se acercó pavoneándose al borde del escenario y las chicas que estaban en primera fila alargaron el brazo para tocarle. Jagger agarró del brazo a Mick Taylor y lo arrastró hacia el borde del escenario, le obligó a sentarse allí, junto a él, y después hizo gestos a las chicas para que también tocaran al guitarrista. Taylor parecía muerto de vergüenza, mantuvo la cabeza muy baja y siguió tocando. De repente, sentí un dolor insoportable

en uno de mis pies. Alguien estaba apagando un cigarrillo justo encima de mis dedos. Estábamos todos tan apretujados que ni siquiera se dio cuenta. No le di ninguna importancia. Cuando terminó el concierto, Zaza y yo cruzamos el parque andando, intentando no pisar las mariposas moribundas que se retorcían en la hierba. Había muchísimas.

Otro gran concierto gratis fue el que ofrecieron los Fleetwood Mac en Parliament Hill Fields, dentro de un festival que duraba toda la noche. Mi amiga Hilary y yo nos escapamos por la ventana del dormitorio del apartamento de su madre en Highgate a las diez de la noche y caminamos por Southwood Lane; después subimos por Highgate Hill y cruzamos el parque hasta el quiosco de música de uralita. Un montón de gente con los mismos intereses que nosotras llenaban las calles a pesar de la hora tan avanzada. El hecho de que aquello ocurriese en nuestro barrio nos hacía sentir especiales; conocíamos Highgate y la pradera de punta a punta. Seguía llegando más y más gente, a centenares. Nos pusimos a hablar con dos chicos muy simpáticos y continuamos con ellos toda la noche. Los Fleetwood Mac salieron al escenario a medianoche. Tocarón «Albatross». Era como estar en una iglesia al aire libre, los tristes acordes de la guitarra gemían por encima de los árboles negros... Nos tumbamos boca arriba, mirando el cielo, y aquella música enriquecedora, tan evocadora e inquietante nos transportó lejos del norte de Londres. Fue la experiencia más mágica que he tenido en mi vida.

Los Fleetwood Mac sólo tocaron un par de canciones antes de que todo se estropease por culpa de un grupo de cabezas rapadas que bajaron corriendo por la colina mientras arrojaban cosas al público. El concierto se suspendió, así que nos fuimos a casa. Los dos chicos simpáticos nos acompañaron. Hilary y yo jugamos a llamar a los timbres y salir corriendo, sobre todo a los timbres de las casas blancas y elegantes. Los chicos, que eran un poco mayores que nosotras, no parecían muy entusiasmados con el plan. Una de las veces que salimos disparados calle abajo, vi que «el mío» se sujetaba el pelo mientras corríamos. Aquello hizo que se esfumase todo mi interés por él. Ya no veía la hora de perderlo de vista.

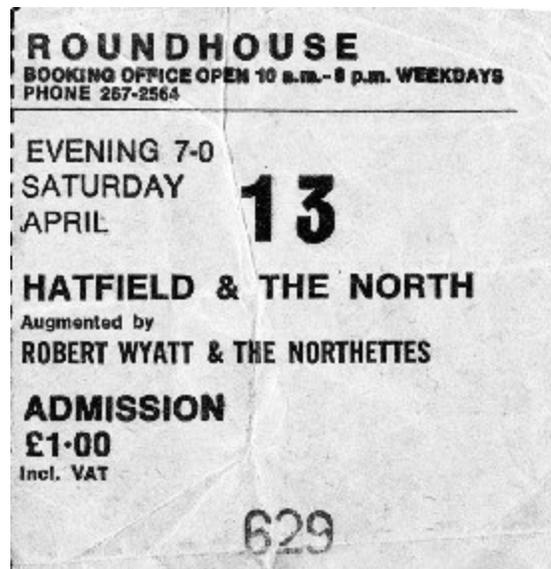
Marc Bolan fue el hombre más importante de mi vida durante un año. Creo que lo que más me atraía de él era su belleza. Era muy sexy –hacía mohínes, lamía el aire y movía las caderas adelante y atrás–, pero no era nada amenazador para las jovencitas. Era algo nuevo que los hombres fuesen tan

delicados, guapos y abiertamente provocativos al mismo tiempo. Marc era casi como una chica. Usaba zapatos de claqué de mujer, comprados en la tienda de vestuario de danza Anello & Davide, con unos bonitos colores, tenía el cabello largo y ensortijado, el labio superior con forma de corazón, y se pintaba los ojos con purpurina: casi podría ser una de nosotras. No daba miedo fantasear con él, podías ser dominante o dominada, no era la clase de tipo que te saltaría encima o que te haría daño. Fantasear con Marc Bolan (o con cualquier estrella del pop) era una buena forma de descubrir tu sexualidad, una forma segura.

De hecho, una de las primeras veces que me fijé en la forma de tocar una guitarra fue escuchando a T. Rex (aparte de Peter Green y de George Harrison). Los fraseos de su guitarra eran tan sencillos y pegadizos, combinados con un sonido de cuerdas inconfundible, que yo siempre acababa tarareándolos. Normalmente las chicas no prestaban atención a los fraseos ni a los solos de guitarra, eso era cosa de chicos (*guau, qué punteo más rápido; guau, esa escala sí que es complicada; guau, cómo liga las notas*). Yo solía escuchar las letras y la melodía de las canciones, no analizar los instrumentos. En aquella época no podía soportar la forma de tocar de Hendrix, era tan desafiante y tan abiertamente sexual que intimidaba. Recuerdo que le dije a mi primo Richard: «Las únicas palabras que entiendo de toda la canción son “Scuse me while I kiss the sky” (Perdonadme mientras beso el cielo).» Mi primo me respondió: «Yo no entiendo ni siquiera eso.» Era un fanático de Hendrix y no se sabía la letra de ninguna de sus canciones.

Seguí al grupo T. Rex por todo Londres con Zaza. No nos perdíamos un solo concierto. En realidad no podíamos entrar al concierto en sí (a Bolan sólo lo vimos tocar dos veces porque no teníamos un penique), pero solíamos instalarnos junto a la puerta de salida del escenario e intentábamos hablar con él o con June Child, su mujer. Estábamos fascinadas con June (yo me cambié el nombre por Viv Child durante un tiempo). Recuerdo que en la revista *Melody Maker* vi fotos de un té al estilo del Sombrero Loco que ella y Marc organizaron en su jardín. Me puse supercelosa. En las fotos aparecían con sus sombreros de copa y sus preciosísimos trajes, las sillas y mesas dispuestas bajo los árboles. Era un mundo diferente. June me resultaba mucho más interesante que las demás novias de las estrellas del rock porque ella no tomaba drogas y trabajaba en una compañía discográfica. Zaza y yo hablamos una vez con ella delante del Lyceum. Se detuvo y charló unas

palabras con nosotras, pero no le gustó que empezáramos a hablar con Marc. Le dijo: «¡Vamos, Marc! Tenemos que entrar.»



Recuerdo una vez que John Peel puso «Ride a White Swan» en su programa de radio que se emitía por la noche. A la mañana siguiente yo me iba de viaje durante dos semanas a un campamento de Woodcraft, en Yugoslavia (normalmente íbamos a países comunistas), y antes de irme le dije a mi madre: «Esta canción va a ser un éxito.» Me parecía genial, me gustaba más que sus cosas anteriores un poco folk y amaneradas, esa canción era más pegadiza, era más pop. Cuando regresé de Yugoslavia, quince días después, ya había entrado en la lista de discos más vendidos y diez semanas más tarde alcanzó el puesto número dos. Era enero de 1971 y yo tenía diecisiete años. Muchos de mis amigos chicos estaban horrorizados porque me gustaba T. Rex y la música pop, pero es que a mí me encantan las buenas canciones. Da igual de qué género sean; una buena canción es una buena canción.

El álbum *Hunky Dory* de David Bowie estaba lleno de buenas canciones, se lo hice escuchar a mucha gente de mi instituto. Un chico turco me dijo: «Viv, la voz de Bowie me vuelve loco. Debo de ser gay.»

Yo tenía un amigo llamado Alan Drake, de Southgate, que era muy guapo. Tenía el pelo largo y oscuro y labios sensuales. Descubrimos a Bowie juntos. Le vimos cantar montones de veces en los pequeños colegios universitarios. La mejor fue en el Gran Salón de Actos (que no era tan grande) del Imperial

College en South Kensington el 12 de febrero de 1972. Bowie llevaba unos pantalones de seda blancos muy ajustados y una cazadora de seda estampada abierta hasta la cintura, que dejaba al descubierto su pecho huesudo y sin vello. Mick Ronson, el guitarrista, parecía incómodo en su extravagante ropaje, como un estibador vestido de gala; era demasiado masculino, no le iba nada bien la androginia. Yo no me di cuenta de que era un guitarrista brillante. Sólo me fijé en que no encajaba en aquella estética.

A mitad del concierto, Bowie se lanzó en vuelo hacia el público. No sé de dónde sacó esa idea, nadie que yo hubiera visto antes había hecho nada parecido. En realidad, ninguno de nosotros entendió la idea, no sabíamos que debíamos atraparlo y devolverlo al escenario. Todo el mundo se hizo a un lado educadamente, pensamos que salía escopeteado hacia el retrete o algo así, y cayó de bruces al suelo. Fue un momento penoso. No había demasiada gente en el concierto, así que tampoco éramos suficientes como para haber atajado su caída. Se puso en pie y caminó un poco en círculo. Yo me recosté contra el escenario, intentando ver adónde se había ido Bowie, pero la luz de los focos me daba en los ojos. De repente sentí una mano agarrándome por el hombro y vi que Bowie trepaba por encima de mí. Casi me caigo de rodillas, aquello me tomó por sorpresa, no entendía lo que estaba pasando. Me utilizó para subir de vuelta al escenario, clavándome una rodilla en el pecho y pisándome la cabeza con una de sus botas de seda de boxeador (no le importó nada), tenía que regresar al escenario como fuese. No es tan refinado como parece.

Zaza y yo fuimos también a montones de conciertos de los Hawkwind. A ella le gustaban más que a mí, e incluso estuvo charlando antes de un concierto con Dave Brock, el guitarrista, que también tocaba el sintetizador. Yo era demasiado tímida y me limité a quedarme en silencio detrás de ella, pero Brock fue muy amable y simpático. En el grupo había una chica que se llamaba Stacia que bailaba completamente desnuda mientras los demás tocaban; Stacia se pintaba el cuerpo sobre el que también proyectaban luces de colores. Hablamos con ella un par de veces y también fue muy simpática. Al final nos hicimos conocidas de los miembros del grupo y a menudo nos acercaban al centro de Londres en la parte de atrás de su furgoneta. Jamás intentaron ligar con nosotras ni nos hicieron ninguna insinuación de índole sexual, eran unos caballeros. Sólo una vez uno de ellos me pidió mi número de teléfono, era el nuevo bajo del grupo, pero yo no tenía teléfono, así que él

me dio el suyo. Nunca lo llamé. Volví a encontrármelo años más tarde cuando las Slits fuimos a grabar un vídeo en su estudio de Gales. Se llamaba Thomas Crimble y estaba casado con una chica llamada Nutkin. Le mencioné (cuando Nutkin no estaba presente) aquella conversación en la furgoneta, él se quedó pensando un minuto y dijo «¡Sí, sí, lo recuerdo!» Pero era obvio que no se acordaba.

Un día Zaza y yo estábamos tan aburridas que decidimos cruzar Londres haciendo autostop, daba igual dónde termináramos. Acabamos en el Hard Rock Café, en Marble Arch. Había abierto después de estar mucho tiempo cerrado y queríamos echar un vistazo. Entramos y miramos el menú, pero las hamburguesas eran tan caras (costaban diez veces más que las del Wimpy) que hicimos como que sólo habíamos entrado a mirar y que no deseábamos comer allí. Estuvimos un rato en la puerta, haciendo dedo para volver a casa. Unos tipos salieron del café y nos dijeron que iban a buscar su furgoneta y que nos podían acercar un poco más al centro de la ciudad. Tocaban en un grupo llamado America. Era una pandilla graciosa, con camisetas a cuadros, vaqueros acampanados, con un aspecto un poco folk paleta; pero muy encantadores. Iban a una fiesta y nos dijeron que si queríamos ir con ellos. Nosotras contestamos: «No, gracias, dejadnos aquí, en ese café de Shaftesbury Avenue, el Lucky Horseshoe.» Íbamos a menudo por allí, a veces nos invitaban a una sopa. Nos sentamos y nos quedamos mirando cómo se alejaba la furgoneta. Después nos miramos la una a la otra. *¿Estamos locas? ¿En qué estábamos pensando? No tenemos nada que hacer en este mundo, ningún sitio adonde ir, ni un penique, ¡y hemos rechazado ir a una fiesta con un grupo de música norteamericano que está teniendo un enorme éxito con «Horse with no Name»!* Nos llevó meses recuperarnos de aquella oportunidad perdida.



Me sentía tan cerca y, sin embargo, tan lejos de la música. Creía que lo de *ser* músico era realmente algo innato, que era un don con el que se nacía o no. Yo tenía alguna que otra amiga cuyos padres o hermanas tocaban música clásica. Les veía estudiar o ensayar cinco horas al día y sabía que yo no era capaz de trabajar tanto en nada. Aquello de lidiar con las escalas ascendentes y descendentes durante horas y horas me parecía un aburrimiento total. En cuanto a la gente que yo conocía y que tocaba la guitarra eléctrica, creía que para hacerlo tenías que tener pito o ser un genio como Joni Mitchell o alguien extraordinaria como Joan Baez, y preferiblemente norteamericana, por supuesto. Me gustaba el aspecto de Liquorice y de Rose, las dos chicas que entraron a formar parte de la Incredible String Band, aunque daba la impresión de ser un grupo bastante cerrado. Allí no entraba nadie más. Melanie era divertida pero excéntrica, con su voz temblorosa y sus letras inteligentes. Sandie Shaw era más normal; trabajaba en una oficina antes de ser descubierta y tenía un acento de clase obrera londinense, aunque ella sólo era cantante y no tocaba ningún instrumento.

Para mantener la mente ocupada, yo solía fantasear con los músicos. No tenía otra cosa en que pensar. No teníamos televisor, aunque tampoco daban nada interesante en la tele, no me perdía gran cosa. (Más tarde compramos un televisor en blanco y negro de segunda mano, pero nuestro salón era tan frío que para verla teníamos que sentarnos debajo de una pila de abrigos del ejército, mantas y sacos de dormir. Sencillamente, no valía la pena tanto esfuerzo.) En el cine sólo pasaban una película para menores una vez al año, en Navidad; eran pocos los que tenían teléfono (fijo); no había lugares adonde ir, los clubs juveniles eran una birria y a mí no me interesaba ninguna asignatura, excepto arte y lengua inglesa. Con lo único que podía dejar volar

mi imaginación era con la música y con los chicos. Me ponía a imaginar que Donovan o John Lennon eran mis hermanos, o que un día me topaba con Scott Walker y él se enamoraba de mí; armaba mundos interesantísimos dentro de mi cabeza.

Estudiaba las portadas de los discos en busca de los nombres de novias y esposas. Ésa era la conexión que yo entablaba entre las chicas y el mundo al que quería pertenecer. Leía en detalle los agradecimientos y las letras en busca de nombres femeninos. Sobre todo si me gustaban los músicos. ¿Cómo son esas chicas que salen con poetas y con músicos? ¿Qué tienen ellas que yo no tengo?

Leí el libro *Los profetas del Underground* de Jenny Fabian, y me avergüenza reconocer que me pareció genial eso de ser una groupie. Pero sabía que yo no era lo bastante lista, guapa ni desenvuelta para ser siquiera eso. La otra posibilidad que tenía una chica de formar parte del rock and roll era hacer los coros, pero yo no sabía cantar.

Rezumaba música por todas las células de mi cuerpo, pero jamás se me ocurrió que podía formar parte de un grupo, ni se me pasó por la cabeza, ¿por qué habría de ocurrírseme algo así? ¿Quién lo había hecho antes que yo? No existía nadie con quien pudiese identificarme. Ninguna chica tocaba la guitarra eléctrica. Sobre todo ninguna chica común y corriente como yo.

15. HOLA, TE QUIERO

1970

Allá iba yo otra vez, dispuesta a fabricarme una radiante imagen del hombre que me amaría apasionadamente desde el primer instante en que me viera, y todo a partir de unas pocas nimiedades.

SYLVIA PLATH, *La campana de cristal*

He renunciado a convertirme en una cantante pop desde que papá me dijo que no era lo bastante chic y no he logrado hallar la forma de conocer a esa gente guapa que todos los sábados veo por Kensington High Street (chicas de piernas largas, melenas rubias interminables y botas de astracán que pasean de la mano de chicos guapos, vestidos con pantalones de campana estampados y chaquetas de terciopelo color ciruela), pero todavía sueño con enamorarme y escapar del ambiente deprimente en el que me encuentro atrapada.

Tengo dieciséis años, estoy sentada en la biblioteca pública de Crouch End y llevo un vestido que compré en el mercadillo de Kensington; es un maxivestido de algodón violeta oscuro con mangas acampanadas y un corpiño de encaje ajustado al cuerpo. Voy descalza y con los pies sucios.

Una sombra se cruza sobre la página del libro que estoy leyendo –*I Start Counting*, de Audrey Erskine Lindop–; levanto la vista y delante de mí hay un chico muy guapo. Es unos años mayor que yo, lleva una chaqueta de terciopelo azul oscuro y una camisa floreada. Sus hermosos ojos azules me miran con tristeza. No me lo puedo creer: esto es lo que siempre he esperado y creído que sucedería: alguien guapo me miraría y enseguida reconocería en mí a su alma gemela. Le devuelvo la mirada. El chico no habla; la situación es de tal intensidad que estoy a punto de explotar. Poco a poco noto que sostiene algo contra su pecho. Aparto la mirada de su hermoso rostro y la dirijo hacia allí. Es un periódico. Las palabras parecen flotar, lo veo todo borroso... Me siento mareada, aquello es demasiado para mí, la excitación, el

sentimiento amoroso. Vuelvo a mirarle a la cara y le sonrío, su expresión cambia de un modo apenas perceptible, se vuelve un poco más distante; vuelvo a bajar la vista. El titular del periódico es «Jimi Hendrix ha muerto». Una vez que se ha asegurado de que he captado la gravedad del momento, el chico se aleja. Me quedo destrozada, no porque Jimi Hendrix haya muerto sino porque el mensajero no era mi verdadero amor.



Dieciséis años, rubia oxigenada, zapatos Ravel. Bronceado y pulsera de Grecia. Sobre la cama se ve un trozo de un elefante tejido en lana azul, Ellie. No tan mayor como yo me creía. 1970

16. ÁMSTERDAM

1970

Zaza y yo bajamos a toda prisa por Clarendon Road en Turnpike Lane, dejamos atrás mi casita de ladrillo de dos pisos de protección oficial, pasamos por delante de la fábrica de gas y de los coches abandonados y nos dirigimos rumbo a la libertad y la aventura. Son las vacaciones de verano y nos vamos a Ámsterdam solas. Las dos llevamos una mochila que va dando botes sobre nuestra espalda y que apenas contiene una camiseta limpia y una bolsa de patatas chips (nos olvidamos de meter el cepillo de dientes). Sólo poseemos un par de vaqueros cada una (unos Levi's de pernera estrecha) que llevamos puestos. Yo tengo dieciséis años, ella diecisiete. Llegamos a la esquina y miramos a un lado y otro de la avenida principal, preguntándonos qué dirección tomar.

Yo: «¿Ámsterdam en qué país está?»

Zaza: «No estoy segura, creo que en Bélgica. O en Holanda.»

Yo: «Espera un momento, voy a preguntarle a mi madre.»

Vuelvo a casa corriendo y llamo a la puerta.

Yo: «¿En qué país está Ámsterdam?»

Mamá: «En Holanda.»

Regreso corriendo donde está Zaza gritando: «¡Holanda!» Giramos y tomamos la avenida principal en busca de un autobús, un tren o lo que sea que nos lleve hasta Holanda. Muchas de las tiendas están cerradas y sus ventanas y puertas clausuradas con tablones, hay montones de basura apilada al pie de las farolas.

El viaje nos lleva dos días más de lo previsto porque no hacemos más que equivocarnos de trenes y autobuses y tenemos que dormir en los bancos de las estaciones, pero por fin llegamos, estamos en Koningsstraat, en el corazón de Ámsterdam, con cara de sueño, el pelo sucio y sin la más mínima idea de qué hacer a continuación. Llevamos el dinero justo para comprar un sándwich al día por cabeza durante una semana.

Nos sentamos en un muro y miramos pasar la gente. Pasa una chica que

parece un par de años mayor que nosotras, tiene el pelo oscuro, largo y ondulado y los ojos de un azul brillante. Zaza corre tras ella y le pregunta si sabe de algún lugar donde nos podamos quedar. Yo me muero de vergüenza, pero Zaza es de lo más lanzada, se hace amiga de todo el mundo. Al principio la chica de pelo negro nos mira con desconfianza, pero en cuanto Zaza despliega todos sus encantos noto cómo se le suaviza la expresión del rostro. Nos dice que se llama Bridey, que es irlandesa y que vive en una calle donde hay muchas casas okupadas en Korte Koningsstraat: quizá podamos quedarnos allí.

Como dos inocentes niñas de un cuento de los hermanos Grimm, seguimos a Bridey por las calles empedradas, cruzamos un puentecito peraltado y caminamos junto a un canal mientras miles de bicicletas pasan zumbando a nuestro lado. Nos detenemos delante de una serie de casitas altas y estrechas con graciosos tejados como sombreros antiguos. Todo tiene un aspecto tan extranjero, tan raro y encantador como salido de un libro de cuentos y no como el viejo y aburrido Londres.

El portal de una de las casas está abierto y entramos. La sala se halla en penumbra, las ventanas están cubiertas con mantas clavadas en los marcos. Espero a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Bajo la vista hacia mis pies y observo que el suelo es de madera sin barnizar. Miro a mi alrededor y distingo garabatos y palabras escritas en las paredes.

De entre las sombras empieza a materializarse un colchón doble. Tumbado encima de él, languideciendo detrás de la cortina de humo procedente de un porro, como la oruga de *Alicia en el País de las Maravillas*, hay un chico angelical, de rizos largos y rubios que le caen hasta los hombros. Levanta la mirada hacia nosotras y nos sonríe. «Él es Kieran», dice Bridey. Hay otro chico recostado contra la pared. Es alto y delicado, con una larga melena castaña que le cae por encima de los ojos. Nos mira con aire desconfiado a través de sus largas pestañas. Se llama Maurice. Maurice quiere saber quiénes somos y escucha atentamente mientras Bridey le explica que nos encontró en la calle y que no tenemos donde quedarnos. Zaza y yo nos mantenemos inmóviles, pegadas la una a la otra y apretando nuestras mochilas contra el pecho, mientras escuchamos la voz cantarina de Bridey y paseamos la mirada de Kieran a Maurice. Uno me recuerda a las barritas de chocolate blanco Milky Bar y el otro a las de chocolate negro Cadbury Bournville. No sé cuál

me gusta más. Maurice no es nada simpático y dice que no hay camas para nosotras.

«¿Quizá en alguna de las otras casas?», sugiere Kieran. Les pregunto si puedo usar al retrete y Bridey me señala un armario que está junto a la entrada del salón. No tiene puerta, sólo una vieja manta doblada por encima de un trozo de cuerda, detrás hay una taza de váter toda agrietada. Es imposible que yo haga nada allí, soy demasiado tímida, todo el mundo me va a oír. Cuando salgo del armario, después de esperar un tiempo prudencial, me encuentro a Zaza sentada en el borde del colchón charlando con Kieran y Bridey. Bridey se pone a revolver dentro de su bolso y saca una bolsita de plástico de color claro que le entrega a Kieran. Vuelve a rebuscar y esta vez saca una jeringuilla. Zaza y yo observamos a Bridey yendo de un lado al otro de la habitación reuniendo jeringuillas, cucharas y cerillas. No sabemos nada sobre yonquis, pero todo nos parece perfectamente normal, quizá sea porque ella actúa con gran naturalidad. Kieran se pincha primero, seguido del taciturno Maurice; ambos se pinchan en el hueco de la parte interior del codo, pero Bridey lo hace en el pie. No nos ofrecen nada ni nosotras lo queremos. Zaza y yo los observamos fascinadas, susurrándonos la una a la otra lo afortunadas que somos por habernos topado con un grupo de gente tan simpática.

Son las dos de la madrugada y estamos cansadísimas. Kieran y Maurice dicen que, si queremos, podemos compartir la cama con ellos. No nos importa, parecen bastante inofensivos y estamos acostumbradas a ir a fiestas y darnos el lote con chicos que no conocemos. Yo no soy virgen (todavía salgo con Mark, pero él no se va a enterar de esto). Zaza sí lo es, quiere llegar virgen al matrimonio, es griega. Zaza se queda con Kieran, yo duermo con Maurice en una vivienda okupada que está en esa misma calle. Cuando nos metemos en la cama, Maurice y yo nos besamos y nos metemos mano durante un rato; él se disculpa por no poder tener una erección debido a la heroína. Dice que mañana estará mejor, cuando se le pase el efecto. Siento un gran alivio, ha sido un día muy largo. Justo cuando estoy a punto de caer dormida noto que la cama da un bote, alguien se está metiendo dentro con nosotros, otro de los okupas. Maurice le dice que se vaya a la mierda, pero el otro ni caso, dice que quiere hacer un trío. Al principio gime e implora, después empieza a hacer bromas e intenta seducirnos. Si Maurice se deja convencer estoy perdida. Salgo de la cama, pero ¿adónde puedo ir en mitad

de la noche en Ámsterdam? Zaza está en otra casa calle arriba, con Kieran. ¿Y si no me oyen cuando llame a la puerta y no me abren? Por suerte Maurice se mantiene firme y se quita al tipo de encima. Me quedaré con él todo el tiempo que permanezca aquí por pura supervivencia, para mantener a los lobos a raya.

En Ámsterdam descubrí algunas cosas increíbles. En primer lugar, los sándwiches; están hechos con un pan rarísimo que nunca había visto ni probado, es negro, pero no se parece en nada al de la marca Hovis. Las rebanadas son gruesas como una alfombra, compactas y húmedas, una comida en sí mismas. Otra cosa maravillosa es que los holandeses se vuelven locos con la mantequilla de cacahuete, lo cual es fantástico porque a mí me pasa lo mismo. Le ponen mantequilla de cacahuete a todo. ¡Qué gran ciudad esa que considera que los sándwiches de mantequilla de cacahuete son comida para adultos y los venden por doquier! Mis favoritos son los de mantequilla de cacahuete con plátano o con crujientes hojas de lechuga iceberg.

Recorro la ciudad como si flotara en una nube, no puedo creer que exista un lugar así. Actuaciones en las calles, artistas en las plazas, niñas ya casi adolescentes con vestidos preciosos chupando piruletas, gente mayor en vaqueros y con el pelo largo, todo el mundo montando en bicicleta. Es como un patio de recreo. Incluso venden hachís en los cafés.

En nuestra última noche Maurice nos dice que puede conseguir que nos dejen entrar en un club llamado Milky Way. Es parecido al Roundhouse en Camden Town; en el piso de arriba hay una sala con sillones y sofás destartalados y lámparas cubiertas con pañuelos. La atmósfera es densa y está impregnada de un aroma intenso y seductor a incienso, pachulí y hachís. Nosotras no fumamos ninguno de los porros que nos pasan, pero, aun así, al cabo de un rato Zaza y yo empezamos a sentirnos un poco groguis. A través del suelo de madera me llega la música de la planta baja. Bajo las escaleras y me siento en el suelo de la sala principal a escuchar al grupo que está tocando. Se llama Bronco y el cantante es Jess Roden. Tiene la voz más alucinante que he escuchado en mi vida, me tiene fascinada, no puedo creer que haya tenido que viajar hasta tan lejos para descubrirlo, es de Kidderminster. Cuando vuelva a Londres me voy a comprar todos los discos que existan de él.

La obsesión con Jess Roden me duró años, y siguiéndole descubrí el sello

Island Records y empecé a escuchar a otros artistas de la casa, como Bob Marley, Traffic, J. J. Cale, Jimmy Cliff, Mott the Hoople, Nick Drake y Kevin Ayers. El primer álbum que me compré cuando regresé de Ámsterdam fue un recopilatorio editado por Island Records: Nice Enough to Eat. Yo sólo tenía cuatro discos porque eran muy caros, pero los recopilatorios eran mucho más baratos que un LP normal, sólo costaban catorce chelines, así que los compraba un montón de gente, eran importantes. Yo escuchaba todas las pistas con total atención, nunca me saltaba ninguna canción aunque no me pareciese atractiva desde el principio porque quería que la experiencia de tener un disco nuevo me durase el mayor tiempo posible. Fue entonces cuando me di cuenta de que un sello discográfico puede ser representativo de una determinada línea musical. Yo confiaba en el gusto de Island Records.

El otro día vi Nice Enough to Eat en una tienda de Oxfam y el corazón me dio un vuelco, como si me hubiese encontrado por sorpresa con un querido amigo al que hacía treinta años que no veía. Alguien a quien le había confiado todos mis secretos. La portada azul con el revoltijo de caramelos en forma de letras componiendo los nombres de los grupos me resultaba muy familiar. Para mí significaba incluso más que si estuviese viendo un álbum de fotos. Por supuesto que volví a comprar el disco. No podía dejarlo allí abandonado.

Cuando vamos caminando de regreso a la casa okupada para preparar nuestras mochilas para el día siguiente, Zaza me da una noticia que me cae como una bomba. Me ha estado ocultando un secreto. No volverá a Londres al día siguiente, se irá a Estambul a buscar hachís y entrarlo en Ámsterdam..., y le pagarán quinientas libras por ello. ¡Quinientas libras! Dios bendito, eso es una fortuna. Se hará rica para toda la vida. Me pregunta si yo también quiero apuntarme: Kieran necesita otra mula. Zaza me explica que es muy sencillo de hacer. Kieran nos ha comprado ropa muy bonita; Zaza, Bridey y yo volaríamos a Estambul llevando unas maletas con doble fondo llenas de ropa. Cuando llegásemos a Estambul tiraríamos parte de la ropa (para que la maleta siguiera pesando lo mismo), recogeríamos el hachís que nos entregaría un contacto y lo llevaríamos a Ámsterdam. Zaza dice que ellos ya lo han hecho un montón de veces, que no hay ningún peligro, que a las chicas jamás las revisan, que nada puede salir mal. No lo dudo ni un segundo: De ninguna manera. Volveré al colegio para presentarme a los exámenes. Y volveré porque no correré el riesgo de que me detengan, de causarle un disgusto a mi

madre, además de arruinar mi propia vida. Sin embargo, Zaza está decidida. Esa noche se prueba el traje azul marino con botones dorados y ribete color crema que Kieran le ha comprado. Bridey le recoge el pelo en un reluciente moño azabache. Nunca había visto a Zaza tan mayor y tan sofisticada.

Mientras dormito en el tren de regreso a Inglaterra, fantaseo pensando en qué me habría gastado las quinientas libras y me pregunto si no tendría que haber ido yo también a Estambul después de todo.

Llego a mi destino, Turnpike Lane, agotada: casi no he dormido en tres semanas. Pero he regresado sana y salva. He hecho algunas cosas que mamá y Mark no deben saber jamás, pero no pasa nada, nunca se enterarán. Me acurruco debajo de un montón de mantas en mi cama de madera azul en la que duermo desde que era niña, me siento feliz de no encontrarme camino de Turquía para pasar droga (aunque vaya a perderme el dinero), estoy calentita y a salvo en el dormitorio que comparto con mi hermana pequeña. Las conocidas paredes blancas me arropan de un modo reconfortante; el sillón de mimbre de respaldo en forma de cola de pavo real que compré en Biba monta guardia junto a la ventana. Mi mundo está en orden. Caigo redonda.

A la mañana siguiente muy temprano, mientras vuelvo en mí poco a poco, siento un cosquilleo en la parte superior del trasero, justo en la base de la columna vertebral. Algo asciende desde la raja de mi trasero hacia mi espalda. Es apenas perceptible, pero con un movimiento rápido lo aplasto con un dedo. *No sé qué es aquello pero lo deposito sobre la mesilla de noche y lo espachurro.* Ay, qué fastidio, tengo que hacer un esfuerzo por despertarme más de lo que querría y me apoyo en un codo para aniquilarlo con el pulgar, es duro de pelar y me cuesta bastante trabajo. Dormiré un rato más y ya le echaré un vistazo cuando me despierte, seguro que me lo he imaginado, será una pelusilla.

Pero algo dentro de mí sabe que... sabe que tendré que hacer caso a aquello nada más despertarme..., sabe que le estoy dando largas a algo desagradable. Duermo una hora más sumida en la inquietud hasta que ya no soporto el desasosiego: me incorporo y observo el bichito entrecerrando los ojos. ¿Podría ser un insecto? Seguro que no. No va a estar ahí abajo. ¿Cómo se metió bajo las mantas? Me inclino sobre mi mesilla de noche y examino la criaturita. Sólo llevo encima una camiseta blanca, ancha y suelta y unas bragas viejas. Tiene gracia, parece un diminuto, pequeñísimo... cangrejo.

¿Qué hace ahí abajo un diminuto, pequeñísimo cangrejo? ¡Mierda! ¡Tengo ladillas!

Me bajo las bragas y veo que tengo un puntito negro en la base de un vello púbico. A continuación me doy cuenta con espanto que hay un puntito negro en la base de *todos* los vellos púbicos. Intento arrancar uno de los puntitos. No sale fácilmente, el pequeño cabrón. Sostengo la motita negra en la palma de mi mano. Uf, falsa alarma, no es más que una costra chiquitita de color marrón. La casa okupada estaba tan sucia que deben de haberme salido costras de tanto rascarme. Pero mientras la estoy mirando, veo que de la costra chiquitita surgen unas patas y que comienza a desplazarse de lado. Grito. No es un grito tipo: «Ay, ayudadme, he visto una araña», sino más bien del tipo: «*¡Mi cuerpo es anfitrión de criaturas vivas! ¡Unos parásitos asquerosos están hurgando en mi carne y chupándome la sangre!*» Un grito potente e importante. Un grito del tipo: «*¡Matadme de una vez, no puedo soportar seguir viva ni un segundo más!*»

Bajo las escaleras llorando histéricamente e irrumpo en la cocina. Mamá se acerca corriendo a mí. Pobre mamá, tan inocente. Tengo que contárselo todo. La mugrienta casa okupada, los chicos, las relaciones sexuales. (Omito el asunto de los yonquies, la comprensión de una madre tiene un límite.) Mamá mantiene la calma, me tranquiliza e ideamos un plan: cubrimos la mesa de la cocina con periódicos, después cogemos dos cucharas y dos pares de pinzas. Una a una vamos arrancando las ladillas con las pinzas, incluso las que se encuentran en las zonas más recónditas y sensibles (para que mi madre pueda acceder a ellas debo inclinarme encima de la mesa). El terror anula cualquier posible humillación. Colocamos cada una de las ladillas sobre el papel de periódico y la aplastamos con el dorso de la cuchara. No paramos hasta que ya no queda ningún punto negro. Nos lleva dos horas. Después voy a la farmacia y compro un líquido desinfectante antiparásitos.

Mi madre, mi hermana y yo estamos sentadas merendando, son cerca de las seis, cuando llaman al timbre. Son los padres de Zaza que quieren saber dónde está. ¡Cómo no van a querer saberlo! Nunca se me ocurrió, ni tampoco a Zaza, que ellos iban a darse cuenta de que no había vuelto a casa.

–Se ha quedado unos días más –digo.

–¿Se encuentra bien?

–Sí, está perfectamente.

–¿Cuándo volverá?

–El fin de semana –digo, mintiendo.

–Si para el fin de semana no ha vuelto, llamaremos a la policía.

Y se marchan, gracias a dios.

Maldita Zaza, en qué lío me ha metido.

Al día siguiente, mamá me manda al especialista en enfermedades venéreas de Praed Street, en Paddington. (Como canta el grupo 101ers en «Rabies [from the Dogs of Love]»: «It only takes a minute at the Praed Street clinic».)⁶ Una simpática enfermera me entrega una bata de algodón azul y me indica dónde colgar la ropa, después me dice que me tumbe en una camilla, que está cubierta con un papel blanco. Me tumbo y miro las placas de poliestireno del techo, soñando despierta. La enfermera me explica pacientemente que debo deslizarme hacia el borde de la camilla y colocar los pies en los estribos. Me dispongo a hacer lo que me pide, pero caigo en la cuenta de que eso significa que quedaré tumbada boca arriba con las rodillas dobladas sobre mi pecho y las piernas totalmente abiertas. Miro a la enfermera para cerciorarme, *¿De verdad es eso lo que tengo que hacer?* Asiente con la cabeza. Meto los pies en los estribos y apoyo los tobillos en las correas de nailon negro. Tengo las plantas de los pies sucias, por suerte quedan mirando en dirección contraria a donde está la enfermera. Los estribos me mantienen las piernas realmente abiertas de par en par, mi vagina apunta en dirección a la puerta. Me siento como si estuviera amarrada a una balsa en medio de un océano de linóleo, los tobillos atados a los lados. «Aquí viene el doctor», dice la enfermera cuando se abre la puerta. Me siento muy expuesta, no puedo soportarlo, estoy horrorizada, me muero de vergüenza. Nunca había tenido las piernas tan abiertas, ni siquiera haciendo el amor. Nunca nadie me había mirado ahí abajo, nunca se lo había enseñado a nadie, ni siquiera yo me lo había mirado. Aparece el médico. Un hombre. Es joven y guapo. ¿Por qué un hombre joven y guapo es ginecólogo? Debe de ser un perverso. Me quiero morir. Es lo más humillante y espantoso que me ha pasado en toda mi vida (*que me había pasado en la vida hasta ese momento*). Me echo a llorar.

Visito a mi novio Mark un par de veces durante las siguientes dos semanas. Una mañana me despierto en casa sintiéndome realmente sexy. Me desperezco en la cama, siento el roce de mi cuerpo tibio contra las sábanas frescas y pienso: *Iré a la cabina telefónica, llamaré a Mark y le diré que quiero ir a verle para que me dibuje. Quiero tumbarme desnuda en su cama y*

que él me mire, sin tocarme, que me estudie y me dibuje. Será muy sexy. Me visto, voy hasta la cabina telefónica de la esquina y lo llamo, pero Mark no parece muy contento de oírme, lo cual es raro porque me quiere. Le cuento mi plan, pero me corta en mitad de la frase y dice: «Tengo ladillas. Será mejor que vayas a ver al médico. Me las has pegado tú.» Oh, mierda. No se me había ocurrido que se las podía contagiar a Mark. Pensé que con la medicación ya no había peligro. Ahora él también sabe lo que he hecho.

Zaza logra regresar a casa. Hasta que la veo en el pasillo del instituto no me doy cuenta del miedo que tenía de que no volviese. Vamos al comedor del colegio y me cuenta que en el aeropuerto de Estambul, cuando estaba pasando por el control de aduanas con el falso fondo de su maleta lleno de hachís, el agente de aduanas la retuvo y le dijo que creía que llevaba droga y que iba a revisar su equipaje. *Pero ella se puso a charlar con él y le convenció de que no lo hiciera. ¿Podéis creerlo? Se puso a conversar y a bromear y consiguió librarse de ir a la cárcel en Turquía.* Al final el agente la dejó ir y le dijo: «Buena suerte en el control de llegada.» Tiene nervios de acero. Me dice que esa noche tiene que ir a un bar que está en Piccadilly Circus para encontrarse con Kieran y entregarle su parte del dinero. Le digo que se lo quede, que se lo ha ganado, pero Zaza tiene miedo de que él vaya a buscarla si no lo hace. Kieran conoce a un montón de tipos muy chungos. Me pide que la acompañe. Llegamos, es una especie de taberna tipo Oeste americano, un lugar de mala muerte, donde se entra empujando unas pequeñas puertas de vaivén. Esperamos fuera durante horas antes de que aparezca Kieran. Zaza no para de hablar con un chico encantador de la zona de Tyneside llamado Steve. Cuando el chico se marcha, Zaza se vuelve hacia mí y dice: «Me voy a casar con él.»

No sé cómo, pero Zaza se las arregla para averiguar dónde vive Steve en Sunderland y un fin de semana nos vamos allí haciendo autostop. Nos dirigimos a su casa, su madre nos abre la puerta y nos dice que Steve no está en la ciudad, pero nos invita a pasar y nos sirve una taza de té. Zaza se cuela un momento en el cuarto de Steve y rebusca en los cajones para ver si encuentra pruebas de la existencia de alguna novia, pero no descubre nada interesante. Vagamos por las calles hasta que vemos a un chico de pelo largo con pinta de ser simpático y le preguntamos si sabe de algún lugar donde podamos dormir, igual que hicimos en *Ámsterdam*. Nos conduce hasta una casa donde conocemos a una gente encantadora, nos quedamos un par de

noches y después regresamos a casa haciendo autostop. Zaza vuelve a localizar a Steve en Piccadilly Circus. Steve no tiene escapatoria.

Lector, Zaza se casó con él.

17. LA ESCUELA DE ARTE

1972

El paraíso debe de ser igual que la Escuela de Arte Hornsey. Hay un montón de gente guapa e interesante que dice cosas insólitas y va vestida con ropa de mercadillo salpicada de pintura. Yo todavía sigo los pasos de los Kinks, que estudiaron en Hornsey, y los de mis héroes John Lennon y David Bowie, que también asistieron a una escuela de arte. Es justo lo que haces cuando estás en el mundo de la música: estudiar en una escuela de arte. No pretendes hacer dinero ni carrera en el mundo del arte, es un rito de iniciación.

Tengo que concentrarme para mantenerme a la altura de los demás alumnos. La mayoría tienen una educación mejor que la mía y se expresan mejor que yo. Yo soy una del montón. Cuando estaba en el colegio me creía que era buena dibujando, pero comparada con éstos, no. Soy una mierda comparada con ellos. No acabo bien las cosas, no tengo la disciplina necesaria y no comprendo las ideas a fondo. Me siento incómoda por mi incompetencia en todos los terrenos, en el técnico, el intelectual y el creativo. Sin embargo, aquí no importa en absoluto que seas pobre, siempre que actúes con seguridad en ti mismo. Yo hablo poco y observo mucho, especialmente a las chicas.

Nina Canal está en mi clase (*más adelante formaría parte del grupo neoyorquino de música experimental Ut*). Es alta y esbelta, con la piel aceitunada, el pelo negro y corto, y se mueve como una gacela; es lánguida y segura de sí misma, la chica más elegante que he visto en mi vida. Nina siempre va con otra chica igual de deslumbrante que se llama Perry (un nombre genial), de melena larga, rubia y revuelta, superinteresante y sin pelos en la lengua; ilumina cualquier lugar donde se encuentre. (*Fue el gran amor de Ben Barson; el dios griego de Woodcraft Folk. Y no me extraña que lo fuera.*) Nina y Perry no se maquillan, llevan la ropa y las manos manchadas de pintura, tienen los dedos ásperos y nudosos, llenos de tiritas cubriéndoles los cortes de los escalpelos y los cúters. Manos trabajadoras, creativas, las

manos de chicas que hacen cosas, que tienen ideas. Manos sexys. Fuman tabaco de liar. Esas dos chicas logran eclipsar a mis anteriores modelos de conducta, a Marianne Faithfull, Anita Pallenberg, Suzi Quatro y June Child (pero no a Yoko Ono). Ellas dos son chicas cercanas a mi realidad, que tienen mi misma edad, a las que puedo imitar. Aunque proceden de una clase social privilegiada, lo cual les da una seguridad de la que yo carezco, estoy convencida de que si las observo y escucho con atención, en un par de meses podré llegar a ser como ellas. Ése es el tipo de chica que yo quiero ser: natural, apasionada con su trabajo, con facilidad de expresión, inteligente, capaz.

Los chicos de Hornsey no son tan interesantes como las chicas. Son divertidos y te ríes un montón con ellos, pero es en las chicas en las que me fijo por primera vez en mi vida. Hay un par de tipos interesantes, como «Graham el Genial», el famoso (*Graham Lewis, que después formó parte del grupo Wire*). Tocó con un montón de grupos, con Dr. Feelgood, Kilburn and the High Roads y con Brett Marvin and the Thunderbolts... Una vez intentó tocar con Pink Floyd, pero no cuajó. Graham usa pantalones muy ajustados que marcan todo lo que hay que marcar, le llamamos «el Paquete», y baila como Mick Jagger, pavoneándose por los pasillos, agitando un dedo en el aire y con la otra mano apoyada en su estrechísima cadera. Desborda vitalidad y entusiasmo. En el curso inferior al mío hay un tipo tímido y dulce que se llama Stuart (*Stuart Goddard, que más adelante se convertirá en Adam, de los Adam and the Ants*), es guapo y serio, trabaja mucho y habla poco.

Mi profesor preferido es Peter Webb. Da una clase semanal sobre arte erótico en el aula principal. Es tal la pasión y el entusiasmo que pone en el tema que logra despertar en mí un interés en el sexo y en lo erótico que aún perdura. Viste traje morado y está convencido de ser Theo, la reencarnación del hermano de Vincent van Gogh. Es tan inteligente y carismático que también nos tiene convencidos a los demás de que lo es.

Un día a la hora del almuerzo, cuando me dirijo por el pasillo rumbo a la clase de Peter Webb, oigo una música de jazz tocada al piano, una improvisación muy lograda, que sale de una de las aulas. Asomo la cabeza y veo a una chica de espaldas sentada al piano. Tiene una melena castaño clara, lisa y sedosa que le cae hasta los hombros y mueve el cuerpo de un modo muy sensual mientras toca. Los músculos de su espalda se tensan con cada

movimiento y se le marcan bajo la ajustada camiseta de rayas azules y blancas. La observo embelesada, pero me marcho a clase antes de que termine de tocar. Más tarde vuelvo a verla de espaldas en el bar de la escuela. La observo, quiero saber cómo es su rostro. Se da la vuelta. La chica es un chico. Su nombre es Jan, Jan Hart. ¡Guau! Voy tras él incluso después de enterarme de que tiene novia, Sue, que estudia en la Escuela de Arte de Bournemouth. Por lo general no hago esas cosas. (*Sue me ha perdonado, es una persona genial, todavía nos vemos.*) Jan me introduce en el mundo del jazz: Mingus, Coltrane y también Loudon Wainwright III. Comparte casa con una panda de barbudos, mayores que él. Son de clase media, muy politizados y serios, sin sentido del humor. Piensan que soy tonta porque soy una persona insegura y no tengo facilidad de palabra.



Jan, que resultó ser un chico

Un fin de semana Jan me lleva a Bournemouth, su pueblo, a conocer a su familia y amigos. Visitamos a Robert Fripp, el guitarrista de King Crimson. Estoy entusiasmadísima porque voy a conocerle, ya que lo he visto tocar en vivo, tengo su disco *In the Court of the Crimson King* y es la primera vez que voy a estar con un músico de verdad en su casa, en calidad de amiga. Jan y yo entramos en el salón y allí está Fripp rodeado de un grupo de jóvenes. Levanta la mirada y, sin sonreír, le pregunta a Jan: «¿Dónde está Sue?» Después me mira sin disimulo y dice: «No deberías haber roto con Sue, era

una chica genial, era mucho mejor.» Fripp no me dirige la palabra ni vuelve a mirarme.

No tengo un penique, así que, para complementar mi beca, trabajo en la barra del Sundown, una enorme sala de conciertos en Edmonton. Entre semana funciona como discoteca para menores de edad, los chavales follan en el suelo rodeados de un montón de gente que les azuza. Salvajismo puro. Los fines de semana tocan grupos en vivo. Todos los que trabajan en el Sundown están alborotados porque la próxima semana tocarán Rod Stewart y los Faces.

No nos está permitido servir a nadie en el extremo de la barra, esa zona es para que los camareros dejen los vasos vacíos. Mientras están tocando los Faces, un tipo mayor y con mala pinta no para de llamarme y darme la lata para que le sirva allí y así saltarse la cola. Le digo que no podemos servir en el extremo de la barra y él me pregunta: «¿Es que no sabes quién soy?» «Me importa un carajo quién eres», le contesto. Se marcha hecho una furia a buscar al encargado del Sundown. Resulta que es un pez gordo del séquito de los Faces. Quiere que me echen. El encargado del Sundown me sugiere que desaparezca del mapa durante el resto de la noche. «Vete a ver el concierto y vuelve a trabajar mañana», me dice. Así que me quedo un rato detrás del escenario con mi amigo Mac, que se ocupa de las luces. Mac dice que puedo entrar en la cabina de iluminación donde está su amigo, un tal Liam, mientras él soluciona un par de cosas. Nada más irse Mac, Liam intenta meterme mano. Se abalanza sobre mí, sabe que no puedo abandonar la cabina, ha oído todo lo que me ha sucedido antes. Los chicos siempre intentan meterme mano, en la calle, en los clubs y pubs, aunque yo no les haya dado pie para ello y ni siquiera les conozca de nada, es así y punto, pero esa vez me siento atrapada, nadie me oirá si aquel tipo se descontrola cuando le mande a tomar por culo. Soy consciente de que es un poco arriesgado, pero me parece que es el menor de los dos males, así que abro la puerta y salgo corriendo.

Subo un par de plantas por unas escaleras de piedra y abro una puerta. Asomo la cabeza y echo un vistazo a la habitación en busca de Mac. Es la sala verde y está llena de gente bebiendo y charlando. El Pez Gordo de los Faces se vuelve, con un whisky en la mano y me ve. «¡Agarradla!» Arremete contra mí seguido por un par de gorilas. Cierro la puerta de un portazo. Sólo tengo una fracción de segundo para decidir qué hacer. Puedo huir escaleras arriba o escaleras abajo. Pienso: *Lo más obvio es correr escaleras abajo, es*

lo que haría todo el mundo, así que huyo escaleras arriba. Oigo al Pez Gordo y a los matones bajar las escaleras en tropel mientras yo las subo a toda prisa. Me siento superlista hasta que la escalera se acaba y me doy de bruces con la puerta que sale a la azotea. Tiro del picaporte, está cerrada con llave. Oigo gritar a uno de los hombres: «¡Debe de haber subido!» A esas alturas claman venganza, sobreexcitados por la persecución. Les oigo subir en estampida, bramando y resoplando como una manada de búfalos. No tengo adónde ir. Me acurruco en el rincón temblando, un pequeño ñu esperando su suerte. Son unos brutos, me agarran, me zarandean y me empujan escaleras abajo. Nunca nadie me había maltratado de esa forma, tengo miedo. Pienso que quizá me den una paliza. Noto algo húmedo que me cae por las piernas. Me he hecho pis encima. Ahora sé que te puedes mear de puro miedo. Otra experiencia nueva.

Los hombres me toquetean mientras me llevan a rastras hasta la puerta trasera del edificio, probablemente me saquen fuera y me den una paliza. Uno de ellos quita la barra que asegura la puerta y con un violento empujón me lanzan al callejón. En el exterior hay una pandilla de admiradoras de los Faces que les esperan con las libretas de autógrafos en la mano. Sus rostros se iluminan cuando se abre la puerta para después quedarse petrificadas, con los bolígrafos suspendidos en el aire, cuando ven que me lanzan fuera, casi encima de ellas. La puerta se cierra de golpe detrás de mí. Bueno, al menos no me han matado. Por cierto, es Nochebuena. Me encuentro en mitad de la calle en Edmonton, sin dinero, sin abrigo, con los muslos mojados de pis en Nochebuena. Me echo a andar. Me echo a llorar. Después oigo gritos e insultos a lo lejos. Entonces veo una banda de cabezas rapadas que corren hacia mí. *Ay, no. Me matarán. Me van a violar y después me van a matar.* Los cabezas rapadas me ven y empiezan a gritar de placer. ¡Carnaza! Me quedo quieta y espero a que se acerquen. Los dos que van al frente se abalanzan sobre mí y pegan sus rostros al mío. «Espera un momento», dice uno de ellos. Agita la mano para hacer que los demás se callen. «Está llorando.»

La pandilla se calla y me rodea. Quieren saber qué ha pasado. Se lo cuento. Dicen que van a ir al Sundown y que van a machacar al Pez Gordo. Les quito la idea de la cabeza. Entonces uno de ellos propone llevarme a la comisaría más cercana. Una banda de cabezas rapadas me escolta hasta la comisaría. El agente de guardia les mira con recelo. «¿Te están molestando, cariño?» «No,

no, han sido muy amables conmigo.» Les doy las gracias y el grupo se aleja fanfarroneando y gritando: «¡Feliz Navidad, preciosa!» El policía me lleva a casa en coche.

Suelo llevar pantalones acampanados y botas de plataforma, que es como se visten los seguidores del glam rock, para burlarme un poco de los alumnos de Horsey. Hoy en día se considera el glam rock más intencional e irónico. También me pongo ropa afín a la de los cabezas rapadas, algo totalmente opuesto a la que se ve en la escuela de arte. Me encanta provocar. Algunas veces me pongo un abrigo de mohair claro de dos tonos, leotardos blancos opacos, zapatos bajos de charol negro y una minifalda gris porque todos los demás van vestidos estilo mullet, corto por arriba y largo por detrás. Sin embargo, jamás me cortarían el pelo estilo *mullet*, corto por arriba y largo por detrás, como lo llevan las seguidoras de los cabezas rapadas. A mí siempre me ha gustado tener una melena bonita.

Acabo el curso preparatorio y después hago un año de diseño gráfico. Luego dejo de asistir a la escuela. No tuve valor para matricularme en el curso de arte, que es lo que realmente me hubiera gustado. Elegí diseño gráfico porque pensé que me iría mejor con el estilo de mis dibujos (muy estilizados y cercanos a la caricatura), pero el curso se centra principalmente en la composición tipográfica, en cómo evitar que el papel se arrugue o se produzcan manchas en algún lado. Es lo peor para alguien patoso como yo. Pregunto en la escuela si puedo tomarme un año sabático, acabar mi portafolio y después volver a matricularme en otro curso. Me autorizan a hacerlo y me asignan un tutor que me dirija el trabajo, un tipo simpático que trabaja de administrativo en el colegio. Para ir tirando durante un año, consigo trabajo de camarera en la barra del Dingwalls, en Camden Town. Quiero meterme a fondo en el mundo de la música y el Dingwalls es uno de los mejores locales de conciertos de Londres.

Cuando intento volver a entrar en Hornsey, suspendo el examen. Decido intentar matricularme en el curso de moda y textil, puesto que cada vez estoy más interesada en la moda y en la música y he diseñado alguna ropa interesante estando en el Dingwalls. El tipo simpático que trabaja de administrativo en el colegio me acompaña a la entrevista. Los tutores que forman el tribunal de selección se ponen en mi contra nada más cruzar yo la puerta. Parecen cabreados, molestos por algo. Se puede palpar la tensión entre ellos y el que me representa, que no tiene nada que ver conmigo, me fue

asignado al azar. Esto es algo que no me ha pasado nunca, jamás he estado con gente a la que yo no le gustase o que no estuviera dispuesta a darme una oportunidad sin razón alguna. No sé cómo defenderme, cómo pelear por lo mío. Me ponen por los suelos de una forma brutal, a mí y a mi trabajo. Sé que allí está pasando algo raro, pero al final todo da igual porque está claro que no tengo ninguna posibilidad de que me admitan en el curso. Me echo a llorar por pura frustración. El tribunal parece inquietarse y me preguntan por qué estoy tan alterada, pero yo no consigo articular palabra, no hay nada que decir, sé que el resultado de esa entrevista estaba decidido de antemano. Es la primera vez que fracaso en algo que deseo. He fracasado un montón de veces antes, en matemáticas, en deportes, pero esas cosas no me importaban. Abandono el aula de entrevistas sumida en sollozos e hipos. Ya en la acera delante de la escuela y bajo una envolvente llovizna, veo cómo mi vida se derrumba ante mis ojos. No tengo ningún futuro. No soy más que una camarera del Dingwalls.

18. DINGWALLS

1973

Me encanta tu sombrero.

CAPTAIN BEEFHEART

No es tan malo ser camarera del Dingwalls. Duermo la mayor parte del día y entro a trabajar a las seis de la tarde. El club me gusta más cuando está vacío: las luces encendidas, las sillas encima de las mesas, el olor a cerveza rancia, y puedo ver las columnas de hierro pintadas de rojo y el pequeño escenario, que normalmente quedan ocultos por la masa de gente.

Aquí tocan un montón de grupos buenos, como Kilburn y los High Roads, Chilli Willi y los Red Hot Peppers, Dr. Feelgood y su frenético guitarrista Wilko Johnson, y algunos de la corriente Northern Soul, pero el grupo que más me impresiona es Kokomo. Son diez integrantes apiñados en el escenario, no tocan rock, sino más bien funk o soul, pero lo que realmente capta mi atención es la chica que toca la percusión. Hay dos chicas vocalistas, pero la que yo digo toca las congas y otros instrumentos de percusión. Nunca había visto a una chica joven tocar ningún instrumento en un grupo musical. Quiero ser ella. Es la primera vez que deseo con toda mi alma ser como una chica que he visto sobre un escenario. Quiero tener su aspecto y estar en ese grupo y llevar su ropa y tener su novio y vivir su vida. Nunca se me había pasado por la cabeza ser músico. Y la razón por la que he sido capaz de dar ese salto es porque alguien al otro lado de la barra me dijo: «Esa chica se llama Jody Linscott, antes de unirse a Kokomo no sabía tocar, aprendió con ellos.» Ésa fue la frase que me permitió soñar durante un rato: «No sabía tocar.»

Una de mis mejores amigas del trabajo es Brandi Alexander, una estadounidense menuda, un poco mayor que yo, guapa y con el pelo rubio y liso. Brandi suele llevar un chaleco negro sin nada debajo y cuando se mueve se le ve el contorno de las tetas. Cuando me dijo que le gustaban las chicas no

podía creérmelo. Como es lesbiana no le interesa causar buena impresión a los chicos bajo ningún concepto, una actitud que la hace parecer una persona dura, pero no lo es. Es amable y generosa. Pero no deja de ser raro que una chica no recurra a su sexualidad a la hora de interactuar con un hombre. Yo soy la más joven del grupo y a menudo me siento perdida entre toda esa gente tan experimentada que trabaja allí, así que la amistad de Brandi me da cierta confianza. Ninguna de las dos consumimos drogas (bueno, drogas duras como los demás), así que nos dejan un poco al margen. He notado que los que se chutan heroína son muy cerrados, te hacen sentir una especie de fracasada si no participas del asunto. En el Dingwalls hay una panda que siempre se esfuma al mismo tiempo y cuchichea en los rincones. Es una presión pasiva, no te dicen nada, pero te tratan como si no existieses. Aparte de Brandi, la otra persona con la que paso más rato es con un chico rubio de pelo alborotado y cejas negras que se llama Rory Johnston. Es muy dulce, con un acento medio escocés, medio americano. Le caigo bien, aunque en realidad no le hago demasiado caso, pero Rory ve algo especial en mí. Cuando no trabaja en el Dingwalls, atiende la barra del Hotel Portobello, donde se reúnen un montón de músicos. También estudia en la Escuela de Artes y Oficios de Hammersmith y es el ayudante extraoficial y sin remuneración de un tipo llamado Malcolm McLaren que tiene una tienda de ropa. Rory es una persona con muchos intereses. A veces me lleva al Hotel Portobello y me siento junto a la pequeña barra mientras trabaja. Es una sala pequeñita en un sótano, nada del otro mundo, con muebles de mimbre y un par de plantas tropicales. Me gusta ir porque allí veo a gente como Mick Ronson y a los otros integrantes de Spiders from Mars o a Ian Hunter del grupo Mott the Hoople bebiendo y pasando el rato.

El Dingwalls está lleno de personajes, como las hermanas Robyn y Shawn Slovo. Sus padres eran conocidos activistas antiapartheid; a su madre la asesinaron por ello. Shawn y Robyn son muy creativas, escriben y hablan con una gran seguridad en sí mismas. Esas dos no se dejan intimidar por nadie. Me encantaría ser así. Otra persona que me parece genial es una camarera que se llama Rose. No pasa ni una. Una vez vino Captain Beefheart a pedir una hamburguesa, llamó a Rose y le dijo que le gustaba la forma que tenía de andar. Es interesante que se fijara en eso, puesto que Rose camina de un modo muy particular, una mezcla de la arrogancia de un estibador de puerto y la gracia de una bailarina de ballet, con los pies hacia fuera y paso resuelto,

nada femenina en el sentido tradicional de la palabra, sin ninguna pretensión de seducir ni de ser sensual. A él le gustó su forma de andar porque es firme y combativa. Siento celos de que Beefheart se haya fijado en ella. Fue la comidilla del club durante el resto de la noche.

Yo tuve mi propio «momento Beefheart» un par de años después. Me encontraba en una cafetería de Portobello Road y vi que Captain Beefheart estaba sentado en el extremo opuesto de la sala. Cuando se levantó para irse, pasó junto a mi mesa y, para gran sorpresa mía, se detuvo y me dijo: «Me encanta tu sombrero.» Yo llevaba una boina gigantesca de seda rosa intenso con lunares blancos que me había hecho mi madre. Del centro sobresalía un enorme rabillo rosa. Le miré con una expresión muy seria y le dije: «A mí me encanta tu música.» Pareció sorprendido, no era un músico demasiado conocido, no del tipo que la gente reconoce por la calle. Asintió con la cabeza y se marchó.

Los jefes del Dingwalls no son como los jefes tradicionales. Uno se llama Dave «Boss» Goodman y es un tipo grandullón y adorable que antes era representante del grupo Pink Fairies. Russell Hunter, que era batería del grupo, es el encargado del bar. La mayor parte del tiempo son descarados e irreverentes, pero de vez en cuando se toman el trabajo en serio y se ponen estrictos con nosotros, lo cual tiene su gracia. A mí me encanta Russell, me gusta su voz suave, pero yo no le intereso. Una vez me pidió que subiera con él al apartamento que queda justo encima del Dingwalls para recoger unas cajas vacías. Todo el mundo se rió por lo bajo cuando salimos juntos del bar porque el apartamento es famoso como picadero. Cuando entramos, me empujó encima del colchón de agua y empezó a besarme. Me sentí tan abrumada cuando me metió una mano entre las piernas que empecé a temblar. Se detuvo y dijo que era mejor que volviéramos abajo. No recogimos las cajas y nunca más volvió a intentarlo.

Un hombrecillo raro y contrahecho que recoge los vasos en el Dingwalls (no se le paga por ello, viene temprano y le dejan quedarse porque trabaja gratis) se ha obsesionado conmigo. Al principio resultaba molesto, pero luego la situación acabó yéndoseme de las manos. Me llama «Melenas» por mi pelo largo y ondulado (que, en realidad, es una permanente estilo Maria Schneider en *El último tango en París* que me hice en la peluquería Molton Brown, en South Molton Street). Él tiene el pelo largo, moreno y grasiento, los ojos saltones, y habla como Uriah Heep, arrastrando las vocales y con tono

quejumbroso, mientras se frota las manos sin cesar. Siempre va con unos pantalones negros ajustados y un pañuelo rojo atado a la muñeca, una mezcla entre Max Wall y un bailarín demoniaco de danzas folclóricas inglesas. Le ha dado por plantarse en la puerta del edificio donde vivo cuando no estoy trabajando y quedarse ahí todo el día. No quiero dejarme intimidar por él, pero no me gusta salir y encontrármelo. Me pasa notas por debajo de la puerta escritas con una caligrafía florida y medieval. El otro día me dejó un jabón perfumado en el buzón con una nota que decía: «Querida Melenas, cada vez que uses este jabón será como si me frotases por todo tu cuerpo.» Lo tiré a la basura. No le hago caso. Jamás le miro ni le hablo y he cambiado mi número de teléfono. Es la única forma de tratar a un obseso.

Cuando trabajas de noche conoces a personajes raros y te ves envuelta en situaciones en las que pasas bastante miedo. Una noche cruzaba el puentecito de Chalk Farm Road, justo antes de doblar a la izquierda y llegar al Dingwalls, cuando me pareció ver algo «sospechoso» por el rabillo del ojo. Como una tonta, no le hice ningún caso. Nada más doblar la esquina y entrar en el patio adoquinado que hay detrás del Dingwalls, me vi de bruces en el suelo. Fue en un abrir y cerrar de ojos. Dos tipos se me tiraron encima y empezaron a manotearme y arañarme la entrepierna intentando arrancarme los leotardos. Me puse a chillar y me defendí con todas mis fuerzas, pero no podía con los dos al mismo tiempo. Entonces, para mi gran suerte, un coche blanco grande entró en el patio; era Russell, el encargado del bar. Lo llamé a gritos, él detuvo el coche y los dos tipos salieron corriendo. Después Russell me dijo que estuvo a punto de no parar porque creyó que sólo era un grupo de chicos haciendo el tonto. Llamó a la policía y me interrogaron. Uno de los policías dijo: «Bueno, ¿qué esperas, vestida como vas?» Llevaba una falda y una chaqueta vaqueras y leotardos de rayas de la tienda Biba. Los polis no salieron en su búsqueda.



Con mi permanente a lo Maria Schneider ya más crecida. Blusa de muselina del mercadillo de Kensington. Chaleco hecho por mí. Botas, Terry de Havilland. 1973

Cuanto más tiempo trabajo en Dingwalls menos energía tengo. Al principio estaba llena de entusiasmo e interés y quería causar buena impresión, pero tras seis meses de currar todas las noches estoy siempre agotada y me pongo borde con los clientes. Tomo anfetaminas para aguantar la noche y después duermo todo el día, así que no me queda tiempo para vivir la vida. Lo único que hago es besar a un montón de chicos. Una noche, nada más llegar al trabajo, los jefes me llamaron al despacho y me despidieron. Esa noche echaron a casi todo el mundo, incluso a Rose, que es una camarera fantástica. Además de quedarme sin trabajo me quedé sin casa donde vivir. Me peleé con las chicas con las que compartía apartamento en Bounds Green. Fue cuando se estropeó el retrete. Les dije que echaran un cubo de agua cada vez que lo usasen, sobre todo si tiraban los tampones al váter. No soy ninguna maniática de la limpieza, pero aquello empezaba a apestar. Se

pusieron furiosas conmigo por sugerir algo así, me acusaron de no ser feminista y de sentir asco por las funciones naturales de la mujer. (Hoy en día es imposible estar en desacuerdo con otras mujeres sin que acaben acusándote de antifeminista.) Da igual, todo se ha vuelto muy desagradable así que voy a mudarme.

Ahora no tengo casa, no tengo futuro y ni siquiera soy ya camarera del Dingwalls.

19. DAVIS ROAD, 22

1973

Todo el mundo sabe cómo okupar una casa: por la noche te vas a una vivienda vacía, fuerzas la entrada, cambias la cerradura y ya es tuya. Sue, que trabajaba conmigo en el Dingwalls, me cuenta que en la casa vecina a la suya en Acton hay un apartamento vacío en la última planta. Una noche me voy allí junto con Alan Drake (mi amigo de Southgate con el que iba a los conciertos de Bowie) armados de una bolsa de plástico que contiene un destornillador, una linterna, un martillo, velas y una cerradura nueva). Mientras me hace adiós con la mano, mi madre me dice: «Ten cuidado, cariño.» Alan fuerza la puerta de entrada, yo quito la cerradura vieja con el destornillador, coloco la nueva y listo. Subimos las escaleras de madera, no hay alfombras (eso es bueno) y echamos una ojeada a nuestro alrededor. Las paredes están pintadas de color verde oliva, la habitación principal está empapelada con un diseño floral estilo William Morris. Pasamos la noche metidos en nuestros sacos de dormir, sobreexcitados y hablando sin parar. Más adelante haremos que alguien bloquee el contador de electricidad para tener luz gratis. Todo el mundo lo hace.

En el apartamento de abajo viven dos ancianitas. Unas viejecitas muy dulces. Las oímos gritar con voz temblorosa: «¿Hola? ¿Hola? ¿Quién anda ahí?» Deben de estar aterrorizadas de oír que alguien fuerza la puerta de entrada y sube las escaleras a altas horas de la noche. A pesar de que tenemos portales diferentes, tiene que ser desconcertante. Nos sorprende que no llamen a la policía. Alan y yo bajamos a hablar con ellas. Les explicamos que nos estamos mudando al apartamento de arriba y que está todo bien. Las ancianas nos miran aterrorizadas, como si sus vidas estuviesen en nuestras manos y se hubiesen resignado a su suerte. Esa noche les había llegado su hora y no les quedaba más remedio que aceptarlo.

Una vez instalados no paramos de armar jaleo. Ponemos música día y noche. A todas horas entra y sale gente que da auténtico pavor. Una noche Long John Bladry, un viejo cantante de blues que obtuvo algún que otro éxito

con sus canciones, destroza la puerta de calle porque ha perdido la cabeza por Alan. En otra ocasión alguien lanza un ladrillo contra la ventana de mi cuarto (por suerte no hay nadie dentro); creemos que habrá sido un taxista contrariado porque muchas veces cogemos un taxi para volver a casa de los conciertos, le pedimos al taxista que pare en la calle paralela a la nuestra, saltamos fuera del coche y nos metemos a todo correr por un callejón diminuto que conecta con nuestra calle. Hemos oído que a los taxistas no se les permite abandonar sus coches porque tienen el dinero dentro, así que no pueden perseguirnos. Es obvio que uno de ellos nos ha rastreado y ha descubierto dónde vivimos. No le habrá sido difícil, se nos reconoce a la legua.

Lo único que comemos Alan y yo son copos de maíz Kellogg's y de vez en cuando un KitKat o un Mars para darnos un gusto. Nunca comemos comida de verdad. Yo estoy más que contenta con un cuenco de cereales para cualquiera de las tres comidas diarias (*y lo sigo estando a día de hoy*). Estamos delgados, llenos de granos y tenemos la piel pálida, casi gris.

Yo cuento con algo de dinero porque conseguí una beca para estudiar diseño de moda y textil en la Escuela de Arte Hammersmith en Lime Grove. Es la misma escuela a la que va Rory. Fue él quien me dijo que me matriculase allí, que era fácil entrar, y así fue. Cuando me pagan la beca tengo un montón de dinero durante dos semanas y después ya no tengo nada durante tres meses hasta la siguiente entrega. Alan no tiene trabajo, cobra el paro y roba comida de la tienda de la esquina. Los de esa tienda nos tienen cariño, son los únicos del barrio que nos tratan como seres humanos. Pero cuando pillan a Alan robándoles se enfadan muchísimo. Nos han prohibido la entrada y tenemos que andar un montón para hacer la compra. Me siento fatal por haber defraudado a esa gente y estoy furiosa con Alan porque yo tengo mis principios, como el de no robar (excepto papel higiénico en los pubs).

Ahora nuestra vecina, Sue, se arrepiente de habernos mencionado la existencia de ese apartamento. Cuando me habló de él en el Dingwalls yo era una chica femenina, con una melena llena de rizos y camisetas floreadas. Cuando aparecí por David Road con un martillo y un destornillador, me había convertido en un ser desaliñado y greñudo. Sue nos pide que nos vayamos de allí, dice que molestamos a toda la calle.

20. PAVO REAL

1974

Estoy preocupada. La Escuela de Arte Hammersmith *parece* una escuela de arte (las paredes están llenas de cuadros, tiene ventanales enormes, caballetes por todas partes), pero los alumnos no tienen pinta de estudiantes de arte. Pensé que allí iba a conocer a gente interesante. La única persona que he conocido hasta el momento que tenga cierta noción de estilo es Jane Ashley, la hija de los dueños de la tienda de ropa Laura Ashley. En el recreo, Jane y yo nos dirigimos por el pasillo rumbo al bar de la escuela, no nos damos ninguna prisa porque nos han dicho que ir a aquel bar es una ordalía, ya que es común para la escuela de arte y para la de oficios, donde enseñan enlucido, electricidad, fontanería, y todos esos chicos se sientan al fondo del bar y se meten con los que estudiamos arte. Mientras Jane y yo hacemos cola mezcladas con los alumnos de construcción, intentando no hacer caso a los comentarios sarcásticos sobre nuestra vestimenta, detecto un destello de movimiento y color (una figura borrosa con pelo oscuro, zapatos de tacón, el revoloteo de un pañuelo de gasa y las piernas más largas y delgadas que he visto en mi vida). Desaparece de inmediato en el baño de hombres. «¿Eso era un *hombre?*», le pregunto a Jane. No aparto los ojos de la puerta y al cabo de un rato la criatura reaparece y la observo mejor. Sí, es un hombre. Es flaco como un palillo, lleva unos pantalones ajustados a cuadros rojos y blancos, zapatos negros de talón abierto y tacón alto, una chaqueta de chica entallada que le queda demasiado estrecha, todo ello rematado por una melena suave y sedosa peinada hacia atrás. Los alumnos de la construcción se ponen como locos ante aquel espectáculo, le gritan y abuchean, pero él nos les hace ningún caso y se dirige ufano y seguro hacia el centro de la cola formada en el bar, abriéndose paso para llegar hasta su acompañante.

En ese mismo momento sé que ese chico va a ser mi amigo, a pesar de que mi aspecto no sea tan extremista como el suyo. Me gusta su coraje y su estilo. Es la clase de persona que me atrae. Nuestras miradas se cruzan y me echo a reír. Mi risa es una mezcla de reconocimiento y alivio porque sé que nuestra

amistad es inevitable, es obvio que somos gente de mentalidades parecidas, así que será mejor que vayamos directo al grano y nos ahorremos la lenta fase protocolaria del conocimiento mutuo. Pero mi risa le ofende y me mira con una expresión herida.



Mick Jones a los diecisiete años. Me va a matar por enseñar esta foto, pero a mí me parece que está muy mono

–Hola, me llamo Viv –le digo para romper el hielo.

–Mick Jones –contesta él en voz baja, con aire tímido y acento del sur de Londres.

21. HORSES

1975

Todas las semanas compro la revista *NME (New Musical Express)*. La encuentro difícil de leer porque los que escriben allí usan palabras larguísimas, pero no me resulta un tostón porque me interesa lo que dicen. Un día leo un pequeño artículo sobre una cantante llamada Patti Smith. Va acompañado de una foto. Es la portada de *Horses*, su próximo álbum, una fotografía en blanco y negro tomada por Robert Mapplethorpe.

Nunca había visto una chica que tuviese ese aspecto. Ella es mi alma al descubierto, todas las cosas que escondo en lo más profundo de mi ser y que no pueden salir. Patti Smith parece natural, segura, sexy y original. No es que quiera vestirme como ella ni copiar su estilo, sino que me da la confianza para expresarme tal como soy.

El día que sale su álbum (no quería pensar mucho en él pues temía que la música no estuviera a la altura de lo que prometía aquella audaz carátula) no asisto a clase, sino que me voy en autobús hasta la discográfica HMV en Oxford Street. Es tal el entusiasmo que hasta me siento un poco mareada. Cuando llego veo a Mick Jones dando vueltas delante de la tienda de discos.

–¿Qué haces aquí? –le pregunto.

–He venido a comprar el disco de Patti Smith.

Vuelvo a casa a toda prisa y pongo el disco. Se adentra en un largo monólogo interior, abunda en poesía y acaba dando paso al sexo. Las canciones tienen una estructura totalmente original, no están construidas como las canciones de siempre sino que son una mezcla de improvisación, paisajes, ideas, versos y coros. Es una persona que se atreve a dejarse llevar delante de todo el mundo, se expone sin tapujos y se arriesga a caer de bruces frente a los demás. Hasta ese momento las chicas se han controlado y contenido. Patti Smith se entrega. Su disco expresa en sonidos partes de mi persona a las que yo no tenía acceso, que no había logrado verbalizar, que no había podido visualizar hasta ese momento.

Escuchar *Horses* despierta en mí la idea de que la sexualidad de las chicas

puede plantearse bajo sus propias condiciones, por placer propio o con fines creativos, no simplemente para explotarla o conseguir un hombre. Nunca había oído a una mujer jadear de esa manera o hacer ruidos como si estuviese follando mientras canta (excepto en *Je t'aime* de Jane Birkin, y a mí ese disco no me conmovió en lo más mínimo). Escuchar la música tan sexual de Patti Smith, la forma en que construye un crescendo orgásmico mientras canta al frente de su grupo, me vuelve loca. Es algo liberador. Si yo lograra soltarme aunque sea una cuarta parte o incluso una octava parte de lo que se suelta ella sin que me importase una mierda quedar en ridículo, quizá llegaría a hacer algo con mi vida.

22. EL PRIMER AMOR

1975

En este mundo hay todo tipo de amores,
pero nunca el mismo amor dos veces.

F. SCOTT FITZGERALD

En la escuela hay sólo un teléfono público y está en el vestíbulo principal. Siempre que entro o salgo del edificio, Mick Jones está en ese teléfono. Cada vez que voy a usarlo, Mick está acaparándolo. Todos los días está él en el vestíbulo hablando horas y horas por teléfono. ¿Qué diablos hace? Quizá tenga una relación problemática, quizá esté rompiendo con alguien. Una de las veces que me lo encuentro en el bar de la escuela le pregunto en qué anda metido.

–Estoy formando un grupo –me contesta.

Mick es ese personaje típico en todo grupo musical (siempre existe uno) que se ocupa de cada detalle de la organización, que se toma a pecho los problemas y los fracasos del grupo, que vive, se desvive y hasta moriría por el grupo.

Siempre que habla de música a Mick le brillan los ojos y agita las manos lleno de entusiasmo. Me cuenta que toca la guitarra y que está intentando reunir algunos músicos para ensayar. Parece que hay un chico guapo, rubio y de pelo largo llamado Kelvin que es un buen cantante, también hay otro par de músicos que le interesan, pero ninguno de ellos se toma en serio a Mick ni su forma de tocar la guitarra. Le tratan como si estuviera de broma. Sólo van a ensayar si no tienen nada mejor que hacer (y le lleva toda una semana convencerles de que acudan a un ensayo). Mick se lo toma con filosofía. Es una persona modesta. Tiene tantas ganas de formar parte de un grupo que no piensa darse por vencido. Si no se presenta nadie al ensayo que ha organizado, va y organiza otro. Si el que toca el bajo se marcha, sale escopeteado a buscar a alguien que le reemplace. A veces le han echado de su propio grupo y ha tenido que empezar todo de nuevo. Vuelta a llamar por

teléfono sin tregua, llama y llama, metiendo más y más monedas en el teléfono público.

Yo escucho un par de grupos por semana, lo hago desde que tenía trece años, pero jamás he visto tal fervor por la música. Nunca había conocido a nadie de mi edad tan entregado a algo. Mick está dispuesto a dejar su amor propio y su orgullo de lado y emplear cada ápice de su energía y de su tiempo en alcanzar su sueño. Siento celos de su pasión.

Mick y yo nos sentamos en la biblioteca de la escuela y hablamos de los grupos que nos gustan. Al cabo de un rato empiezo a divagar sobre un chico con el que me he acostado. «¡Por Dios, Mick, no sabes lo guapo que es! Tiene el pelo rubio y muy largo. Pero estoy un poco preocupada porque no me ha venido la regla. Creo que quizá esté embarazada. Cuando estábamos en la cama me dijo que mi espalda era como la de un chico. ¿Eso es bueno o malo? Me dijo que eso le encantaba. ¿Crees que será gay?» Mick me escucha pacientemente sin decir nada. Cuando ya me he quedado sin aliento, me pregunta si quiero acompañarle esa noche a ver una película. Se trata de *La batalla de Argel*. Bueno, el título no me resulta atractivo, pero me encanta estar con Mick, es muy divertido, y puedo hablar con él como si fuera una de mis amigas, así que digo que sí.

Mick y yo nos encontramos en la puerta del cine, un cine de arte y ensayo muy en boga que se llama Electric, en Portobello Road. Empiezo a caer en la cuenta de que Mick no sólo es mucho más listo que yo sino que además es mucho más sofisticado. La película es fascinante y te atrapa emocionalmente, una experiencia intensa que se incrementa con la percusión y el ritmo de la banda sonora de Ennio Morricone.

Salimos del calor del vestíbulo a la calle fría y oscura. Las farolas desprenden un resplandor dorado, la gente pasa a toda prisa a nuestro lado, en el aire flota el aroma a patatas y pescado frito, blancas nubecillas de vaho emergen de nuestras bocas mientras avanzamos apretujados por la calle hablando apasionadamente de la película. Entonces nos encontramos de frente con Rory. Me incomoda que me haya pillado con Mick.



Mick y yo durante un posado que hicimos para Laura Ashley en los estudios donde ensayaban los Clash, en Chalk Farm. 1976

–¡Eh! ¿Qué hacéis vosotros dos juntos? ¿Es que estáis enrollados? –Se echa a reír.

Me muero de vergüenza. ¿Cómo se le puede ocurrir que exista algo entre ese espárrago escuchimizado y extravagante y yo? Estoy a punto de afirmar categóricamente que sólo somos amigos y entonces levanto la mirada hacia Mick, él baja los ojos hacia mí...

... ¡Joder! Resulta que voy y me enamoro.

23. EL SALTO

1975

Salta y aparecerá la red.

JOHN BURROUGHS

–El grupo nuevo de Malcolm toca esta noche en la Escuela de Arte Chelsea, ¿queréis ir? –pregunta Rory.

–Sí –contesto yo.

–No –contesta Mick.

Mick ya conoce a los Sex Pistols y aunque es amigo del bajista, Glen Matlock, ellos son sus rivales. Dice que esa noche va a ensayar con su propio grupo en lugar de ir a escuchar a otros. Intenta convencerme de que yo tampoco vaya, pero iré de todos modos. Parece un grupo interesante.

Los Sex Pistols tocan en el salón de actos de la escuela. Una sala igual a todas las de los demás colegios: suelo de madera, el escenario en un lado con un andrajoso telón de seda verde abierto hacia un costado, el techo abovedado con puntales metálicos y sillas de plástico gris apiladas contra la pared. Huele a cera de suelo. No hay mucho público, apenas unos grupitos aquí y allá, desperdigados contra las paredes de la sala. Un tipo con expresión pícaro, una chaqueta de paño azul pastel y rizos color naranja pálido cayéndole sobre la frente viene hacia nosotros.

–Ahí viene Malcolm –dice Rory.

Malcolm McLaren parece algo mayor que todos los demás y va mejor vestido, da la impresión de tener un poco más de dinero. Rory nos presenta. Malcolm es simpático y encantador, pero no coquetea, parece contento de ver a una persona más que acude al concierto. Me lo imagino exclamando para sus adentros: *Bien. La vez pasada había diez personas, hoy hay once.* La expresión de su rostro es muy franca, nada pretenciosa, tiene una mirada divertida. No me examina de arriba abajo para ver cómo voy vestida, algo que hubiese esperado de alguien que es dueño de una boutique. Mientras

Malcolm me estrecha la mano, pienso: *Me he puesto la ropa equivocada, de un color equivocado, en el lugar equivocado.* El pensamiento me cruza por la cabeza en el instante en que nuestras manos se tocan. Llevo puesta una cazadora de aviador de cuero marrón, muy ajustada, talla de niño, algo que es más del estilo de Marc Bolan, unas botas hechas a mano color azul celeste y vaqueros. Había ido a la peluquería Smile, en Knightsbridge, donde Keith me había cortado el pelo y me lo había teñido dejándome las raíces oscuras y las puntas muy rubias. Me doy perfecta cuenta de que todo está mal. Me muero de vergüenza. Yo siempre iba genial en el Dingwalls. Voy genial a las clases del Hammersmith. Pero en este concierto no voy nada genial. Echo una ojeada a mi alrededor para ver cómo van vestidos los demás. De negro.

Salen los Sex Pistols.

Meten mucho ruido y su sonido es estridente, pero no son malos músicos. Yo ya había visto grupos con ese punto anárquico: los Pink Fairies, los Pretty Things, la Edgar Broughton Band. Destaca el cantante: Johnny Rotten, que se inclina al borde del escenario, apoyándose en el pie del micrófono. Está tan inclinado hacia delante que parece a punto de caer en el espacio que hay entre el escenario y el público. Es muy pálido de cara y retuerce el cuerpo de tal manera, adoptando posturas tan raras y feas, que parece deforme. No baila nada, no intenta en lo más mínimo entretenernos ni caernos bien. Su aspecto es vulgar, tiene nuestra misma edad y es la clase de chico que abundaba en mi instituto. No es un cantante estrella como Marc Bolan o David Bowie, siempre vestidos con ropa exótica, ni un virtuoso de la música como Eric Clapton o Peter Green, ni siquiera tiene pinta de cantante machote de rock de los que actúan en los pubs. No es más que un tipo de Finsbury Park, en Londres, Inglaterra, que está cabreado. Johnny canta lleno de desdén con su acento barriobajero del norte de Londres, no tiene una voz educada ni melódica, arrastra las palabras con tono cínico y quejumbroso. Canta con una frialdad absoluta. Tampoco se detecta ni la más mínima influencia estadounidense.

John ha convertido en virtud todo aquello de lo que yo me avergüenzo. No se disculpa por ser como es y venir de donde viene. Lo exhibe incluso con orgullo. No interpreta el desinterés del mundo hacia su persona como una confirmación de que él pueda estar equivocado o de que lo suyo no tenga ningún valor. Le observo retorcerse y dar alaridos sobre el escenario y me doy cuenta de que son los demás los que están equivocados y no él. ¿Cómo

consiguió dar ese salto mental que le llevó de ser un chico que vive en un piso de protección oficial, que asistió a una escuela pública y que no ha estudiado nada de música, a plantarse sobre un escenario y liderar un grupo? Me parece un tipo muy valiente. Un revolucionario. Está enviándonos un mensaje muy potente, el mensaje más potente que pueda transmitir un ser humano. Sé tú mismo.

Siempre he pensado que la serie de circunstancias que han jalonado mi vida (pobreza, norte de Londres, escuela pública, vivienda de protección oficial, *mujer*) predisponían mi nula preparación para triunfar. Mientras observo a los Sex Pistols me doy cuenta de que es la primera vez que veo un grupo y siento que no existe ninguna barrera entre ellos y yo. Las ideas que han estado relegadas al fondo de mi ser durante años afloran en mi cabeza precipitadamente...

... John Lennon, Yoko Ono, los Kinks, el guitarrista que quizá fuese una chica en la Third Ear Band, la chica que tocaba la batería en Kokomo sin haber estudiado música, Sandie Shaw, Suzi Quatro, Emma Peel, las dos chicas de la Incredible String Band, Patti Smith, Mick Jones, Johnny Rotten, mi amor por la música...

... Claro que sí. Por fin logro ver no sólo ese otro universo al que siempre he querido pertenecer, sino el puente que me conduce a él.

24. VIV Y MICK

1975

Al día siguiente del concierto de los Sex Pistols, Mick viene a verme a mi estudio en la escuela. Se queda en la puerta hasta que noto su presencia. Nos recostamos contra la pared del pasillo iluminado por los tubos fluorescentes. Ha venido a preguntarme mi opinión sobre el grupo. Yo estoy exultante. Me siento inspirada. Se lo digo:

–Ni siquiera recuerdo cómo suena el grupo, pero sí que me transmitieron que *yo también puedo hacer eso*. No en el sentido de que es algo fácil y por eso puedo hacerlo, sino que es algo GENIAL y que yo también puedo hacerlo. Y voy a hacerlo.

Mick escucha mi panegírico con expresión enfurruñada, es obvio que esperaba que yo dijese que me parecían una basura. Se toma el hecho de que me gusten los Sex Pistols como una crítica a él y a su música.

Mick está formando otra vez un grupo y ya ha encontrado a alguien que toque el bajo, un tipo muy guapo que se llama Paul Simonon. Todavía no sabe tocar, pero Mick dice que no importa, que tiene buena pinta. También ha encontrado a un cantante, que no es guapo pero tiene mucho carisma: Joe Strummer. Joe estaba en un grupo que se llama los 101ers. A mí me gustaba un disco sencillo que habían sacado, «Keys to Your Heart». Los demás integrantes de los 101ers están molestos porque Joe va a dejarlos, son todos unos chicos muy tranquilos y se toman como una traición que los abandone por un grupo que tiene como mánager a Bernie Rhodes, un tipo muy poco de fiar y amigo de Mick. Bernie presiona a Joe para que se una al grupo de Mick, se ve con él continuamente y no deja de repetirle que los 101ers se han quedado anticuados y que el futuro está en el nuevo grupo. Al cabo de un tiempo lo convence. Buscan un nombre y se les ocurre el de Young Colts. Para comprobar qué tal suena lo grabo en el mostrador de madera de la oficina del paro de Acton.

A pesar de estar muy al tanto de las últimas tendencias, Mick jamás cambiaría nada de su personalidad para ser un tipo guay. Si algo o alguien le

gusta, mantiene su opinión contra viento y marea, eso es lo mejor que tiene. Es el único de todos nosotros que no toma drogas, ni las toca, es categórico, sólo bebe té tibio. Es independiente en su forma de pensar y nunca dejará de ser amigo de alguien porque su aspecto o su comportamiento no sea el correcto, como hace mucha gente. También es leal a los grupos que le gustaban cuando era adolescente. Mick no esconde los LP, yo, en cambio, ocultaba los discos de Donovan o de los Sparks en los cajones cuando venía alguien, o acababa llevándolos a cambiar a la tienda de discos y cintas de segunda mano. Mick ha guardado todos sus discos antiguos. También fue quien despertó mi interés por un montón de buena música: Velvet Underground, los 13th Floor Elevators, los New York Dolls, MC5, Mott the Hoople. Mick no se limita a ponerte el disco, sino que además te explica por qué le gusta esa música, señala las armonías que están bien y los fraseos de la guitarra. Un par de veces intentó enseñarme algunos acordes sin demasiado entusiasmo, pero es que cuando te has tirado a un tipo, éste pasa de enseñarte nada, ya tiene lo que quería.

No voy a dejar que Mick Jones se entere de que me he enamorado de él, todavía no. Primero tengo que hacerme yo a la idea. Nunca me había enamorado de verdad, sólo me encaprichaba con uno u otro chico porque era guapo. Lo de Mick es algo totalmente distinto: es la persona más interesante, inteligente y divertida que he conocido. Pero todavía sigo ocultándoles a los demás mi relación con él. «Yo soy una persona independiente, sólo deberíamos vernos cuando tengamos ganas, no nos ata ningún compromiso», le digo. Es una lucha constante entre los dos, porque él quiere tener una relación afectiva conmigo públicamente. Mick es una persona apasionada y posesiva, así que esto debe de ser un infierno para él.

Todos los días conozco a tipos nuevos e interesantes. No hay muchas mujeres en ese ambiente, así que recibo mucha atención. Mick siempre está espantando a los chicos de mi alrededor. No me acuesto con otros chicos, pero sí que paso un montón de tiempo con ellos. Yo tampoco intento tranquilizar a Mick diciéndole cosas como: «No te preocupes, Mick, cariño, tú eres el único que me importa», sino más bien: «Adiós, me marchó. ¡Te veo luego!»

25. LOS CLASH

1975

Paul Simonon, el bajista de Mick, no tiene casa, así que se ha mudado al piso okupado donde yo vivo. Paul es guapo como un actor de cine, una mezcla de Paul Newman y James Dean, y es amable con las chicas, no es nada machista. Es algo tímido y cortado pero puede permitírselo, su buena facha habla por sí sola. Fue Paul el que encontró el nombre para el grupo, los Clash. Lo sacó del titular de un periódico. Paul y yo nos caemos realmente bien y él me respeta, algo que siempre se agradece.

Como ahora Paul vive conmigo y con Alan en Davis Road, los Clash se reúnen aquí para organizar el grupo. Mick vive con su abuela en Royal Oak, así que no quieren ir allí, y Joe todavía vive con los 101ers. A mí no me importaría nada que los Clash ocuparan toda mi casa durante sus reuniones, pero prefieren encerrarse en la cocina con aire autosuficiente. Yo no me tomo sus reuniones en serio, pero Bernie sí que lo hace: da la impresión de que está planeando la Tercera Guerra Mundial. Bernie es siempre el último en llegar. Le abro la puerta y pasa a mi lado, apartándome de su camino para subir con gran estruendo las escaleras, entrar en la cocina y dar un portazo tras él. Sin decir palabra. No lo soporto. Es vegetariano (no digo que por eso sea tan desagradable), pero una vez me contó que fue así como lo educaron y que cuando necesita rebelarse va y se compra una hamburguesa.



Con Paul Simonon. 1976

Lo único que Bernie y yo tenemos en común es que pensamos lo mismo acerca de lo que deberían tratar las canciones de los Clash. Ambos creemos que sería mejor que dejaran de escribir letras de amor sensibleras y se centrasen en temas que reflejen nuestro día a día. No paramos de insistirles a Mick y a Joe sobre ello. Por fin nos hacen caso y cambian «I'm So Bored with You» (Me aburro tanto contigo) por «I'm So Bored with USA» (Me aburre tanto Estados Unidos), y escriben más canciones de corte político como «White Riot» (Los blancos se rebelan), que trata de los enfrentamientos con la policía durante el Carnaval de Notting Hill, y «Career Opportunities» (Oportunidades profesionales), inspirada en la época en que Mick trabajó en la oficina del paro y tenía que abrir sobres de aspecto sospechoso que podían ser cartas bomba (los funcionarios con más antigüedad ni siquiera los tocaban).

Sin embargo tiene gracia que ahora mis canciones preferidas de los Clash sean las de amor: «Stay Free» (Sigue libre), «Train in Vain» (Tren en vano) y «Should Stay or Should I Go» (¿Me quedo o me voy?). Mick es un gran compositor de canciones románticas.

26. LA PRIMERA GUITARRA

1976

No existe eso de una nota mala.

ART TATUM

Es desesperante hasta qué punto me afecta lo que los demás piensen de mí. Soy hipersensible a las críticas y carezco de seguridad en mí misma, pero no dejo que mi negatividad me frene a la hora de hacer cosas.

Mi abuela suiza, Freda, ha muerto. Me ha dejado doscientas libras en su testamento. Requiere un altísimo autocontrol por mi parte no coger todo ese dinero y pulírmelo. Estoy segura de que nunca volveré a ver tantas libras esterlinas juntas. He estado pensando qué hacer con ellas durante semanas enteras. Está claro que no las guardaré, pero ¿en qué me las gasto? Durante un tiempo pensé en comprar una vieja moto Norton, pero después de ir al concierto de los Sex Pistols decidí comprarme una guitarra.

Mientras regreso a casa de la escuela de arte andando con Mick por Shepherd's Bush High Street, le digo:

–Voy a comprar una guitarra. Una guitarra eléctrica.

Suelto la frase con bastante agresividad porque en lo más hondo de mi ser me horroriza que se ría de mí. Cuando lo pienso, me doy cuenta de lo ridículo que es que yo diga algo así. Soy una chica de veintidós años que jamás ha estudiado música ni tocado una guitarra. Todos los que conozco que tocan la guitarra eléctrica son chicos y han empezado con la guitarra acústica, algo que no estoy dispuesta a hacer. Además, las guitarras eléctricas son carísimas, no puedes comprarlas así como así, como si se tratase de un juguete o un capricho cualquiera. Pero los tiempos han cambiado. Durante apenas un segundo la impenetrable puerta de hierro de las convenciones se ha entreabierto un poquito y, si soy lo suficientemente rápida y atrevida, quizá logre colarme como una flecha hacia el otro lado antes de que vuelva a cerrarse de un portazo.

Me armo de valor para recibir una avalancha de risotadas y burlas por parte de Mick, pero, tras una pausa, exclama:

—¡Genial! ¡Tengo una novia que toca la guitarra!

Tiene que ser una guitarra. El aspecto, el tamaño, la forma, todo me resulta familiar, como cuando conoces a alguien por primera vez pero sientes que le conoces de toda la vida. Me gusta la forma en que la guitarra zigzaguea entre los demás instrumentos y destaca. Sé que no tengo la base ni la constancia para tocar el bajo, ni que tampoco tengo el desparpajo ni la seguridad para ser una cantante. Necesito un instrumento que canalice mis emociones. En una distancia corta. El tamaño de las cuerdas y del mástil se ajustan al de mis dedos y la frecuencia de las notas me resulta conocida, cercana al tono de mi propia voz. La guitarra concuerda con mi forma de hablar. Son todas esas cosas y ninguna, en realidad. Simplemente creo que así ha de ser. No tengo la menor duda. No podría tocar ningún otro instrumento.

Mick y yo vamos a Denmark Street a elegir una guitarra. No sé ni por dónde empezar. Me siento igual de perdida que si fuera a comprar una pistola semiautomática. El dependiente de la tienda trata a Mick con cierto desdén. Me doy perfecta cuenta de que le parece patético que aquel chico pregunte una y otra vez a su novia qué guitarra le gusta más. Cuando el dependiente comprende que la guitarra es para mí y de que soy incapaz de tocar ni una sola nota, comienza a impacientarse. Nos observa con una sonrisa de suficiencia mientras Mick prueba diferentes modelos. No le hacemos ningún caso, sabemos que se aproxima una época de cambio y que nosotros formamos parte de él. Después de rasguitar durante un buen rato una guitarra, Mick me la pasa. Es una guitarra pequeña y roja de la marca Rickenbacker. La sostengo de un modo raro.



Con mi Gibson Les Paul Junior en el club Stowaway, junio de 1978

–John Lennon tocaba una de éstas –me dice.

Nunca había tenido una guitarra entre las manos. La miro, el dependiente me mira, ni siquiera sé tocar un acorde. Empiezo a sentirme un poco tonta, no estoy segura de poder mantener ese aire de seguridad durante más tiempo, pero Mick no siente vergüenza alguna, así que seguimos a lo nuestro. Al final, acabo comprando una Les Paul Junior 1969 «sunburst», de una sola

pieza. Me encanta su sencillez, los dos controles dorados, el cuerno único, las curvas. Es como una guitarra con un culo bonito. Creo que Mick se portó muy bien conmigo. Él no tiene ni idea de qué tipo de músico llegaré a ser, pero me ha ayudado a elegir una guitarra que tiene el tamaño, la forma y el peso adecuados para mí. Es sencilla y con estilo. Es una guitarra en toda regla. Mick me ha tomado en serio.

Mi guitarra nueva cuesta doscientas cincuenta libras esterlinas. No puedo pagar un estuche en condiciones así que me ofrecen uno de cartón gris que sacan de la trastienda. Tiene un estampado de piel de serpiente y un asa de plástico color marfil. Cargo con mi guitarra por las calles del centro de Londres, la apoyo contra la parada de autobús en St. Martin's Lane (sin soltar el asa, no sea que a alguien se le ocurra birlármela), subo con ella al autobús y me siento con el estuche sujeto entre las rodillas, mientras pienso para mis adentros: «Nadie sabe que no sé tocar, pero ahora mismo parezco una guitarrista.»

Me dirijo calle abajo por Davis Road hacia mi casa okupada, cambiando de mano el estuche cada pocos pasos para descansar los brazos. Por primera vez en mi vida me siento yo misma.

27. EL ROXY

1976-1977

Mi firme oposición a que Mick y yo nos convirtamos en pareja se basa no sólo en que yo quiera seguir siendo libre para salir con otros chicos, sino que también deseo que se me considere por mí misma, como un ser independiente y no como «la novia de Mick». Mick sabe tocar la guitarra y ya ha estado en varios grupos. Es hombre. No tiene que demostrar nada a nadie. Yo sí. Yo intento que un montón de gente nueva me considere una guitarrista, lo cual no deja de ser algo tremendamente audaz, puesto que no sé tocar la guitarra ni he compuesto ninguna canción. Es algo tan descabellado como decir que quiero ser astronauta. Ni siquiera yo misma sé si seré capaz de hacerlo, así que ¿por qué iban a confiar los demás en mí?

Mick es un romántico y cree en el amor, mientras que yo me cuestiono todas las convicciones y costumbres que defendía hasta aquel momento. Él quiere una estabilidad emocional. Fue criado por su abuela Stella en un piso de protección oficial en Royal Oak. Creo que a Mick las cosas le van bien a pesar de todo. Conozco un montón de gente que ha tenido comienzos más prometedores en la vida y que no han llegado a ser ni la mitad que Mick Jones.

Voy al club Roxy todas las noches que está abierto. Nunca tengo dinero, así que me cuelo en la estación de metro de Shepherd's Bush y luego vuelvo a saltar el molinete de salida en la estación de Covent Garden. Después entro en el club de gorra (los dueños, Andrew Czezowski y Susan Carrington, son muy simpáticos con todos los que hacemos lo mismo noche tras noche y, además, no tomamos ni una sola copa). Voy mucho a ese club porque es el único que existe de ese tipo, aunque a veces me aburre hablar siempre con la misma gente, malgastando un par de horas para luego volver a casa.

Casi todo el tiempo me quedo en el piso de abajo, donde pincha discos Don Letts. Conocí a Don cuando trabajaba en la tienda de ropa Acme Attractions en King's Road. Solía invitarme a un sándwich o darme dinero para el autobús porque yo jamás tenía ni un penique. Alan, mi compañero de

piso, y Keith Levene (Keith vivía enfrente de la casa de los padres de Alan en Southgate y lo conozco desde los catorce años) desaparecían cada dos por tres en los lavabos para colocarse. Don pone reggae, en la línea más romántica del estilo lover's rock y dub. Me quedo junto a la cabina del DJ e intento bailar. Estoy cohibida porque no sé cómo moverme. Casi no he visto a nadie bailar reggae, no tengo a quien copiar. No es igual que los cabezas rapadas cuando bailan la música ska. El amigo de Don, Leo (que más adelante tocaría el bajo en Dreadzone), me aconseja que me fije en el bajo. Antes de que me lo dijese yo estaba intentando bailar siguiendo el ritmo de la guitarra, que va más rápido y acentúa en el tiempo débil. Si Wobble está en el club (cuando se convirtió en bajista añadió el «Jah» a su nombre) le miro bailar. No sé cómo lo consigue, pero siempre sabe lo que hay que hacer, es muy elegante bailando, mueve los pies con agilidad y tiene un gran sentido del ritmo.



Con Don Letts y mi guitarra Hagstrom

A altas horas de la madrugada, cuando cierra el Roxy, el metro ya no funciona y me quedo abandonada a mi suerte. No tengo dinero para un taxi y

ni pensar en subir a un autobús nocturno vestida con unos leotardos negros, una camiseta de malla y una cazadora de cuero. Los autobuses nocturnos son peligrosos: están llenos de cabezas rapadas y de borrachos, ninguna chica viaja sola en ellos. Además, la parada queda en la otra punta de mi barrio y tengo que caminar mucho hasta llegar a casa. Sé que será un problema cada noche, pero jamás dejo de salir por ello, simplemente confío en que me las arreglaré para volver. Y además siempre está Mick. Nunca sabe si iré con él a su casa o no, pero espera hasta el final, cuando ya se ha esfumado todo el mundo, y entonces se ofrece a llevarme en un taxi hasta el piso de su abuela. Siempre está pendiente de mí.



Tarjeta de socio del club Roxy

28. MICK Y VIV

1976

Hemos tomado un atajo a través del aparcamiento que hay detrás del Hammersmith Odeon. Está oscuro. De pronto, de entre los coches, aparecen los cabezas rapadas. Nos rodean.

A los cabezas rapadas no les gustan los punks, pero tampoco nos odian tanto como los teddy boys.

Encontrarnos a Mick y a mí mientras cruzábamos el aparcamiento en dudoso equilibrio sobre nuestros tacones altos, vestidos de cuero rosa y negro y con los pelos rubios y azabache de punta, es señal de buena suerte para ellos y de mala para nosotros. Somos como dos insectos exóticos a los que una brisa cabrona ha arrastrado hasta su territorio. Pienso para mis adentros: *Oh, no, Mick no saldrá de ésta, es un completo inútil, ¿quién me manda salir con un enclenque?*

Uno de los cabezas rapadas nos insulta, los demás se apiñan detrás de él, un mar de calvos cabeceando a destiempo. Mick mantiene la calma. Está acostumbrado a esas situaciones. El increpador se vuelve más y más agresivo y empieza a burlarse de la ropa de Mick. Después se vuelve hacia mí y me suelta entre dientes: «A ti te voy a *follar* la próxima vez que te vea.» Sin decirnos nada, Mick y yo interpretamos aquello como una invitación para largarnos. Nos alejamos caminando muy juntos. Siento como si me quemara la espalda. Intento controlar mis piernas para que dejen de temblar y avancen pisando con decisión. *Camina con seguridad, Viv*. Rezo para que no nos sigan. A medida que nos alejamos más y más y no se oye una estampida de botas Dr. Martens sobre la grava, empiezo a creer que nos han dejado marchar. Todos los días nos pasa algo parecido o estamos a punto de que nos pase. Siempre al límite, siempre en guardia. Es agotador.

El peligro se presenta bajo múltiples formas y a menudo me veo metida en líos por pura estupidez. Los viernes por la noche vamos todos a bailar al Royal College of Art. Esta noche Steve Jones, el guitarrista de los Sex Pistols, no deja de coquetear conmigo a pesar de que sabe que salgo con

Mick. Steve me tiene fascinada, no sólo porque es atractivo a su manera, sino porque es muy diferente a los demás, un tipo un poco «duro». Implacable y muy sensual, aunque debajo de sus bravuconadas se adivina cierta vulnerabilidad. John Rotten lo llama el Carbonero porque parece un peón de obra. Steve y yo salimos fuera y me dice: «Ven por aquí.» Me hace bajar por unos escalones de piedra al subsuelo de una enorme casa blanca de Kensington. No sé por qué voy con él, soy consciente de que no está bien. Entonces me dice: «Chúpamela.» Nada de coqueteos previos ni palabras amables. Niego con la cabeza. Sigue insistiendo en que se la chupe y yo sigo negándome. Entonces cambia de táctica. «Entonces te lo haré yo a ti.» *Dios, claro que no. Pero ¿qué estaba yo pensando para meterme en este agujero oscuro con este tipo?* Supongo que creía que nos daríamos unos besos, pero Steve es la persona más sexual de nuestro grupo, está siempre follando, es obvio que no iba a conformarse con unos besos. Empiezo a asustarme, me siento totalmente perdida y no sé cómo salir de allí. Tengo la impresión de que si intento huir las cosas se pondrán peor, que eso puede llegar a excitarle.

—¡Viviane!

Miro hacia arriba y veo asomar la cabeza de Mick por encima de la barandilla de hierro forjado. Debe de habernos seguido, siempre me está vigilando. Sé que estoy metida en un lío, pero no me importa, siento tal alivio y estoy tan contenta de verle que corro escaleras arriba. Cuando llego hasta él, Mick me mira.

—Se acabó —me dice, y se marcha hecho una furia.

Mientras observo cómo Mick se aleja al otro lado de Exhibition Road, me doy cuenta de que no quiero perderlo. Me angustia pensar que si dejo que se aleje no volveré a recuperarle jamás. Corro tras él e intento explicarle que no iba a hacer nada malo. Le ruego y le suplico que me perdone, pero nada de lo que digo le conmueve. Para un taxi y me subo detrás de él antes de darle tiempo a cerrar la puerta. No me dirige la palabra ni me mira en toda la noche, pero yo le sigo a todos lados como un perrito fiel. Bajo del taxi de un salto, le sigo de cerca y me meto en el ascensor del edificio donde vive su abuela. Me pego a él cuando llegamos a la puerta del piso para que no me pueda dejar fuera y me siento en el suelo de su habitación junto a las pilas de discos mientras se prepara para meterse en la cama. Me tumbo a su lado totalmente vestida mientras se hace el dormido. A eso de las diez de la mañana Mick me perdona. Dice que le he demostrado lo arrepentida que

estoy y lo importante que es él para mí. Creo que Mick está sorprendido de lo mucho que le quiero. ¡Qué idiota soy! He estado a punto de perder al hombre que amo.



Con la Gibson Les Paul Junior, ahora pintada de negro metalizado (un sacrilegio)

Tras el «Incidente Steve Jones», acepto que Mick y yo somos novios formales. Nuestra relación es muy inestable, tenemos unas peleas tremendas, pero nos amamos y es un alivio que no le importe que yo tenga un temperamento exaltado. La mayoría de los hombres no lo soportan. Normalmente ésa ha sido la razón por la que me han dejado plantada tantas veces. Pero Mick entiende perfectamente que lo mío son estallidos pasajeros y no le da más importancia. Con él puedo ser yo misma y me siento querida por ser así, y no a pesar de ser así.

29. ALGO SE RESPIRA EN EL AMBIENTE

1976

Cerrad calles y casas
porque algo se respira en el ambiente.

THUNDERCLAP NEWMAN

En el ambiente se respira la música y la constante formación de grupos, y soy consciente de que tengo que aprender a tocar mi guitarra Gibson o de lo contrario lo mío no pasará de una mera «pose» (el peor insulto entre mis amigos, aparte de «arribista»), seré una farsante que pretende ser algo que no es. Keith Lavene era algo joven para salir con nosotros hace un par de años, pero es un tipo muy inteligente y un genio tocando la guitarra, así que se ha integrado en el grupo y viene mucho a Davis Road a ayudarme a aprender a tocar. No me da vergüenza tocar delante de Keith porque le conozco de toda la vida. Nos reunimos un par de veces por semana en mi dormitorio, que es la habitación principal que da a la fachada del edificio, y Keith dice: «No vamos a perder el tiempo con acordes, escalas y toda esa mierda, Viv. Te voy a enseñar cómo *no* tocar la guitarra.» ¡Pero yo quiero aprender acordes! ¿Cómo voy a componer canciones si no conozco ningún acorde? Keith sólo tiene tres reglas: afina siempre la guitarra antes de empezar a tocar (él tiene que afinar la mía), toca siempre con las manos limpias y nunca pases más de tres días sin practicar. Cuando estoy a solas con la guitarra, hago experimentos intentando recrear sonidos de animales y otros ruidos. Así es como construyo mi propio estilo desde cero, desde un punto de partida sin acordes, sin progresiones de doce compases ni nada de escalas.

En mi dormitorio tengo un equipo de música Marshall, un amplificador blanco y un altavoz enorme, lo bastante grandes para una sala de conciertos (se los compré a Steve Jones, sólo dios sabe dónde los habrá birlado). Todos los días toco la guitarra para intentar hacerme a ella, entender para qué sirven las pastillas, cuáles son los controles para activar la amplificación e intentar

desesperadamente *oír*. Quiero desarrollar una personalidad propia, tanto en el sonido como en mi forma de tocar. Necesito asegurarme de que transmito el mensaje deseado con mi instrumento. Resuelvo que lo que quiero es una especie de zumbido como el de un mosquito. Eso es lo que busco. «¿Por qué?», me pregunta Keith. «Me gusta que suene perturbador y peligroso y hasta industrial», le contesto. Continúo girando los controles del amplificador y de mi guitarra para intentar dar con la combinación apropiada que me conducirá hasta EL SONIDO. Es difícil de conseguir. A veces es demasiado intenso, demasiado agudo, y es imposible distinguir las notas, a veces es como el sonido distorsionado de una guitarra de rock vieja y aburrída. No entiendo por qué suena distinto cuando estoy segura de haber usado exactamente la misma combinación del día anterior. Día a día la tarea parece imposible y me dan ganas de renunciar por completo. Paso mucho tiempo tumbada en la cama abrazada a la guitarra y sintiéndome como una farsante.

Keith Levene y yo nos hemos hecho muy amigos y existe una enorme tensión entre Mick Jones y él. *(Hace poco estaba charlando con Keith y le comenté: «¿Recuerdas aquella vez en los años setenta cuando nos tumbamos en mi cama y estuviste horas acariciándome la espalda?» Se rió y me dijo: «No era tu espalda, Viv, ¡era tu pecho!»)* Joe Strummer me enseña a marcar el compás con un pie y tocar al mismo tiempo. Dice que es fundamental que aprenda a hacerlo porque si no perderé el compás y la noción del ritmo. Me parece difícilísimo hacer ambas cosas a la vez y encuentro poco femenino eso de dar zapatazos en el suelo, así que me resisto un poco. Joe no deja de atosigarme para que me acueste con él. Me niego en redondo. No puedo creer que Joe le haga algo así a Mick.

Sue, mi vecina, viene a visitarme. Me pide muy educadamente que deje de tocar. Me comunica que viene de parte de todos sus compañeros de piso a decirme que no sé tocar la guitarra, que llevo meses intentándolo y que es obvio que no lo consigo, que no tengo talento para ello. «Por favor, Viv, por tu propio bien y por el de los demás, déjalo ya y busca otra cosa que *sepas hacer*. Estoy segura de que hay un montón de cosas que se te dan bien.» Tiene toda la razón y soy consciente de ello. No progreso, no tengo un talento musical innato, meto un ruido espantoso. Pero no voy a parar. No sé por qué. Quizá porque no hay ninguna otra cosa que quiera hacer en el mundo.



Caminando por Davis Road con Keith Levene y Mick Jones. 1975

Por suerte, tengo a Keith para infundirme ánimos. Habla conmigo y me rescata de mis constantes «depresiones guitarrescas» (la expresión es de Keith y dice que él las sufre continuamente, que te sobrevienen cuando te quedas estancado y no logras avanzar). Le toco frases de dos o cuatro compases que he compuesto, canturreando, imitando un zumbido con la voz o silbando bajito como una avispa atrapada en un bote de mermelada. Keith dice que ojalá él pudiese componer cosas así, que se siente constreñido por sus conocimientos. Keith estaba muy influenciado por el guitarrista Steve Howe del grupo de rock progresivo Yes. Cuando era muy joven y tenía idealizado a Steve, Keith solía encargarse de transportar y montar el equipo de Yes durante las giras. En cierto modo, Keith me transmitió la forma de tocar de Steve, pero un poco como en el juego del teléfono descompuesto: una vez que la información llega a ti, está totalmente distorsionada y, al pasar por tus manos, se deforma y desfigura aún más.

El propio concepto de expresarme a mí misma a través de la guitarra es algo difícil de comprender. No quiero copiar a ningún guitarrista hombre, no sería sincera conmigo misma si hiciera algo así. No puedo copiar a Lita Ford de los Runaways ni a la guitarrista de Fanny, ninguna de ellas tiene un sonido femenino, suenan como si fueran hombres tocando la guitarra. No dejo de

preguntarme: «¿Cómo sonaría yo si fuese un sonido de guitarra?» Es algo tan abstracto. Mientras experimento, descubro que me gusta el sonido de una cuerda sin pulsar, un sonido sostenido que se pierde poco a poco mientras toco una melodía en la cuerda más próxima. Es como música de gaita o música india o china, algo oriental y simple. Intento tocar como John Cale de la Velvet, tardo siglos en darme cuenta de que lo que él toca no es la guitarra sino el violín y la viola. Quiero que mi guitarra suene así. Me gusta la repetición hipnótica, deseo repetir la misma serie una y otra vez hasta el infinito. Me gustan las canciones infantiles. Me encantan las tres cuerdas agudas, pulsadas cuanto más cerca del mástil mejor y girar al máximo el control de agudos en la guitarra y en el amplificador.

Después empiezo a pensar en la estructura.

No quiero usar las progresiones de doce compases en las que se basa todo el rock. Tampoco sé hacerlo, desconozco la técnica. (Me recuerda a cuando estaba en el colegio y me negué a aprender mecanografía, no quería nada de eso. Es como cuando la madre de Buddy Holly le dijo a éste que hiciera los exámenes finales del instituto y así siempre tendría algo a lo que recurrir en caso de abandonar la música y él le contestó: «Ma, yo nunca abandonaré la música.»)

Poco a poco empiezo a moldear un estilo con la guitarra, juntando cuerdas para tocarlas al unísono, superponiéndolas y volviendo a empezar, hasta que el resultado empieza a sonar como yo. Lo único que deseo es disfrutar tocando la guitarra. Yo tenía la idea de que uno se sentiría bien interpretando música, que tocar un instrumento debía de ser una liberación y un consuelo. Al menos eso es lo que siempre dicen los demás músicos. Para mí es una agonía.

Tengo que formar un grupo rápidamente, sepa tocar la guitarra o no. Ahí está Paul, sentado en la habitación de al lado intentando aprender a tocar el bajo y ya forma parte de un grupo. Si él puede hacerlo, yo también.

El próximo paso es decirle a mi madre que voy a dejar la escuela de arte para dedicarme a la música y, si todo va bien, formar parte de un grupo. Vamos juntas en el autobús 31 (a veces me subo al 31 desde Camden Town hasta Notting Hill por pura diversión, es una ruta muy bonita), estamos charlando en los asientos delanteros del piso superior, yo llevo la guitarra sujeta entre las piernas. Le hablo de los Sex Pistols y de los Clash y de toda la gente que he conocido, ella asiente con la cabeza y sonrío, sabe que siempre

me ha vuelto loca la música y está orgullosa de que esté aprendiendo a tocar un instrumento. Me parece que es un buen momento para contarle mis planes, estoy entusiasmada con la vida.

–Mamá, ¡voy a dejar la escuela y a formar un grupo musical! –le suelto de golpe.

Mi madre se echa a llorar. La bajo del autobús a toda prisa y la llevo al pub Chippenham, donde, después de pedirle que me deje algo de dinero, voy a buscar dos cervezas con gaseosa. Llevo las bebidas a la mesa. Mi madre ha trabajado duro para pagarme la escuela de arte, soy la primera de toda nuestra familia que cursa estudios superiores; trabaja de limpiadora por las tardes después de su jornada laboral para poder pagarme los libros y la ropa y para que yo no vaya mal vestida, siempre ha confiado en mí y en mis ideas, y ahora abandono los estudios. Ni siquiera sé tocar aún la guitarra y ya estoy tirando por la borda toda oportunidad de conseguir un título universitario. Tengo que convencerla de que sé lo que hago.

–Mira, mamá, mira cómo voy vestida: parezco diferente a todos los demás. No soy como los demás. Tú sabes lo que significa la música para mí.

Asiente con la cabeza y se esfuerza por esbozar una leve sonrisa. Bueno, ahora no me queda más remedio que hacerlo, ¿no? La última persona en el mundo a la que querría hacer daño es a mi madre.

30. LAS VUELTAS DE LA VIDA

1976

Es una calurosa tarde de sábado, Mick y yo paseamos por Portobello Road y vemos venir hacia nosotros a John Rotten y a otro tipo. De inmediato le suelto la mano a Mick, no quiero parecer una ñoña, y nos paramos a hablar con ellos. John tiene el pelo rubio y de punta. Su amigo lo tiene moreno y de punta. Los dos son altos y delgados, parecen una bonita pareja de sujetalibros. Durante la conversación menciono que he comprado una guitarra y que voy a formar un grupo. Para mi sorpresa, el amigo de John dice:

–Yo quiero estar en un grupo contigo.

Es algo extraordinario que un chico diga eso, puesto que apenas existe algún grupo en el que se mezclen chicos y chicas. Mick parece incómodo: le gusta que yo toque la guitarra, pero no había previsto algo así. Si yo formo un grupo con ese tipo pasaré a ser parte del enemigo. La sola idea de él y yo tocando juntos ya hace que los Sex Pistols parezcan un poco anticuados. Un grupo musical formado por chicos y chicas es algo nuevo. Le pregunto al amigo de John qué instrumento toca.

–El saxofón.

Quedamos en encontrarnos en Davis Road al día siguiente.

–¿Quién es ese tipo? –le pregunto a Mick cuando nos alejamos.

–Sid.

–¿Qué tal es?

–Es amigo de John. No sacarás nada bueno mezclándote con él.

En sólo cinco minutos todo ha cambiado. Estoy en un grupo con alguien que tiene un aspecto genial. Me pregunto por qué Sid desea estar en un grupo conmigo, quizá lo que quiera es acostarse conmigo, pero no me ha dado esa impresión. Sid vio una oportunidad y quiso aprovecharla. Y después los demás pensamos: «Claro, ¿por qué no?»

Al día siguiente, antes de que Sid llegue a Davis Road, tiro a la calle el sillón de mimbre de respaldo en forma de cola de pavo real que compré en

Biba. Nos sentamos junto a la mesa de pino en la cocina verde oliva y hablamos de nuestro proyecto. Esta vez soy yo la que tiene una reunión para formar un grupo y no Mick y Paul, y además con alguien interesante. Sid es un tipo difícil y suelta las frases como en ráfagas, como si le pareciera estúpido expresar una opinión propia pero, al no tener más remedio que hablar conmigo, se viese forzado a escupir las palabras. Me doy cuenta de que eso no significa que no sepa lo que quiere, sólo que le parece patético opinar categóricamente sobre lo que sea; ser inteligente significa ser capaz de abarcar todos los puntos de vista. A Sid le gusta la idea de que el grupo esté compuesto totalmente por chicas. Le digo que conozco a una chica que se llama Sarah Hall que sabe tocar un poco el bajo, y a la novia de Joe Strummer, una española que se llama Paloma y que toca la batería. (A Paul Simonon le resulta imposible pronunciar su nombre así que la llama «Palmolive» y ahora todo el mundo la llama así. Paul no pretende ser desagradable, pero es que ninguno de nosotros está acostumbrado a los nombres extranjeros, tenemos una existencia bastante limitada, no somos nada mundanos. Todos los que conocemos se llaman Paul, Mick, Steve, John o Sue. Los nombres más exóticos a nuestro alcance son los de algunos conocidos que tenemos de clase media que se llaman Caroline o Sebastian o el de algún compañero del colegio de origen griego o turco.)

Sid, Palmolive, Sarah y yo, todos vivimos de okupas en diferentes barrios de Londres y ninguno tiene teléfono. Sid vive con John en un piso de protección oficial en Hampstead, municipio del New End. Sarah vive en Ladbroke Grove, yo vivo en Shepherd's Bush y Palmolive en la casa okupada de Joe en Orsett Terrace, Westbourne Grove. Al día siguiente de mi reunión con Sid, me dedico a ir y venir en diferentes metros y autobuses hasta la casa de todas ellas para preguntarles si quieren formar parte de nuestro grupo. Si no las encuentro en casa, me quedo fuera esperando durante un par de horas y no dejo de volver y de seguir intentándolo una y otra vez. Me puede llevar varios días. Un día entero por cada persona. No consigo dar con Sarah, así que le dejo una nota y confío en que la lea.



Sid haciendo el tonto

Joe Strummer dice que podemos ensayar en el sótano de su casa okupada, y a partir de entonces todas las decisiones se tomarán cada vez que nos reunamos para ensayar. No hay forma de avisar a nadie de si podrás ir o no, con lo cual no queda más remedio que acudir. Nadie falta a un ensayo. Todos estamos decididos a sacar aquello adelante. No porque estemos desesperados por ser ricos y famosos (bueno, yo no lo estoy, por lo menos), sino porque es algo bueno que deseamos hacer y no queremos decepcionar a los demás.

En el sótano de Joe, donde solía ensayar con los 101ers, hay una batería y unos amplificadores. El primer día nos ponemos en círculo y nos miramos unos a otros, los rostros grises y pálidos como setas que asoman de la tierra.

Decidimos empezar con algunas canciones de los Ramones: «Blitzkrieg Bop» y «53rd and 3rd». Sid me ayuda a aprender los acordes de la guitarra, tiene buen oído, pero ninguno sabemos tocar bien y somos incapaces de interpretar una sola canción sin destrozarla. Sid ha traído el saxofón y toca de vez en cuando. Coloca las manos sobre el saxo, los codos pegados al cuerpo, las rodillas y los pies muy juntos y las piernas rectas mientras da botes como un monigote que salta arriba y abajo en un trampolín. *(La gente empezó a copiarlo cuando Sid lo hacía en los conciertos y esta forma de bailar dando saltos en el mismo lugar pasó a llamarse Pogo.)*

31. CHOCANTE

1976

Es desalentador ver cuánta gente se escandaliza por la verdad y qué poca por el engaño.

NOËL COWARD, *Un espíritu burlón*

El curso de diseño de moda y textil al que yo asistía en la escuela de arte estaba dirigido por un profesor muy sensible y serio y por unas tejedoras muy agradables. Al final del primer trimestre nos mandaron hacer un proyecto durante las vacaciones basado en «un objeto cotidiano». Yo centré mi proyecto en los tampones. Dibujé tampones usados y manchados de sangre flotando en un pis color amarillo pálido en el fondo de un retrete. También dibujé desnudos de mi amiga Sarah Hall (la bajista del grupo que Sid y yo acabábamos de formar). Posó para mí en un montón de posturas diferentes que permitían ver la cuerdecita azul del tampón colgando de su vagina. A mí me parecía que la cuerdecita azul subvertía cualquier connotación lasciva o pornográfica al mostrar la realidad de las funciones corporales femeninas que, por supuesto, nunca ves en las revistas de sexo. Ese descarado detalle que alude directamente a la menstruación anulaba todo viso de provocación sexual.

Realicé el proyecto en la casa de campo de la familia de Jane Ashley. Estaba tan absorta en el trabajo que por las noches no iba al pub con los demás y me quedaba dibujando. Después de las vacaciones volví al colegio con todas mis ilustraciones. Los directores del proyecto se quedaron horrorizados. Se negaron a exponer mi trabajo (y el de los demás alumnos) en las paredes de la escuela. Por primera vez en la historia del curso de diseño los profesores dijeron: «Este año no se expone ningún proyecto.» La clase entera se mofó de la reacción de los docentes.

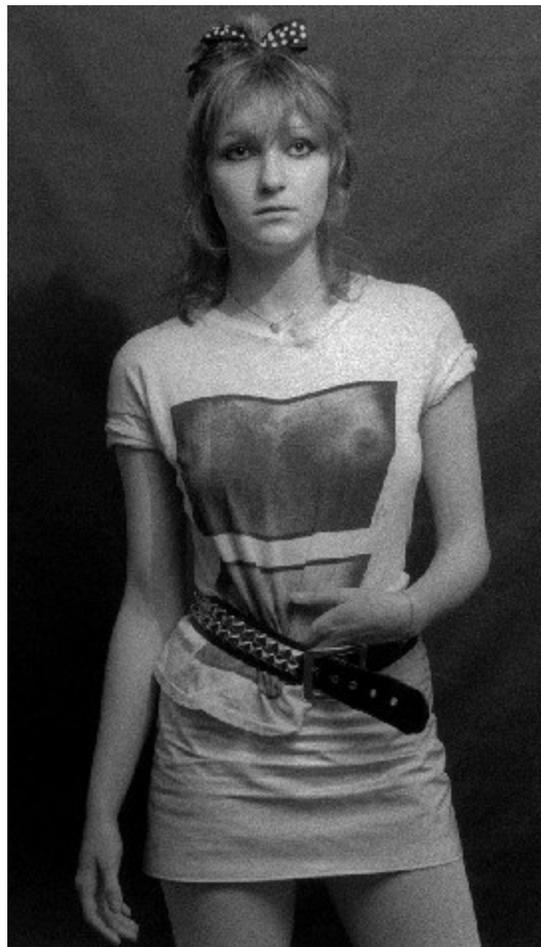
Yo también estaba trabajando en otro proyecto a partir de la foto de una

pila de cadáveres en un campo de concentración que pensaba imprimir en una camiseta. Pinté el cielo de un azul brillante y la tierra de un amarillo intenso, como si fuese arena. Quería que la imagen se asemejase a la de una postal, una postal de Belsen, un campamento, pero no de verano. (Ésa fue más o menos la época en la que Sid escribió la letra para la canción «Belsen was a Gas».) Quería llamar la atención hacia una serie de imágenes que habían acabado por anquilosarse y hacer que la gente las viera con otros ojos. Lo positivo de una imagen chocante es que durante unos instantes borra de la cabeza toda idea preconcebida y que, al menos durante ese periodo de tiempo, tu obra tiene la oportunidad de traspasar las costumbres y los comportamientos adquiridos del observador y provocar un impacto totalmente nuevo antes de que esos condicionamientos vuelvan a cerrarse en banda. A las personas mayores, como mi madre o los padres de mis amigos judíos, la camiseta que yo había diseñado les parecía irreverente e insultante. Al final suspendí el proyecto porque incluso yo misma llegué a considerarlo ofensivo.

Sid intenta subvertir los símbolos y las expectativas de la gente, razón por la cual lleva una cazadora de cuero con una esvástica hecha de tachuelas. No es un tipo tan idiota como para creer que perseguir judíos es una buena idea, lo que busca es incitar y enfurecer a todo el mundo para plantear qué es lo que provoca esa reacción: ¿el símbolo o los hechos? En una ocasión paramos un taxi y el conductor se negó a llevarnos porque era judío y se sentía ofendido por la esvástica en la cazadora de Sid. Mientras observábamos alejarse el taxi, Sid me dijo: «Ese hijo de puta tendría que habernos llevado y después cobrarnos de más, eso hubiera sido más inteligente por su parte.»

Mi atracción por lo chocante o escandaloso se remonta a la década de los sesenta: los hippies y los Yippies recurrían mucho a ello, también artistas del cómic como Robert Crumb, la revista underground *Oz*, el humorista Lenny Bruce y Andy Warhol. En la escuela también estudié historia del arte y aprendí cómo los surrealistas y los dadaístas recurrían en sus creaciones al impacto de una imagen chocante y a la yuxtaposición irracional. Todo ello ha influido en mi trabajo e intento escandalizar en todas las áreas de mi vida, principalmente con mis dibujos y mi ropa. Las referencias sexuales constituyen una herramienta fácil para producir ese impacto en la gente. Me pongo vestiditos de fiesta de niña pequeña, con los bajos hechos jirones, las sisas abiertas para agrandarlas y poder meter los brazos, la cintura del vestido

por debajo de mi pecho. Llevo el pelo teñido de rubio y su aspecto no es sedoso ni atractivo sino más bien enmarañado y salvaje. Me maquillo los ojos exageradamente con delineador negro. Le doy un toque final al conjunto con unas medias de red y botas de charol rosa fosforito de la tienda Sex. Pasé de ser «una chica sexy y salvaje que acaba de levantarse de la cama» a ser «una chica inestable, peligrosa e impredecible». No resulto muy atractiva. Una mezcla de Pippi Calzaslargas, Barbarella y delincuente juvenil. Los hombres me miran confusos, no saben si lo que quieren es follarme o matarme. Esta mezcla en el vestir los confunde. Bien.



Camiseta de tetas comprada en Sex; cinturón con tachuelas de The London Leatherman; falda de plástico blanco, hecha en casa; mallas de ballet blancas, de Freed of London; botas de charol blanco de media caña (no se ven en la foto), hechas por encargo en una zapatería de Camden Town; cinta de pelo a lunares, del mercadillo de Berwick Street. ¡A cuántos lugares diferentes había que ir para conseguir la imagen deseada!

32. UNA MAMADA

1976

En mi vida sólo he estado enamorado de
una botella de cerveza y de un espejo.

SID VICIOUS

Me he ido de Davis Road y me he instalado en un estudio enorme de Fulham. Yo tengo el estudio del piso de abajo y Jane Ashley el del piso de arriba. El alquiler es de sólo diez libras esterlinas a la semana porque son espacios para artistas que están subvencionados por el Estado. Mi estudio podría servir de garaje para un autobús de dos pisos, pues tiene el techo muy alto y unas puertas enormes que dan a un patio interior. No tiene ventanas ni muebles excepto mi colchón (que encontré en un contenedor y he colocado dentro).

Ahora me encuentro tumbada en el colchón con Johnny Rotten. Ya hemos compartido cama un par de veces, aunque siempre rodeados de un montón de gente: todos los que hemos perdido el último metro de la noche y no tenemos autobuses nocturnos que lleguen a donde vivimos. Aquí arriba no hay mucha intimidad; John Grey, el compañero de Rotten de Finsbury Park (Johnny nunca va a ningún sitio sin un compañero) está en el piso de abajo. En el tocadiscos suena *The Idiot* de Iggy Pop.

Rotten siempre me ha parecido atractivo. Me gusta su palidez y su androginia y nos llevamos bien, pero jamás ninguno de los dos ha hecho un intento por estar juntos. De todos modos, yo salgo con Mick, o al menos eso creo. ¿Todavía salgo con él? No me acuerdo. Lo hemos dejado y hemos vuelto tantas veces que ya no estoy segura de cuál es nuestra situación actual. Con suerte, nos hemos dado un descanso. En fin, ahí estamos John y yo, tumbados ambos en mi colchón y totalmente vestidos. Durante un rato cotilleamos sobre Sid, y cuando nos quedamos sin tema, John me pide que se la chupe.

Yo jamás le he hecho una mamada a nadie, de verdad. Supongo que ya

debería haberlo intentado a estas alturas; tengo veintidós años. Bastantes veces he estado husmeando por esas profundidades, pero en realidad nunca traté de chupársela a un chico hasta hacerle alcanzar el orgasmo. Supongo que la razón principal por la que no le he hecho una mamada a nadie es que jamás he visto una película porno. Ni tampoco mis amigas. Me parece que esas películas degradan a las mujeres y las convierten en objetos. ¿Cómo te puedes excitar con eso? Da igual, nunca me he dedicado a mirar mi propia vagina, así que menos me van a interesar las de las demás.

En el único lugar donde puedes ver pelis porno es en los cines especiales del Soho y yo no me gasto ni loca el dinero sólo para reírme un poco, prefiero ir a casa de mis amigos y escuchar discos. Aprendí algo del sexo viendo películas como *El último tango en París*, o *Trash y Heat* de Andy Warhol, y una serie televisiva de Dennis Potter (no me tomé el trabajo de ir a ver *Garganta profunda* ni *Emmanuelle* porque tenían toda la pinta de ser aburridísimas), pero sé que ésas no son personas corrientes en situaciones cotidianas, así que son películas que veo como si se tratase de un documental sobre la naturaleza, sin mucha certeza respecto a qué es aceptable y qué no. (¿Que te metan mantequilla por el culo?) Cuando iba al colegio había un chico que solía traer una revista que había encontrado debajo de la cama de su padre y nos enseñaba fotos escandalosas a las niñas. Yo me hacía la estirada, como si no tuviera ninguna de aquellas partes en el cuerpo. Era mi forma de sobrellevar la vergüenza. Las cosas han cambiado en los últimos seis meses; de repente todos los tipos que conozco intentan que se la chupe, en el lavabo de un club nocturno, en un callejón, en el cuarto de baño de una vivienda okupada. No es algo a lo que te inviten de un modo atractivo, de un modo que te den ganas de hacerlo, más bien lo que provocan es que *no quieras* hacerlo. Las mamadas y las pajas se consideran aceptables porque no requieren una relación emocional ni tampoco contacto visual. La relación sexual clásica no se lleva, la doctrina que prevalece es la antiemotividad.

John no tiene ni idea de lo inexperta que soy ni de que es la primera vez que se la chupo a alguien. Tengo aspecto de ser una chica segura de mí misma y sexualmente experimentada. Pienso para mis adentros: *Voy a intentarlo. Sólo tengo que lamer y chupar. No puede ser muy difícil.*

Me deslizo hacia su entrepierna. John se saca el pito. Huele a pis rancio. Yo también. Todos olemos un poco así. Me gusta, es un olor conocido. Para mí es un olor rico y acogedor. Ninguno de nosotros se lava antes o después

de practicar el sexo. No se nos ocurre. No es nada espontáneo eso de correr al cuarto de baño para después volver oliendo a jabón barato (o a un jabón caro y perfumado si quieres impresionar). Yo no soy nada delicada respecto a los olores corporales, he crecido con ellos. Doy por sentado que ahí abajo olerá diferente y que me encontraré con una zona más oscura y peluda. Quizá incluso un poco crujiente si llevas varios días sin pasar por casa. Ése es el asunto, que es una zona cercana y entremezclada con tus funciones más básicas. Puede que nunca se la haya chupado a nadie, pero sé lo que es el esmegma. Conozco esa palabra desde que tenía trece años. La he visto en casi todas las pollas con las que me he topado en mi vida.

Empiezo a chupar tímidamente.

Después de un rato de chupeteo, oigo una voz imperiosa proveniente de las alturas, como Kenneth Williams mezclado con el personaje del Artero, el Artful Dodger (ya sabéis, ese gimoteo nasal típico del norte de Londres).

–Para ya, Viv –ordena. Levanto la mirada. *¿Qué es lo que quiere? Estoy ocupada aquí abajo*–. Para ya, Viv –repite–. Lo haces demasiado fuerte.



Preparando té en mi estudio de Fulham. Leotardos de licra y botas de charol rosa de la tienda Sex. Cazadora de cuero de Sid, comprada de segunda mano en un mercadillo de beneficencia. 1976

Me río, pero estoy avergonzada. Me limpio la boca con el dorso de la mano y me incorporo. John se sube la cremallera y bajamos la escalera para reunirnos con John Grey. ¿Lo habrá oído todo? Supongo que podría haber sido peor, que John podría haber dicho: «Para ya, Viv, eres un desastre.»

Preparo té para todos. John y John se lo beben y se marchan. Me muero de vergüenza de sólo imaginármelos a los dos riéndose de mí camino del metro.

Todavía hoy me muero de vergüenza.

33. ENCADENADA

1976

Durante nuestra primera reunión para hablar del grupo Sid me dijo que su nombre es John Beverly pero que todos le llaman Sid Vicious (*vicious* por violento o fiero) porque se había visto envuelto en algunas peleas callejeras. Durante un tiempo intentó imponer que su nombre se escribiese con «y» (a imitación de Syd Barrett), pero nadie le hizo caso y ahora se ha acostumbrado a escribir «Sid», con i latina.

El porte de Sid es el de una persona vergonzosa y retraída; siempre con la espalda encorvada y la cabeza hundida entre los hombros, como si le diera corte ser tan alto y quisiese minimizar su presencia frente a los demás. Cuando habla pasa lo mismo: aunque tiene una voz profunda y masculina, farfulla tímidamente, casi con coquetería. Hace el payaso, adopta el papel del tonto del pueblo, como Ollie en el Gordo y el Flaco. Pero no es ningún tonto, así que deduzco que quiere que la gente lo subestime. Quizá piense que eso le da cierta ventaja. La imagen que ha construido de sí mismo no es más que una máscara, lo cual resulta extraño, puesto que Sid desprecia la falsedad y las fanfarronadas. Su forma de ser me recuerda a esa expresión jamaicana que dice: «Sé listo, hazte el tonto.» Sid lo observa y lo oye todo, pero intenta que nadie se dé cuenta de lo listo que es.

Sid maldice y escupe sin parar. Una vez que estábamos aburridos de esperar el autobús nocturno en Trafalgar Square intentó enseñarme cómo escupir. No hay que lanzar el escupitajo a través del hueco de tus dientes delanteros como hacen los cabezas rapadas, sino que hay que propulsarlo mediante una tos desde el fondo de la garganta, formar un canal con la lengua y soplar. Sólo se logra si consigues un escupitajo redondo y firme que puedas proyectar a una distancia larga. Si te chorrea un poco por el mentón, entonces has fallado, por supuesto. Creo que le llaman soltar un pollo. Yo era una inútil. No conseguía hacerlo. Sid sonreía mientras me miraba intentarlo una y otra vez. Nunca ríe abiertamente, sólo sonrío o anima la expresión, iluminándosele levemente el rostro. Nunca revela gran cosa sobre sí mismo y

jamás se relaja por completo; con lo cual tampoco yo me siento del todo relajada cuando estoy con él, a pesar de que es siempre muy educado conmigo. Vamos a todos lados juntos aunque nuestra relación es un poco tirante, demasiado respetuosa, con lo cual tengo un continuo nudo en el pecho fruto de la tensión y la ansiedad. Nuestra conversación no es fluida, Sid no es un tipo con una charla desenfadada. Habla de un modo afectado y monosilábico y parece disfrutar con la atmósfera enrarecida. Entre nosotros existe una atracción física, pero nunca lo hemos exteriorizado ni hemos hablado de ello.



Con Sid en un pub

Un día que estamos aburridos a Sid se le ocurre que nos esposemos el uno al otro. «Para reírnos un poco», dice. Siempre todo es «para reírnos un poco». Es la única razón válida para hacer lo que sea. Cualquier otra sería pretenciosa. Es una buena idea, pero sólo pensar en hacerlo me produce náuseas. No puedo permitir que noten que algo me da miedo o, peor aún, que me da vergüenza, así que acepto la propuesta. A partir de ese momento tenemos una misión que cumplir, algo que nos mantendrá ocupados durante el día. Vamos a las profundidades de la zona sur de Londres, hasta Queenstown Road, donde hay una tienda gay de sexo duro que se llama The London Leatherman. (Corren rumores de que allí es donde compró su

máscara de cuero el violador de Cambridge.) Permanecemos un rato fuera en la ajetreada avenida mientras los camiones pasan a nuestro lado con gran estruendo y nos tocan la bocina porque vamos vestidos de cuero negro, con tachuelas metálicas y el pelo de punta. Sid llama a la puerta de madera. Parece la entrada de un castillo o de una mazmorra. Es una puerta para disuadir a la gente de entrar. Se abre una pequeña trampilla y un tipo nos observa a través de ella. Nos recorre de arriba abajo con la mirada y, una vez que acaba de inspeccionarnos, cierra la trampilla y quita el cerrojo de la puerta. Los tipos que están en el sex-shop parecen desconcertados. No son simpáticos pero nos toleran porque es evidente que también somos unos marginales.

Compramos un par de esposas. Sid no ve el momento de salir de la tienda para colocárnoslas. Ya en la acera, tenemos una pequeña discusión sobre quién se quedará la llave. Yo insisto en guardarla, pero, como él es más fuerte, acaba ganando. Sid presume de su logro. Una vez esposados el uno al otro, nos damos cuenta de que no sabemos qué hacer a continuación, no tenemos a donde ir, así que nos dedicamos a subir y bajar de autobuses, tirando el uno del otro para trepar por las escaleras que conducen al piso superior y haciendo caso omiso de la gente que nos observa. Decidimos ir a casa de Barry (Barry Black, gran coleccionista de discos y encargado del club Roxy) y quedarnos allí un rato escuchando discos. Sid toma té. Yo no tomo nada. No he bebido ni comido nada en todo el día porque las funciones fisiológicas me dan mucha vergüenza y prefiero morirme antes de tener que ir al baño delante de Sid, que es, por supuesto, lo que él espera y con lo que se está regodeando por dentro. Le encanta incomodar a la gente. Me lleva a rastras hasta el retrete y hace pis delante de mí. Yo me quedo con medio cuerpo fuera del cuarto de baño y miro hacia otro lado. La situación parece divertirse. No se lava las manos después de mear. Me siento feliz cuando termina el día. Para mí la vida es una serie de cosas espantosas y Sid disfruta sometiéndome a ellas.

Una noche estábamos a punto de subir a un taxi para ir al club Speakeasy en el Soho y Sid dice:

—¿Me puedo poner tus vaqueros?

El corazón me da un vuelco. Esos vaqueros tienen una vieja mancha de sangre menstrual que no lavé de inmediato y después me fue imposible

eliminar. Prefiero morirme antes de permitir que Sid la vea, nunca me lo perdonaría.

–Vas muy bien así como estás. Además, te van a quedar demasiado cortos –contesto.

–Es verdad –dice él.

Uf, qué alivio. Nos subimos al taxi, pero justo cuando el conductor va a arrancar dice Sid:

–Espera. He olvidado algo.

Se baja del taxi y entra corriendo en mi casa. Un minuto después aparece con mis vaqueros y una sonrisa de oreja a oreja. Lo hubiera matado. Ahora sabe por qué no quería prestárselos. Me dedico a mirar por la ventanilla del taxi durante todo el recorrido. Sid no deja de charlotear, consciente de que me está provocando. No me martiriza burlándose de la mancha de sangre, eso ni siquiera lo menciona.



Sid no tiene mucha ropa, ninguno de nosotros posee un vestuario medianamente aceptable con el que salir a la calle. Ninguna tienda vende lo que nos gusta excepto Sex y es tan cara que sólo tenemos una o dos cosas de allí. Sid cuenta con dos pares de pantalones: unos vaqueros gastados y llenos de agujeros y otros de confección de color rojo, de una lanilla entretejida con un hilo muy fino plateado. Tienen un corte como los pantalones antiguos, con pinzas en la cintura y las perneras anchas que se estrechan a la altura de los

tobillos. Se los pone con zapatos *brothel creepers*, de ante con unas gruesas plataformas de goma, mezcla de David Bowie y década de 1950. Algunos chicos todavía se visten así, también Malcolm McLaren y John Rotten llevan ese estilo de vez en cuando. Son vestigios de la tienda de ropa Too Fast To Live Too Young To Die, estilo teddy-boy, que Malcolm y Vivienne Westwood tenían antes de abrir Sex. Nunca entré en esa tienda, no sabía que existía.

Un día Sid se presenta con sus pantalones rojos hechos jirones. Los había cortado con una hoja de afeitar porque los odiaba a muerte, pero no encontraba sus vaqueros, así que para poder salir no había tenido más remedio que unir todos los jirones. Para ello usó un montón de imperdibles colocados a lo largo de las piernas, cientos de ellos. Así fue como empezó lo de llevar «montones de imperdibles» entre la gente que frecuentaba los clubs de música. Copiaron su idea, pero Sid sólo lo hizo porque no le daba la gana de coser los pantalones.

Poco después Sid se presentó en Davis Road con un par de pantalones nuevos color negro, esos que llaman *bondage* porque están llenos de correas y cremalleras. Me dijo que había entrado en la tienda Sex y que Vivienne le había dicho que no podía soportar verle ni un minuto más con esos pantalones tan espantosos, que le había pedido que se los quitara y que después le había regalado aquellos pantalones *bondage* y había tirado los rojos a la basura. La historia me pone muy celosa. A Vivienne tiene que gustarle mucho Sid para hacer algo así. Ella jamás regala nada.

Cada vez que Sid cobra el paro me invita a una hamburguesa con patatas fritas en Wimpy. Nunca tiene nada que hacer y quiere acompañarme cuando voy a la escuela de arte, pero siempre me niego porque sé que me hará pasar vergüenza. A mí me encantan las hamburguesas de Wimpy y siempre tengo hambre, así que cuando me chantajea diciéndome «Si dejas que te acompañe te invito a una hamburguesa con patatas fritas en el Wimpy», no puedo resistir la tentación. Para mí representa un festín por lo general prohibitivo (supongo que todo el mundo tiene su precio). Así que desayunamos hamburguesas y patatas fritas y después se viene conmigo a la escuela de arte en Shepherd's Bush Road.

Se sienta a mi lado durante las clases, que tratan sobre urdimbre, tramas y maquinaria textil, patrones de costura y cosas por el estilo. Sid se repantiga de tal forma que parece que se va a caer del banco de un momento a otro, los

brazos colgándole a los lados y las piernas estiradas todo lo largo que es, mientras hace temblar los pies a tal velocidad que parece que ha tomado anfetaminas. No resulta una presencia discreta en absoluto. Además se hurga la nariz, se tira pedos y eructa ruidosamente durante la clase. Después de que esto se repita un par de veces, le prohíben entrar en la escuela y el director del curso me dice que no vuelva a llevarlo por allí nunca más. Eso representa un verdadero alivio para mí. No es que Sid vaya a aceptar un no por respuesta: debo ser muy categórica con él para asegurarme de que no volverá a seguirme hasta la escuela. Cuando estamos juntos, le da igual que esté un poco harta de él y le pida que me deje tranquila, Sid no se marcha. No le importa, no se enfada, sólo hace lo que le da la gana. Le parece divertido.

Nunca lo veo con una chica. Hay una jovencita a la que llamamos Wiggy, porque siempre lleva una peluca gris enmarañada, que tiene un rostro muy dulce y no parece tener más de catorce años, con la que creo que está liado. Me parece que una vez quedó con Soo Catwoman. Y eso es todo. No coquetea con nadie, no habla de chicas, no muestra ningún interés por ellas. Creo que es tímido e inexperto: a menos que una mujer se le tire encima, él jamás dará el primer paso.

Muchas veces, cuando Sid aparece por casa, nada más entrar pasa de largo delante de mí y sube las escaleras corriendo al cuarto de baño para ver si encuentra algún vello púbico. Ya sé que es una actitud infantil y que no debería darle importancia, pero me quiero morir si llega a descubrir alguno en la bañera o en el asiento del retrete. Si lo encuentra se echa a reír histéricamente y me toma el pelo durante horas. Él es así: cuando da con tu punto débil, te machaca hasta destrozarte. Para mantener la calma y disimular mi humillación, imagino que es un vello púbico de Alan, hago como que es imposible que aquello sea mío y que no sé de qué me habla. A veces suena el timbre y enseguida pienso horrorizada en el cuarto de baño. En alguna ocasión hasta corro a inspeccionarlo antes de abrirle a nadie. Nunca sabes con quién te vas a encontrar al otro lado de la puerta, la gente se presenta sin avisar puesto que no tenemos teléfono.

La peor situación en la que me metió Sid fue una vez que quedamos con un aristócrata que había conocido no sé dónde. A Sid le parece divertidísimo que ese encopetado quiera salir con nosotros e invitarnos a tragos en su club privado de Kensington Church Street. A menudo nos invitan a lugares así, como si fuésemos un par de bichos raros que utilizan para pavonearse.

Quedamos con Chico Pijo y su amigo pijo en un pub de Kensington Church Street y, no sé cómo, empezamos a discutir. Tengo la impresión de que fui yo quien desató la trifulca porque me siento segura con Sid a mi lado. Si estuviera sola sería más precavida. Le suelto una provocación a Chico Pijo, él me amenaza violentamente y lo siguiente que recuerdo es que Sid se saca de un tirón el cinturón con tachuelas metálicas que lleva puesto, se lo enrosca alrededor del puño y le asesta un golpe en la cabeza a Chico Pijo con el extremo de la hebilla. Le abre la cabeza. (*Sid me había enseñado ese método de defensa: enroscar la lengüeta del cinturón alrededor de la mano y utilizar la hebilla como arma; es importante mantener el brazo bien recto mientras blandes el cinturón e intentar causar el mayor daño posible con el primer golpe. Ésa será tu única oportunidad.*) Todos nos levantamos de la mesa de un salto, Sid huye a la carrera y me deja sola con Chico Pijo mientras la sangre le cae a chorros por la cara.

Chico Pijo me agarra del pelo (un enorme mechón que aferra con su puño como si yo fuera un animal) y me arrastra hasta la calle en busca de Sid, para matarle. Soy una rehén. Me siento muy humillada: nunca me habían tratado como a una mierda. No hay duda de que Chico Pijo siente lo mismo que yo después de que Sid le abriese la cabeza.

Los tres (Chico Pijo, bufando y cubierto de sangre mientras me arrastra del pelo; yo, inclinada hacia delante y cojeando a su lado en una postura servil; y el amigo de Chico Pijo, correteando detrás para no quedarse rezagado) recorremos una y otra vez Kensington Church Street de un extremo al otro como una exhalación. Sid no aparece por ningún lado. Chico Pijo me suelta el pelo apenas un segundo y aprovecho para meterme disparada en una boutique y pedirles a las dependientas que me protejan. La situación no les hace ninguna gracia, pero yo me niego en redondo a salir otra vez a la calle. Me escondo en la trastienda durante siglos hasta que los pijos se marchan.

Cuando me asomo a la calle para ver si no hay moros en la costa, allí está Sid, buscándome. Aquello me llega al alma porque él no suele tener ningún código de conducta. Le pido perdón por haberle puesto en una situación en la que se ha visto obligado a defenderme. He aprendido la lección; de ahora en adelante mantendré la boca cerrada y no me buscaré problemas. Las cosas pueden írsete de las manos con increíble rapidez, sobre todo cuando Sid anda cerca. También decido no volver a llevar tacones cuando salga con él. Voy hasta Holt's en Camden Town y me compro un par de botas negras Dr.

Martens. (Las hay en negro, marrón o granate; los cabezas rapadas del colegio solían comprar las marrones y después pasarles betún Kiwi rojo sangre para darles un tono marrón rojizo, mucho más tenue que el rojo mate de los originales. Las llevaban siempre impecables y las lustraban sin cesar.) Me pongo mis botas nuevas todo el tiempo (con vestidos, con tutús), es una sensación genial la de poder correr otra vez. Ninguna otra chica lleva botas Dr. Martens con un vestido, así que mucha gente me mira con cara rara. (Las chicas cabezas rapadas sólo usan botas Dr. Martens con vaqueros Sta-Prest, de los que no se planchan. Cuando llevan sus aburridas faldas grises, se ponen leotardos blancos lisos o de color crudo llenos de agujeros y zapatos bajos de charol negro.) Pero como ahora voy siempre con esas botas, incluso a los clubs y a los pubs, poco a poco también otras chicas empiezan a ponérselas y ya no parezco tan rara.

Sid suele decir que él no es una persona violenta, que es un negado para pelear, que prefiere salir huyendo antes de hacerle frente a nadie. La violencia es un último recurso. Pero «Sid Vicious» se ha convertido en un personaje conocido del que no puede deshacerse, así que lo deja crecer y actúa en consecuencia. Con el paso del tiempo, debido a su nombre y reputación, le atacan allí donde va: los chicos buscan enfrentarse a él. A Sid no le importa. Lleva al límite todo lo que hace. Se distancia del miedo, del remordimiento, de preocuparse por su seguridad o su aspecto y simplemente se transforma en un receptor de las fantasías que los demás tienen de él, como Paul Newman en *La leyenda del indomable*. Su actitud es la de: *Veamos hasta dónde llega esto. Juguémonosla hasta el final.*

34. LA TIENDA

1976-1977

Vamos a heredar la tierra, de eso no cabe
la menor duda.

BUENAVENTURA DURRUTI

Me he acostumbrado tanto a que mi vida esté cargada de desafíos y peligros que ya nada me parece raro. Da igual que tenga que llamar a la puerta de una tienda de sexo duro o que me insulten o me escupan cuando voy por algunos barrios o que me amenacen en el metro, yo no me rindo. No pienso vestirme de forma corriente para que mi vida sea más fácil. Una de las cosas que más miedo me da es subir por King's Road hasta la Tienda (en realidad se llama Sex, pero todos la llamamos «la Tienda»), un lugar en el que me gusta pasar el rato y comprarme cosas. Mientras recorro esa calle tengo que aguantar el acoso de los teds o teddy boys que quieren matar a todos los que son como yo, pero nada va a evitar que me vista como yo quiera. Es un compromiso conmigo misma.

Suelo ir con Sid o con Rory, ellos conocen a la gente de la zona y eso hace que las cosas sean más fáciles. Recorremos toda King's Road desde la estación de metro de Sloane Square, pero a medida que nos acercamos a la Tienda, Rory empieza a ponerse nervioso y dice cosas como: «Cierra tu bolso, Viv, se te van a caer las cosas de dentro. Lo llevas a reventar.» Ésa es la frase típica de un amigo de Malcolm y Rory la repite de puros nervios. Tenemos suerte si logramos llegar sin toparnos con ningún ted porque, si los hay, nos vemos obligados a escondernos entrando y saliendo de las tiendas de King's Road y nos puede llevar años llegar al Fin del Mundo, que es como llamamos al final de King's Road y que es lo que parece.

En cuanto doblas la esquina y ves la palabra «SEX» en letras gigantes de plástico rosa, sabes que estás a salvo.

Empujo la puerta y me invade el olor dulzón y empalagoso del látex; tiene gracia que sea un aroma que sólo huelas allí. No hay nadie en la tienda larga

y estrecha, sólo las dependientas, Debbie y Jordan. Jordan es una obra de arte. Es muy extremista para la ropa y, sin embargo, no da miedo ni resulta intimidante. Tiene una voz dulce, modales agradables, y es una chica tranquila y centrada. A veces Jordan ni siquiera se pone una falda, va sólo con unos leotardos o unas medias de red, unas bragas de raso que le suben hasta la cintura, un canesú de cuero o de licra y zapatos *bondage*. Se pinta dos líneas negras a lo ancho de los párpados que la hacen parecer un ladrón enmascarado, una mezcla del Zorro y Catwoman, se maquilla la cara con polvos blancos y los labios siempre pintados de rojo intenso. Lleva el pelo rubio ceniza recogido en un moño muy alto en forma de una gran ola que le cae por encima de un ojo. Jordan viene en tren desde Sussex a Londres vestida así. Todos los días. No se mete en los lavabos de la estación de Charing Cross para cambiarse cuando llega a Londres. Su actitud es un ejemplo para todos nosotros.

Una vez dentro de la tienda me lanzo de inmediato a ver la ropa, no hay mucha, así que tampoco tengo tanto donde elegir, pero justamente eso hace que todo sea tan especial. En los estantes más altos hay hileras de botas de media caña y tacón de aguja. Ojalá pudiera comprar un par de cada color, parecen sacadas de un catálogo de Frederick's of Hollywood (tienda de lencería fetichista de Los Ángeles), que estoy segura es una influencia importante en Vivienne Westwood.

Vivienne da miedo por la misma razón que cualquier persona franca, porque te dice las cosas a la cara, da miedo: te pone en evidencia. Si no eres sincero contigo mismo, eso es algo que incomoda muchísimo, y si eres un falso y un interesado, se acabó el juego. Es inflexible en todos los aspectos, respecto a lo que dice, a aquello con lo que se identifica, a lo que espera de ti y a cómo se viste. Es una persona directa y muy crítica que habla con un marcado acento del norte, algo que enfatiza su sinceridad. Tiene una seguridad en sí misma que no he visto en ninguna otra mujer. Posee un carácter fuerte, es testaruda e inteligente. No soporta la autocomplacencia. Es la persona más estimulante que he conocido. Sid me confesó: «Vivienne dice que tú tienes talento pero que eres vaga.» Desde que me dijo eso me esfuerzo el doble en todo lo que hago.

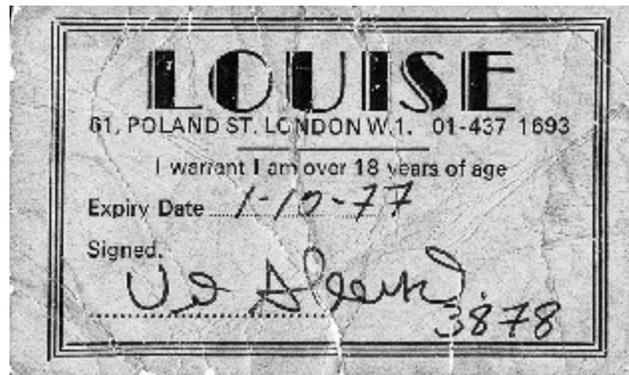
El estilo de vestir de Vivienne me influye muchísimo. Es sencillamente perfecto. Los ojos supermaquillados con delineador negro, lápiz labial oscuro, el rostro pálido. Lleva el pelo teñido de un rubio casi blanco con dos

centímetros de las raíces oscuras y algunas zonas peinadas de punta en todas direcciones. No sé de dónde sacó ese estilo, no me recuerda a nada que yo conozca, no lo he visto en películas ni en el mundo del arte. Creo que, a su manera, es muy femenina. Intento desarrollar mi propia versión de Vivienne, pero el resultado es algo diferente y logro un estilo propio. Me encanta cambiar de color y corte de pelo, no puedes llevar el cabello mal. Desde jovencita siempre me he gastado dinero en la peluquería, pero cuando empecé a copiar el estilo de Vivienne dejé de ir porque nunca acertaban con lo que yo quería. Ahora sólo me lo corta y tiñe Keith Levene.

Vivienne tiene buen tipo, puede ponerse cualquier cosa, por lo general lleva una falda de licra hasta las rodillas y botas negras de media caña que no son nada *sexys*, sin tacón y un poco anchas, o una blusa de licra transparente con pantalones *bondage* y mucha ropa a cuadros escoceses. Hace que todos los que se cruzan con ella por la calle parezcan intrascendentes. Aunque su vestimenta es bastante atrevida, hay algo puritano y austero en Vivienne. También es muy reservada. Corren rumores de que tiene un hijo, pero yo nunca lo he visto ni la he oído mencionarlo. Vivienne es vegetariana y lo lleva a rajatabla, siempre anda echándole broncas a todo el que coma carne. Un día Chrissie Hynde (que también es vegetariana) vio que Vivienne estaba detrás del escenario del Roundhouse comiendo un sándwich de jamón. Chrissie fue hacia ella y se lo recriminó, y Vivienne respondió: «Bueno, ahora el cerdo ya está muerto.» (En una ocasión Vivienne le preguntó algo a Chrissie y ésta respondió: «Ay, yo me dejo llevar por la corriente.» Aquello le pareció inaceptable a Vivienne y dejó de hablarle durante un año.) Aquí todos opinamos sobre todo con gran contundencia, también sobre cualquiera que nos rodea, pero si logras expresarte con el descaro suficiente o el mundo te importa una mierda, entonces puedes hacer lo que te dé la real gana. De algún modo, se considera que ser demasiado apasionado o tenerle apego a algo es símbolo de debilidad. Uno no se aferra a las cosas porque sí o por cuestión de principios, eso es propio de un comportamiento inflexible.

Malcolm no aparece mucho por la Tienda, pero cuando está es siempre simpático y encantador. Jamás le he oído hablar mal ni meterse con nadie. Aunque Vivienne y Malcolm suelen ir siempre juntos, nunca les ves besarse o tocarse, y creo que eso ha marcado la pauta de las relaciones personales de todos nosotros. Casi nadie del círculo de Malcolm y Vivienne está en pareja; sólo Siouxsie Sioux (Siouxsie forma parte de los Bromley Contingent,

seguidores de los Sex Pistols desde sus comienzos), que está con Steve Severin, y a veces Paul Cook tiene una novia estable. He oído rumores de que algunas de las chicas que van por la Tienda hacen pajas en Park Lane para sacar dinero, lo cual encaja con la idea que todos tienen del sexo. Se considera una mercancía sin ninguna implicación emocional. Puede que todo vaya por dentro. A veces, cuando cierra el Roxy o el otro bar al que vamos, el Louise's (que es un club de lesbianas en Poland Street, con una pequeña mirilla en la puerta roja para que el portero pueda inspeccionarte antes de decidir si te deja entrar), mientras nos marchamos del local en desbandada la gente empieza a cuchichear y a quedar unos con otros. Me imagino para qué. Me pregunto si se irán todos a organizar alguna orgía por ahí. No lo sé, no participo en rollos así. No encajo en ese tipo de cosas, soy algo convencional para eso, como Mick. Llevo ropa *bondage* y fetichista, de cuero y con tachuelas de metal, que da una imagen muy sexual, pero en la vida real no actúo en consecuencia.



Debbie y Jordan siempre me muestran lo último que han recibido o alguna cosa que creen que va conmigo. Hay mucha ropa negra, algo en rosa, en plateado y en rojo. Me encantan las diferentes texturas: las licras, el cuero (los únicos otros lugares en Londres donde puedes comprar algo de cuero es en los sex-shops o en las tiendas de moteros), el mohair, ropa con cremalleras y bordes deshilachados. Vivienne da mucha importancia a las texturas; para expresar algo se sirve del corte de la prenda y lo que ello implica. Ella me ha hecho cobrar conciencia del mensaje que envías a través del vestuario. He aprendido más sobre simbolismo visual yendo a la Tienda que en cualquiera de mis clases en la escuela de arte.

Entro en el probador, de largas cortinas de cuero color rosa pálido que van

del techo al suelo, con la ropa que he elegido hoy: una camiseta transparente color carne, una camisa vaquera (con dos cowboys con los pitos fuera serigrafiados en la parte delantera) y unos vaqueros de cuero negro (que hay que estrechar de los lados cada dos meses porque no dejan de dar de sí y deformarse; todos le llevamos nuestra ropa a arreglar a un tipo que tiene un puesto en la trastienda de la lavandería de King's Road). Están sacando fotos de la tienda. Vivienne, Chrissie Hynde y Jordan se van a bajar las bragas y pintar la palabra «SEX» en el culo para la foto y Vivienne me pide que también participe. Me siento honrada, pero rechazo la invitación, no porque sea demasiado mojigata para hacerlo sino porque no me gusta mi culo. Es la parte de mi cuerpo que más odio. No se lo digo a Vivienne, ella nunca aceptaría que ésa fuese una razón para no participar en la sesión de fotos. Es difícil decirle no a Vivienne, así que tengo que armarme de mucho valor para mantener mi postura y contradecirla. Me siento patética y tensa por no participar con las demás.

Cuando voy a la Tienda siempre me pruebo los zapatos y las botas. En una ocasión vi en una estantería un par de botas de media caña rojas con forma de cubo, un poco estilo fetichista, pero demasiado feas para ser sexys. Llevaban siglos en ese estante y Vivienne estaba comentando en voz alta que le sorprendía muchísimo que nadie las hubiese comprado porque a ella le parecían preciosas. Entonces se volvió hacia mí y me dijo: «Deberías comprarlas tú, Viviane, a ti te quedarán geniales.» Miré aquellas botas espantosas, nada convencida, pero tuve que probármelas puesto que ella no dejaba de insistir. Me las puse y me hacían unas piernas fantásticas. Aun así seguían pareciéndome demasiado caras y rarísimas, pero las compré de todos modos. No podía decirle que no a Vivienne dos veces.

Todavía uso esas botas. Son mis favoritas.

La ropa de Sex es muy cara. La mayoría de nosotros sólo tenemos una o dos cosas de allí, una camiseta o un par de zapatos, y usamos esa preciada prenda sin parar. Pienso que vestirse de pies a cabeza con ropa nueva comprada en Sex es un disparate. Tienes que tener mucho cuidado a la hora de elegir lo que te pones porque es algo que te define. Que hayas comprado algo de la tienda Sex no quiere decir que te hayas llevado la prenda adecuada. Dentro de ese estrechísimo margen de elección existe un margen aún más estrecho. A todos nos importa mucho el estilo; en eso hay un consenso general, aun cuando tengamos gustos distintos (por ejemplo, Siouxsie y yo

compramos cosas muy diferentes en Sex). Nuestro aspecto es extremadamente importante, así que, dentro de ese pequeño círculo, los matices se observan y juzgan rigurosamente.

Hace poco tiré todas mis camisetas de la tienda Biba porque tenían cuello barco y hombros abullonados. No puedo ponerme mis preciosas botas de Terry de Havilland porque son marrones. No puedes ir vestida de marrón. Es el color más vilipendiado. No sólo porque se considera insulso, al ser una mezcla de otros colores (incluso un color tiene que manifestar una postura), sino también porque es burgués, porque lo lleva gente que tiene una casa en el campo. Es demasiado cómodo. Los colores aceptables son el negro, el blanco, el rojo, el rosa fosforito, los amarillos o verdes fluorescentes (prácticamente imposible encontrar algo en esos colores en Londres), los cuadros escoceses y cualquier cosa que sea atrevida. Los colores pastel se consideran débiles, a menos que los lleves con una actitud irónica o en contraste con una prenda de licra o de cuero; el gris es para los viejos y para los trajes. En cuanto al beige, más vale estar muerto.

Vivienne y Malcolm no sólo buscan escandalizar, irritar y provocar una reacción con su vestimenta, sino también inspirar un cambio de actitud. Los jerséis de mohair, tejidos con grandes agujas y el punto tan suelto que puedes ver a través de ellos, las camisetas con agujeros o con frases escritas a mano, las costuras y las etiquetas a la vista, que muestran la estructura de la pieza; éstos son todos parámetros que se reflejan en la música que hacemos. Está bien no ser perfecto, mostrar el funcionamiento de tu vida y de tu mente a través de tus canciones y de tu ropa. Y lo que hagas en la vida también es significativo a nivel político. Por eso somos muy despiadados con los defectos de unos y otros y por eso despreciamos la dejadez.



Mallas de ballet blancas con costura de Freed of London; camiseta y bragas con la cara de Jerry Lee Lewis de Sex; botas blancas de charol (no se ven en la foto). Atuendo de salir diurno

35. LOS FLOWERS OF ROMANCE

Verano de 1976

Estás enferma, ¡oh, rosa!

WILLIAM BLAKE

Los días son muy calurosos y me alegro de estar ensayando en el sótano de Joe (por lo menos no me pongo morena), pero me cuesta un montón cargar con mi guitarra arriba y abajo con estas temperaturas tan altas. Estamos metidos ahí abajo durante cinco o seis horas al día y el ambiente se está tornando un poco insoportable, no sólo por el calor. No tenemos ninguna canción propia, Sid es muy crítico y es muy difícil hablar con él, con lo cual los ensayos se están volviendo insufribles; la torpeza me resulta cada vez más inaguantable. Intento provocar todo tipo de discusiones para pasar el tiempo, como, por ejemplo, si Bob Dylan escribe buenas letras o no. Yo creo que sí, Sid piensa que no.

–La letra de «Positively 4th Street» es buena –digo yo.

–¿En qué? –pregunta Sid.

–Es como un enorme insulto. Es muy sincera.

Sid quiere que lo convenza. Le da igual lo que yo diga siempre que no flaquee. En otra ocasión discutimos sobre el significado de «cool».

–No existe eso de ser «cool» –dice Sid.

–Tú eres «cool» –le respondo.

–No, no lo soy –contesta.

No saber tocar ni estructurar un ensayo está acabando con nosotros. Sid decide que no tocará el saxo, que será el cantante del grupo. No deja de darme la tabarra: «Tienes que escribir una canción. No nos volveremos a reunir hasta que escribas una canción.» Siempre presionando. Todas las noches, cuando regreso a casa después del ensayo, entro en la panadería de Queensway y compro un sándwich de huevo, berros y mayonesa. Me muero

de ganas de comérmelo, es mi pequeño capricho. Cuando acaba el ensayo intento escaquearme para no tener que compartirlo con Sid.

A pesar del caluroso verano, cuando llega septiembre estamos todos más pálidos y llenos de granos que nunca, y a pesar de ensayar a diario no tenemos ninguna canción ni ha mejorado nuestra forma de tocar. Pero al menos hemos encontrado un nombre: *Flowers of Romance* (Flores del Amor). Me parece el mejor nombre del mundo para un grupo. Me recuerda a *Las uvas de la ira*. Se le ocurrió a Rotten, un día apareció y nos lo dijo. Es muy bueno con las palabras. Me encanta que el nombre vaya a la contra de todos los demás grupos musicales que están de moda ahora mismo, a contracorriente de todos esos nombres provocativos, duros, agresivos. Además es un nombre acertado: nosotros somos los hijos de la primera oleada de padres divorciados de la década de 1950, hemos visto desmoronarse el sueño del hogar familiar. Era imposible llevarlo a cabo. Crecimos bajo la consigna de «paz y amor» de los sesenta y lo único que descubrimos es que había guerras por todos lados y que el amor y el romance son un timo.

Algunas noches después de ensayar vamos a un pub de Notting Hill y nos desplomamos en los cómodos butacones. Se nos acercan algunos periodistas y nos preguntan si somos un grupo. No tenemos que hacer nada especial, sólo vestirnos un poco diferente a los demás y eso basta para que nos sigan de un lado a otro. Sid se niega a hablarles hasta que no nos inviten a una copa. Cuando lo consigue, dice:

–Sí, estamos en el grupo *Flowers of Romance*.

Los periodistas garabatean el nombre en sus libretas, desesperados por tener algo sobre lo que escribir. Saben que están pasando cosas, pero no logran dar con los grupos ni encontrar sus discos. No existen.

–¿Cuándo vais a tocar? –preguntan.

–Muy pronto.

Ya no tengo ganas de ir a ensayar porque sé que Sid me va a preguntar si he compuesto alguna canción, pero cada vez que intento escribirla me paraliza sólo de pensar lo que opinará de ella. ¿Una canción que pueda gustarle a Sid? Imposible. ¿Sobre qué tema podría escribir yo que no le resultase estúpido? Yo no voy a escribir sobre Belsen, la tortura o el sadomasoquismo.

Después de un par de meses Sid decide echar a Palmolive del grupo porque

no tiene la estética apropiada, es demasiado hippie, pero creo que la verdadera razón es que ella le hace frente y le lleva la contraria. Después echa a Sarah porque no sabe tocar. Me doy cuenta de que bajo su fachada de torpeza y dejadez, Sid esconde una ambición despiadada. Mete en el grupo a un tipo que se llama Steve Walsh porque sabe tocar la guitarra. Steve viste un traje gris y lleva el pelo impecable. Pero él tampoco compone canciones.

Casi todas las noches después del ensayo Sid y Steve vienen a mi casa y se quedan hasta que se les hace demasiado tarde para volver a la suya. Pasamos horas fumando, a veces tomando alguna anfet, hablando y escuchando discos con Alan y Paul hasta las cuatro de la mañana. Cuando ya no puedo más, anuncio: «Me voy a la cama. Hay lugar para uno más si alguien quiere tumbarse.» Cuando salgo de la habitación oigo cierta refriega a mis espaldas y me digo para mis adentros: *Por favor, que gane Sid. Gana él.* Aparta a Steve de un empujón y entra a trompicones en mi dormitorio con una sonrisa de oreja a oreja.

Me quito los vaqueros y la camiseta y me meto en la cama en bragas y sostén. Sid se quita la camiseta y los vaqueros. Nos tumbamos mirando cada uno hacia un lado. No sé si se ha dormido. Yo sigo despierta. No puedo dormir, es demasiado raro. Con la salida del sol nos vamos acercando más y más con movimientos apenas perceptibles. Cuando ya es pleno día estamos pegados el uno al otro, espalda con espalda, adheridos por el sudor, intentando el mayor contacto físico posible. Eso es lo que hacemos cada vez que nos metemos en la cama juntos, nunca pasamos de ahí.

A veces consigo dormir un rato durante la noche, pero me despierta un fuerte olor a cerveza negra de Newcastle, un olor espeso y empalagoso, mezclado con amoníaco, como una dosis de sales aromáticas.

—¡Sid! ¿Has vuelto a mearte en la cama?

Se ríe tontamente. No le importa.

Un día Sid dice algo que me provoca auténtico pánico.

—Siouxsie me ha pedido que entre en su grupo, Siouxsie y los Banshees, y que toque en el primer concierto que van a dar en el 100 Club.

El corazón me da un vuelco. *Oh, no, se va a ir de nuestro grupo. Esto tenía que pasar, es un tipo tan interesante que era inevitable que alguien nos lo birlase.*

Así están las cosas, es la primera vez que uno de nosotros va a tocar en vivo y yo no formaré parte de ello. En realidad no me importa, siento que

todavía no estoy lista. No tengo las agallas para hacer lo que hacen Mick y John y que ahora harán Sid y Siouxsie. Sid intentará realizar su sueño, se acabó tanto hablar y hacerse el interesante, se la va a jugar y se subirá a un escenario. Estoy entusiasmadísima y nerviosísima. Sólo han ensayado durante veinte minutos. ¿Saldrá bien? Es un gran momento para nosotros. Aunque nos gusta la idea de que cualquiera puede lograr lo que se proponga sin necesidad de un gran talento, técnica o preparación previos, también es cierto que si fallas cuando tienes la oportunidad, aunque sólo sea un poquito, todos se burlarán de ti. Sid se cuenta entre los críticos más rigurosos, así que se supone que es quien mejor debería hacerlo.

36. EL 100 CLUB

1976

Nadie habla en el grupo que aguarda sentado en el semivacío 100 Club de Oxford Street a que salgan al escenario Sid y Siouxsie. Todos estamos nerviosos, pero es importante que nadie lo note. Aparte de los Sex Pistols, ninguno de los que actuarán esta noche ha tocado antes en vivo.

Fuera, Oxford Street recuerda a las novelas de Dickens. La mayoría de las puertas y ventanas de las tiendas están cerradas con tablas, hay montones de basura pudriéndose junto a los bordillos de las aceras debido a la huelga de basureros y la mitad de las farolas están apagadas a causa de las restricciones de luz.

Dentro la tensión va en aumento. Siouxsie aparece primero, va a cantar «The Lord's Prayer» con Sid a la batería (nunca ha tocado la batería); Steve Severin, el novio de Siouxsie, al bajo, y Marco Pirroni (después tocaría en Adam and the Ants) a la guitarra. Suben al escenario y empiezan a tocar. Sid lo hace muy bien, sin redobles, florituras ni platillos. Aporrea la batería con la contundencia de una roca. Tiene un aspecto magnífico y no parece nada nervioso. La canción dura cerca de veinte minutos, la voz de Siouxsie suena amenazante con la insistente batería de fondo. Siouxsie me parece brillante, tiene una enorme seguridad en sí misma. Más tarde siento un gran alivio cuando Sid me dice que no se unirá a su grupo, no quiere sentarse al fondo del escenario, detrás de un montón de tambores, él quiere ser la estrella.

La noche siguiente Sid y yo volvemos al 100 Club a pasar el rato. Está tocando un grupo llamado los Damned. Llevo una blusa de malla transparente sin sostén. Una vez vi a Siouxsie llevar una blusa así sin nada debajo y me pareció genial; la diferencia es que ella tiene un cuerpo más andrógino que el mío; yo tengo tetas grandes y el efecto no es el mismo. Pido un vaso de agua en la barra mientras hago un gran esfuerzo por no cruzar los brazos delante de mis pechos expuestos cuando los camareros se quedan mirándome boquiabiertos. No volveré a ponerme esa blusa, no tengo las agallas necesarias para llevarla. Mientras continúo allí de pie intentando

parecer despreocupada, oigo un gran jaleo procedente de la zona del escenario. No me preocupo demasiado, pienso que será el público saltando y empujándose unos a otros al son de la música.

Diez minutos después alguien me dice que han arrestado a Sid y que se lo han llevado a la comisaría por lanzar un vaso (dio contra un poste y se hizo añicos hiriendo a una chica que estaba entre el público). Sé que Sid no fue porque, cuando yo estaba en la barra, él se encontraba de pie cerca de mí apoyado en una columna, muy lejos del escenario. Apuesto a que le endilgaron el asunto por su fama de alborotador.

Le cuento la situación a Vivienne: no tenemos la más mínima duda de que Sid no lo hizo. Me dice que va a averiguar qué sucede y luego se pondrá en contacto conmigo.

Dos días después llaman a mi puerta. Es Vivienne. Ha venido en coche.

–Voy a visitar a Sid al centro penitenciario Ashford Remand, ven conmigo –me dice.

Estoy horrorizada. Llevo puestos unos Levi's destrozados y una camiseta vieja toda estirada.

–Un minuto que voy a cambiarme de ropa –digo, maldiciendo para mis adentros por ofrecer un aspecto tan mierdoso.

–No tenemos tiempo para eso –responde Vivienne, impaciente–. Sid ni se fijará en tu ropa.

No es Sid el que me preocupa, estoy mucho más disgustada por el hecho de que ella me haya visto mal vestida.

Corro escaleras arriba y me cambio en diez segundos, ni pensar siquiera en hacer esperar más a Vivienne. Busco algo para llevarle a Sid. Lo único que se me ocurre es un libro, pero nunca le he visto leer nada. Cojo *Crimen y castigo* de Dostoievski, pero el título es demasiado sermoneador y va a producirle rechazo, así que lo cambio por *Manson*, el libro de Vincent Bugliosi y Curt Gentry sobre los asesinatos de la familia Manson. Está escrito ciñéndose estrictamente a los hechos, con un estilo frío, casi una enumeración de lo sucedido, lo cual sé que a Sid le resultará atractivo. Vivienne desapueba mi idea y me riñe en el coche. (Sid creyó que fue Vivienne quien le había llevado el libro, algo que a ella la hubiese enfurecido, de haberse enterado.)

Cuando entramos en la sala de visitas, vemos que Sid ya se encuentra allí, desplomado delante de una mesa. Parece destrozado, no es el Sid que conozco. Habla con voz emocionada; agradecido de que hayamos ido a verle.

Nunca pensé que tuviese sentimientos y me alegro de estar visitándole junto con Vivienne. Si me las hubiera tenido que arreglar sola, nunca se me hubiese ocurrido ir allí o que a él le hubiese gustado. Nos cuenta lo horrible que es aquello, que lo peor es tener que compartir una habitación con otra persona. Ya habían tenido que cambiarle una vez porque su primer compañero de celda era muy violento; el actual canta y silba todo el tiempo, pero Sid no se atreve a pedirle que se calle. Otro tipo intentó suicidarse. Sid nos asegura que es inocente y nos ruega que hagamos todo lo posible para sacarle de allí.

o/r 26/9

In replying to this letter, please write on the envelope:—

Number A02293 Name BEVERLEY

H. M. REMAND CENTRE
WOODTHORPE ROAD
ASHFORD,
MIDDLESEX.

Dear Viv,

I don't feel quite so bad as I did before. Sybil and Steve came to visit me yesterday, which made me feel a hell of a lot better. They said that it is pretty certain that the girl's eye is okay, I certainly hope so. Maybe I'll get out altogether, on Wednesday.

What has been happening at your end? Have you started practising with Sybil and Marco yet? And also, do you know whether you will be able to rehearse in your new place, when you get it?

I get so worried and agitated in here that I can't sleep at all. And when I do, I have the most awful nightmares. I feel certain that just a couple of months in a place like this, would drive anyone crazy. I'm in a state of nervous agitation at

No. 243 Dd. 112574 11/73 G & C

Fragmento de la carta que Sid me envió desde el centro penitenciario Ashford Remand.
1976⁷

Un par de días después recibo una carta. No sé qué me sorprende más: que Sid me haya escrito, que tenga una letra tan bonita (casi femenina, con circulitos en lugar de puntos sobre las íes) o lo bien que se expresa. Me doy cuenta de que parte de lo escrito está pensado para que lo lean los guardias de la cárcel (se muestra muy amable, equilibrado y compungido por encontrarse allí), pero otra parte de la carta me descubre a un Sid afectivo y tierno que no conocía.

Me entero de que la chica que recibió el impacto del vaso en la cara ha perdido la visión de un ojo. Como no hay pruebas fehacientes contra Sid, ella retira la denuncia y lo dejan en libertad. El incidente del vaso hace que todo cambie para mí. Yo creía que el grupo con el que me relacionaba estaba compuesto de gente inteligente. Ahora todo parece enturbiado por los acontecimientos, la atmósfera ha pasado de ser positiva y excitante a negativa y violenta. No me siento cómoda asociada con ese mundo.

Un año después Sid me confesó que había sido él quien tiró el vaso.

37. LA NAVIDAD DEL 76

Del otro lado del Atlántico nos llega la noticia de que van a venir los Heartbreakers y de que alquilarán un apartamento en Londres. Los Heartbreakers son muy respetados porque su líder, Johnny Thunders, pertenecía a las New York Dolls, un grupo que había ejercido una gran influencia en los Pistols y en los Clash. Oír que Thunders está de camino a Inglaterra es como oír que Drácula está de camino a nuestras costas en la bodega de un barco: una presencia oscura y poderosa, inquietante y seductora, que se acerca lenta y sigilosamente. Estamos sentenciados.

Keith, Mick y Sid no ven el momento de conocer a Johnny. Lee Black Childers (el representante de los Heartbreakers, que llegó antes que ellos) me dice: «Tú y Johnny os vais a llevar fenomenal, Viv. Johnny se volverá loco cuando te vea.» Ese comentario me pone aún más nerviosa. Por fin llega el grupo. Han organizado una actuación en Plymouth previa al concierto principal. Gente de nuestro grupo de Londres viaja hasta allí para verles; vaya rollo.

Y entonces le conozco.

Estoy en casa de Caroline Coon el día de Navidad. Caroline (la artista, escritora y activista) ha invitado a algunos de nuestro grupo a un almuerzo de Navidad, algo muy generoso por su parte y también gracioso porque ninguno hacemos caso a esas tradiciones. Están allí los Heartbreakers y también Sid, John Rotten, Soo Catwoman, Steve Jones y algunos otros. Rotten le regala a Sid para Navidad una muñeca que tiene la cara de Soo y que, cuando le bajas las braguitas (cosa que Sid hace), tiene escrito «Sid» y una flecha pintada que apunta hacia su vagina.

Johnny Thunders y yo nos sentamos cada uno en una punta del salón de Caroline, lanzándonos miraditas furtivas cuando creemos que el otro no nos ve. Johnny parece salido directamente de una canción de las Shangri-Las: malo pero bueno. Me hace todo tipo de preguntas con tono educado, por ejemplo, qué instrumento toco y qué tengo planeado hacer el resto de las vacaciones. Es mayor que los chicos ingleses que están allí, y también más encantador y seguro de sí mismo. Es guapo y tiene un aire sexy y mundano.

Telefonea constantemente a Nueva York. «Me gustaría hacer una llamada a cobro revertido a Nueva York.» No sé lo que es una llamada a cobro revertido. Es fascinante oírle hablar con su acento neoyorquino. Sin embargo, hay un par de cosas de él que no me gustan: lleva una camisa moteada blanca y negra, un chaleco negro y un cordón con pasador a modo de corbata. Es todo demasiado atildado y pulcro. Todavía no se ha comprado nada en Sex y no lleva el pelo lo bastante despeinado, tiene que enmarañárselo más y darle algunos tijeretazos. Pero es cautivador; un ser de otro mundo, exótico y precioso.

Todo empieza a irse un poco de las manos en casa de Caroline. Nadie come nada, alguien hace pis en la planta de un tiesto y el pavo relleno acaba en el retrete con el culo para arriba. No sé quién lo hizo, pero es obvio que fueron los estúpidos inglesitos, los norteamericanos nunca harían algo así, ellos son mucho más respetuosos.

Después del almuerzo vuelvo andando a mi estudio y Mick aparece de visita; ha almorzado en casa de su abuela. Está cabreado porque Caroline no le invitó a su casa, cree que es porque la gente piensa que los Clash no son guay, está muy preocupado con eso.



Johnny Thunders con la camiseta de la calavera que después me regaló. 1976

38. JOHNNY T Y YO

1977

Poco después de la comida de Navidad, los Heartbreakers tocan en el Roxy, en Covent Garden, y voy a verles.

Me pongo en la primera fila para empaparme del grupo. Quiero ver bien los dedos de Johnny sobre su guitarra, observar su cara mientras canta, estudiar sus movimientos. Él me mira desde el escenario. No sonrío. Los Heartbreakers atacan su primera canción, «Born to Lose» (Nacido para perder): Johnny sacude la cabeza y pone morritos, sostiene la guitarra como si la llevase pegada al cuerpo, actúa como si apenas pudiese mantenerse en pie, pero desliza los dedos por el mástil de la guitarra con la misma facilidad que si estuviera peinándose el pelo con ellos. Clava sus ojos marrón oscuro en mí. ¡Fantástico! ¡Johnny Thunders me mira desde el escenario! No aparta la mirada. Canta toda la canción mirándome a los ojos. Ésa es la fantasía que siempre he tenido desde niña y Johnny Thunders la ha hecho realidad. Le sonrío al terminar la canción. Es la cosa más romántica que me ha pasado en la vida. Johnny Thunders sabe lo que es el romanticismo y los grandes gestos. Además a él le gustan las Shangri-Las y las Shirelles, grupos que a los chicos ingleses les parecen de poca monta. A Johnny le gustan las chicas.

Jerry Nolan aporrea la batería y dan comienzo a la siguiente canción. Johnny no me quita los ojos de encima, también me canta esa pieza. Estoy clavada al suelo, no puedo creer lo que está pasando. Así se conquista a una chica. Me canta todas las canciones a mí. Todas y cada una de ellas mirándome a los ojos. Cambia la letra de «Can't Keep My Eyes On You» (No puedo seguir mirándote) por «Can't Keep My Eyes Off You» (No puedo dejar de mirarte). No parece que al resto del grupo le importe, creo que ellos también saben ser románticos. De todos modos, Johnny puede hacer lo que le plazca. Cuando termina el concierto viene hacia mí (el pelo pegado a la frente por el sudor) y me pregunta qué haré luego. Lo invito a él y a Jerry Nolan a mi estudio. Mientras preparo té, Johnny toca mi guitarra y canta «Baby It's You» (Nena, eres tú), «Walking in the Sand» (Caminando por la arena) y

muchas otras canciones de los sesenta con coros femeninos. Cuando nos besamos, se separa y le grita a Jerry: «¡He sentido algo!» Se muestra sorprendido y me cuenta que hace mucho tiempo que no siente nada. «Tengo que llamar a alguien y contárselo.» Hace una llamada a cobro revertido a Nueva York (ahora ya sé lo que es).



Thunders en acción. 1977. («Give Him A Great Big Kiss»)

Johnny: «He conocido a una chica.»

Pausa.

Johnny: «Viv Albertine.»

Pausa.

–¿Cuántos años tienes? –me pregunta volviéndose hacia mí.

¿Por qué aquel jodido neoyorquino tenía que preguntar precisamente eso?
¿Por qué no pregunta a qué me dedico o qué aspecto tengo?

–Veintidós –contesto (hecha una furia por dentro, suena muy mayor).

–Veintidós –repite Johnny al teléfono.

Me parece escuchar un suspiro de aburrimiento desde Nueva York.

Jerry Nolan se queda dormido en el piso de abajo. Johnny y yo acabamos en el colchón del entresuelo. No logra tener una erección, a mí no me importa, lo pasamos muy bien hablando y acariciándonos. Johnny me dice que no puede demostrar sus sentimientos de ese modo, que ya no le funciona. Después de un par de horas, preparo el desayuno para él y para Jerry, tostadas con alubias de lata.

Muy pronto Johnny Thunders y yo nos convertimos en amigos que se enrollan. Johnny es un tipo dulce y sensible, pero la heroína es lo más importante para él, y aunque me llama a menudo y charlamos durante horas, en determinado momento siempre pregunta si Keith (Lavene) está en casa y me doy cuenta de que está buscando droga. Ahora Keith se ha convertido en alguien vital para los Heartbreakers, un amigo íntimo de los yanquis. Está todo el tiempo diciendo «Thunders esto» y «Thunders lo otro». Johnny y yo seguimos pasando mucho tiempo juntos en el piso de los Heartbreakers que está en Denbigh Street, en Victoria, algo que me halaga, sobre todo teniendo en cuenta que yo no consumo drogas. La decoración del piso es insulsa, paredes color hueso y moqueta beige, no es nada acogedor, parece una habitación de hotel. Cuando Johnny se mudó allí estaba preocupado por su imagen y me preguntó si el barrio de Victoria molaba o no. Le dije que no.

Es como si estuviésemos hechos el uno para el otro. Si no fuera un yonqui, creo que tendríamos una relación muy especial. Estoy todo lo enamorada que se puede estar de un drogadicto. También continuó saliendo con Mick de forma intermitente, pero la química entre Thunders y yo es irresistible.



Con la camiseta de Johnny (el agujero ya cosido). Collar con bala. Peinada por Keith Lavene. 1977

Una tarde estamos reunidos un montón de gente en casa de Johnny, fumando y charlando. Yo llevo una camiseta negra muy fina y gastada que Johnny me regaló y que tiene impresa en el pecho la bandera pirata con la calavera. Me dijo que era su camiseta favorita. Es preciosa, deshilachada, con agujeros y con las mangas cortadas. Me encanta. En algún momento de la noche bajo la mirada y me doy cuenta de que la camiseta tiene un agujerito por el que asoma mi pezón derecho. No llevo sostén, dios sabe por qué, ya que yo siempre lo llevo. He estado sentada allí durante horas con mi pezón asomando por un agujero y nadie ha sido capaz de advertírmelo. Me recoloco la camiseta y doy una gran calada a mi cigarrillo. Es mejor quedarse tranqui y hacer como que no pasa nada. Dejo transcurrir unos veinte minutos y después digo que me tengo que ir. Durante todo el trayecto a casa en el autobús no

puedo dejar de pensar en mi pezón. ¿Por qué Johnny no me dijo nada? Todos nos vestimos de un modo muy provocativo y quizá no se diese cuenta de si llevaba la camiseta así a propósito o no. O simplemente le pareció algo gracioso. Tuvieron que pasar un par de semanas para que yo lograra juntar fuerzas para ver a Johnny otra vez.

39. HEROÍNA

1977

El rock and roll es sobre todo una actitud.
No tienes que tocar la guitarra mejor que
nadie.

JOHNNY THUNDERS

Son las tres de la tarde. Me tengo que levantar, no puedo permanecer tumbada ni un minuto más, hace demasiado calor en la habitación. Me llega el olor de las alubias en salsa de tomate que sobraron la noche anterior y que ahora se pudren en el fregadero. Me quito la colcha de encima (hecha de retales con estampado de leopardo que me regaló Mick tras comprarla en la liquidación por cierre de Biba) y corro escaleras abajo a contestar el teléfono.

–Eh, Viv, ¿qué pasa? –Las palabras con fuerte acento neoyorquino se arrastran hasta mi oído a través del auricular.

Es Thunders. Me pide que vaya a verle al apartamento de su amigo que vive en Chelsea.

–Vale. Iré sólo un par de horas. He quedado con Sid a las seis.

–Sí, ya lo sé –me responde–. Estuve con él anoche.

No me da tiempo a comer. Compraré una bolsa de patatas fritas de camino. Me pongo un vestido negro de encaje muy ajustado que Sid me compró de segunda mano en un mercadillo de beneficencia. Como me quedaba un poco estrecho Sid le abrió una raja en el costado (que ahora he cerrado con imperdibles) y una vez que ya lo llevaba puesto le arrancó un trozo de la parte de abajo, dejándolo muy corto y con el bajo deshilachado. Me pongo unos leotardos negros llenos de agujeros y las botas Dr. Martens; sigo sin ponerme tacones cuando quedo con Sid.

Al salir a la calle me acerco al buzón y echo una carta para Rory, que se ha mudado a Nueva York. Le cuento de mi fantástico grupo, los Flowers of

Romance, de lo brillante que es Sid como cantante, tan bueno como Johnny Rotten.

Nada más entrar en casa del amigo de Thunders, éste me agarra fuerte de la mano y me lleva al otro extremo de la habitación. Descorre una pesada cortina, abre la puerta ventana y me hace salir al balcón de hierro forjado, donde nos acodamos como dos cuervos desastrados, con los pelos de punta y la ropa negra andrajosa, recortados contra el fondo de las espléndidas mansiones estucadas en blanco.

No tengo ni idea de qué va a decirme Johnny ni de por qué tanto misterio. ¿Querrá que le consiga droga? Pero no me llamaría a mí para eso. ¿Querrá hablarme de amor? No, imposible, no puede amar, tiene el corazón lleno de heroína.

Me agito un poco el pelo para que me caiga sobre la cara y apoyo la espalda en la barandilla, intentando marcar cierta distancia entre nosotros. Estoy convencida de que mi cutis se ve horrible bajo la brillante luz del sol. Rezo por que Johnny no tenga muy buena vista.

Johnny me cuenta que estuvo con Sid la noche anterior y que éste le dijo que cuando se reuniera conmigo hoy a la seis me echaría de *Flowers of Romance*.

No. No puede ser verdad.

No me puede echar del grupo que hemos formado juntos. Hice llorar a mi madre para poder estar en ese grupo..., hemos estado ensayando durante toda esta insoportable ola de calor... y *Flowers of Romance* es un nombre tan genial. Si no soy la guitarrista de *Flowers of Romance* perderé mi identidad. Johnny nota que me cambia la cara. El impacto es demasiado fuerte como para disimularlo.

–Viv, yo *le dije* a Sid que estaba equivocado. Le dije: ¿qué mierda importa que ella no sepa tocar? Es una chica superguay y tiene un aspecto genial.

Pero nadie (ni siquiera el venerado *Johnny Thunders*) consigue que Sid cambie de opinión. Estoy fuera. No hay más que hablar. Volvemos a entrar en el salón, envuelto en una nube de humo. ¿Johnny se lo habrá contado a los demás? Nadie me presta atención, así que me desplomo en un almohadón que hay en el suelo.

Thunders, siempre el líder, toma el mando de la habitación. Anuncia que «ha llegado la hora de chutarse», como una maestra organizando el próximo

juego delante de su clase de preescolares. Una oleada de entusiasmo recorre la sala. Johnny baja la mirada hacia mí.

—¿Quieres un poco, Viv? Te sentirás mejor.

Ya me habían ofrecido heroína otras veces. Nunca acepté. Nunca he tenido intención alguna de probarla, pero hoy es el día perfecto. Hoy estoy destrozada. Quiero ser parte de algo, si no es de mi grupo, entonces de cualquier otra cosa, donde sea, me da igual, lo único que quiero es que el mundo desaparezca.

—Sí —digo, mientras asiento con la cabeza.

Johnny sabe que nunca he probado el caballo y adopta una actitud reverencial. Me dice que seré la primera en pincharme, puesto que todos vamos a usar la misma aguja y él quiere que esté lo más limpia y afilada posible para mí. Comprendo que es todo un honor. Saca un pañuelo negro y rojo de la nada como si fuese un mago. Recuerdo habérselo visto en la cabeza durante una actuación. Me ata el pañuelo alrededor de la parte superior del brazo y me da unos golpecitos en las venas con dos dedos para hacerlas más visibles. He visto ese ritual *tantas veces*. No me impresiona, no me entusiasma. Estoy atontada.

Mientras Johnny succiona el líquido de la cuchara hacia el interior de la jeringuilla yo me mantengo ajena a la situación (no pienso: *Ay, dios mío, éste es Johnny Thunders de los Heartbreakers que está a punto de inyectarme heroína por primera vez en mi vida*). Y no siento miedo. Estoy distante, limitándome a observar lo que sucede. Johnny me felicita por mis preciosas venas vírgenes, a continuación introduce la aguja en la vena azul más grande, justo en el hueco de mi brazo, y suelta el caballo.

Siento una descarga que surge en los dedos de los pies y me sube por todo el cuerpo. Miles de diminutas burbujas de amor y felicidad me invaden las venas. Me siento como una botella de Lucozade a la que acaban de agitar. Después vomito. Allí mismo, sobre la alfombra. Sé que debería sentirme avergonzada, pero lo cierto es que no sé lo que siento. Miro a Johnny y él sonrío. Me acaricia el pelo y me dice que todo está bien, que lo que me pasa es completamente normal. Después se inclina y se pincha él.

Oigo un portazo. Alguien grita. Bajo el bordillo y caigo a cámara lenta junto a una alcantarilla. Las bocinas de los coches atruenan. Las ruedas chirrían. Estoy en medio de Fulham Road. Me siento a morir. Unas sombras

oscuras saltan en el límite de mi ángulo de visión. Surgen rostros aquí y allá. Cae una hoja. Los edificios se inclinan. Todo sucede al mismo tiempo...

... El aire fresco me golpea el rostro, estoy en un pasillo largo y oscuro. Las baldosas blancas y negras se alejan de mí danzando, las sigo, me conducen hasta Sid. Está recostado contra la puerta de mi casa. Las piernas largas y delgadas, grandes pies de dibujos animados enfundados en unas botas enormes de gruesa suela de goma, una cadena de bicicleta alrededor de la cintura, un candado colgando del cuello, los ojos negros como pasas de Corinto, el pelo de punta.

Me mira nervioso.

—¿Todo bien?

Vaya código moral más raro que tenemos todos.

Sid llega puntual por primera vez en su vida para echarme del grupo. Se ha empeñado en decírmelo cara a cara porque su madre (que es una yonqui) le enseñó que hay que ser amable.

Yo, que estoy de heroína hasta las cejas, arriesgo mi vida para encontrarme con Sid a pesar de saber que está a punto de destrozarme la vida.

Y Johnny Thunders tuvo la amabilidad y la consideración de advertirme de la inminente fatalidad para después acabar chutándome caballo.

Sid y yo entramos. Farfulla un montón de palabrería para comunicarme que ya no estoy en el grupo.

—No sabes tocar —dice.

Apenas le oigo. Estoy muy lejos de allí, en otro mundo. Me da igual. No me duele. Me importa un carajo.

Sid está un poco molesto porque yo ya sé lo que me va a decir y no me importa nada. Se da perfecta cuenta de que estoy colocada. Debe de haber visto así a su madre muchas veces. Tengo la leve sospecha de que desapruaba lo que hago. Me pregunta si quiero que se quede conmigo.

—No, no, estoy bien —mascullo entre dientes, y le hago adiós con la mano.

Se marcha dejándome sentada en el suelo de mi casa, con el mentón clavado en el pecho y los ojos semicerrados. Flipada. Y expulsada del grupo.

40. EL CAMBIO

1977

Todo límite supone un principio además de un fin.

GEORGE ELIOT, *Middlemarch*

Oigo sonar un teléfono a través del aire denso y confuso. Es Thunders que me llama para decirme que vaya a reunirme con los Heartbreakers. Me pide que vaya de inmediato al estudio donde están ensayando. Estoy asustada, pero voy de todos modos. Eso es lo que deberían escribir en mi lápida. *Estaba asustada. Pero fue de todos modos.*

Cuando llego, me dice:

–Muy bien, vamos a pensar qué canciones sabes cantar.

Me pregunta si me sé la letra de «These Boots Are Made for Walking» de Frank y Nancy Sinatra.

–Sí, casi toda.

El resto de los Heartbreakers escuchan educadamente aunque no parece que les guste mucho la idea: *Otra de las locuras de Johnny*. Johnny toca la introducción a la canción y el grupo le sigue. No sé qué diablos estoy haciendo. Nunca he estado en ningún grupo de verdad, no sé cantar. Nunca he usado un micrófono. Johnny asiente con la cabeza para marcarme cuándo debo entrar. Más que cantar, voy soltando la letra de la canción con voz inexpresiva, el miedo levemente amortiguado por la heroína suministrada horas antes y de la que aún corren leves vestigios por mis venas. Cuando finaliza la canción, Johnny dice que ha salido genial y que le encanta mi interpretación. La repetimos un par de veces más, después ellos se ponen a ensayar otra canción y yo me desplomo en una butaca en un rincón de la sala, sumida en un estúpido sopor.

Johnny debió de pincharme mal la vena cuando me inyectó porque el brazo se me pone negro desde la axila hasta la muñeca. Se me queda así tres meses.

Tengo que llevarlo tapado para que nadie lo vea, ni siquiera mi madre, algo nada fácil ya que me han desalojado de mi estudio (por impago de alquiler y porque varios vecinos se quejaron de que Sid les había amenazado blandiendo una botella de leche rota) y he tenido que mudarme otra vez a su casa. Me siento muy avergonzada. He sido débil. Debería saber mantener la dignidad, si no por mí, al menos por mi madre. No volveré a probar la heroína nunca más.

Un par de semanas después voy al Music Machine (un club que está en Kentish Town, ahora se llama Koko) y me topo con Ben Barson (el tipo de Woodcraft Folk con el que me quería casar). Ahora somos iguales, me he puesto a su altura. ¿No os encanta cuando pasa algo así? Conoces a alguien que no está interesado en ti y después vuelves a encontrártelo un par de años más tarde y tú ya te has reinventado como persona. Ahora Ben me encuentra atractiva, vestida con mi atuendo fetiche en negro y rosa, las botas Dr. Martens y mi actitud desafiante. Mientras hablamos, desliza un brazo por mi cintura, como si fuéramos adolescentes, pero yo he quedado con una gente detrás del escenario, así que debo irme.

Ya entre bambalinas me pongo a hablar con Johnny Thunders. Me pregunta qué haré más tarde, ¿quedamos? Dirijo la vista hacia donde está Mick, que me fulmina con la mirada. Johnny capta la expresión de Mick, se ríe y canturrea: «¿A quién elegiré? ¿A él o a mí?»

Siento que algo explota en mi interior. *¿Se puede saber qué te pasa, Viv? Deja ya de hacer el tonto. ¿Qué pretendes de la vida?* Me doy cuenta de que no quiero estar con ninguno de los dos, así que me marcho de allí, paro un taxi y me voy a casa. Es hora de demostrarles a los demás, y a mí misma, de qué estoy hecha. Es hora de intentarlo y, quizá, de volver a fracasar, pero mejor eso que no intentarlo nunca.

41. EL SUEÑO DE SIDNEY

1977

Sid y yo seguimos siendo amigos, no me voy a comportar de manera mezquina con él por haberme echado del grupo. Seguimos viéndonos con frecuencia, escuchando sin parar el álbum *Ramones* que condensa lo que nosotros mismos queremos hacer, llevarlo todo al extremo. Sid se toma unas anfetaminas y dice que se va a quedar despierto toda la noche escuchando el disco. Yo me voy a la cama. Cuando me levanto por la mañana, Sid sigue en la habitación de Alan, pero, además de seguir oyendo el mismo disco, acompaña la música tocando el bajo de Paul. Puede reproducir la parte del bajo de casi todas las canciones del álbum. Nunca ha tocado un bajo en su vida, pero lo ha sacado todo de oído y él solo ha buscado cómo colocar los dedos sobre el mástil del instrumento para obtener el sonido que quería. Las secuencias del bajo son realmente rápidas y Sid es capaz de tocarlas a la perfección. Siento un respeto reverencial hacia él, ha logrado convertirse en bajista en unas horas.

Gracias a lo que hizo esa noche, Sid está listo cuando John le pide que reemplace a Glen Matlock como bajista de los Sex Pistols. Dicen que hay sueños que se hacen realidad. Hace apenas una semana Sid y yo estábamos de pie al fondo de la sala de Screen on the Green viendo a los Sex Pistols y diciendo: «¿Qué sentido tiene formar parte de un grupo? Si no puedes superar a los Sex Pistols, mejor ni intentarlo.» Lo increíble es que Sid lo pensó dos veces antes de unirse a ellos, a pesar de considerarlos el mejor grupo de música del mundo. Me pregunta qué creo que debería hacer, ¿entrar en los Pistols o crear su propio grupo? No está convencido de querer formar parte de algo que él no ha creado. El dilema sólo dura cinco segundos. Sid dice que sí, por supuesto.

42. EL COLISEUM

1977

Los Clash, Buzzcocks y Subway Sect tocan esta noche en el Coliseum, pero yo no he venido a verlos, los veo todo el tiempo. Estoy aquí para ver a los Slits.

Las Slits me pidieron que entrase en su grupo hace un par de meses, no recuerdo cómo se pusieron en contacto conmigo, probablemente a través de Nora, la madre de la joven cantante, con la que salgo bastante a menudo. Nora es alemana, alta, atlética, rubia y sofisticada. Lleva trajes sastre *vintage* y tacones altos, es muy femenina comparada con el resto de nosotras. La respeto porque es fiel a su estilo. Por aquel entonces las Slits estaban buscando a alguien que tocara el bajo. Yo toco la guitarra, no quiero tocar el bajo, no me identifico con el bajo. Tu instrumento no es algo intercambiable. Yo soy guitarrista, a pesar de que no lleve mucho tiempo tocando. Sé que soy guitarrista. De todos modos, no quiero estar en un grupo de música formado sólo por chicas.

Hablé de ello con Chrissie Hynde. (Conocí a Chrissie al mismo tiempo que a Mick en la escuela de arte. Mick estaba intentando formar un grupo con ella y aunque Chrissie todavía no está en ningún grupo le encantaría formar parte de uno.) Le dije: «Eso de formar un grupo sólo de chicas es como un recurso efectista o un formulismo, ¿no te parece?» Chrissie me dijo que me dejara de chorradas y que me tirase a la piscina. Leo mucho sobre feminismo y soy una feminista, lo aplico a todo lo que pienso y hago, pero no quiero que me encasillen de ningún modo.

Quiero saber en qué anda Palmolive ahora que ya no está en Flowers of Romance. No espero gran cosa, he visto a las Slits en algún que otro sitio de la ciudad, con las caras embadurnadas de maquillaje, vestidas con prendas hechas con el plástico negro de las bolsas de basura. También he visto más de una vez a Ari, la hija de catorce años de Nora, chillando y correteando de un lado a otro de la habitación.

Se apagan las luces y cuatro chicas irrumpen en tromba en el escenario,

llenas de entusiasmo, vehemencia y furia. Ari lleva un impermeable abierto beige, largo y sucio y debajo, una blusa con estampado de leopardo, una minifalda de vinilo y leotardos de red. Tiene el pelo largo y enmarañado, en el que lleva clavado un peine. Palmolive está genial con sus pantalones de piel de leopardo y un chaleco de plástico negro. Empiezan a tocar. Una explosión de energía, una algarabía de sonidos. Latiendo a través de todo ello se oye la percusión insistente de Palmolive, feroz, desenfrenada, un llamamiento a las armas. Los ojos le brillan de pasión; es algo atávico. Está entregada en cuerpo y alma a la interpretación.

Ari se encuentra en su elemento. De repente, cobra sentido. Es una personalidad demasiado intensa fuera del escenario, pero cuando está encima de él lo domina por completo. Su voz ronca y su acento alemán resultan sensuales; pateo el suelo, chilló y hace quiebros con la voz, se entrega con una libertad total, brincando por el escenario como un poni enloquecido. Se abre y cierra el impermeable con gestos rápidos como una parodia de un viejo indecente; es muy graciosa. Tiene una naturalidad y un desparpajo sobre el escenario que jamás he visto en ninguna otra persona, chico o chica. Siempre que observo actuar al cantante de un grupo me pregunto para mis adentros: «¿Es tan bueno como John Rotten?» Sid y yo seguimos comparando a todos los grupos que vemos con los Sex Pistols y a todos los cantantes con John. Es inútil añadir más grupos al mundo de la música si no van a hacer algo diferente o mejor que los que ya existen. Ari despierta en mí todo tipo de sentimientos, visiones, aspiraciones, posibilidades. Es como una inspiración estimulante, lo mismo que me sucedió cuando vi a John Rotten el año anterior. Todo eso lo sentí y pensé sin entender una sola palabra de lo que estaba cantando, sólo a través de su presencia.

A la mañana siguiente, me quedo en la cama, despierta y pensando en las Slits. Después me levanto, me visto, voy hasta la cabina telefónica que está en Acton High Street y llamo a casa de Nora. Contesta Ari. En realidad no sé bien por qué he llamado. Simplemente deseo decirle algo, contactar con ella. Le digo que las Slits me parecieron geniales la noche anterior. Quedamos en encontrarnos en una casa okupada que hay en Edgware Road donde ellas ensayan. Me invade el entusiasmo. He provocado que algo suceda.

43. DAVENTRY STREET

1977

Voy a tocar con las Slits. Estoy algo inquieta pues ensayar con Sid en Flowers of Romance me destrozaba los nervios.

El grupo ensaya en una casa okupada que está en Daventry Street, en el oeste de Londres. Las paredes están cubiertas con cartones de huevos y en uno de los rincones han colocado un colchón húmedo y apestoso en un pobre intento de amortiguar el sonido. En el suelo hay algunas alfombras vetustas hechas jirones, dos amplificadores y una batería. Para mantener silenciado el pedal de la batería de Palmolive han apoyado sobre él dos ladrillos envueltos en una toalla vieja.

Kate Korus, la guitarrista de las Slits, no está allí. Yo no les pedí que no estuviera, pero me alegro, porque quizá ellas estén pensando que yo podría encajar en su grupo y yo también estoy empezando a pensar que me gustaría entrar en el grupo.

No tengo ni idea de cómo saldrá este ensayo improvisado. He oído tocar a las Slits y sé que no son unas virtuosas de la música; aun así, me siento un poco desbordada puesto que soy muy novata con la guitarra. Les aviso que no soy muy buena, que hace tiempo que no toco y que no tengo ni idea de cómo improvisar. Todas me contestan a coro que ellas tampoco y que eso no importa. Sus palabras me hacen sentirme un poco mejor y saco mi Les Paul Junior del estuche de cartón.

Ari es la única de nosotras que ha estudiado música; llegó hasta sexto curso de piano. Me enseña los acordes de una canción que han compuesto y que se llama «Let's Do the Split» (Abrámonos completamente de piernas). Apenas logro tocar los acordes y seguir el compás y ya nos lanzamos a destrozarnos la canción varias veces. No parece horrorizarles mi forma de tocar, de hecho ellas se equivocan tantas veces como yo, así que empiezo a tranquilizarme.

Me preguntan si he compuesto alguna canción que pueda enseñarles. Lo único que tengo son algunos compases y unas pocas estrofas que compuse

después de una conversación telefónica con Johnny Rotten sobre Sid un par de semanas atrás. Se llama «So Tough» (Tan duro). Toco los compases. Les encanta. Les enseñé la letra que escribí en mi libreta de canciones. Les encanta. Nos ponemos a trabajar en la canción y entonces las cosas empiezan a funcionar de verdad. Ari y yo congeniamos desde un punto de vista creativo. Cada una respeta las ideas de la otra y acepta las sugerencias fácilmente, sin ningún orgullo de por medio. Ambas tenemos una sensibilidad parecida. Nos gustan los mismos sonidos, nos complementamos y desafiamos mutuamente. Después de mi experiencia con Sid, soy plenamente consciente de lo raro e importante que es sentirse cómoda componiendo en equipo. Le damos forma a la canción: suena bien. Justo como yo la había imaginado, pero mejor.

El ensayo me deja una sensación reconfortante. Esa sensación que experimentas cuando has creado algo. Una combinación de haber hecho bien tu trabajo y haber dado lo mejor de ti. Nos recostamos en los altavoces, Palmolive se inclina hacia delante con los codos apoyados en el tambor y nos ponemos a charlar y a reír. Me cuentan que, cuando las llamé hace unos días a casa de Nora, después de colgar Ari el teléfono todas se echaron a reír y exclamaron: «¡Ah, resulta que *ahora* sí está interesada!»

Nos vamos a la cocina helada y nos apiñamos alrededor de la estufa. Miro a las chicas mientras tomamos té en unas tazas llenas de manchas y de grietas. Palmolive, con sus chispeantes ojos españoles, piel morena y un precioso rostro en forma de corazón enmarcado por una corta melena color caoba; Tessa, con la piel blanca como la nieve, el pelo negro como el ala de un cuervo y los ojos azul celeste, es como una Elizabeth Taylor jovencísima, pero vestida de chico; y Ari, con su melena castaña larga y alborotada, los labios carnosos, grandes ojos azules de mirada impasible, algunas pecas, totalmente ajena a su belleza. Ari es una mezcla de Lolita y del personaje de cómic llamado Minnie the Minx. Las tres son bellas e interesantes. ¿Cómo no me di cuenta antes? Son fantásticas.

Quiero que los chicos vengan a vernos y a escucharnos tocar y que piensen: *Quiero formar parte de esto*. No quiero que piensen: *Qué guapas son*, ni tampoco: *Me gustaría follármelas*, sino: *Quiero formar parte de esa pandilla, tocar en ese grupo*. Quiero que los chicos deseen ser nosotras y no tener que escuchar la contestación de siempre, como la que tuve que aguantar

en la fiesta en Islington la otra noche, cuando un tipo me contó que tocaba la guitarra.



Las Slits: yo, Ari, Tessa y Palmolive

–Yo también toco la guitarra –le dije.

–¡Genial! Nos vendría bien alguna titi en nuestro grupo.

Se llamaba Paul Weller. Mick quería romperle la cara cuando se lo conté, pero pensé que si lo hacía yo quedaría como una debilucha, así que no le dejé.

Creo que la ropa de las Slits tiene la suficiente genialidad, nuestra actitud, la rebeldía necesaria, y nuestra música es tan única y potente que, con todo ello, lograremos mejorar comportamientos de ese tipo.

Estamos todas entusiasmadísimas y empezamos a peinarnos las unas a las otras. Les cardo el pelo y al final les queda un peinado más parecido al mío; no es mi intención inicial, pero resulta así. Nos plantamos juntas delante de un espejo viejo y agrietado y observamos nuestra imagen. Y ahí estamos. Tenemos todo el aspecto de un grupo punk.

44. LAS SLITS

1977

Me lleva algunas semanas decidir si definitivamente quiero formar parte del grupo. No quiero pasar el tiempo con una adolescente que acaba de salir de un colegio interno alemán si no va a ser por una buena razón. Ari es virgen, nunca ha tenido novio, así que no sabe lo que es la pasión, el sexo ni el amor. ¿Cómo va a escribir canciones? ¡Si tiene fotos de ponis en la pared de su dormitorio, por dios bendito! Aunque también hay otras cosas que nos separan, como por ejemplo que ha estudiado en un colegio privado y que su familia tiene dinero. Ari no conoce la injusticia social, la pobreza ni el racismo. No sabe nada de política, no sólo porque es muy joven, sino porque además fue criada entre algodones y recibió una educación privilegiada en Alemania.

Me encuentro con Chrissie Hynde en el Speakeasy y le comento que he cambiado de opinión y que he decidido formar parte de las Slits, si es que vuelven a pedírmelo. Me contesta: «¡Si tú hubieses dicho que no, lo habría intentado yo!» Si me lo piden, será mejor que diga que sí antes de que Chrissie me gane por la mano. Aunque ellas nunca le plantearían esa posibilidad a Chrissie. Nadie quiere estar en un grupo con ella porque es demasiado buena.

Ensayo con las Slits un par de veces más y empezamos a salir juntas. Pero ninguna menciona nada sobre mi entrada en el grupo. Ahora ya no tengo dudas de que quiero unirme a ellas. Estoy entusiasmada con las canciones, hemos arreglado algunas de las anteriores y añadido un par nuevas compuestas por mí, así que ¿por qué todavía no me han dicho nada?

Estamos esperando el metro en la estación de Queensway y Ari no para de hablar, hace comentarios infantiles sobre la publicidad que hay en el andén. Me siento tan frustrada que al final exploto:

- Ari, lo único que me interesa es saber si estoy en el grupo o no.
- Claro, por supuesto que sí –me dice tras mirarme sorprendida.
- ¿Y qué pasa con Kate?

—Ya se lo hemos dicho.

¡Soy tan feliz! Estoy en un grupo. ¡Estoy en un grupo genial!

A partir de entonces vamos juntas a todos lados. Marchamos calle abajo en columna de cuatro en fondo y la gente se aparta para dejarnos pasar, o nos escupen o nos insultan y nosotras nos reímos. Juntas somos invencibles. No tenemos la menor duda de que las Slits son geniales y de que vamos a cambiar el mundo. Tenemos una misión que cumplir y ¡pobre del que no se dé cuenta! Pasamos horas hablando de nuestra imagen, de nuestras posturas frente a todo tipo de asuntos, desde el feminismo hasta lo que es bueno o malo en la música. Nos ponemos nuestros discos unas a otras y señalamos cuáles son los acompañamientos vocales, los solos de cuerda o los compases de guitarra que nos gustan. Sobre todo nos encanta el disco *Dionne Warwick sings Burt Bacharach* y también *Low* de David Bowie. Más discos que escuchamos: *The Sound of Music*, los Beatles, los Ramones, MC5, Iggy y los Stooges.

Estoy entusiasmada con las chicas y quiero llevarlas a todos sitios y que conozcan a mis amigos. Primero tienen que conocer a Keith Lavene: sé que ellas van a congeniar con su sensibilidad y que a Ari le va a encantar el talento que tiene para la música. Se van a caer todos fenomenal.

Salimos en busca de Keith y lo encontramos en el apartamento de Barry Black en Elgin Avenue. Los presento a todos y nos ponemos a charlar un rato en la cocina y otro en el salón, hasta que Palmolive dice: «Mi cartera ha desaparecido.»

La ayudo a buscar en su bolso pero tengo el presentimiento de que sé dónde está su cartera. Keith es adicto a la heroína, al igual que otros dos tipos que hay en el apartamento. Estoy preocupada porque sé que no es inusual que los heroinómanos roben. Siento cómo me sube la rabia por el pecho. Le pregunto a Keith si él sabe dónde está la cartera. Dice que no. Estoy furiosa. Soy yo quien ha traído a las chicas para que conocieran a mis amigos. Son mi grupo. Estoy decidida a recuperar esa cartera. Inspecciono a fondo los rostros de los demás intentando detectar algún rastro de culpabilidad. Mis ojos se posan en un martillo apoyado contra la pared. Lo cojo y de repente me pasa una imagen fugaz por la cabeza, una visión: *Voy a destrozarle las rodillas a Keith con este martillo*. Levanto el martillo y me dirijo hacia Keith y él se pone a farfullar: «¡Viv! ¡Viv! ¡Encontraremos esa cartera!» Las Slits se

abalanzan hacia mí para calmarme y me quitan el martillo de las manos. La cartera aparece.



Con Ari

Mientras bajamos por Elgin Avenue rumbo a la parada del autobús 31 las chicas me miran de un modo diferente. No, no soy esa adulta bien educada, equilibrada y amable que creyeron que era. Soy una chiflada.

45. ARI UP

Como Ari era alemana und no hablaba bien inglés creyó que al añadirle «Up» a su nombre lo convertía en «Hurry Up» (date prisa), puesto que ninguno de nosotros pronunciábamos la letra hache. Y cuando los Sham 69 sacaron su canción «Hurry Up Harry», creyó que estaba dedicada a ella: «Urry up Ary, come on!» (Date prisa, Ary, ¡vamos!)

Ari es fantástica y terrible a partes iguales. Es genial cuando estamos componiendo, ensayando o tocando, pero el resto del tiempo me resulta difícil estar con ella. Es gritona, escandalosa, grosera, inestable y está todo el día intentando llamar la atención. No es una quinceañera común y corriente, algo que descubrieron rápidamente en los dos últimos colegios en los que estuvo: los dos acabaron pidiéndole que se marchara pues les resultaba imposible controlarla. Hace enemigos allí adonde vamos. Con su actitud cabrea a los encargados de sonido, a los promotores, a posibles representantes y a los demás grupos de música. Sé que es joven y que apenas empieza a conocer el mundo de los adultos, pero es demasiado extremista. En determinado momento, incluso, estaba convencida de ser la amante de dios reencarnada. Era preocupante.

Puesto que Ari es la cantante del grupo, también es nuestra portavoz. El problema es que todavía no sabe mucho de la vida para ser portavoz, y lo peor es que no se da cuenta de su ignorancia. Yo no tengo mucha paciencia con ella, casi nunca le dejo pasar un comentario simplista sin fulminarla con la mirada o sin contestarle de forma cortante. Me daría igual lo que Ari dijese o hiciese si yo no estuviera en un grupo con ella, pero estoy y es importante para mí.

Poder participar en el mundo musical representa para Ari una forma fundamental de realizarse (no podría imaginármela en ningún otro ámbito social). Tiene suerte de que su familia tenga dinero; muchas otras personas con unos rasgos de carácter tan extremos pero sin dinero acabarían recluidas en una institución porque sus padres no podrían con ellas. El dinero sumado al hecho de tener una madre bohemia que se mueve en los círculos artísticos

y musicales hacen que la gente acepte el comportamiento de Ari. Estoy casi convencida de que Ari ha desarrollado esa personalidad por pura rebeldía contra la belleza rubia y distante de su madre. Sabe que no puede competir con ella, así que se ha posicionado en el extremo opuesto.

A pesar de lo difícil que es Ari y de lo diferentes que somos todas las que formamos el grupo, hay unas convicciones básicas que las cuatro compartimos y me parece increíble y excitante que hayamos acabado coincidiendo todas. Una de las muchas cosas en las que estamos de acuerdo es en que odiamos los dobles raseros y a la gente falsa. Todas somos muy claras y contundentes a la hora de expresar nuestro rechazo frente a cualquier desdichado que se cruce en nuestro camino que no se tome la vida en serio.

Recuerdo una ocasión en que nos invitó la televisión holandesa y en el mismo programa participaba la hermana de Mike Oldfield, Sally. Acababa de sacar un sencillo («Mirrors»). Sally llevaba un vestido de aire campesino o gitano y cantaba haciendo gorgoritos con voz entrecortada, como de niña pequeña. Cuando acabó nos acercamos a ella y le dijimos que nos parecía una mierda, que lo único que lograba era agravar los estereotipos y ser un ejemplo perjudicial para las mujeres, que tendría que meditar muy bien lo que estaba haciendo, la imagen que estaba proyectando y ser honesta consigo misma. Se echó a llorar. Nosotras hacemos ese tipo de cosas constantemente.

Vivir en Inglaterra le proporciona a Ari una gran libertad; su padre está lejos, toda su familia está en Europa y Nora es una madre muy permisiva. Aunque Ari debe acostarse alrededor de las diez y media, para Nora no hay ningún problema en que salga con nosotras, incluso en que falte algún día al colegio si tenemos una actuación (en eso ayuda que su nuevo colegio sea el instituto de enseñanza media Holland Park, porque no es nada estricto). Ari se lleva mucho mejor con nosotras, que somos mayores que ella, que con los adolescentes de su colegio; no hay punto de comparación. Ni siquiera desea intentar llevarse bien con grupos de su misma edad, ha encontrado algo más interesante. Así que no existe nadie en Inglaterra a quien a Ari le importe un carajo impresionar o desilusionar, ni ninguna figura real que ejerza autoridad sobre ella y consiga frenarla. Eso se ve en sus actuaciones: tiene una desinhibición total y un lado imprevisible. Cuando está sobre el escenario no puedo dejar de observarla con enorme respeto, un respeto casi reverencial.

Ari supera todos los límites y es enormemente innovadora con su voz y su forma de moverse (no existe una chica que se mueva como ella). En realidad,

ha visto actuar a muy pocos grupos, así que su forma de bailar y de cantar es fruto de su imaginación y de su propia inventiva. Ari me recuerda a Kaspar Hauser: al igual que él, es bávara y, tras haber estado aislada del mundo muchos años, le han soltado para que campe a sus anchas por la vida.

Ari no esconde nada delante del público: si está de mal humor lo demuestra, si no está contenta le da igual que estemos sobre el escenario y entonces el concierto es una mierda. Para ella no existe eso de: *Como vosotros habéis pagado para ver esta actuación, yo me esforzaré y os haré pasar un buen rato*, ni tampoco lo de: *No puedo fallarle a mi grupo*. Si está enfadada, se acabó: se vuelve gruñona y poco comunicativa. Lo cual es bueno en muchos aspectos porque nosotras somos contrarias a guardar las apariencias, nos gusta decir las cosas como son. Los músicos son exactamente igual que el resto de los mortales: tienen días buenos y días malos. No somos actores de una comedia musical ni de una obra de teatro, no somos diferentes a los demás. No nos consideramos animadoras que intentan hacer que el público se olvide de sus problemas durante cuarenta minutos. Nos consideramos unas guerreras. Preferimos que las personas se enfrenten a su ira e insatisfacción y hagan algo al respecto. Como dijo Luis Buñuel: «No estoy aquí para entreteneros, estoy aquí para incomodaros.»

La mayor virtud de Ari es ser una música con talento y entregada. Estudió piano clásico, sabe leer partituras y aporta melodías y ritmos a las Slits. Lo único en lo que nos supera a todas es en su musicalidad, y vaya que si abusa de ello. ¿Quién no lo haría teniendo sólo quince años? Todo el mundo es mayor que tú, todo el mundo ha hecho cualquier cosa antes que tú, la única ventaja que tienes es que sabes tocar un instrumento y leer las partituras mientras que las demás no. Ari nos machaca desde un punto de vista musical, siempre está echándonos la bronca a Palmolive, a Tessa y a mí, diciéndonos sin parar que desafinamos o estamos fuera de compás. Es un poco agobiante. Nos hace sentir estúpidas, pero sin duda así es como las demás la hacemos sentir a ella el resto del tiempo.

Aparte de cantar en el grupo, también le gustaría tocar el bajo y la batería si tuviese varios brazos, así que lo compensa ayudándonos a componer la parte del bajo y los ritmos de la batería. (Tengo suerte de que la guitarra no le interese y de que me deje a mi aire para que me las arregle sola.)

Ari tiene otro rasgo de personalidad que le sirve de gran ayuda a la hora de ser tan libre: *no le interesa resultarles atractiva a los chicos*. Le da igual estar

guapa o ser seductora, todo lo que hace lo hace por su propio placer. No considera su cuerpo un medio para conseguir pareja y no se reprime ni un pelo para evitar hacer sombra a ningún chico. Me doy cuenta de que aprendo mucho de ella y sería estúpido por mi parte desestimarla sólo por el hecho de ser joven. Desde que conozco a Ari he cobrado conciencia de lo neurás que soy respecto a mi cuerpo, a las funciones fisiológicas, a los olores y al desnudo. Ari se relaciona con su cuerpo con la naturalidad de un niño y no veo por qué yo no debería intentar hacer lo mismo a pesar de ser mayor que ella. Constantemente estoy cuestionando los tópicos a través de mis creaciones y, sin embargo, sigo mentalmente esclavizada por los estereotipos de la feminidad. (*«Es difícil pelear con un enemigo que tiene una vanguardia en tu cabeza»*, Sally Kempton.) Ari no tiene esos complejos. Una vez que tocamos en el Music Machine, en Mornington Crescent, Ari se moría de ganas de hacer pis en mitad de la actuación, pero no quería abandonar el escenario ni tampoco estaba dispuesta a tener que aguantarse, así que se bajó los leotardos y las bragas e hizo pis sobre el escenario (de hecho, lo hizo justo encima de los pedales del guitarrista del siguiente grupo). Yo no me lo podía creer. Nunca una chica había meado sobre un escenario. Pero Ari no lo hizo por una cuestión de rebeldía ni para escandalizar a nadie, simplemente necesitaba hacer pis. En una época en la que las chicas son muy convencionales y reservadas respecto a su cuerpo e intentan con toda su alma ser «femeninas», Ari es una revolucionaria.

Las Slits tienen que aguantar mucha mierda en la calle y aunque, de una forma u otra, a todas nos resulta incómodo estar en el grupo, siempre nos defendemos entre nosotras a muerte. Tenemos la sensación de no haber elegido formar parte del grupo sino que fue el grupo el que nos eligió a nosotras. Es algo curioso que pasa con los grupos. A veces la química funciona no porque todo sea fácil, sino porque se dan un nivel de crítica y de sinceridad interna muy altos, como en una familia. La vida me resulta más aterradora cuando voy por Londres sin las demás. Como la vez en que un grupo de chicas cabezas rapadas me estaban mirando de arriba abajo en el metro y pensé para mis adentros: *Puede que tenga que jugarme la vida, si cuando me baje del tren vienen tras de mí y me atacan (pues nadie intervendrá para defenderme, vista la forma en que voy vestida)... Tendré que hacer lo que me enseñó Sid, asestarle un buen golpe en la cabeza a una de ellas con la hebilla de mi cinturón.* La posibilidad de que te ataquen es

algo aterrador. Es una amenaza muy real. A Chrissie Hynde la atacó una pandilla de chicas cabezas rapadas y le clavaron un tacón de aguja.

Ari es quien se ha convertido en el mayor objetivo donde la gente canaliza todos sus odios. Ya la han apuñalado dos veces. Una, cuando salíamos de un ensayo en Dalston. Estaba oscureciendo, el estudio se hallaba en una zona industrial muy aislada y un tipo que llevaba una camisa estampada de leopardo (*más tarde nos enteramos de que era conocido como el Leopardo*) vino corriendo hacia nosotras y le clavó una navaja a Ari. Por suerte no fue un pinchazo profundo. Palmolive arremetió contra él como una loca y el tipo salió corriendo. En otra ocasión íbamos por Islington High Street camino del cine Green para ver por quinta vez la película *Caiga quien caiga* y oímos una voz detrás de nosotras que decía: «¡Toma, *Slit!*!» Nos volvimos y vimos alejarse a un tipo corriendo y a Ari con la ropa manchada de sangre. La habían apuñalado en el culo. Que nos ataquen, escupan, insulten y se burlen de nosotras forma parte de nuestras vidas, pero creo que Ari es especialmente valiente. Al ser tan joven resulta la más vulnerable, pero nunca se esconde ni cambia su vestimenta ni su comportamiento para protegerse. Por más golpes que le den nadie logrará jamás someter a Ari.

Cuando hace un par de meses tuvo su primer periodo, no se puso histérica ni armó ningún jaleo. Estaba encantada de ser una mujer, no estaba horrorizada y furiosa como yo. Ahora, cada vez que tiene el periodo, nos lo comunica y habla de la sangre. Nora le dice que no use compresas (afirma que contienen absorbentes químicos) ni tampones, porque provocan cáncer. Yo nunca he oído tal cosa, pero supongo que, si lo piensas bien, tampoco debe de ser bueno tener un tampón acumulando tanta sangre cerca del cuello del útero. Así que Ari se mete unos pedazos enormes de algodón dentro de las bragas y ves asomarle por la entrepierna unas matas blancas deshilachadas. Cuando su improvisada compresa se satura de sangre, se la quita y se la enseña a todo el mundo, después la envuelve en papel, la tira a la basura y la reemplaza por otro mazacote de algodón. Todo esto lo hace llevando al mismo tiempo la minifalda más corta, con la que casi puedes verle las bragas. Estoy segura de que mucha gente ha visto cómo le asoman esos penachos de algodón mientras ella baila y gira por toda la sala. Yo prefiero arriesgarme a tener un cáncer que dejar que un chico sepa que tengo el periodo y, menos aún, que vea los entresijos del asunto. Además, también se puede oler.

Da igual, gracias a Ari estoy adoptando una actitud cada vez más relajada con relación a mis funciones corporales y a veces, para divertirme, me cuelgo un tampón de la oreja, como si fuera un pendiente, empapado en pintura roja para que parezca sangre seca. Una vez lo llevaba puesto y estaba en la parada de autobús de Elgin Avenue cuando noté que una jamaicana de mediana edad me observaba fijamente. No le hice caso, la gente común y corriente suele quedarse mirándome. Yo llevaba un tutú azul celeste con mallas de ballet opacas del mismo color, las botas Dr. Martens, un jersey de cachemira estampado de leopardo que había encogido, la mata de pelo rubio platino enmarañado y cardado y montones de kohl negro alrededor de los ojos. Me había olvidado de que llevaba el tampón colgado de la oreja izquierda.

La mujer empezó a acercármese dubitativamente. Yo miré para otro lado. Se colocó junto a mí. Yo estaba a punto de alejarme cuando me dijo:

–Perdona, cariño.

Me sorprendió el tono amable en que me habló y por eso me volví hacia ella. Me miraba con una expresión muy rara. Horror, vergüenza, nerviosismo; no lograba descifrarlo.

Se inclinó, acercándose aún más. Yo también me incliné para que pudiese hablarme al oído.

–Perdona, cariño –volvió a repetir–. Lo siento pero... no sé qué... cómo decirlo... no sé cómo...

¿Qué le pasa a esta mujer?

Dio un paso atrás y me miró a los ojos con aire suplicante, como si esperase que yo entendiera por telepatía lo que intentaba decirme, pero me limité a devolverle la mirada impertérrita, así que respiró hondo y me soltó:

–Tienes un... lo llevas pegado al pelo... se te debe de haber quedado enganchado ahí cuando estabas, ya sabes... vistiéndote. –Agitó los brazos por encima de la cabeza haciendo como que se ponía un jersey–. Lo siento muchísimo, de verdad... No sabía si decírtelo... o no... o qué hacer... lo siento...

Uf, ¡guau!, durante un momento me había preocupado. Entonces llegó el 31, subí al autobús de un salto y desde allí le grité:

–¡Ya lo sé! ¡Me lo he puesto ahí a propósito! –Le sonreí y le dije adiós con la mano mientras el autobús se alejaba.

Mientras observo crecer a Ari ante mis ojos, empiezo a notar algo inquietante: que está siempre mirándome. Siempre. No me quita los ojos de

encima. Así continúa durante más de un año. Es horrible. No puedo cruzar una habitación, bailar la canción de un disco, sacar algo del bolso, hablar con un chico, coquetear o charlar, sin que ella esté pendiente de todo. Yo estoy todavía aprendiendo, soy tímida e intento reinventarme delante de toda esa gente, tengo la cabeza llena de nuevas ideas y tampoco es que yo sepa cómo hay que bailar (especialmente el reggae) o hablarle a un tipo, pero, aun así, mientras hago todo eso Ari no deja de escudriñarme con expresión adusta. Bailar se convierte en una verdadera agonía mientras me taladra con sus ojos azules, sin pestañear siquiera, hasta absorber mis movimientos. Y sé perfectamente que piensa que la mayor parte de ellos son una mierda, porque no me mira con cara de admiración ni de embeleso. Ari tiene una capacidad de imitación alucinante, puede imitar maneras de moverte, idiomas, acentos, gestos, todo en un periodo de tiempo cortísimo. Noto cómo va cribando mentalmente lo que piensa utilizar y lo que desecha. Está construyendo su propia imagen como si fuera una máquina.

Mi madre se ha dado cuenta de la obsesión que Ari tiene conmigo y hace poco después de un concierto se acercó a mí y, apartándome del grupo, me dijo:

–Viv, esto es como Anne Baxter y Bette Davis en *Eva al desnudo*. Intenta mantenerte lejos de ella todo lo que puedas, te está robando el alma.

Sé a lo que se refiere. Es escalofriante. Siento como si estuviera volviéndome loca. Me imita y me copia sin cesar y no es algo que resulte halagador ni conmovedor, te afecta porque es una actitud fría y vampírica.

Cuando nos hacen una entrevista y opino sobre algo, Ari repite lo que acabo de decir palabra por palabra, inmediatamente después de haberlo dicho yo, con la misma entonación y todo. No como si estuviera reafirmando lo que yo he expresado, sino como si acabara de ocurrírsele a ella. Y es increíble, pero cuando sueltas algo con esa convicción, hay un montón de gente, incluso periodistas, que caen en el engaño. Después lees el artículo publicado y mis opiniones se atribuyen a Ari. Quizá es que la historia resulta más interesante si tales opiniones provienen de una quinceañera y no de una chica de veintidós años. Es como *Luz de gas*, la película de Ingrid Bergman: con el paso del tiempo no sabes si eres tú la loca o son los demás. Empecé a volverme majareta y a pensar: *Bueno, si Ari va a repetir todo lo que yo digo lo que haré es no hablar en las entrevistas y ya veremos qué hace cuando yo*

no abra la boca. Pero no puedo mantener esa postura durante mucho tiempo; cuando no estoy de acuerdo con lo que ella dice, no puedo evitar saltar.

Ver que me roban las palabras y que me observan de continuo hace que prefiera mantenerme apartada del grupo el mayor tiempo posible. Muchas veces pienso en marcharme, pero no lo hago porque estoy convencida de que nosotras somos más que la suma de las partes. Lo que creamos y transmitimos juntas es más importante que la penosa realidad de nuestra convivencia día a día.

La enfermiza atención que me dedica Ari llega a su fin cuando descubre algo que le produce mayor fascinación y se convierte en su nuevo objeto de estudio: los rastas y el reggae. Siento un alivio agridulce. Ya no me encuentro bajo la lente de su microscopio pero, a la vez, es señal de que me ha dejado de lado. Ari empieza a entablar relaciones más normales con gente de su misma edad; algo parecido me sucedió con mi hermana menor. Llega un momento de la vida en el que saborean el hecho de no necesitarte más y se alejan con aire triunfal, casi despectivo. Cuando lo hizo mi hermana me dolió. La eché mucho de menos. Es el destino de las hermanas mayores, te toca lo bueno y lo malo de ser la primera. Aunque sigo prefiriendo ser la mayor, me gusta abrir caminos.

Otra cosa rara que me sucede es que si algún tipo mira a Ari con intenciones sexuales, pienso que es un perverso. Me entran ganas de matarlo. No sólo porque ella es muy joven y yo sigo viéndola como a una niña, sino también porque encuentro que hay algo enfermizo en ello. Ari es muy inocente, una *enfant sauvage*, y me da la impresión de que se aprovechan de ella. Quizá yo esté siendo posesiva y lo que hago es defender mi territorio. Ari no está interesada en el sexo, a pesar de vestirse de un modo muy provocativo. Para ella es un juego: se pone las bragas por encima de los pantalones, unas minifaldas cortísimas (que dejan ver el algodón que asoma por los bordes de las bragas) y botas Chelsea de chico.

La vez que, en un intento de afianzar vínculos, acepté acompañarla a una noche de reggae en el 100 Club, iba vestida de esa guisa: una minifalda diminuta, unos leotardos brillantes y una enorme chaqueta de lúrex drapeada. Cuando Ari escucha música reggae en un radiocasete empieza a balancearse adelante y atrás como una posesa, a veces durante cinco o seis horas sin parar. Es algo que la tranquiliza, sobre todo durante un viaje largo, cuando vamos a tocar a algún lado. Está obsesionada con el fraseo del bajo, los

ritmos de la percusión y las letras (he llegado casi a odiar el reggae por la forma en que Ari se ha apoderado de él convirtiéndolo en algo suyo, como si lo hubiese inventado ella).

En el 100 Club Ari se hace dueña de la pista desplegando su extraordinaria forma de bailar, producto de observar y adaptar los movimientos de los chicos que bailan en los *sound systems* a los que vamos (como Sir Coxsone y Jah Shaka) o en los clubs abiertos toda la noche en Dalston (como Phoebe's y el Four Aces). Por lo general somos las únicas chicas en esos clubs, y el que seamos blancas y vayamos vestidas tan raras resulta aún más pasmoso, pero nadie se mete con nosotras ni nos trata mal. Ari jamás mira cómo bailan las chicas, son demasiado discretas y comedidas, moviendo un pie primero y el otro después. Ella se fija en los chicos atléticos y les copia. Fusionando todos esos movimientos ha desarrollado un alucinante estilo de baile que recuerda a una mantis religiosa o a la Grulla Blanca del kungfu. Apoyada sobre una pierna flexionada, se balancea y sube y baja, mientras mueve los brazos y las manos como si fuesen garras o tentáculos. Es muy hermoso de ver, a veces un poco cómico, casi como un mimo contando pequeñas historias al son de la música. La gente le abre espacio a su alrededor y ella se deja llevar por el ritmo.

Cuando cierra el 100 Club salimos todos en desbandada a la calle, pero Ari no quiere irse a casa, sigue como electrizada tras danzar toda la noche. Comienza a charlar con dos tipos mayores y les pregunta si saben de otro sitio adonde ir. Al principio contestan que no, pero después recuerdan que hay una fiesta en Peckham. Nos dicen que esperemos allí mientras van a buscar el coche. En realidad yo no tengo ganas de ir a ningún lado, pero no quiero parecer una aguafiestas así que les sigo el rollo.

Los tipos vuelven con el coche y nos subimos en el asiento de atrás. Cuando llegamos a la altura del Mall y enfilamos hacia el Palacio de Buckingham, me empiezo a agobiar con la sola idea de pasar las próximas dos horas, quizá el resto de la noche, en una fiesta en Peckham y, consciente de que me estoy comportando como una verdadera pelmaza, le confieso a Ari que no quiero ir. Ella intenta convencerme, pero lo tengo clarísimo. Le digo que ella tampoco debería ir; es demasiado lejos y no conocemos a esos tipos, que se olvide del asunto y que se venga conmigo. Pero Ari se niega, le encanta la idea de conocer gente nueva y le encanta bailar; podría bailar toda la noche.



Ari bailando. 1980

Veo que es imposible hacerla cambiar de opinión y le pido a los tipos que paren el coche para que yo me baje. Nada más decirlo, me invade cierta angustia y me doy cuenta de que me ha entrado el pánico de sólo pensar que no vayan a parar. No han dado ningún indicio para sospechar algo así, pero siento un gran alivio cuando el conductor reduce la velocidad y detiene el coche. Me bajo a toda prisa y me vuelvo una vez más hacia el asiento trasero en un último intento de persuadir a Ari de que se venga conmigo. Ella se mantiene firme en su decisión de ir a la fiesta y el coche arranca. Cuando se alejan siento un gran alivio por haberme bajado y por no tener que ir hasta Peckham. Voy andando hasta Trafalgar Square y cojo el autobús nocturno a casa.

Seis meses después, en un momento en que nos quedamos solas, Ari me cuenta lo que sucedió aquella noche después de dejarla. Fueron hasta

Peckham y los tipos detuvieron el coche delante de una casona vieja. Ari y uno de los tíos se bajaron y el otro fue a aparcar. Cuando entraron en la casa, Ari se dio cuenta de que estaba vacía, abandonada y en ruinas. El tipo la agarró y la violó. La maltrató de tal modo que ella no hacía más que rogarle que no le cortara la cara. Horas más tarde el tipo se fue, no sin antes amenazarla con que si contaba algo a alguien, iría a por ella y la mataría. Ésa fue su primera experiencia sexual. Me dijo que en su momento le dio vergüenza contármelo porque se sentía una idiota por no haberme hecho caso. Aquello me rompió el corazón. Sin embargo, Ari no dejó que esa experiencia la marcara. Pasado un tiempo se recuperó y fue capaz de disfrutar de una vida sexual sana y normal. Entonces no tuve ninguna duda de que ella era mucho más fuerte que yo. También me di cuenta de que tuve razón al hacerle caso a mi instinto. Da igual que puedas parecer una tonta o una estrecha, da igual que la voz que oigas en tu interior no suene muy convencida, pero si esa voz te advierte de que algo no va bien, hazle caso.

46. WHITE RIOT

1977

A nosotros no nos dan miedo las ruinas.

BUENAVENTURA DURRUTI

Mick y yo estamos otra vez juntos y dentro de una semana las Slits participarán en la gira *White Riot* con los Clash. Tengo que aprenderme todas nuestras canciones, aparte de que aún no sé tocar la guitarra de pie. Tampoco hemos dado ningún concierto juntas todavía, así que vamos al pub Pindar of Wakefield de Islington a ver si nos dejan subir un momento al escenario. Cuando llegamos vemos a un puñado de chicos tocando temas de rock antiguos. Nosotras llevamos nuestras guitarras pero las escondemos detrás de la espalda para que nadie sospeche nada. Entre una canción y otra me acerco al guitarrista de la banda de rock y le pregunto si podemos tocar una canción. Me contesta que no, así que lo empujo fuera del escenario y Ari, Tessa y Palmolive sacan a los otros tipos, se arma un gran revuelo, un par de platillos caen al suelo, pero a Palmolive no le importa, ella nunca los usa. Arremetemos con la canción «Let's Do the Split» antes de que el gerente y el encargado de la barra nos echen de allí. Ése fue nuestro ensayo del concierto.

Sólo llevo cinco meses tocando la guitarra y ahora estoy aquí, esperando entre bastidores en el Edinburgh Playhouse, mientras observo a un público de cientos de personas y espero para salir al escenario. Mick se me acerca por detrás. «Siento que no hayáis llegado a la prueba de sonido.» Llegamos demasiado tarde para hacerla, pero a mí no me importa, nunca hemos pasado por ninguna, así que tampoco habiéramos sabido qué teníamos que hacer. Lo que sí me preocupa es mi ropa. Llevo unos leotardos plateados y unas botas de charol negro con tacón de aguja compradas en Sex, un traje de ballet corto de color azul que tengo desde la edad de once años y montones de cintas anudadas en mi mata de pelo rubio platino. Justo cuando estamos a punto de salir al escenario, miro hacia abajo y veo que tengo un roto en mis leotardos

plateados recién comprados, un roto que va desde la rodilla hasta el muslo. Cuando me muevo, se agita como un pescado destripado. ¿Cómo ha podido pasarme esto? Me los puse con tanto cuidado, me eché un montón de talco para que se deslizaran sin problemas. Tengo el resto de la ropa en el hotel. Uno de los encargados de montar y desmontar los equipos durante la gira se da cuenta de mi angustia y viene a mi rescate. Cubre el tajo con un trozo largo de cinta aislante negra. Queda genial.

Antes de la primera canción cuento: «¡Un dos tres cuatro!» y empezamos a tocar, interpretando «Let's Do the Split» y «I'll Shit on It» (Me cago en eso) a toda pastilla. (Más adelante, durante la gira, Mick me explica que cuando gritas «Un dos tres cuatro» estás marcando el ritmo de la canción. Yo no lo sabía, lo copié del disco *Ramones*, creía que era un aviso para que el grupo supiese cuándo tenía que empezar y que hay que gritarlo lo más rápidamente posible, cuanto más rápido, mejor.) Todas tocamos a diferente velocidad. Ari grita lo más fuerte que puede, yo aporreo mi guitarra, Palmolive ataca la batería. El escenario es muy grande y Tessa está tan lejos que no oigo lo que hace. No distingo un instrumento de otro. Hay un gran griterío, chillidos, ráfagas de viento y calor, como si nos hubiesen arrojado dentro de la boca de un volcán. Tocamos la canción cada una por su lado, sabemos que deberíamos tocarla al unísono, pero no podemos. Tengo la esperanza de que, si yo me acuerdo de mi parte y las demás de la suya, con un poco de suerte acabaremos de tocarla al mismo tiempo. Pero eso no sucede. Durante los ensayos al menos una de nosotras suele equivocarse y repite el estribillo dos veces o se olvida del cambio que hemos hecho en el siguiente compás y acaba perdiéndose por completo, pero todas seguimos tocando la canción hasta el final y casi siempre terminamos cada una por su lado. Justo lo que nos sucede con «Let's Do the Split»; cada una acaba a su aire. Palmolive es la última en finalizar, sigue dándole a las baquetas sin parar, totalmente ajena a lo que pasa sobre el escenario, mientras las demás la fulminamos con la mirada. De repente levanta la vista, se da cuenta de que el resto hemos terminado de tocar, aporrea el bombo un par de veces más y se detiene.

—¡Un dos tres cuatro! —Arremetemos con «Shoplifting» (Robar en una tienda). No sé si mi guitarra está desafinada. A veces Ari me dice que lo está, pero ¿qué puedo hacer al respecto? Me resulta imposible afinarla. Sigo tocando. De todas formas, sólo estaremos quince minutos en el escenario.

Desde el público nos llega una lluvia de escupitajos. Grandes lapos

aterrizan en mi pelo, en los ojos, en el mástil de la guitarra; los dedos me resbalan sobre la saliva al intentar mantener pulsados los acordes. Miro a Ari y veo cómo le cae un escupitajo en la boca mientras canta. No sé si lo escupe de vuelta o se lo traga. Vuelvo a bajar la mirada hacia mis manos, si no me perderé. Alguien que está en la primera fila intenta tirar a Ari fuera del escenario. Todas dejamos de tocar y atacamos a los que se han sumado en el intento. Los golpeo con mi guitarra, Palmolive les pega, los gorilas los sacan a rastras con las caras ensangrentadas y nosotras retomamos nuestros instrumentos y empezamos a tocar de nuevo.

Todo pasa en un abrir y cerrar de ojos. Al terminar, soltamos los instrumentos de golpe y nos marchamos con paso airado. Un par de latas de cerveza llegan volando por el aire y aterrizan con un sonido metálico en el escenario vacío. Mick nos espera entre bastidores.

–Bien hecho –dice, y me da un beso.

Tengo un subidón de adrenalina. ¡Ha sido genial! No veo la hora de repetirlo mañana.

Nada más terminar nuestra actuación, Palmolive, Tessa, Ari y yo nos metemos entre el público para ver y escuchar a los Subway Sect. Bailamos delante del escenario y la gente nos mira. Nunca habían visto que los grupos se mezclaran con el público.

Recuerdo ver tocar a los Subway Sect en el Coliseum de Harlesden la misma noche que vi a las Slits por primera vez. Yo estaba de pie delante del escenario porque, si un grupo me interesa, no voy de sobrada y permanezco al fondo de la sala o en la zona VIP, ninguno de nosotros lo hace. Nos colocamos en primera fila y no les quitamos los ojos de encima a los músicos para ver qué podemos aprender, para interpretar las señales y la actitud del grupo. ¿Qué es lo que dicen? ¿De qué van? ¿Qué tipo de energía exudan? Rob Symmons, el guitarrista de los Subway Sect, era muy intenso, mantenía los pies muy juntos sobre el escenario, como si estuviera clavado al suelo, un poco patizambo. Sostenía la guitarra superalta, casi encajada debajo de la axila, y la rasgueaba con tal fuerza que le sangraban los dedos. Se le cayó la púa y siguió tocando con los dedos, manchando toda la guitarra de sangre. Sentí ganas de levantar la púa del suelo y alcanzársela, pero entonces yo era demasiado tímida.

Cuando terminó el concierto nos marchamos al hotel. Es la primera vez

que me quedo en un hotel. Deshago la maleta y desparramo la ropa por toda la habitación.

La mañana siguiente, cuando me dirijo a desayunar, veo salir a Chrissie Hynde de la habitación de Paul Simonon. Más tarde Paul nos cuenta que a altas horas de la noche Chrissie había decidido que ya no quería tener el tatuaje que llevaba (creo que era un delfín), así que entre los dos intentaron borrarlo con piedra pómez. Después ella le estuvo leyendo pasajes de la Biblia en voz alta. Debieron de pasar una noche supersexy y sofisticada.

Después de desayunar, Ari, Tessa, Palmolive y yo subimos por primera vez al autobús oficial de la gira. Norman, el conductor, nos echa una mirada lasciva. Vale, tío, ya hemos visto esa mirada antes, nos la dedican muchos hombres en casi todos los sitios a los que vamos. Pero nosotras hacemos caso a muy pocos chicos del mundo y casi todos están en ese autobús. Norman observa a Ari por el espejo retrovisor con el ceño fruncido: lleva una minifalda tan corta que se le ve el culo, se ha cardado el pelo de tal forma que parece que le han dado una descarga eléctrica y bajo el brazo carga un radiocasete enorme que escupe música dub mientras corre arriba y abajo por el pasillo del autobús para elegir al lado de quién se sentará.

Norman le grita a Ari que se siente, pero ella no le hace caso. Ari no le hace caso a nadie, Norman ya puede esperar sentado. Se baja furioso del autobús y se niega a ponerse al volante mientras las Slits sigan en él. Le dice a Don (Don Letts ha aceptado ser nuestro mánager durante la gira *White Riot*) que él no llevará a las Slits en su autobús y que tendremos que buscar otra forma de llegar a Manchester. Lo que nos faltaba. Al final se soluciona. Se le soborna para que acepte llevarnos, pero pone una condición: *Las Slits no se moverán de sus asientos hasta llegar a Manchester*. Eso será imposible. Ari tiene quince años, está sobreexcitada, ¡es imposible mantenerla sentada y quieta todo el camino hasta Manchester! Dicho y hecho, después de escuchar durante media hora su cinta de mezclas musicales meneándose adelante y atrás, acabó por ponerse de pie de un salto y empezó a bailar en el pasillo del autobús. Norman paró en seco con un chirrido de frenos.

–Las Slits deben bajarse del autobús.

Se le vuelve a sobornar y encierran a Ari en el retrete para quitarla de en medio. A ella le da igual, siempre que tenga su música con ella. Todas estamos preocupadas de que si Norman se entera de la edad que tiene Ari, la

denunciará a la policía y nos echarán de la gira. Ari debería estar en el colegio.

Llegamos a Manchester. Las Slits bajamos del autobús escopeteadas y entramos en tromba en el vestíbulo del hotel, como gallinas a las que han abierto la puerta del gallinero. Mientras Don se ocupa de registrarnos en la recepción, nosotras nos tumbamos en los sofás, Ari tose y escupe la flema en la alfombra. El gerente levanta la vista del mostrador y nos cala de una ojeada (llevamos vaqueros de cuero, vestidos de licra, las bragas por encima de los pantalones, el pelo cardado y los ojos con enormes churretes negros de maquillaje). A continuación el gerente lleva a Don a un lado.

—Ésas no se alojan en este hotel —le advierte.

Tenemos que salir a buscar otro sitio donde quedarnos. Pero el gerente del primer hotel se ha encargado de llamar a todos los demás hoteles de Manchester antes de que lleguemos y nadie quiere aceptarnos. (Además el tipo consiguió la lista de los hoteles donde íbamos a quedarnos durante la gira y los llamó a todos para decirles que no nos dieran alojamiento. Así que la mayoría de las noches tuvimos que quedarnos en un hotel diferente al del resto de los grupos.) En Manchester conseguimos dormir en un *bed & breakfast*. De vez en cuando permiten que las Slits nos quedemos en algún hotel bonito con la condición de que crucemos el vestíbulo y vayamos directamente al ascensor y no salgamos de nuestras habitaciones hasta la mañana siguiente. La dirección de los hoteles no nos permite permanecer en el vestíbulo, ir al bar ni bajar a desayunar al comedor. Nadie debe vernos. No existimos. En todos los lugares adonde vamos nos tratan como si fuésemos una amenaza para la seguridad nacional.

Don intenta controlarnos, pero es imposible. Es un mundo muy nuevo para todas nosotras y ninguna sabemos qué hacer o cómo hacerlo. Ari ni siquiera debería estar en esa gira, no sólo por el colegio, es menor y no tiene edad para entrar en las salas de noche; si los promotores llegasen a olérselo y quisieran quitarnos de en medio, podrían mandarnos de inmediato a casa. Don intenta ser sensato, le dice a Ari que vaya a acostarse temprano y que no salga de su habitación. Pero permanecer encerradas como si fuésemos niñas pequeñas mientras los chicos se divierten en el bar, eso es imposible. Nos sentimos como si fuésemos unas intrusas, así que nos comportamos como tales. Correteamos por los pasillos, golpeando en las puertas, haciendo pis en los zapatos que los huéspedes dejan junto a la entrada de la habitación,

ponemos la música altísima, gritamos, decimos palabrotas y escupimos. Sin lugar a dudas somos el grupo más controvertido de toda la gira, y aunque los Clash nos respalden musicalmente, ellos también quieren que la gira tenga éxito; no van a jugársela, así que estoy todo el tiempo estresada. A Ari no le importa, no sabe que una oportunidad así no suele presentarse a menudo.

Es tal mi estado de nervios que antes de cada actuación me entra una especie de narcolepsia; no puedo mover los brazos ni las piernas, no consigo mantener los ojos abiertos y se me nubla el cerebro. Cuando salimos del camerino, voy flotando como una sonámbula hacia el escenario. Le digo a las demás con voz de pánico:

–No puedo continuar, no puedo andar, no puedo mantenerme despierta.

Por suerte no me hacen ni caso y en el mismo momento en que piso el escenario ese estado desaparece y me invade la energía.

Algo que aumenta mi nerviosismo es que Tessa se emborracha antes de la actuación. Si el bajo eléctrico falla da igual que el resto seamos buenísimas, el concierto será un desastre. También Palmolive bebe antes de salir al escenario, pero, después de que Ari y yo planteásemos el problema durante una reunión del grupo y les pidiésemos a las dos que esperasen a que terminase el concierto para emborracharse, dejaron de hacerlo.

Nuestras actuaciones siguen siendo geniales a pesar de que no tocamos todo lo sincronizadas que deberíamos. La mayor parte del público jamás ha visto un grupo sólo de chicas, y menos aún con la actitud combativa que tenemos nosotras. Hay un montón de gente que viene sólo para vernos y armar lío. Utilizan el punk como excusa para desahogar sus frustraciones de un modo violento y poco original. A ello ha contribuido la histérica cobertura que los medios de prensa hicieron de los insultos proferidos por los Sex Pistols en el programa *Today* de Bill Grundy.

Las Slits somos un grupo muy unido y creemos al cien por cien en lo que hacemos. A pesar de que discutimos mucho (a veces hay enfrentamientos entre las otras tres sobre el escenario), todas tenemos una actitud muy protectora para con las demás. En cuanto abandonamos el escenario, los encargados del montaje de los equipos comienzan a desmontar la batería violeta brillante de Palmolive (un regalo de Nora) y nosotras corremos a nuestro camerino a zamparnos el tentempié. Hay bastoncitos de zanahoria y barritas de chocolate, Coca-Colas, apio, patatas fritas y sándwiches. Es como

asistir todas las noches a una merienda infantil. Para mí es el paraíso. Mis nervios han desaparecido y puedo disfrutar del resto de la velada.

En un determinado momento se produce una discusión porque le digo a Palmolive que debería ponerse sostén cuando toca. Aporrea la batería con tal desenfreno que las tetas le saltan de un modo exagerado. Me responde que es una persona libre y que ella es así, ¿por qué tendría que cambiar? Afirma que no llevar sostén refleja una actitud más feminista que llevarlo. Le digo que, aunque tiene toda la razón, la imagen que ofrece mientras toca no se ajusta a sus ideales.

–Nadie nos va a tomar en serio si la gente no puede quitar los ojos de tus tetas. Ni siquiera yo puedo dejar de mirarlas cuando tocas. No queremos que el público venga a vernos por esa razón.

Ya sé que Palmolive es salvaje e indómita, que no lo hace por una cuestión sexual, pero la mayoría de la gente no ha visto jamás a una chica tocando la batería y en lugar de prestar atención a su interpretación y de pensar lo buena que es, están fascinados viendo cómo le botan las tetas. Al final llegamos a un acuerdo y Palmolive acepta ponerse un body para sujetar un poco su delantera.

El grupo Subway Sect es totalmente diferente a las Slits. Son muy comedidos, como si se vistieran en una de esas anticuadas tiendas de confección para caballeros y niños. Jerséis grises tejidos a mano con cuello de pico, pantalones negros de uniforme de colegio y zapatos de ante marrón Hush Puppies. Hacen que todos los demás parezcamos chabacanos y demasiado emperifollados. Son anti-rockeros en todos los sentidos. Nada de tocar con las piernas separadas ni de guitarras colgando de largas correas. Nada de bailar, saltar, hacer posturitas o gestos agresivos sobre el escenario. El cantante del grupo, Vic Godard, se inclina con aire desenfadado sobre el micrófono de pie y no hace ningún esfuerzo por ofrecer una actuación entretenida. Su voz nasal, el cinismo que destilan las letras de sus canciones y la forma seca y cortante con que las canta le hacen parecer ligeramente superior.

Me siento atraída por Rob, el guitarrista, al que encuentro guapísimo y misterioso. Lo observo durante las pruebas de sonido, sentado con las rodillas muy juntas y la punta de los pies hacia dentro; es muy delicado y tímido. Tiene un aire amable y sencillo. Siempre que puedo le sonrío y le digo algo, y poco a poco empieza a abrirse y a charlar conmigo. Me entero de algunas

cosas sobre él: que no es nada pícaro, que fue a un colegio sólo de chicos, que conoce a pocas chicas, que nunca se ha acostado con una, que sabe mucho de música y de cine, que lee un montón. Creo que toca muy bien la guitarra, pero él me confiesa que sólo sabe unos pocos acordes. No le da vergüenza ser él mismo. Ni intenta ser lo que no es.

Rob y yo nos hacemos cada vez más amigos a medida que avanza la gira. No me resulta difícil esconder esta realidad de Mick; casi siempre los grupos teloneros nos alojamos en hoteles más baratos que los Clash (no es porque sean unos miserables, en realidad ellos nos subvencionan a todos los demás). Mick dice que podría quedarme con él, pero le contesto que no, que tengo que estar con mi grupo. No le digo que también quiero estar más tiempo con Subway Sect y con los Buzzcocks.

Rob y yo solemos pasar la noche juntos, acurrucados en una cama individual en una de las habitaciones de los Subway Sect. No hacemos el amor, nos tumbamos cara a cara, cogidos de la mano, y le hago prometer que no será el primero en cerrar los ojos y quedarse dormido. Tiene los ojos verdes más bonitos que he visto y me mira a través de sus largas pestañas hasta que me duermo. Él me entiende. Es intenso, serio y romántico, como yo. Empezamos a pasar más y más tiempo juntos. Después de acabar nuestras actuaciones, nos encontramos en la zona de camerinos del bingo, sala de fiestas o club nocturno donde toquemos esa noche. Cuando los Clash salen al escenario, corremos por el pasillo (la canción «London's Burning» sonando cada vez más lejos a nuestras espaldas hasta quedar reducida al golpeteo continuo del bajo y la batería), abrimos de un empujón la salida de emergencia y escapamos hacia la noche.

El aire frío me golpea el rostro y me arranca de mi pequeña fantasía romántica. ¿Por qué me siento como si estuviese escapándome de la autoridad, de mis padres o de mis profesores? ¡Es Mick y son los Clash, por dios santo! Mi novio, mis amigos. Me siento culpable, a pesar de que no hay una relación física entre Rob y yo. Soy consciente de que no estoy siendo justa con Mick, él cree que yo estoy entre el público, mirándole. Esto que hago es una traición. No sólo a él, sino a los Clash, que nos invitaron a participar en esa gira y están pagando para que podamos estar allí. No me extraña que Bernie Rhodes me odie.

Tirito de frío. Sólo llevo una camiseta de manga corta rosa pálido comprada en Sex, que tiene estampado un fragmento de una novela porno

barata y se cierra por encima del pecho con una cremallera, pantalones de cuero negro y zapatillas de baloncesto Converse. Rob se quita su chaqueta negra de Harrington y me la pone por encima de los hombros. Partimos a explorar Newcastle. Es como una ciudad fantasma, ventanas y puertas bloqueadas con tablas, negocios que han echado el cierre. Es incluso más pobre que Londres. Por doquier vuela basura que se queda enganchada en las farolas, las aceras están plagadas de malas hierbas. Pasamos delante de la tienda de la esquina, la sala de bingo y la cooperativa. Las luces de las farolas parpadean, la mayoría ni siquiera funciona. En los límites de la ciudad las chimeneas de las fábricas asoman entre la niebla. Es una ciudad vieja y sucia, igual que la canción sobre Salford de Ewan MacColl.

–Me siento como si estuviera en una película de los años sesenta, *Sábado por la noche y domingo por la mañana* o *Esa clase de amor* –dice Rob.

Sí, es una ciudad en blanco y negro como esas películas antiguas, y gris, gris, gris. Es como si allí nada hubiese cambiado en años ni tampoco tuviese perspectivas de hacerlo. Como si Inglaterra fuese a quedarse siempre así. Bueno, no si de nosotros depende.



Rob Symmons de Subway Sect. 1977

Vamos andando hasta el puerto y subimos a varias embarcaciones hasta que encontramos una con el camarote abierto. Permanecemos allí abrazados mientras el barco se balancea en el agua, hablando hasta que amanece, llevados por el imperativo de nuestra misión. *Somos pioneros. Somos intrépidos. Estamos por encima de la ley.* Cuando se hace de día intentamos

encontrar nuestro camino de regreso al hotel. Estamos hambrientos y no tenemos ni un penique. Podríamos birlar una de las botellas de leche depositadas en los umbrales de las casas, pero ni hablar de beber leche. Damos con un turgurio de mala muerte y pedimos una taza de té y un KitKat para compartir. Después regresamos al hotel y llegamos antes que los demás se despierten. Entro en mi habitación y meto mi ropa en mi maleta de plástico rosa brillante. Ari abre los ojos y me dirige una mirada somnolienta desde su almohada. Estoy agotada, pero ya dormiré en el autobús.

La noche siguiente nos quedamos todos juntos en un hotel bonito para darnos un gusto, todo pagado por los Clash. Es un lugar tan bueno que al gerente del hotel de Manchester no se le ocurrió llamar allí para advertirles de nuestra llegada. Nada más entrar en mi habitación, suelto la maleta y me voy a la de los Subway Sect. Estamos todos sentados en las camas charlando cuando oímos gritos en el pasillo. Mick se acerca pisando fuerte y parece furioso. Todos sabemos de qué se trata.

–¿Dónde estás? –grita a voz en cuello. Aporrea las puertas, abriéndolas una a una de un puntapié, gritando más y más fuerte a medida que se acerca.

A Paul Myers, el bajista de los Subway, le tiemblan hasta los Hush Puppies.

–Sentaos separados, vosotros dos, ¡sentaos separados! –nos dice a Rob y a mí.

–No te preocupes por ese mequetrefe de Jones –dice Vic–. Es un alfeñique, le daremos una paliza.

Mick llega a nuestra puerta y la abre de una patada. Se ha ido calentando solo en su trayecto hasta allí. Junto a él, y fulminándonos con la mirada, se encuentra su compañero de colegio, Robin Banks (Mick compuso «Stay Free», Sigue libre, inspirada en él). A diferencia de Mick, Robin sí que da mucho miedo, ha pasado una temporada en el trullo. Se encuentran con una escena totalmente inocente: Rob, Paul y yo sentados en una cama y Vic y Mark Laff, en otra, pero les da igual: Mick está enfadadísimo y fuera de sí. Sé que yo estoy actuando mal y que él tiene razón, que lo que él sospecha que está pasando, en realidad *está* pasando, pero yo finjo que es todo producto de su imaginación. Le digo que se calme, que sólo estamos charlando. Amenaza con echar a Rob de la gira.

Me bajo de la cama y salgo al pasillo para que los chicos se tranquilicen. Mick y yo discutimos y empezamos a forcejear. Las Slits salen de sus

habitaciones y tratan de intervenir. Robin también se apunta. Le asesta un mamporro a Palmolive y le da una paliza a Rob. Entonces sí que se arma el lío: una bola de brazos, piernas y puños rueda por el pasillo como en una viñeta del cómic de los Bash Street Kids.

Mick y yo rompemos.

Se acabaron los hoteles bonitos para nosotras, de ahí en adelante nos mandan a pensiones con lavabos resquebrajados en un rincón de la habitación, retretes al final del pasillo y camas con sábanas de nailon que huelen mal. Yo las cubro con mi ropa y coloco una camiseta encima de la almohada antes de meterme en la cama, así no tengo que tumbarme sobre esas sábanas.

El siguiente concierto es en el Rainbow de Londres. He ido durante años al Rainbow a ver a músicos como Alice Cooper, Arthur Brown, Rod Stewart y los Faces. Iba a ver todo tipo de cosas y a oír a todo tipo de grupos, conocía a gente que trabajaba detrás de la barra y que me dejaban entrar. Nunca soñé que un día yo subiría a ese escenario. Hasta los Beatles y Jimi Hendrix han tocado allí. Mi madre viene al concierto y estoy feliz de que esa noche la actuación de las Slits salga bien.

La última noche de la gira tocamos en la sala de fiestas California, en Dunstable. Los grupos que íbamos de teloneros teníamos planeado que, al final de la actuación de Subway Sect, saldríamos todos al escenario y tocaríamos la canción «Sister Ray» de la Velvet Underground. Así que aparecemos en tromba las Slits, los Buzzcocks, los Prefects y los Subway Sect, y juntos cantamos y tocamos hasta cansarnos y armamos un jaleo tremendo. Mick está molesto porque nadie le ha pedido que participara.

Los Clash salen a tocar después de todos nosotros y el público enloquece, pero algo no está del todo bien.

Durante la parte instrumental de «Police and Thieves» (Policías y ladrones), Mick grita por el micrófono con una voz desconsolada: «¿Dónde estás? ¿Dónde estás?» Resulta muy triste, muy doloroso de oír. Me echo a llorar. Me sitúo en la primera fila y escucho la última actuación de los Clash, después me voy sola al hotel. No tengo ganas de fiesta.

A la mañana siguiente las Slits debíamos marcharnos antes que los Clash. Cada uno se iba por su lado. Mick ha dado órdenes de que no se le moleste, pero mi guitarra está en su habitación. Todas las guitarras se guardan en su

habitación durante la noche por razones de seguridad, en todos los sitios que tocamos.

Busco a uno de los encargados de los equipos de música y le digo:

–Tengo que sacar mi guitarra de la habitación de Mick porque me marchó.

El encargado me dice que de ninguna manera me dejará entrar en la habitación, que tiene órdenes estrictas. Le sonrío con dulzura.

–Entraré y saldré de puntillas y ni siquiera se enterará de que he estado allí. Además, a Mick no le va a importar, seguimos siendo buenos amigos.

El encargado saca la llave y me abre la puerta.

La atmósfera de la habitación está cargada, falta el aire, y una luz ambarina que se cuele entre las pesadas cortinas doradas lo baña todo. Huele a agua estancada. Miro hacia la cama. Puedo distinguir a Mick y, junto a él, una chica. Los dos profundamente dormidos. Siento celos. Se me parte el corazón. Pero rápidamente el dolor deja paso a la furia. Subo de un salto a los pies de la cama y empiezo a dar botes. Las sacudidas los despiertan y yo sigo saltando como una posesa, haciendo botar la cama violentamente. Mick y la chica se zarandean de un lado a otro como barcos en un mar tempestuoso, sus cabezas rebotando en las almohadas. El encargado de los equipos de música huye corriendo de la habitación. Mick se inclina hacia la mesilla de noche, coge una jarra con agua y me la lanza. Yo me agacho y se estrella contra un espejo. Una lluvia de agua y fragmentos de cristal cae sobre los estuches de las guitarras.

–Patético –digo al tiempo que bajo de la cama de un salto, recojo mi guitarra y salgo pitando de la habitación.

Así acaba la gira *White Riot*.

Una semana después Mick me telefona a casa de mi madre.

Yo: «¿Hola?»

Mick: «Soy yo.»

Yo: «¿Qué pasa?»

Me dice que es mejor que me haga un chequeo médico porque, no sabe cómo, pero tiene una infección.

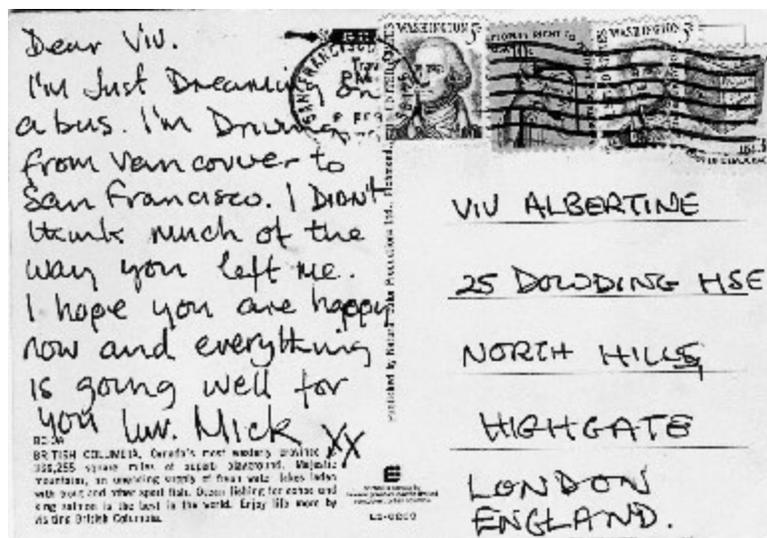
Yo, con tono aburrido: «Muy bien. Gracias.»

Silencio.

Mick, con tono histérico: «Tú lo sabías, ¿verdad? ¡Lo sabías y no me dijiste nada!»

Sí, lo sabía.

Cuando regresé a casa después de la gira me vino el periodo. Un par de días más tarde entré en el baño a cambiarme la compresa. Estaba limpia y blanca puesto que ya casi se había acabado la regla. En medio de la compresa vi un punto negro diminuto. Reconocí ese punto negro diminuto. De inmediato supe lo que era. Fui directo a la farmacia, compré una loción desinfectante antiparásitos y luego fui al especialista en enfermedades venéreas para que me hicieran un chequeo. Después esperé a ver qué hacía Mick. Porque sabía que no era yo quien se lo había pegado, ya que no me había acostado con otro que no fuera él. En algún momento, incluso antes de empezar la gira de *White Riot*, Mick tuvo que haberme sido infiel.



Postal que me envió Mick Jones cuando los Clash hicieron la gira por Estados Unidos. En ella menciona un verso de «Ping Pong Affair» («dreaming on a bus»), la canción que escribí sobre él, y lamenta la forma en que nos separamos.⁸

47. ANIVERSARIO

1977

Rob y yo estamos saliendo juntos. Todavía no nos hemos acostado, pero nuestra relación es tremendamente romántica. No me atrevo a dar yo el primer paso porque Rob es muy tímido. Sé que es virgen, ¿quizá quiera esperar? O quizá esté demasiado nervioso. Siento como si tuviera la responsabilidad de no confundirlo. Si soy yo la primera chica con la que se va a acostar, quiero que sea una experiencia bonita. Una noche estamos abrazados y empezamos a acariciarnos. A pesar de que está temblando, lo hacemos y es precioso. Prefiero hacer el amor con este chico intenso y extrañamente anticuado que no abriga ideas preconcebidas ni «moviditas», a quien sólo motivan su imaginación y su pasión, que hacerlo con uno de esos ligones que se creen donjuanes.

Mientras tanto, el cantante de los Subway, Vic, ha empezado a salir con Nora y durante un tiempo Vic, Nora, Rob y yo salimos juntos formando un curioso grupo. Vamos a todos lados en el coche de Nora. Vamos a la sesión continua de películas de Jean-Luc Godard en el Paris Pullman y nos cogemos de la mano y nos besamos en la última fila del cine. Vemos al grupo The Fall en el Alexandra Palace y en junio nos acercamos al Támesis para ver las celebraciones del vigésimo quinto aniversario de la coronación de la reina. Malcolm ha alquilado un barco para los Sex Pistols, así pueden tocar en la cubierta mientras pasan delante del Palacio de Westminster navegando río abajo. Intentamos ir con ellos, pero es imposible subir al barco. Veo que Palmolive logra cruzar la pasarela de acceso, pero le hacen dar la vuelta y volver sobre sus pasos. Hay un montón de gente de las compañías discográficas a bordo.

Rob dice que eso es el anuncio del final. Que a partir de esa noche todo ha muerto para él. Es el fin del sueño. Está realmente enfadado. Sé a lo que se refiere, pero para mí ya se había acabado hacía tiempo, en el 100 Club con el incidente del vaso que terminó estrellándose contra una columna. Lo único

que importa ahora es la difusión comercial y la cobertura de la prensa. Ése es el mensaje que hoy nos está transmitiendo Malcolm.

A Nora y a Vic no les importa. Quieren marcharse de allí y ver el paso del barco por debajo del Tower Bridge, así que Nora nos lleva en coche hasta el puente y aparca de cualquier manera sobre una doble línea amarilla. Bajamos del coche y corremos a inclinarnos por encima de la barandilla del puente para observar las aguas revueltas del viejo Támesis.

No sé qué le pasa en ese momento a Vic, que por lo general es muy comedido, el hecho es que levanta un trozo de valla publicitaria bastante grande que está tirado en la calle y lo lanza al río justo cuando el barco se acerca al puente. Los guardias del puente corren hacia nosotros y lo detienen. Nora, en su inglés teñido de un sensual acento alemán, intenta convencerles de que lo suelten: «Es culpa mía, yo se lo pedí, lo hizo para impresionarme.» Pero no la creen, se lo llevan a la Jefatura de Policía de Bow y lo encierran en una celda. Pasamos horas metidos en la jefatura, sentados en un banco de madera, mirando las brillantes baldosas verdes de las paredes. Una vez que han acusado a Vic, nos marchamos todos a casa de Nora. Más tarde aparece por allí Johnny Rotten.

La contribución de las Slits al aniversario de la reina se presenta cuando Derek Jarman nos pide que participemos en su próxima película, *Jubilee* (Aniversario). No estamos seguras. Como suele pasar, hablamos de la oferta durante días, discutiendo si es conveniente para la imagen que pretendemos proyectar. Tardamos tanto tiempo en contestarle a Derek que llega el primer día de rodaje y ya no nos sentimos con fuerzas para decirle que no. Nora nos lleva en coche hasta la localización del rodaje de exteriores, cerca de la Circunvalación Norte. Una vez allí, Derek nos señala una escalera de caracol que da acceso a un puente que cruza la autopista. Nos pide que subamos y bajemos las escaleras corriendo un par de veces. A continuación vamos a otro lugar, a una calle, donde tenemos que destrozar un coche. La emprendemos contra el coche a puntapiés y después nos vamos a casa. Pero no estamos nada contentas de que se nos muestre como un grupo violento. Es verdad que muchas veces nos vemos envueltas en peleas, pero siempre después de haber sido atacadas previamente; no somos partidarias de la destrucción sin sentido. Así que decidimos que no queremos aparecer en la película.



Con la púa en la boca, detenemos la actuación para zanjar algo que ocurre con frecuencia: echar del escenario a un cabeza rapada que ha atacado a Ari (fijaos en los gorilas: corte de pelo a lo teddy boy, chalecos de lana y varios puntos encima del ojo derecho). Woolwich, 1979

Llamo a Derek por teléfono y se lo digo. Me siento muy mayor haciéndolo, en otras circunstancias habiéramos dejado de ir y ya está, pero como Derek me cae bien, hago un verdadero esfuerzo y paso por el mal trago de comunicárselo en persona. Me da pena dejarlo en la estacada porque supongo que es un fastidio haber empezado a rodar y que alguien abandone el proyecto. Derek lo comprende y es muy amable conmigo, pero de todas maneras utilizará las secuencias que ya estaban filmadas en la versión final, a pesar de que le habíamos pedido que no lo hiciera. En realidad no lo culpo.

48. LA SESIÓN DE RADIO CON JOHN PEEL

1977

John Peel y su productor, John Walters, vienen a Vortex, en el Soho, a ver tocar a las Slits. Me llama la atención que nosotras le interese más que los Heartbreakers, de los que somos teloneras. Antes de salir a escena nos reímos un rato con los dos Johns y Palmolive le vuelca una bebida encima a John Walters por una apuesta (a él no parece importarle). El club está hasta los topes, incluso Keith Moon ha venido, ataviado con un abrigo de pieles hasta los pies y gafas de sol. Se sienta en un rincón con una panda de amigotes. Ésta es una noche muy importante para mí porque es la primera vez que Johnny Thunders me va a ver tocar y quiero demostrarle que estoy en un gran grupo y que me he recuperado después de que me echaran de Flowers of Romance. Ya no hay nada entre Johnny y yo, cada uno ha seguido con su vida, pero aun así quiero impresionarlo. La pena es que hace tanto calor y tanta humedad dentro del club que se me ha aplastado el pelo. Me he puesto mi traje de ballet azul y la chaqueta de cuero de Sid. Hacemos una gran actuación, desplegamos una energía brutal, seguro que esa noche superamos incluso a los Heartbreakers de lejos. Ya veremos si consiguen estar a la altura.

John Walters viene a vernos después del concierto y nos pregunta si nos gustaría grabar una sesión de radio con John Peel para la BBC. Le decimos que lo pensaremos, no estamos seguras de querer grabar nuestras canciones hasta que podamos tocarlas mejor, somos perfeccionistas. Hemos rechazado ofertas de discográficas a las que lo único que les importa es sacar un disco lo antes posible mientras todavía exista cierto interés por lo punk. Nuestra idea es diferente, queremos grabar un disco que perdure, que resista la prueba del tiempo. Tenemos fe en nuestras canciones y en nuestro mensaje. Al final decidimos que sí, que haremos el programa de radio, nunca hemos estado en un estudio de radio; nos servirá de experiencia. Además los dos Johns nos caen muy bien, son los únicos hombres de la industria musical que hemos conocido que nos han tratado como gente normal en lugar de como salvajes.

Llega el día de la grabación; Nora nos lleva hasta allí en su coche. Los estudios centrales de la BBC ya están reservados, así que tenemos que usar los antiguos estudios Decca en Broadhurst Gardens. Decca era el sello discográfico de los Rolling Stones. Recuerdo el logotipo azul y blanco en el centro de mis singles. Salimos del coche, bajamos los equipos y nos abrimos paso a empujones a través de las grandes puertas hacia el vestíbulo principal. Con nuestros bártulos a cuestas o a rastras, pasamos por delante de dos porteros viejos y malhumorados que parecen estar allí desde los años sesenta.

–No se sabe si son chicos o chicas –le comenta el uno al otro.

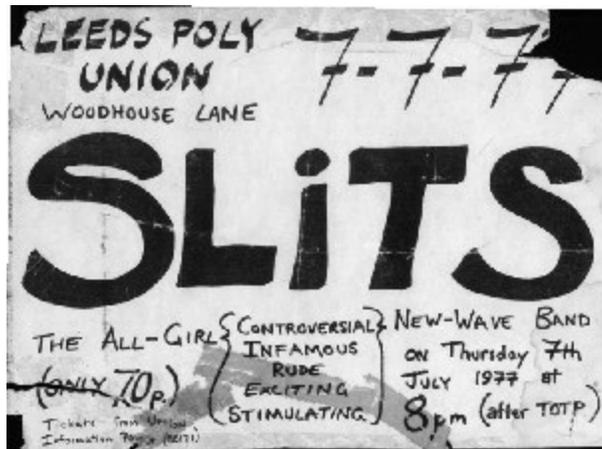
–¡Apuesto a que eso mismo dijeron cuando los Rolling Stones entraron por esa puerta! –les digo a las demás mientras entramos en tropel en el estudio.

De inmediato me doy cuenta por las caras del ingeniero de sonido y del productor de que no están nada contentos de grabar esta sesión. No dejan de repetirnos que no podemos hacer esto, que no podemos hacer lo otro. La misma actitud de obstaculizarlo todo y la misma mentalidad cerrada que encontramos allá adonde vamos. Si no nos tuviéramos las unas a las otras, los individuos como éstos ya nos hubiesen aplastado hace tiempo.

Las guitarras se nos desafinan una y otra vez y los dos tipos se comportan como si fuesen seres superiores sólo porque saben cómo afinarlas. Creen que toda la industria musical gira en torno al hecho de saber afinar una guitarra o no. Bueno, quizá haya sido así hasta ahora. Nosotras sólo llevamos tocando un par de meses y, sin embargo, aquí estamos, en un estudio de grabación. Nadie está grabando las canciones de *estos tíos*, a pesar de lo bien que saben afinar sus guitarras.

John y John vienen a nuestra sesión de grabación, cosa rara en ellos, pero creen de verdad en nosotras y sienten curiosidad. Desean ver cómo se las arreglarán los ingenieros de grabación. Les parece divertido que esos dos viejos músicos, muy preocupados siempre por la parte técnica, se vuelvan locos sólo por tener que trabajar con gente como nosotras. Discutimos con ellos para poder sonar como nosotras sonamos, para que no pulan ni arreglen nuestra música. Parece que nunca hubiesen oído a un grupo amateur o que ni ellos mismos hubiesen tenido que pasar por esa etapa en la que luchas por expresar el sonido que tienes en la cabeza, cargada de una gran excitación y tensión creativa. Pero lo suyo va más allá del simple odio ante nuestra incapacidad técnica, es una ira auténtica que intentan disimular tras la

máscara de la burla y el desdén. El resentimiento les sale por los poros como el tufo de una boñiga.



Folleto publicitario de las Slits 7/7/77 (Fijaos en la hora: «después de Top of the Pops», el único programa de televisión que veía todo el mundo)

Da igual, nosotras sabemos lo que queremos, no nos intimida el hecho de estar en un estudio por primera vez. Lo único que nos interesa es que salga bien. Al menos podemos oír los instrumentos de las demás y escuchar el desarrollo de las canciones al unísono. Es fascinante oír los temas con tanta claridad y eso nos da ideas para añadir acompañamientos vocales y otras melodías. Pero no tenemos mucho tiempo y no queremos fallar por ese lado: de ninguna manera vamos a ser el único grupo que no pudo terminar de grabar sus cuatro temas: «Vindictive» (Vengativo), «Love und Romance», «Newtown» (Ciudad nueva) y «Shoplifting» (Robar en una tienda).

Cuando regresamos a casa de Nora y Ari en Bloemfontein Road, escuchamos una y otra vez la grabación, encantadas de oír nuestras canciones por fin en una cinta. Me sorprende la ferocidad de la música. Sonamos como si nos sobrara energía para conquistar el mundo.

49. ABORTO

1978

Después de haber pintado un cuadro de rojo es una pérdida de tiempo plantearte qué hubiera pasado si lo hubieses pintado de negro.

YOKO ONO

Busco ansiosamente la sangre. Por favor, sangre, ¡sal de una vez! Te perdono, sangre, nunca más volveré a ser tan estúpida y descuidada. No volveré a ser desagradable ni dejaré que me dé un ataque por tu culpa, si te dignas a aparecer.

Estoy embarazada. Mick es el padre. Volvemos a estar juntos después de encontrarnos por casualidad en el quiosco de periódicos de Shepherd's Bush. Yo estaba hojeando las revistas cuando oí su voz preciosa y suave a mis espaldas, comprando un periódico. Me volví y allí estaba él con Tony James (el contrabajista de Generation X), el corazón me dio un vuelco. Simplemente no puedo quitarme a Mick de dentro. Tengo veinticuatro años (justo la edad a la que siempre he pensado que estaría lista para tener un bebé) y estoy embarazada. Pero ahora que espero un bebé me doy cuenta de que no estoy lista en absoluto. Hice lo que mis amigas me dijeron que a ellas les había dado resultado y siempre me puse un supositorio anticonceptivo vaginal después de practicar sexo (aunque se supone que tiene que combinarse con un Durex). Llevo dos meses sin tener la regla, lo cual no es raro en mí, pero tengo los pechos hinchados y me duelen, así que mi madre compró un test de embarazo. Mi amiga Beca estaba conmigo cuando me hice la prueba. Estaba impresionada de lo tranquila que me quedé cuando vi que el resultado daba positivo. Pero es que yo ya lo sabía.

Bueno, no lo voy a tener. No me cabe la menor duda. Mamá dice que ella me ayudará a criarlo. De ninguna manera. ¡Puaj! Mamá, yo y un bebé apretujados en el segundo piso de una vivienda de protección oficial. El tendedero lleno de pañales en una cocina recalentada, sin dinero, sin calefacción, el ascensor oliendo a pis. Me pongo enferma sólo de pensarlo.

No puede ser, ahora no, no en esta situación. Tantas veces me dijeron que no echara a perder mi vida quedándome embarazada y voy y lo hago. No puedo tener el bebé. Mamá sugiere que lo dé en adopción, pero a mí eso me parece más cruel que el aborto. Es mi opinión. Cargarle a un niño la cruz del abandono y del rechazo desde el comienzo mismo de su vida. Un muerto viviente. Creo que es la decisión más responsable. No aceptaré ninguna otra opción.

Pido una cita en una clínica. No puedes ir allí directamente y pedir que te practiquen un aborto. Tienes que demostrar que estás psicológicamente incapacitada para criarlo o, de lo contrario, te obligarán a tenerlo. No sé cómo puedo estar tan tranquila organizando la forma de deshacerme de un bebé y sin embargo perder los nervios si un chico lleno de granos no me llama.

Voy a la clínica y lloro. Es lo que otras chicas que ya habían pasado por eso me dijeron que debía hacer. Si lloras, te dejan abortar. Estoy segura de que el médico me hubiera dejado de todos modos. Está allí sentado al otro lado de su escritorio, mirándome sollozar enfundada en un traje de niña de segunda mano, de color rosa, que me queda corto y estrecho, medias de malla, botas negras Dr. Martens y el pelo rubio de punta. *Es mejor que a ésta no la deje tener el bebé.* Dentro de dos días habré superado el límite legal para abortar y me obligarán a tenerlo. Así que me envían a una clínica de Brighton. Mamá me va a despedir a la estación. Llevo conmigo una pequeña bolsa con una muda, es un talego estampado con fotos de estrellas del pop de los setenta, lo compré de segunda mano en un mercadillo de beneficencia, me pareció gracioso. Me siento extrañamente tranquila. No me siento como si tuviera un bebé creciendo en mi interior. Ni siquiera pienso en ello. Simplemente es algo que debo solucionar. Antes de marcharme llamo a Mick por teléfono y le digo que estoy embarazada y que me voy al hospital para ocuparme del asunto yo sola. Se ofrece a acompañarme pero no quiero que lo haga. No quiero sentir nada. Si él viene conmigo puede que sienta algo.

Me asignan un lugar al final de una larga hilera de camas en las que reposan chicas de más o menos mi edad. Viene una enfermera a darnos una charla.

–Os llevarán al quirófano. Se os administrará anestesia. El feto será extraído mediante succión. Después se os traerá de vuelta en camilla a esta sala. Cuando os despertéis sentiréis retortijones en la tripa. Os ayudará a

aliviar el dolor que dobléis las piernas hacia el pecho y os tumbéis de lado. Después se os servirá la cena.

Las otras chicas están nerviosas. Yo no. Soy la última en entrar. Nunca he estado en un hospital. No me dejan ir andando a ningún lado. Deben llevarme en una silla de ruedas. Eso no me gusta. Yo estoy perfectamente sana. Dos enfermeras me conducen por un pasillo, abren las puertas empujándolas con la silla de ruedas. Vuelven a cerrarse detrás de nosotras. Una serie de personas revolotea a mi alrededor con tubos y carpetas mientras seguimos avanzando. En la antesala un médico me dice que me va a suministrar la anestesia sin demora, sentiré como si me hubiese tomado un gin tónico gigante. Nada más pinchar la aguja en la vena del dorso de mi mano, la pantalla de plástico que cubre la luz del techo se desprende y me cae encima, en toda la cara. Una enfermera se acerca corriendo y se disculpa.

Me despierto en mi cama. La chica de la cama de al lado está llorando. Me duele la tripa. Doblo las rodillas sobre el pecho y me giro para tumbarme de lado. El dolor se calma. Traen un carrito con nuestra cena. Estoy famélica y nos sirven carne asada, mi plato preferido. La chica de la cama de al lado no come nada, se siente mal. Le pregunto si puedo comerme sus patatas asadas.

Al día siguiente me subo al tren de vuelta a Londres. Mamá me espera en la estación. Vamos a casa. Voy derecho a la cama. Mañana me iré a París con las Slits. Julien Temple vendrá con nosotras para filmarnos para Malcolm McLaren.

No puedo dormir. Pienso en el terrible poder que tienen las mujeres y las madres. Nosotras no necesitamos pelear en las guerras. No tenemos que demostrar nada. Tenemos el poder de matar y muchas lo hemos usado. ¿Cuántos de vosotros, chicos, habéis matado alguna vez a alguien? Yo lo he hecho. He matado a un bebé. No pasa de ahí. Quizá en el pasado tu madre ha usado a escondidas su poder para matar a alguien y no te lo ha dicho. Quizá hasta haya pensado hacer lo mismo contigo. Es un secreto y una carga que lleva consigo.

No le cuento a las Slits lo que me ha pasado. Pero en la película de Julien parezco un pudín hinchado (*por suerte nunca llegó a hacerse*). Cuando me miro en el espejo, veo un rostro redondo y pálido con dos pequeñas pasas de Corinto incrustadas en la piel blancuzca y cruda. Todavía llevo en la muñeca la pulsera de identificación que me pusieron en el hospital, me gusta cómo

me queda: nadie se da cuenta. No me encuentro muy bien desde el punto de vista emocional. También me encuentro débil físicamente.

Después de la actuación en París (en un club llamado Gibus), se me acerca un francés muy guapo de nombre Jeannot. Tiene el pelo y los ojos oscuros y la piel cetrina. Dice que mi nombre, Albertine, en Francia es considerado un nombre feo, que es nombre de sirvienta o de campesina. Me río, pero por dentro me siento como un tiro. No tengo seguridad en mí misma. Me la han succionado junto con el feto. Jeannot me ofrece heroína. Estoy tentada de aceptar. No porque quiera olvidar lo que he hecho o porque esté deprimida, aunque ambas cosas sean ciertas, sino porque he perdido mi identidad. No sé quién soy. Me siento como un cero a la izquierda. Pero sé, sin lugar a dudas, que si me chuto heroína ahora mismo destruiré lo poquito que aún quede entero de mí. Me perderé para siempre. (Tiene gracia cómo la heroína aparece invariablemente en momentos así. Está claro que estos tipos pueden oler tu debilidad igual que los tiburones huelen la sangre.) Me armo de valor y digo que no. Jeannot me mira con desdén. Se marcha a hablar con Tessa y Palmolive y no vuelve a dirigirme la palabra. Julien sigue a Ari a todos lados con su cámara porque es ella la que le interesa a Malcolm. Me siento en mi pequeña habitación de hotel y observo París por la ventana, miro a la gente que pasa por la calle. El sonido de los tacones sobre los adoquines me mantiene despierta toda la noche. Así que esto es lo que he elegido en lugar del bebé: las Slits, los conciertos, las habitaciones de hotel, la música, la expresión personal, la soledad. Fue la decisión correcta, ¿verdad que sí? Ojalá estuviera en casa con mi madre.

Durante veinte años no me arrepentí de haber abortado. Pero con el paso del tiempo sí que lo lamenté y sigo haciéndolo. Ojalá hubiese tenido ese bebé a cualquier precio. Es difícil vivir con esa culpa dentro. Aunque sigo defendiendo el derecho de la mujer a elegir. A tener control sobre su propio cuerpo y su propia vida. No se nos puede ni debe privar de ese derecho.

50. SID Y NANCY

1977

Ha llegado a Londres una groupie de Nueva York y lleva aquí un par de días. Bueno, antes que nada: en el mundo del punk no existen groupies propiamente dichas. No va con el espíritu. Hay chicas que se acuestan durante un tiempo con algún músico, lo normal en un grupo de amigos, pero nada oficial como pueda ser una groupie. ¿A quién podría interesarle esa chica? Quizá a Steve. Ella ha seguido por doquier a los Heartbreakers. Supongo que eso de las groupies es algo más de los Estados Unidos. Se llama Nancy Spungen; un nombre nada sexy, al menos no como el de las groupies sobre las que yo había leído: Pamela Des Barres (Miss Pamela), Bebe Buell o Sable Starr. Me llegaron rumores de que Nancy se metió en un lío gordo en Nueva York y tuvo que salir corriendo. Además es heroinómana. Me pregunto si será una chica sofisticada y de armas tomar, ¿se comportará de un modo frío con las demás chicas? Seguro que es una preciosidad.

Aunque salimos casi a diario, ninguna de nosotras va al Roxy a ligar. Vamos porque es el único lugar adonde ir. Entre todos los candidatos a acabar ligando en el Roxy resulta que quien termina haciéndolo es Sid. Creo que lo más increíble que ha hecho Sid en su vida es haberse liado con Nancy Spungen.

Como cualquier otra groupie, el primer objetivo de Nancy es el cantante del grupo. Lo intentó con John Rotten hace un par de noches, pero él no mostró ningún interés. Después lo intentó con el guitarrista, Steve Jones, y a continuación con los demás integrantes del grupo. Una noche veo que se acerca a Sid. Ha sido una buena noche, los Heartbreakers están aquí y todo resulta más divertido de lo normal. Nancy anda por allí desde el principio, moviéndose con sigilo, haciendo mohínes; la reconozco de inmediato, se la ve a la legua, hay algo en ella que desentona. Lleva el pelo teñido de rubio, pero un tinte rubio típico de las peluquerías de viejas, una especie de rubio amarillento. Su melena es un puro rizo y acaba en forma de cuña, un bodrio. Tiene ojos bonitos, grandes y castaños, con una leve bizquera, muy monos,

como un gatito o como la actriz Karen Black. Le gusta mucho el estampado de leopardo, pero parece una camarera (más del tipo Bet Lynch que del Bebe Buell). Se maquilla con un montón de brillo rojo en los labios y con un triángulo oscuro de colorete en las mejillas, como si una mano gigantesca le hubiese agarrado de la cara y le hubiese dejado dos dedos marcados a cada lado. El maquillaje de los ojos es convencional. Lleva las tetas muy levantadas y luce un escote muy exagerado. Estoy muy desilusionada, es una groupie caricaturesca, nada interesante. Es la personificación de todo aquello que rechazamos. Para empezar, es norteamericana, y lleva una ropa aburridísima, nada creativa, es una vulgar seguidora. Y, por si fuera poco, se mete caballo. No me interesa nada conocerla, sólo traerá problemas y de los gordos.

Al final de la noche noto que Nancy está al acecho detrás de una columna. Parece como si estuviese escondiéndose de alguien, ¿qué busca? Se asoma, surgiendo de la penumbra, poniendo morritos con sus labios brillantes y agitando sus largas pestañas. Lanza una mirada de «ven aquí» y con un gesto muy sexy hace señas con el índice a alguien que está al otro lado de la sala para que se acerque. Es de risa. Sigo la dirección de su mirada y veo que la persona a quien va dirigida la señal es Sid. Intento cruzar una mirada con él para reírnos juntos de aquella cursilería, pero para mi sorpresa Sid sonrío de oreja a oreja y, con aire tímido y sus largos brazos colgándole a los lados del cuerpo, se va trotando hacia Nancy como un cachorrito obediente. No me lo puedo creer. Aquel tipo tan cínico e intransigente está contradiciendo todo lo que siempre ha defendido para caer bajo el hechizo sensiblero de Nancy.

Un par de días después Sid me cuenta lo que sucedió aquella noche: Nancy le dio heroína (*que yo sepa, Sid no había probado el caballo antes de conocer a Nancy, por lo menos no con regularidad*) y le hizo una mamada (apuesto a que en eso era muy buena). Y eso fue todo. A partir de ese momento van juntos a todos lados. Es un *amour fou*.

En enero de 1978, antes de irse de gira a los Estados Unidos con los Sex Pistols, Sid se encuentra conmigo y me pide que vaya a visitar a Nancy alguna vez a Pindock Mews (la casa que alquilan juntos en el oeste de Londres) mientras él está fuera. Me dice que Nancy está muy sola, que nadie quiere saber nada de ella. Le prometo que lo haré (sólo porque Sid significa mucho para mí, aunque me horroriza el plan). Un par de días después de marcharse Sid telefono a Nancy. Está entusiasmada porque la he llamado y

me invita esa noche a su casa. Nos sentamos en un sofá negro y blando y bebemos Coca-Cola. Nancy fuma muchísimo y no para de hablar ni un minuto.

–No es justo, todos me odian, no estarán contentos hasta que me vean muerta –se queja con voz llorosa–. Malcolm es el que más me detesta. Pero ése se va a enterar, me cortaré la cabeza y se la mandaré escabechada dentro de un bote de cristal. Eso es lo que quiere, pues eso tendrá. Después se arrepentirá. –Sigue con ese rollo durante horas. Una tortura.

Se hace realmente tarde y no tengo dinero para coger un taxi de vuelta a casa, así que Nancy me pide que me quede a dormir. Sólo hay una cama. Las sábanas son de raso negro. Nancy no se quita el maquillaje, se desviste y se pone una camiseta vieja de Sid comprada en Sex (la camiseta vaquera), a la que le ha cortado las mangas. «Así me acuerdo de mi amorcito.» Me tumbo en la cama junto a ella, totalmente vestida. Nancy sigue hablando durante media hora más y, por fin, se duerme boca arriba, con la boca abierta, roncando como un camionero.

Imposible pegar ojo en toda la noche, siempre me cuesta dormir en casas ajenas, aunque sea la casa de un buen amigo, así que más aún con esa chica tan rara y pesada junto a mí. Permanezco tumbada con los ojos abiertos, los minutos pasan muy lentamente, ¡por Dios, es insoportable! *Me pregunto a qué hora empezarán a funcionar los autobuses. Entonces podré irme. Quizá a las seis de la mañana.* El sol sale muy despacio y su luz débil y acuosa se cuela entre las persianas. Observo el techo. Nancy se gira hacia mi lado y se le sale una teta por la sisa de la camiseta de Sid. Descansa allí, junto a mi hombro, sobre la sábana de raso negro, pálida y descarada como un merengue pequeño y perfecto flotando sobre una marea negra.

Cuando Sid regresa de Estados Unidos voy a verle. Está realmente agradecido de que haya ido a visitar a Nancy y me da las gracias, me dice que soy la única persona que fue a verla y que eso significa mucho para ella y para él. Sid está emocionado. Me siento un poco culpable porque la visité sólo una vez. Sid me dice que Nancy le contó todo lo que hablamos esa noche, incluyendo la parte en la que le dije que yo nunca había tenido un orgasmo de verdad.

–Yo haré que tengas un orgasmo, Viv –me dice. Quiere hacer algo bonito por mí, puesto que yo he sido tan simpática con Nancy.

–Sid folla de maravilla ahora –dice Nancy–. Yo le he enseñado cómo

hacerlo.

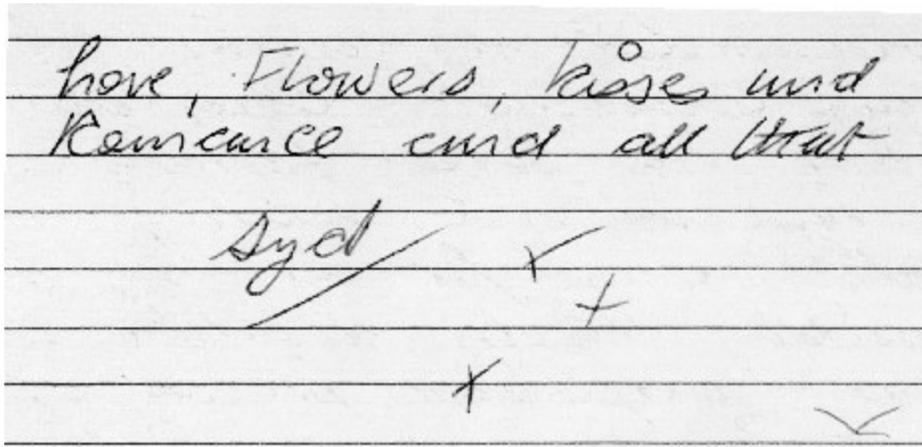
Sid está de acuerdo con ella, es muy franco respecto a su torpeza sexual antes de conocer a Nancy. Entre ellos no existen celos relacionados con el sexo. Sid dice que él no tendría ningún problema en «prestar» a Nancy a otra persona.

Agradezco a ambos el amable ofrecimiento pero, por el momento, no, gracias. Sid dice que, cuando lo desee, no tengo más que hacérselo saber.

Me hace gracia porque yo sólo conocía al Sid tímido y retraído, no a este otro ser sexy y jactancioso, con cierto aire fanfarrón. Tampoco lo había visto nunca tan amable y afectuoso, ama a Nancy de verdad, se preocupa por ella, es muy protector, casi paternal. Es todo muy bonito. Nancy ha encontrado a alguien que la ame. Una hazaña nada fácil. Pero todo el mundo merece ser amado, incluso Nancy.

Sid: mayo de 1957-febrero de 1979

Nancy: febrero de 1958-octubre de 1978



Love, Flowers, kisses and
Remembrance and all that

Syd

x +
x

La firma de Sid en la carta de Ashford, cuando todavía escribía su nombre «Syd». 1976⁹

51. CRISIS DE PERSONALIDAD

1977-1978

Las Slits cambian de representante varias veces. Nadie puede controlarnos. No creo que un representante tenga que controlar a un grupo, lo ideal es que te aconsejen y te faciliten las cosas, pero parece que lo que desean es controlar. También sucede que, cuando las chicas tenemos una opinión propia y el representante es un hombre, aparece el lado feo de la manipulación sexual. Cuando nosotras decimos: *No queremos dar esa clase de concierto, intentamos plantear una experiencia totalmente nueva, tenemos que organizar nuestros conciertos con cuidado*. Lo que ellos entienden es: *No quiero follar contigo*. Intentan tratarnos, y nos tratan, como objetos maleables a los que follar o explotar económicamente según su voluntad.

Soy yo la que organiza el grupo y negocia con el representante (cuando lo tenemos) y eso me está matando. Tessa y Palmolive se limitan a ensayar cuando tienen ganas, pero yo quiero que el nuestro sea un buen grupo, no me preocuparía tanto si no estuviese convencida de que tenemos un gran potencial. Sé que para ellas resulta una pesadez que yo esté planteando ideas constantemente sobre nuestra ropa, el pelo, las letras de las canciones, los ensayos y la imagen del grupo, pero supongo que también habrá una parte de ellas que desee lo mismo, porque si no ya me habrían echado.

Palmolive y Tessa son muy amigas, tontean juntas todo el tiempo, se pican y hacen bromas continuamente, se insultan en tono jocosos y ruedan por el suelo enzarzadas en una lucha como un par de cachorros de león. Me siento aburrida y desplazada. Ese tipo de comunicación juguetona y física no va conmigo. Soy poco espontánea y a veces me siento incómoda con ellas. Ari se suma a esos juegos de vez en cuando, es más joven así que no le resulta difícil. A veces están las tres rodando por los suelos y yo permanezco de pie como una imbécil, esforzándome por reír, intentando que me resulte simpático y divertido. Las demás deben de pensar que soy una estirada.



Me llevo bien con Palmolive. De todas las del grupo es con ella con quien me siento más cómoda y naturalmente cercana, en edad y forma de pensar. La encuentro interesante, salvaje e inteligente, pero, aunque de vez en cuando disfrutamos charlando, ella prefiere estar con Tessa. En cuanto a Ari, está en una etapa de conocer gente de su propia cosecha y despierta una enorme lealtad y devoción entre sus nuevos amigos. Se siente liberada al estar entre gente que no la ha visto crecer, gente con la que puede reinventarse.

Cuando vamos a Berlín me atrae la decadencia de la ciudad y decido probar con una nueva imagen sobre el escenario: la cazadora de cuero de Sid abierta y debajo sólo un sostén negro. Es muy sexy. Me siento enormemente descarada, no estoy segura de si podré mantener el tipo. El resto de las Slits odian mi vestuario. Piensan que no se ajusta a la imagen del grupo. No entienden por qué recurro a una iconografía antigua y gastada, sobre todo yo, que siempre ando reivindicando el feminismo y machacándolas con ese tema. Pero a mí me gusta echar mano de los viejos símbolos para revertirlos, o incluso me atrevería a decir que para deleitarme con la reacción que pueda provocar. Así que me pongo esa ropa de todas maneras. Así me siento hoy. Me siento sexy. Sobre el escenario puedo permitirme explorar ese rollo. No es seguro hacerlo en las calles de Londres, y sin embargo allí también lo hago.

Me he fijado en que las jóvenes inglesas no exhiben su sexualidad, al menos no como lo hacen las francesas y las italianas. Es como si sintiésemos vergüenza o lo convirtiésemos en algo jocoso, en una payasada, una

pantomima típica de una postal turística o de una caricatura porno. Las mujeres europeas se sienten sexys toda su vida. Incluso las mujeres mayores se comportan como si fuesen atractivas y activas sexualmente. Las he visto hacerlo desde que era niña, cuando iba de visita a Francia con mi padre. La sociedad no les niega su atractivo a las francesas entradas en años. En Inglaterra se supone que nosotras no debemos sentirnos relajadas por dentro y disfrutar del poder de nuestra sexualidad. Recuerdo una ocasión en que, con diecisiete años, me puse para ir a la escuela una camiseta de niño con un ratón Mickey que me quedaba muy ajustada y me dejaba el ombligo al aire. Quería experimentar la confusión de los límites entre una adolescente y una mujer adulta y también con el hecho de que Disney era algo totalmente contrario a los parámetros de moda que imperaban en aquel ambiente artístico enrarecido. A mí me parecía un acto divertido e iconoclasta. Un profesor de mediana edad me dijo: «¡Uf! ¿A quién le interesa ver tu barriga? Quítate eso.» Yo tenía diecisiete años y era delgadísima. Mi vientre era plano como una tabla. Pero él se las arregló para sembrar en mí la duda. ¿Tengo barriga? ¿Tengo un aspecto asqueroso por enseñarla? ¿Soy desagradable? No volví a usar aquella camiseta nunca más.

Un sábado por la tarde me encuentro tan agotada que me quedo dormida en el sofá del salón de Nora. Las demás se han marchado, pero yo estaba demasiado cansada para acompañarlas. Me he vuelto recelosa con ellas, distante, tanto que, a punto de cerrármeme los ojos de sueño, me digo a mí misma: *No debo permitir que me vean así, tan vulnerable. Bueno, no se enterarán, yo suelo despertarme al menor ruido, así que las oiré abrir la puerta de calle y me despertaré de inmediato.* Me preocupa que me encuentren durmiendo, ¡hay que joderse! Así de mal están las cosas. Abro los ojos y me encuentro con Ari, Tessa y Nora de pie delante de mí, mirándome. *¡Oh, no! ¡No las he oído entrar!* Me incorporo de un salto. *¿Qué cosas más horribles me dirán?* Me pongo a la defensiva.

–Estabas encantadora durmiendo en el sofá. Tenías una expresión muy relajada y dulce en el rostro –dice Ari.

No puedo creerlo. Es totalmente sincera. Ari es siempre sincera. Nunca miente.

El único momento en el que siento que puedo manifestar libremente mi vulnerabilidad es cuando estoy con un novio. En este momento es muy

importante para mí tener novio, significa un escape emocional del grupo. Con un novio puedo ser tierna, tonta y divertida. Mick está mucho tiempo de gira, nos escribimos, pero sé lo que quiere y él también sabe lo que yo quiero. Oficialmente hemos roto, pero una noche volvemos a encontrarnos cuando un amigo común, Sebastian Conran, invita a un montón de gente a casa de sus padres en Albany Street. Mick y yo no nos hemos visto en meses. Llueve. Yo llevo puestas mis botas rojas de Vivienne Westwood y no quiero que se me mojen. Mick me coge en brazos y me cruza al otro lado de la calle, pisando los charcos con sus botas Chelsea de ante azul. Es muy romántico. Sebastian dice que podemos quedarnos a dormir esa noche en la habitación de sus padres porque están de viaje. La habitación tiene una cama blanca enorme, las paredes blancas, una alfombra blanca y baño privado. Al día siguiente Mick se va de gira con los Clash. Un par de semanas después salgo yo de gira con las Slits. Y eso es todo, el final de Mick y Viv.

Las Slits estamos de gira cuando muere el padre de Tessa. Ella lo adoraba. No tengo ni idea de lo que se siente cuando pierdes a un padre que amas, ni cómo reaccionaría yo. Tessa se encierra en uno de los baños de Top Rank, que es donde actuaremos, y se niega a salir (sólo saldrá para tocar) o a hablar con nadie. No quiere que la compadezcan, no quiere que la consuelen, no quiere ninguna bobería que suponga comprensión ni condolencia. Me doy cuenta de lo fuerte que es.

La mayor parte del tiempo las Slits me consideran una mandona (y tienen razón). Yo no seguiría con ellas si no fuera por Ari; a pesar de ser muy joven, tiene una obsesión con la música, un entusiasmo que no sé de dónde lo saca; es mucho más fuerte que lo que yo sentía a los quince años. Pero Ari es demasiado joven para organizar nada, no puedo contar con su ayuda en ese aspecto, así que me toca hacerlo a mí. Yo soy la que reservo las salas para ensayar, llamo por teléfono a todas las del grupo (o les ruego que me llamen ellas si, como en el caso de Tessa, no tienen teléfono en casa) para informarles de cuándo es el próximo ensayo. Ahora Palmolive siempre llega tarde a ensayar, a veces ni siquiera se presenta. La llamo para reunirnos la próxima semana, pero se ha enamorado de un tipo llamado Tymon Dagg y de su música (Tymon le está enseñando a tocar las tablas). Palmolive piensa que, comparadas con él, las Slits carecemos de espiritualidad; ha perdido interés en nosotras. Localizo a Tessa y también le comunico la hora del ensayo. No le interesa, no quiere venir. Es la gota que colma el vaso. Me

encierro en mi pequeña habitación en el piso de mi madre en Highgate. Me doy por vencida.

Ari me llama por teléfono, mi madre contesta, me niego a hablar con ella. No quiero volver a verla nunca más. A ninguna. Ari viene hasta mi casa para intentar hablar conmigo. Toda una proeza: yo vivo al otro lado de Londres y ella no tiene ningún sentido de la orientación. Debe de haberle llevado horas y muchos cambios de autobuses llegar hasta mí. Llama a la puerta.

–Viv, por favor, habla conmigo.

No le hago caso. Vuelve a llamar.

–Perdóname, Viv. De verdad, queremos ensayar. Por favor, abre la puerta.

Es como si fuésemos amantes. Yo estoy enfadada y ella me pide perdón. Ari permanece mucho tiempo al otro lado de la puerta, suplicándome. Cuanto más llama, más se endurece mi corazón. Hasta mi madre se apiada de Ari y me pide que le abra, pero yo estoy desquiciada por el dolor y por mi certeza de ser dueña de la razón. Le digo a Ari que se marche; al cabo de un rato, se va. La odio. Las odio a todas. Me siento superada y vencida por la falta de entrega del grupo. Y estoy enferma.

Llevo un año tosiendo. Una tos fuerte, de pecho. Hace diez meses que no logro dormir una noche entera de un tirón. Mi madre se ha dado por vencida y ha dejado de insistirme en que vaya al médico. Tengo un dolor de cabeza constante debido a la tos convulsiva, puedo sentirla ahora mismo en las profundidades del diafragma e incluso más abajo, en el suelo de la pelvis. *Durante todo un año.*

Paso la noche con Phil Rambow (un cantante norteamericano que me presentó Rory) en el apartamento de Mick Ronson. Phil y yo no hacemos el amor, le es imposible acercarse a mí puesto que carraspeo y toso sin descanso toda la noche. Por la mañana estoy empapada en un sudor frío, tengo la cara roja y los ojos hinchados. Siento mucha vergüenza. Seguro que no he dejado dormir a nadie. Ninguno me dice nada. Estoy realmente agradecida e impresionada por la cortesía con que Mick me ofrece una taza de té y una tostada. Intento imaginarme cómo me ve él en esos momentos: pálida, con granos en la cara, enferma, alguien que no se cuida. Poco atractiva. Voy al médico. Dice que tengo algo grave y me envía al Hospital de Enfermedades Respiratorias Brompton. Me encuentro tumbada en una cama en una sala llena de mujeres mayores. El hospital es muy limpio, blanco y tranquilo. Un oasis. Nada de ropa de Sex, sólo un camisón. Sin discusiones, ni metas, ni

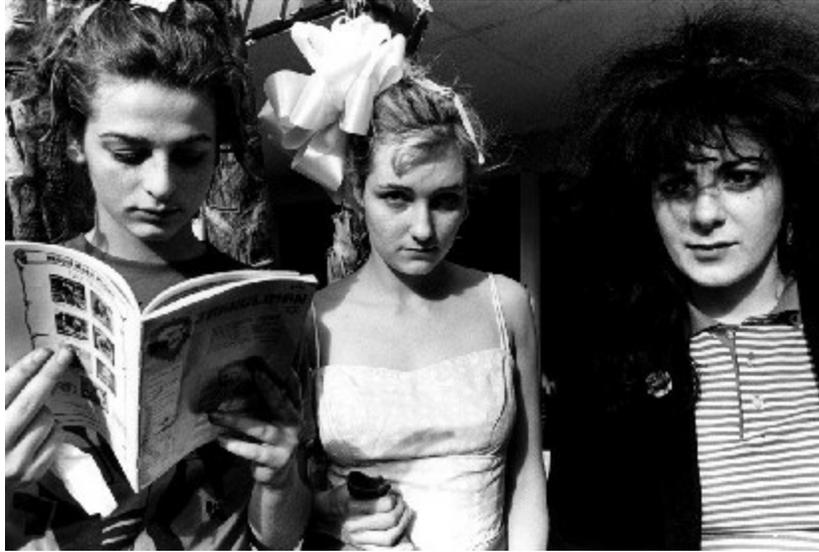
decisiones. Vuelvo a ser una niña. Pasa una semana. Se me relaja la expresión del rostro. Después de dos semanas recupero el color de las mejillas y remite la tos. Logro pensar con mayor claridad. Decido que no puedo seguir con las Slits, no como están las cosas.

Para mí será demoledor dejarlas, pero no aguanto continuar con esa situación ni un minuto más. Sólo hay que ver cómo he acabado, por dios santo. Lo que más me importa es la música, pero así no vamos a ninguna parte. No puedo soportar la incertidumbre que vivo cada vez que subimos a un escenario, nunca sé si lograremos acabar una canción sin desmoronarnos.

Al final de mi segunda semana en el hospital me siento lo bastante fuerte para convocar una reunión (Palmolive no viene). Tessa y Ari se sitúan a ambos lados de mi cama. Yo estoy reclinada sobre un montón de almohadas, como en una escena de *El padrino*. Les digo que no pienso seguir si las cosas continúan de la misma manera. Quiero progresar musicalmente, que seamos más rigurosas, no pretendo que seamos perfectas, pero sí lo bastante buenas para tocar decentemente una canción y transmitir su mensaje. Les digo a Ari y a Tessa que necesito que se ocupen de la música y que tengan una mayor entrega a la hora de componer y de ensayar. Si no pueden comprometerse a eso, yo me voy. Y, por último, digo: «Me voy yo o se va Palmolive.»

Ari y Tessa se toman mis palabras en serio (quizá el lugar contribuye a ello). Nunca les había dicho nada así. Le pregunto a Tessa qué quiere ella. No tengo ni idea de cuál será su respuesta, si es que responde algo. Contesta que está de acuerdo en que ya es hora de ponerse a trabajar en serio y en que Palmolive debería irse. Ari dice lo mismo.

Concentro todas mis energías en curarme. Dos veces al día los fisioterapeutas me machacan la espalda; todas las mañanas las enfermeras me drenan la flema de los pulmones. Uso inhaladores, duermo y como. El especialista me dice que si no dejo de fumar, dentro de dieciocho meses estaré muerta. Dejo de fumar.



Con Ari y Tessa en el Hotel Tropicana de Los Ángeles. Llevo un vestido vintage y en el pelo un enorme lazo de papel que cogí de un ramo de flores

En apenas unas semanas casi he olvidado cómo era antes. Estoy inmersa en un ambiente normal, hablando con mujeres de mediana edad, amas de casa, y me doy cuenta de que no soy tan diferente a ellas después de todo.

Mick viene a visitarme la última semana que estoy en el hospital. Viene hacia mí dando grandes zancadas, vestido con pantalones y cazadora de cuero negro. Me trae un ramo de flores. Está molesto porque no le dije que estaba ingresada, pero no me gusta que la gente me vea enferma. Ben Barson, el chico de quien me enamoré durante las excursiones de Woodcraft, también viene a visitarme y me trae una piña. Dos chicos: eso ya está mejor. Me siento más cómoda con Ben, él no le tiene miedo a las enfermedades. Mick es aprensivo con todo lo que tenga que ver con hospitales, gérmenes y cualquier tipo de dolencia.

Cuando salgo del hospital estoy muy delgada. Camino por la calle con Ari y Tessa, ahora sólo somos nosotras tres. Es raro que ya no esté Palmolive. Ari y Tessa me cuentan que le han comunicado que ya no pertenece al grupo. Me siento muy agradecida, demuestra que están asumiendo responsabilidades. Juntas organizamos un plan: buscaremos a una nueva batería, grabaremos un disco con nuestro sello discográfico preferido, Island Records (de momento no se han puesto en contacto con nosotras, pero los convenceremos de que nos acepten), y será un disco brillante, un clásico.

52. COMPONER CANCIONES

1977-1979

A las tres nos encanta el disco de Dionne Warwick *Golden Hits Volume 1*, en el que canta un montón de canciones de Bacharach y David. El disco es de las tres. No recuerdo cómo dimos con él, puede que en la tienda Record and Tape Exchange de Notting Hill. Hemos estudiado cada tema en detalle, cada instrumento, las pautas de la batería, los acompañamientos vocales, el sencillísimo *chk chk chk* de la guitarra, que casi siempre toca en el tiempo débil. *Me pregunto si esta música no influiría en el reggae. Sé que esa forma de cantar con voz suave que tienen los norteamericanos, el «crooning», tuvo gran éxito en Jamaica e influyó en el lovers rock o reggae romántico, así que es muy probable que fuese así.*

Ari y yo intentamos componer emulando las estructuras clásicas de las canciones de Bacharach, pero el resultado queda algo distorsionado debido a nuestra incapacidad técnica. Nuestras canciones acaban teniendo estructuras y compases raros, y eso nos gusta. Las letras son diferentes a las de David porque somos sinceras y explícitas con nuestras experiencias personales, muy diferentes a las experiencias de un hombre norteamericano (aparte de que David es un letrista genial, por supuesto). Pretendíamos escribir canciones pop, pero acabamos creando algo nuevo por casualidad.

Ahora mi estilo con la guitarra está evolucionando hacia un sonido nuevo. Sé lo que busco cuando escucho un disco. Me estoy distanciando del gemido industrial, de sierra mecánica, que desarrollé con Keith. Sigo sin encontrar guitarristas mujeres a las que escuchar y en las que inspirarme, y odio los punteos, los solos exagerados, las posturitas y la forma de fruncir los labios de los guitarristas de rock masculinos. Pero he descubierto a alguien que me gusta. En este momento quien me influye es Steve Cropper (de los Booker T and the MGs), además del guitarrista del disco de Dionne Warwick y del sonido de la guitarra en el reggae. También me encanta Carlos Alomar en el álbum *Low* de David Bowie.

Hasta ahora me daba igual fijarme en las trompas, en el solo de un órgano

Hammond o en la guitarra, todo dependía de la melodía marcada por el instrumento solista o del ritmo del instrumento predominante. Cuando vuelvo a escuchar la música que me gustaba cuando era más joven caigo en la cuenta de que ninguna tiene el sonido de la guitarra distorsionada ni rockero. No me gustaban Led Zeppelin ni Hendrix ni el rock duro; me parecían masculinos y poco atractivos.



Folleto de uno de los sound systems a los que fuimos

En el pasado escuchaba las canciones como un todo, prestando más atención a las letras. En lo que yo me fijaba era en las letras, era lo que me importaba; me llegaban o no me llegaban. Así oíamos las canciones las chicas. La mayor parte de los temas que me gustaban tratan del amor romántico. Son una extensión de los cuentos de hadas que leía cuando era pequeña (*Te amaré toda la vida. Tú eres mi único amor. Te rescataré. Me has roto el corazón. Bla, bla, bla*). Es impresionante pensar el efecto que habrá tenido en mi cabeza escuchar obsesivamente esas canciones sobre un amor idealizado y estar expuesta a ese machaque continuo. Es como un lavado de cerebro. Las letras de las Slits están muy meditadas y razonadas. No queremos clichés proselitistas ni falsedades. Ningún escapismo fácil. Las palabras tienen que ser fieles a tu vida. Escribe sobre lo que conoces. Y haz que la gente piense.

53. GRAPEVINE

1979

*I heard it through the bass line.*¹⁰

ARI UP

Nora telefona a Island Records y nos consigue una cita con Chris Blackwell, el director del sello discográfico. Es fácil, justo como pensábamos. Estamos convencidas de que somos buenas. Un montón de casas discográficas nos quieren. ¿Por qué no iba a hacerlo Island Records? Durante la reunión le decimos a Chris que nos encanta su sello y que queremos formar parte de él. Eso le hace gracia y dice que sí.

Tenemos un par de reuniones más con Chris; es muy sonriente y amable y un poco ligón. Aunque le caemos bien, me doy cuenta de que no entiende nuestra música. Adora el reggae y eso debería unirlo un poquito más a nosotras, pero hay algo un poco anticuado en él. Se ha quedado en el círculo de gente de su edad, más del tipo de estrellas del rock. Habla con admiración de Mick Jagger y de los pesados de siempre. Por el momento está entusiasmado con Marianne Faithfull, que acaba de grabar un álbum con él (a punto de salir a la venta), que se llama *Broken English*. No entendemos por qué tanta locura con ella. Nosotras la hemos encontrado muchas veces por ahí, en más de una vivienda okupada, drogada hasta las cejas. Marianne es el pasado, nosotras somos el futuro.

Ésa era entonces mi impresión de Marianne Faithfull. Hoy en día pienso que es una artista interesante, una superviviente y un modelo de conducta que nos sirve de ejemplo a muchas.

Hemos cumplido la primera etapa de nuestro plan. Firmamos un contrato para grabar un álbum sobre el que tendremos un total control artístico y nos pagarán un adelanto de cuarenta y cinco mil libras. Es un acuerdo muy

bueno. Aunque esa suma incluye nuestro salario, los gastos de grabación y de gira.

Lo primero que hace Island Records es asignarnos un fotógrafo y director de arte. Se llama Dennis Morris, un tipo joven, pagado de sí mismo y de sus propias ideas. Nos dice que la carátula del disco será de plástico rosa chillón, con algunos desgarrones y cremalleras. Hay que joderse. Le explicamos que nosotras queremos algo que refleje quiénes somos y la música que hacemos y que el plástico color rosa no reúne esos requisitos. Se ofende. Se siente herido en su orgullo masculino. Se enfrenta conmigo puesto que yo soy la portavoz del grupo. A partir de ahí, socava todo lo que yo diga o haga. Tenemos una sesión de fotos con él e insiste en usar un enorme ventilador para que las fotos sean más sexys. Yo me opongo. Además exigimos ver las fotos antes de que se publiquen. Dennis empieza a odiarme. Por suerte, no puede hacer nada porque, por contrato, nosotras tenemos el control artístico. Queremos que nuestra relación con Island sea buena, por eso me resisto a enfrentarme desde el principio con el primero con quien nos han puesto a trabajar. No quiero dar la impresión de que somos insolentes y complicadas, pero es que hemos esperado tanto y hemos sido tan escrupulosas con nuestra producción e imagen que ahora no podemos dejarlas en manos de una persona que no comprende lo que intentamos hacer ni decir.

La primera grabación se realiza en los estudios que Island tiene en Basin Street. Interpretamos nuestra versión de «I Heard It Through the Grapevine» de Marvin Gaye. Como no tenemos batería recurrimos a un tipo que se llama Max, «Maxie», «Feelgood» Edwards. Nos lo recomendó Island Records. Maxie es un auténtico batería de reggae jamaicano y ha tocado con Dennis Brown, Tapper Zukie y Big Youth y ha grabado en el estudio de King Tubby con Scientist y con Prince Jammy; no podemos creer la suerte que tenemos. Me preocupa que no estemos a la altura para tocar con un músico tan experimentado. Nunca hemos tocado con otro batería que no fuese Palmolive. ¿Y si no logramos acoplarnos a su ritmo? ¿O piensa que somos horribles y poco profesionales?

Entramos en la sala (es sólo la segunda vez que ponemos los pies en un estudio de grabación) y tocamos el tema de un tirón. Ari está muy entusiasmada con Maxi y se entrega por completo en la primera toma. Tessa y yo nos ponemos a la altura de las circunstancias y no perdemos el ritmo. Maxie se comporta con nosotros con total tranquilidad, sin ningún prejuicio

ni aires de superioridad. Es un gran alivio. La canción chisporrotea llena de vida y de carácter, parece brotar flotando de la cinta cuando entramos en la sala de controles a escuchar la grabación. Volvemos a tocar la canción un par de veces más por si acaso. Chris Blackwell pasa a ver cómo van las cosas. Opina que la primera toma es fantástica, pero que deberíamos hacer dos más, ¿qué tal si Ari intenta alguna variedad vocal diferente? Me manda al estudio de grabación a explicarle a Ari lo que él quiere. Intento plantear el tema al revés y le digo a Ari que no necesitamos hacer más tomas, pero que quizá habría que pulir algunas cosas. Digo lo primero que se me ocurre, pero Ari me mira perpleja. Todas sabemos que la primera toma está perfecta. Malgastamos un par de horas sólo para complacer a Chris y después nos damos por vencidas.

En nuestra versión nosotras cantamos la parte que originalmente está compuesta para trompa porque no tenemos dinero para pagar a un intérprete de trompa. Hacemos «¡Da da da da!», como cuando tarareas algo mientras escuchas un disco. Añadimos una estrofa propia, que consiste en cantar «Grapevine, grapevine» una y otra vez. Nos esforzamos en proyectar nuestras voces de la forma más natural posible y no poner esas vocecillas de niña a las que suelen recurrir las chicas cuando cantan. A punto de acabar la parte vocal, Ari da la entrada a Maxie para que cambie de ritmo. Por respeto a la versión original, no cambiamos el género masculino en que está escrita la letra de la canción, no soportamos cuando otros lo hacen.

Island envió a Dennis Brown para hacer las mezclas. ¡Dennis Brown! «Money in My Pocket» es una de nuestras canciones favoritas. Nuestro tema tiene que estar acabado en un día. Queremos demostrar que somos responsables y no una simple pandilla de locas. Que de pronto aparezca una gran estrella como Dennis Brown es algo estresante y apasionante al mismo tiempo. Queremos impresionarlo, pero mientras lo observamos trabajar en la sala de controles empezamos a caer en la cuenta de que no sabe lo que hace. No resuelve nada. A medianoche vamos a buscar a la jamaicana encargada de grabación del estudio de al lado con la que nos llevamos muy bien; se llama Rima. Rima es una persona sensible y de confianza, entiende lo que queremos y empieza a mezclar la música. Ella nos salva el pellejo. (A Dennis Brown no parece importarle y se marcha acompañado de su amigote con pinta de gángster.) La decisión que tomamos es realmente audaz: deshacernos

de un tipo conocido y recurrir a una encargada de grabación. Pero nosotras somos audaces. Island no se ha enterado de lo que hemos hecho.

Mientras todo este cacao está en marcha, Dennis Morris telefona al estudio para decirme que ha revelado nuestras fotos y que esa misma noche tiene que elegir cuáles usar, porque los de Island Records quieren que les lleve las copias a primera hora de la mañana del día siguiente. Tiene gracia. Decido dejar la mezcla del disco en manos de Ari y Rima y me voy en taxi al apartamento de Dennis para ayudar a seleccionar las fotos. Dennis está muy cabreado. Pasamos horas revisando los contactos. ¿No se da cuenta de lo importante que son para nosotros esas primeras imágenes oficiales? Cuando me marché de su casa son casi las cuatro de la mañana. Llamo a Ari a casa de Nora y me dice que pudieron acabar la mezcla del tema y que quedó genial.

Island sugiere que sea Dennis Bovell quien produzca nuestro álbum. Tiene mucha experiencia y ama la música, acaba de mezclar los temas de un grupo experimental que se llama Pop Group, por ejemplo. Dennis Bovell tiene su propio *sound system*, está en un grupo de reggae (Matumbi) y también mezcla a un montón de artistas de ese mundillo. Suena perfecto. Nos presentan a Dennis y nos cae bien de inmediato. Nos dice que a él le interesó el proyecto porque le gustaron las canciones. Nos reservan dos semanas de grabación en los estudios Ridge Farm que quedan en el quinto pino, en una granja en mitad del campo. A Island Records le preocupa que seamos unas incompetentes y que Dennis esté muy ocupado para comprometerse a fondo. La solución es confinarnos juntos y lejos de Londres.

Nada más acabar nuestra última reunión de planificación en las oficinas de Island Records, Dennis me lleva aparte y me dice:

–Sólo quiero advertirte que Dennis Morris está intentando sacarte del grupo. Ha ido a hablar con los jefes y les ha dicho que eres muy problemática y que todo iría mejor si tú no estuvieses. Han tenido una reunión para ver si te echaban.

Me entran náuseas. Estoy aterrada. Siento como si fuera a explotar por dentro, se me seca la boca, no puedo pensar... Estamos a punto de grabar el álbum. Todo lo que he luchado para llegar hasta allí... y ahora quieren echarme, deshacerse de mí, sólo porque me preocupo en exceso. Dennis no ha parado de hablar. Vuelvo a concentrarme en lo que dice.

–... no te preocupes, Viv, yo te defendí, les dije que no había oído nada más ridículo. Viv Albertine es las Slits. Sin Viv no hay Slits.

El pánico empieza a desaparecer, vuelvo a sentir el suelo bajo mis pies. Piso en firme. Sé que, con Dennis Bovell de mi lado, estaré segura. Island lo respeta mucho y su opinión será tenida en cuenta por encima de todas las demás. Estoy a salvo. Y no volveré a dirigirle la palabra a ese hijo de puta de Dennis Morris.

Al final no llegamos a usar ninguna de sus fotos.

Ahora tenemos que encontrar un percusionista. ¿Quién podría ser si no Budgie? Hemos organizado varias audiciones y se han presentado un montón de baterías de rock aburridísimos y les hemos oído aporrear la batería y los platillos sin tregua a lo largo de cada canción. Ninguno tiene un conocimiento musical amplio, ninguno ha escuchado reggae. A ninguno le gusta el soul. Es desesperante. Budgie conoce a Paul Rutherford (que más tarde estaría en Frankie Goes to Hollywood), nuestro amigo de Liverpool. Paul y sus amigos venían a casi todos nuestros conciertos cuando estábamos de gira. Hay que ser un tipo muy especial para sentir esa devoción por las Slits. Por lo pronto, amplio de miras, inteligente y que se siente cómodo con su sexualidad. A veces tengo la sensación de que Paul es la única persona en el mundo que piensa que soy encantadora. Es gay, ahí no tengo ninguna posibilidad, simplemente le caigo bien y yo le adoro.

Budge es batería de un grupo que se llama Big in Japan en el que tocan los amigos de Paul, Holly Johnson (que también está en Frankie Goes to Hollywood) y Jayne Casey. Sabemos que él es quien mejor encaja con nosotras por la gente con la que anda. Viene hasta Londres y ensayamos juntos. Es ingenioso, toca de forma suave, certero en la interpretación y, lo más importante, no tiene ningún problema en que Ari le dé todo tipo de instrucciones minuciosas acerca de los ritmos, las estructuras rebuscadas y la prohibición de aporrear los platillos. Es respetuoso y seguro. Ari está adquiriendo cada vez mayor fuerza desde un punto de vista musical y necesita un batería que entienda sus ideas y que, al mismo tiempo, añada las suyas propias así como su técnica. Ella lo tiene claro y es muy buena, pero aun así hay que ser una persona muy especial para aceptar indicaciones de una jovencita de dieciséis años que no sabe tocar la batería. Budgie entra en el grupo. No del todo, sólo para grabar el álbum y hacer la gira, lo deja bien claro (es muy franco), él quiere hacer otras cosas, no quiere estar con las Slits toda su vida.

Resulta fantástico tener esa energía masculina en la sala. Su presencia

transforma la dinámica entre nosotras. No se implica en las peleas, así que discutimos menos; la atmósfera es diferente, el cambio es palpable. Es como si se hubiese abierto una válvula que liberase la presión de una olla exprés.



Dennis cede y se saca una foto con nosotras. Ridge Farm, 1979

1979

Durante un mes trabajamos en la sala de ensayos los temas que irán en nuestro queridísimo primer álbum y después hacemos las maletas y nos vamos al campo a grabar.

Ridge Farm es una granja con una casona antigua y enorme. El encargado de todo el complejo es un tipo carismático y parlanchín que se llama Frank Andrews. Sin embargo a mí me interesa más su mujer, me fascina. Es bonita, menuda, rubia y pálida y tiene una fuerte personalidad, todo lo contrario a su aspecto. Pero lo que de verdad me tiene intrigada es la especie de ayuno que practica y que consiste en no comer nada y sólo beber su propio pis. Tiene un aspecto fenomenal a pesar de esa dieta. Quizá esté un poco pálida, y su piel es tan translúcida que casi puedes verle el cráneo, pero, aparte de eso, nada fuera de lo normal. Dice que continuará haciéndolo hasta después de Navidad. Intento imaginármela sirviéndole a Frank y a su hijita el almuerzo navideño y luego sentándose a la mesa con su taza de pis.

Comemos todos juntos en la casa. La comida la prepara una chica llamada Denise Roudette: montones de comida, pastel de verduras y patatas, lasaña, verduras frescas. En mi vida he comido tanto ni tan saludable. Denise es una de las chicas más dulces, tranquilas e inteligentes que he conocido jamás, pone todo de su parte para lograr un ambiente armonioso en Ridge Farm. También toca el bajo y es la novia de Ian Dury. Un hombre afortunado.

El estudio de grabación está en un granero junto a la casa. No concuerda con la idea que yo tenía de un granero, por dentro parece más una iglesia de pueblo. Tiene techos muy altos con vigas y pilares de madera. La sala de controles está en lo alto, cerca del techo, los ingenieros de sonido observan el estudio desde arriba a través de un cristal. Todos nos apretujamos alrededor de la mesa de mezclas en la sala de sonido, empujándonos unos a otros detrás de Dennis y de Mike Dunne, el ingeniero, opinando llenos de entusiasmo sobre el efecto producido por las canciones, el sonido de la guitarra, del bajo y el acompañamiento vocal.

Lo peor llega cuando tenemos que tocar. Hasta ese momento sólo habíamos grabado la sesión radiofónica para el programa de Peel y la canción «I Heard It Through the Grapevine». En ambos casos había tocado todo el grupo como si fuese una actuación en directo. Ahora tenemos que grabar los instrumentos por separado y es una experiencia totalmente diferente. Primero Budgie y Tessa graban la pista del acompañamiento. Dennis los hace parar continuamente y pide a Tessa que toque su parte del bajo una y otra vez para conseguir el ritmo correcto. Todo tiene que coincidir a la perfección. Los tiempos deben ser exactos. Dennis tiene razón, por supuesto, pero Tessa tampoco lleva tocando mucho tiempo y lograr ese tipo de precisión requiere años. Aun así, Dennis no aceptará nada que no sea perfecto. Permanezco en silencio, de pie detrás de él, observando a Tessa abajo en el estudio. Sé que a continuación me toca a mí y comienza a invadirme el terror. Cuando terminan de grabar la pista de acompañamiento, bajo la escalera de caracol hacia el estudio (me siento como si entrase en el circo romano para enfrentarme a los leones) con un nudo en el pecho por la ansiedad. Algunas de las canciones logro sacarlas bastante rápido, pero otras, como «Newtown», hacen que sienta ganas de pegarme un tiro.

Estoy sola, de pie, en el estudio en penumbra. Todos los demás me observan desde arriba, desde la sala de controles. A través de los auriculares me llega, como un bramido, la voz incorpórea de Dennis y la de Ari detrás gritándome indicaciones con impaciencia. Intento concentrarme con toda mi alma y cumplir con mi parte. Toco unos pocos compases de la canción, pero la grabación se detiene en seco.

–Has perdido el compás en las primeras notas. Te daré la entrada –dice Dennis.

Cuento marcando el compás hasta el momento de entrar y empiezo a tocar justo antes para lograr la velocidad correcta cuando empieza la grabación. Estoy totalmente concentrada, decidida a que esta vez salga bien. ¡Uf, lo conseguí! La grabación se para.

–Has entrado un poquito antes. Inténtalo otra vez.

No me lo puedo creer, a mí me parecía perfecto. Así una y otra vez. Tardamos media hora en grabar los primeros compases de la canción. Tengo ganas de llorar, pero me aguanto. Sinceramente, no sé qué tengo que hacer que no haya hecho ya. He perdido toda la confianza, todo criterio. Sigo tocando ese trozo una y otra vez, sin tener la menor idea de qué diablos hacer

para mejorarlo. Me graban por vigésima vez, me vuelvo loca. Aporreo la guitarra con furia, sin importarme el compás, los acordes ni la afinación, simplemente golpeo las cuerdas con la mano. La grabación no se detiene. Pierdo el ímpetu y paro. Quedo a la espera de que me echen la bronca por haber perdido el control.

—¡Eso ha estado brillante! ¡No pares! ¡Hazlo de nuevo!

Y así, grabando esa pista, surgió la guitarra final para «Newtown».

Ari y Dennis congeniaron bastante bien. Creo que Dennis considera que Ari es alguien que ama la música y vive para ella, igual que él. Todas tenemos un gran deseo de aprender y no hay ninguna lucha de egos ni discusiones en torno a las canciones. Por lo general nos peleamos un montón, pero en Ridge Farm somos una sola persona. Lo único que queremos es que el disco sea genial, las canciones son lo primero.

«Instant Hit»¹² es un tema nuevo; no me puedo creer que haya salido tan bien y que ahora sea la canción que abre el disco. Yo tenía una letra compuesta sobre Keith Lavene (el título hace referencia a su drogadicción) y le pusimos música en el estudio en forma de canon, algo que recordábamos haber aprendido en el colegio. A Dennis le pareció una idea fantástica. Me encanta que nunca deseché una sugerencia por encontrarla infantil. La voz de Keith aparece al final del tema. Grabamos una conversación telefónica en la que él y yo discutimos un poco. Keith dice «Muchas gracias» con tono sarcástico. Dennis añadió el sonido de una flauta sudamericana, que sirvió para darle unidad al tema otorgándole un aire suave y etéreo. (*En 2013 Lauryn Hill incluyó esta canción en el single sobre consumismo, «Consumerism».*)

«So Tough» (Tan duro) es la primera canción en la que Ari y yo trabajamos juntas cuando ensayábamos en la casa okupada de Daventry Street. La letra surgió de una conversación telefónica que John Rotten y yo mantuvimos acerca de Sid a altas horas de la noche. Yo solía llamar a John cuando se quedaba en el apartamento de su madre en Finsbury Park. Él nunca contestaba al teléfono, lo hacía un amigo o un hermano que servían para filtrar las llamadas. John acababa de llegar de Ámsterdam, así que, cuando el tipo que cogió el teléfono preguntó «¿Quién es?», me inventé un nombre: «Tulipán.» Me contestó: «Un momento», y se fue a comunicarle a John que Tulipán estaba al teléfono. Un minuto más tarde John se puso al teléfono, así que no sé para qué tanto lío con la filtración de llamadas. Hablamos durante

media hora sobre Sid, no entendíamos por qué estaba cayendo en picado de aquel modo tan descontrolado, qué quería de la vida. Cuando colgué el teléfono, escribí «So Tough» usando un montón de palabras y de expresiones de aquella conversación. Ya tenía la música en la cabeza así que intenté encajar las palabras en ella. Cuando le toqué los primeros compases a Sid, me dijo: «¿Por qué no los repites y los tocas dos veces?» Fue una idea fantástica y me encantó que contribuyese en una canción sobre sí mismo.

Escribí «Spend Spend Spend» (Gastar gastar gastar) inspirada en la ganadora de una quiniela del fútbol Viv Nicholson. Es lo que ella dijo tras enterarse de la noticia y se convirtió en el titular de los periódicos del día siguiente. Fue la primera ganadora que admitió que se lo puliría todo. Nada de «Voy a comprarme una casa para mí y otra para mis padres» y el mismo rollo de siempre. Me pareció genial, además me fijé en ella porque se llamaba igual que yo y me pareció guapa. A medida que escribía la canción se convirtió más en un comentario sobre la necesidad de poseer cosas para sentirte feliz o completa, algo a lo que yo tengo cierta tendencia. La estrofa que dice «andando calle abajo mirando los escaparates» es algo que he hecho desde que era niña.

Palmolive escribió la letra de «Shoplifting», yo sólo añadí el coro que dice «Sal corriendo». Grabarla es divertido; vamos acelerando cada vez más y Ari se entusiasma de tal modo al cantar su parte que se hace pis encima cuando llega el momento de gritar. Se parte de risa y puedes oírla al final del tema diciendo: «¡Me he meado en las bragas!»

La letra de «FM» también es de Palmolive. Es muy buena letrista y es aún más extraordinario si piensas que tampoco hablaba tanto inglés cuando la escribió. También compuso la letra de «Newtown». El nombre original de la canción era «Drugtown» (Ciudad de las drogas), pero yo la cambié por «Newtown» pensando en todas las ciudades que están surgiendo en las afueras de Londres, como Milton Keynes y Crawley. Los jóvenes que crecen allí se aburren de tal forma que consumen montones de droga y conducen como unos locos o se machacan entre ellos en los partidos de fútbol, y el lunes por la mañana se levantan y recorren largos trayectos para ir a trabajar a sitios horribles. Palmolive inventó palabras geniales como «televisina» y «futbolina» para nombres de drogas; creo que sólo un extranjero podría hacer algo así. Yo soy demasiado afectada con el lenguaje. Yo añadí un rap en medio. En el estudio cambiamos los arreglos por completo. Tras la parte

sólida y profunda del bajo de Tessa, el doloroso sonido de mi guitarra y la extraordinaria interpretación vocal de Ari, la canción ha cambiado. Ahora es inquietante, amenazadora, drogota y violenta. No queremos atiborrar el tema con más instrumentos, pero nos parece que falta algo. Nos sentamos en la sala de mezclas proponiendo ideas, pero nada nos convence. Al final Dennis dice:

–Dejadme probar una cosa.

–¿Qué? ¿Qué?

Nos morimos por saber qué se le ha ocurrido. Pero no suelta prenda. Ni él mismo está convencido.

Baja al foso, enciende unas luces tenues (es bastante teatral), todas nos asomamos a observarlo a través del cristal mientras rebusca entre los objetos del estudio. Coloca sobre una mesa un par de cosas (un vaso, una cuchara, una caja de cerillas, y después dice:

–Empezad a grabar.

Dennis baila al ritmo de la canción sin apartar los ojos de la mesa, metido de lleno en la música. Primero coge la caja de cerillas y la agita una vez, utilizándola como instrumento de percusión, sólo una vez. Podía haber usado unas maracas o cualquier otro instrumento de percusión auténtico, hay muchos en el estudio, pero prefiere la caja de cerillas. Después coge la cuchara y da unos golpecitos con ella en el vaso, deja caer la cuchara dentro del vaso, agita la caja de cerillas, golpea el vaso, vuelve a dejar caer la cuchara, enciende una cerilla... Poco a poco graba toda una pista de percusión. Es tan creativo que no necesita instrumento alguno para hacer música. Desde la sala de control observamos a Dennis mientras hace magia. Nadie se mueve, nadie habla, no queremos romper el hechizo. Una toma basta: «Newtown» está lista.

Ari y yo repasamos la letra de «Ping Pong Affair» (Una relación de ping-pong) y le explico los sentimientos detrás de mis palabras. Hablamos de que cuando tiene que cantar «la vida es mejor sin ti», en realidad no es eso lo que siente, por lo tanto debe transmitir esa pena subyacente y no cantar la estrofa con actitud desafiante. La canción trata sobre Mick Jones y yo. Una noche me marché de su apartamento en Ladbroke Grove hecha una furia si darme cuenta de que no tenía dinero para coger un taxi y pasé un poco de miedo volviendo a casa. Un par de días más tarde, al ver el montón de discos y de cómics que él había dejado en mi casa, empecé a echarlo de menos. Y

después, más adelante, una vez que estaba en el quiosco de prensa de Shepherd's Bush mirando unas revistas oí su voz preciosa y suave a mis espaldas y me di cuenta de que seguía enamorada de él.

«Love und Romance» es un pastiche de una canción de amor y de las expectativas y las trampas que implica una relación amorosa. Mick odia esa canción. Cuando la estábamos grabando en Ridge Farm, vino a visitarnos Dick O'Dell, nuestro nuevo representante, y trajo consigo a Bruce Smith, el batería de Pop Group (a los que Dick también representa). Todas congeniamos de inmediato con Bruce. Es simpático y campechano, y cuando le oímos tocar nos quedamos pasmadas. Sabemos que Budgie no se va a quedar con las Slits para siempre y Bruce nos dice que le encantaría tocar con nosotras. Hacemos que Bruce diga entre dientes algunas palabras en el tema de «Love und Romance» como si fuese el novio. Le doy varios besos en los morros antes de que se marche. No sé qué me pasa, los besos me vuelven loca.

Escribí «Typical Girls» (Las chicas típicas) muerta de aburrimiento en casa de mi madre en Highgate, encerrada en mi diminuta habitación. Recuerdo que estaba sentada con las piernas cruzadas sobre mi cama individual (la misma cama de madera azul celeste que tengo desde niña). Cuando me fui de casa de mi madre, mi hermana pequeña se cambió al dormitorio grande, así que cuando regresé tuve que instalarme en el trastero. Esa casa era una nevera, la única habitación calentita era la pequeña cocina, con las paredes y los cristales constantemente empañados. Jamás se encendía la calefacción del salón, así que nunca nos sentábamos allí. Hacía demasiado frío para quedarse en el sofá viendo la tele, por lo tanto no la veíamos jamás. Los alféizares de las ventanas estaban podridos por la humedad y la condensación. Recuerdo que empujé la estufa de butano hasta mi habitación y que ocupaba casi todo el espacio libre. Tuve que amontonar mi ropa en un rincón para que cupiera. Sobre la tapa de la estufa esmaltada en color crema podía verse una gran F, rascada en la pintura por Nic Boatman, mi novio de la adolescencia, que había empezado a escribir la palabra «fuck» (joder). Mi madre lo pilló en plena tarea y montó en cólera. Me puse a mirar por la ventana. No pasaba nada. No había más remedio, tendría que escribir una canción. Hojeé las páginas de mi libro de letras para canciones y fui escogiendo palabras que concordaban con mi estado de ánimo. Me distraje y me puse a mirar unos libros apilados en el alféizar de la ventana, estaban colocados encima de un

trapo de cocina doblado en dos para que no cogieran humedad. Uno de los libros era de sociología y se titulaba *Las chicas típicas*. Aquello desató una serie de ideas que me hizo volver a sentarme sobre la cama y escribir una lista de todas las características que se suponía tendría una chica típica: *se enfada demasiado rápido, no logra controlar sus emociones, le preocupa tener granos en la cara, engordar y también los olores corporales...*

Llevé la canción a los ensayos (grabada en mi cabeza, puesto que no sé escribir música). Me aseguré de repasar la melodía muchísimas veces antes de dormirme para no olvidarla. Aprendí a memorizar la música a base de mucho esfuerzo. ¡Cuántas veces había estado segura de tener la melodía bien clara y grabada en mi memoria y no recordaba absolutamente nada al despertarme a la mañana siguiente!

Ari captó «Typical Girls» de inmediato; entendió que me estaba cachondeando de todas las expectativas y clichés y no quiso cambiar el compás de la guitarra a pesar de que es un poco raro, no es un 4/4. (Cuando Mick escuchó el tema intentó convencerme de que lo pasara a un compás de 4/4, pero no entendí a qué se refería. Yo no sabía nada de tiempos ni de compases, no comprendía que aquello estaba escrito en un compás raro, y así se mantuvo el tiempo para la guitarra. Mick dijo que la canción sería un éxito si modificásemos aquello, pero no le hicimos caso. La canción no fue un éxito.) Mick escribió «Train in Vain»¹³ inspirada en mí. En la época en que salíamos, Mick solía coger el tren desde la casa de su abuela en Royal Oak hasta el piso que yo okupaba en Shepherd's Bush. Si habíamos discutido yo no le abría la puerta, le dejaba plantado en el rellano. En «Train in Vain» él responde a la estrofa de mi canción «Typical Girls» en la que digo «una chica típica apoya a su hombre» (citando la canción de Tammy Wynette) y Mick me contesta: «Tú no me apoyaste.»

«Adventures Close to Home» (Aventuras cerca de casa) era un título genial. Palmolive escribió esa canción antes de abandonar el grupo. Dijo que nos dejaría incluirla en el disco sólo si la cantaba Tessa, que no quería que la interpretase Ari. Tessa dijo que estaba dispuesta a hacerlo, lo cual fue muy valiente por su parte, puesto que ella nunca había cantado. A Ari no le importó, no se lo tomó como algo personal, y dio saltos de alegría ante la idea de poder tocar el bajo en su lugar. De hecho, Ari compuso para ese tema una parte muy buena para el bajo, que zigzaguea a través de la canción como si viviera su propia aventura.

Como portada del disco queremos usar unas fotos que tomamos durante las vacaciones del verano pasado cuando recorrimos Europa con Nora. Incluso pensamos en usar unas en las que aparecemos desnudas en una playa. Telefono a mi madre y le pido que busque entre mis fotos aquellas que hemos decidido utilizar y que me las mande por correo a Ridge Farm. Mamá me llama al día siguiente y me dice que ha ocurrido algo horrible: mientras estaba seleccionando las fotos sobre la mesa de la cocina, les derramó accidentalmente una taza de café encima y se estropearon. Ari y Tessa se ponen furiosas. Están enfadadísimas y yo me muero de vergüenza. No es típico de mi madre echar a perder algo tan importante. Vuelvo a llamarla más tarde y le pregunto si no hay ninguna foto que podamos rescatar del desastre y me contesta que no, que se han estropeado todas. Así que decidimos recurrir a un profesional para que vaya hasta Ridge Farm y nos haga unas fotos para la carátula. Elegimos a Pennie Smith como fotógrafa. Hemos trabajado con Pennie antes y nos sentimos cómodas con ella.

La noche anterior a la sesión fotográfica hablamos de cómo nos gustaría mostrarnos (como animales salvajes, muy guerreras, como criaturas del bosque) y después nos vamos a dormir. Pero yo me quedo levantada un rato más para decolorarme el vello de las piernas con crema Jolen. No quiero parecer un animal de verdad.

A la mañana siguiente montamos un gran jaleo en el jardín adoptando todo tipo de posturas. Nos fotografiamos en cuclillas, agazapadas, a gatas, luchando entre nosotras, maquillándonos la cara como si fuera pintura de guerra. Una de esas fotografías se usó para la portada del single «Typical Girls». Después vamos al bosque que linda con la granja y corremos de un lado a otro, persiguiéndonos y asomándonos por detrás de los árboles (que después sería la contraportada de *Cut*).

Entonces llega un amigo de Dick que acaba de volver de África. Un viejo hippie. No nos importa que se acerque a mirar, es un tipo muy tranquilo. Observa la sesión de fotos mientras nosotras nos pintamos los brazos y las piernas con barro de la rosaleda de la granja y también la cara con maquillaje para simular que somos indias de alguna tribu. Capta cuál es nuestra idea y nos comenta que le recordamos a una tribu que vio en África. Le pedimos que nos aconseje cómo pintarnos y se ofrece a enseñarnos a atar un trapo a modo de taparrabos... ¡Sí! ¡Vamos a cubrirnos el cuerpo de lodo y ponernos unos taparrabos! Ya estamos finalizando la sesión de fotos y llevamos en

Ridge Farm dos semanas, así que nuestra chifladura es bastante considerable. Nos desnudamos en mitad del jardín. No lo hubiésemos hecho si el fotógrafo hubiese sido un hombre, pero con Pennie nos sentimos seguras.

Alguien consigue una sábana vieja y la hace jirones. Hundimos los trozos de tela en el barro. Yo no me pongo demasiado barro en el rostro porque no quiero aparecer fea en la foto. A Tessa y Ari les da igual, no les importa salir bonitas o feas. Ellas se meten más en su papel.

Tenemos que parecer guerreras, nada de gestos sugerentes. Somos conscientes de que la imagen puede malinterpretarse. La foto debe captar la actitud correcta, no debe ser libidinosa.

Cuando terminamos con las fotos nos zambullimos en la piscina para quitarnos el barro. Dennis está en el agua y se asusta al vernos venir, pero no logra salir a tiempo. Sostiene que no es bueno que aparezca en una foto con tres chicas blancas desnudas.

Cuando revisamos los contactos de las fotografías no encontramos ninguna en la que todas salgamos bien, así que cortan una imagen mía de otra toma y la superponen. El diseñador Neville Brody, que luego se haría famoso (por *The Face*) se encarga del diseño gráfico.

Veinte años después mi madre me confesó que había estropeado a propósito las fotos que le había pedido de nuestras vacaciones porque estaba horrorizada de que quisiéramos usar imágenes en las que aparecíamos desnudas para la carátula del disco.

Cut



the slits



55. SIMPLY WHAT'S HAPPENING

1979

Me presentan a Gareth Sager, el guitarrista de Pop Group, en Glastonbury. Tiene el rostro cubierto de pecas, las mejillas coloradas y lozanas y el pelo con el color y la textura pálida del heno inglés. Sus ojos son azul aciano. Cuando lo miro pienso en campos de amapolas y en cielos azules. Gareth es diametralmente opuesto a los tipos introvertidos, de piel pálida y cabello oscuro que he conocido hasta ahora. Correteamos por el lodo, se ríe sin parar y dice cosas surrealistas. Tiene una mente rapidísima y desborda entusiasmo y curiosidad por la música. Me parece un ser extraordinario. Lo deseo. Creo que a él le gusta Ari, ambos se llevan muy bien. Yo soy un poco más mayor y equilibrada que ellos. Quizá Gareth sea demasiado inteligente o demasiado salvaje para mí.

Gareth vive en Bristol, así que cuando regreso a Londres empiezo a ir todos los días a la oficina de Dick O'Dell (nuestro representante y también el de Pop Group) con la esperanza de que Gareth llame mientras estoy allí y así poder charlar aunque sea un minuto con él. Gareth se encarga en Pop Group de lo mismo que yo en las Slits, es decir: de toda la organización. Tiene gracia, pero siempre que estoy en la oficina Gareth telefonea. ¿Sería demasiado pedir que también él deseara hablar conmigo? Después de charlar con Dick siempre pregunta si hay alguien más en la oficina.

–Viv está aquí, ¿quieres hablar con ella? –le dice Dick.

–Sí –contesta Gareth.

Un día me dice que va a venir a Londres y quedamos en encontrarnos. Le digo que si quiere puede quedarse en el apartamento de Tessa y mío en Victoria. No pasa mucho tiempo antes de que Gareth y yo nos enrollemos. La primera vez que tiene que despedirse de mí para regresar a Bristol no parece muy afectado. Me molesta esa inexpresividad afectiva, pero cuando ya se ha marchado voy al cuarto de baño y veo que ha escrito con mi barra de labios sobre el espejo: «No sé decir adiós.» Me parece precioso.

Gareth es fanático del free jazz y gracias a él conozco la música de Ornette

Coleman, Dollar Brand, Charles Mingus, Miles Davis y Don Cherry. Aunque es un músico entusiasta y muy competente, Gareth opina que la afinación y el ritmo representan restricciones arbitrarias, que la pasión y las ideas son mucho más importantes. Su enfoque me devuelve el entusiasmo por la música.

Últimamente parece no quedar espacio para la experimentación, para probar qué sucede si tocamos más rápido o más despacio, para perder o cambiar el ritmo o cantar desafinados. Todo el mundo está desesperado por convertirse en buenos músicos, justo lo contrario a lo que nos llevó a formar un grupo. A mí me resulta difícil mantener el compás, pero ¿qué ser humano es capaz de seguir sin tregua la despiadada precisión de un metrónomo? A mí me parece antinatural.

No comprendo por qué una precisa medición del tiempo constituye un atributo tanpreciado en la música occidental. En África la percusión no mantiene siempre el mismo ritmo durante la interpretación de una misma pieza, sino que se acelera o se hace más lenta según el ánimo, y lo mismo sucede con la música india. Es como si te dijeran que mantengas siempre el mismo ritmo cuando haces el amor.

Las Slits se marchan a Europa (Bruselas, Alemania y Ámsterdam) para dar algunos conciertos y tocar en un par de programas de televisión. En un festival bávaro de rock and roll en Múnich conozco a un músico dedicado a la improvisación que se llama Steve Beresford y toca con el grupo experimental Flying Lizards (tuvieron un gran éxito en 1979 con una versión de «Money» de los Beatles). Lo que me impresiona de Steve no es sólo que sepa tocar un gran número de instrumentos (piano, bajo, trompeta, bombardino) o que tenga una maleta llena de instrumentos de juguete de brillantes colores, que también toca y cuida con esmero, sino que, al igual que Gareth, no se las da de entendido en música. Steve es un intérprete consumado de formación clásica. Salimos juntos en Alemania y hablamos de los programas televisivos, de la música pop y de los personajes de dibujos animados. Steve es todo un descubrimiento para mí.



Steve Beresford

Cuando regresamos a Londres voy al ICA, en el West End, a oírle tocar con un grupo llamado Company, en el que los músicos se alternan en la interpretación, y en otra ocasión le oigo con el Colectivo de Músicos en Camden. También voy a ver a otros grandes intérpretes de la improvisación como Derek Bailey, Evan Parker, Misha Mengelberg, Lol Coxhill, Fred Frith, Han Bennink y John Zorn.

Estoy entusiasmadísima con su forma de tocar. Es obvio que todos son increíbles desde un punto de vista técnico, pero su música no se basa en formas, estructuras, escalas ni composiciones aprendidas. Lo que hacen es entregarse a ese instante de creación musical, responder a los demás intérpretes que están presentes, al ambiente en el que se encuentran; toda su concentración está puesta en el momento que están viviendo. Es una música muy exigente y rigurosa, pero al mismo tiempo es lúdica y ligera. Su actitud me resulta liberadora y me pregunto si yo también podría hacer lo mismo. Lo intento con mi nueva compañera de piso, Trace Newton-Ingham, y con mi vecino, Tom Bailey, de los Thompson Twins (que era un gran grupo de música experimental antes de alcanzar el éxito). Logramos algunas interpretaciones bastante delirantes en el estudio de Tom. Nada que pueda proponerle a las Slits por el momento, pero es un nuevo camino musical y me sirve para reforzar la confianza en mí misma.

Conocer a Steve Beresford me ayuda a construir internamente un marco propio que me sirva para situarme musicalmente, un contexto que valide mi falta de aptitudes. Steve es muy abierto, nada dado a emitir juicios de valor y extremadamente inteligente, por eso confío en sus opiniones y las respeto. Para mí es un placer escucharle hablar de jazz y de la improvisación en la

música. «Cantar afinado está sobrevalorado», afirma Steve. También me cuenta una anécdota sobre el gran saxofonista de free-jazz Ornette Coleman. «Ornette Coleman siempre tocaba un semitono más alto que los demás», dice Steve. «En una ocasión un productor le pidió que tocara un semitono más bajo, Coleman lo intentó, pero luego declaró: “Con esta música ya no soy yo.”» Ahora se abren ante mí nuevas posibilidades a pesar de mis limitaciones. Aunque se supone que lo que acabo de escribir constituye una de las principales doctrinas del punk, actualmente todos los grupos quieren músicos que toquen a un altísimo nivel y convertirse en dioses del rock. Todos menos nosotras, los Raincoats y algún que otro grupo aquí y allá. Dado que Gareth y Steve son muy talentosos y competentes, Ari siente gran respeto por ellos y poco a poco logro imbuir en las Slits algunos principios sobre la libre improvisación y la experimentación. La escena punk considera anticuada a la música funk, jazz y disco, por eso me parece realmente radical que los Pop Group interpreten esos ritmos. Bristol cuenta con un panorama musical muy progresista. Además, todos los integrantes de Pop Group son grandes bailarines, vamos con ellos al Dug Out (un club nocturno de Bristol) y bailan como locos toda la noche. Nunca he visto a chicos blancos bailar de esa forma (yo estoy acostumbrada a verlos dando violentos cabezazos en el aire al ritmo del heavy rock o lanzándose para chocar unos contra otros durante los conciertos de los Sex Pistols; muy pocos son capaces de bailar reggae). Pero aquellos chicos de Bristol sí que sabían moverse.

Cuando organizamos la primera gira que las Slits encabezábamos, la influencia de Pop Group y de Steve Beresford en nuestros gustos musicales nos lleva a mezclar diferentes géneros en el programa para así presentar a nuestros fans la música que nos gusta. Uno de los discos que nos encanta es *Brown Rice* del trompetista Don Cherry, con sus ritmos africanos y árabes. El tema que da nombre al disco es largo y lleno de digresiones, pero cargado de energía, dinamismo y tensión. La música de «Brown Rice» es hipnótica y escucharla es como caer en trance. La letra combina canciones infantiles con cánticos susurrados que parecen maleficios vudús. Es flipante, sin caer en lo hippie.



Folleto de los encuentros de improvisación del grupo Company a los que asistí

Invitamos a Don Cherry a nuestra gira *Simply What's Happening* y acepta venir. También traemos en avión desde Jamaica al cantante de reggae y «toaster» Prince Hammer y su grupo (en la organización de esta gira nos pulimos casi todo el adelanto que nos pagaron). Decidimos rotar todas las noches el orden de actuación.

El primer día de la gira, para alegría mía, me toca sentarme en una mesa del autobús junto con Don Cherry y un par de músicos de su grupo. Para mí es un privilegio y estoy superentusiasmada. Nos ponemos a charlar en un ambiente amistoso y relajado. Intento contenerme y no ponerme nerviosa por estar hablando con un músico norteamericano tan genial y con tanto talento. No recuerdo cómo, pero empezamos a hablar de los yonquis. «Yo odio a los yonquis», digo. Se hace un gran silencio. No sé qué ha pasado. Los miro y ellos me devuelven la mirada imperturbables, nadie habla, nadie sonríe. Algo va mal. Empiezo a sentirme muy sola en aquella mesa, los tres tipos parecen hacerse más grandes y cernirse sobre mí a medida que yo empequeñezco más y más. Entonces, Don Cherry me mira a los ojos y, con voz pausada y un tono frío y comedido, me dice: «Yo odio el odio.» Es un desprecio total. Sé que es el título de una canción de Razy («I Hate Hate»), el DJ solía ponerla

en el Dingwalls) y me encanta; pero me siento una idiota y he quedado como tal al decir que hay cosas que odio. Les pareceré una cateta intolerante y con prejuicios.

Se me hace un nudo en el estómago que ya no se me quitará durante el resto de la gira por culpa del ambiente enrarecido que se ha creado entre Don y yo. Me siento una intrusa dentro de mi propia gira. No veo el momento de que termine. No puedo mirar a Don a los ojos ni tampoco él me mira a mí. La interpretación de Don a la trompeta es increíble, pero su grupo es decepcionante. Debió de pensar que, como iba a tocar con gente joven, lo mejor sería llevar músicos de rock. Trajo consigo al grupo que suele tocar con Lou Reed. Don no interpreta la música pura y embriagadora que esperábamos sino más bien una especie de rock hipertecno.

Ari se hace muy amiga de Neneh Cherry, que es la hijastra de Don. Lleva el pelo teñido de un rojo brillante y, aunque es apenas una quinceañera, tiene un aire adulto y prudente, casi maternal, y al mismo tiempo parece una chica desinhibida y genial. Nunca había visto a nadie con esa mezcla maternal, desinhibida y genial.



Cartel de anuncio de nuestra gira. 1979

No consideré la idea de la maternidad como algo bonito ni tener un bebé como una elección aceptable en la vida hasta que vi a Neneh Cherry actuar embarazada en Top of the Pops en 1988. Nunca una chica había exhibido su embarazo en la tele, en una actuación en público, en una revista ni en un club, como lo hizo Neneh aquella noche. Estaba preciosa, pero no por ese brillo especial típico de las futuras mamás, sino porque se notaba que era una mujer de carácter, fresca y descarada, sexy, potente y, además, una gran bailarina.

Tengo la suerte de que mi amigo Paul Rutherford y sus compinches vienen a varias actuaciones de la gira, así que me voy a charlar con ellos. En Plymouth nos quedamos todos en una casa de huéspedes. Durante la noche cuelo a Paul y a sus dos amigos para que duerman en mi habitación. Voy al cuarto de baño que queda al otro lado del pasillo; la casa es muy de clase media y claustrofóbica, moqueta estampada, el papel de las paredes color crema con dibujos en relieve y flores de plástico en un jarrón sobre un velador de tres patas. Cuando cruzo el descansillo de la escalera me sobresalto al toparme de bruces con un chico que está allí muy quieto, de pie en la oscuridad. Tiene unos diez años, el pelo oscuro y corto y lleva un uniforme de colegio azul marino. Sostiene algo entre las manos. Bajo la mirada. Veo que aprieta con ambas manos su pene enorme y erecto. Es una escena rarísima y aún más chocante porque tiene un pene gigantesco, desproporcionado para aquel cuerpo preadolescente. Aunque siento pánico intento aparentar normalidad y digo: «Muy bonito», después me vuelvo y me dirijo con paso seguro a mi habitación. Le cuento a Paul y a los demás lo que acabo de ver. Están aterrorizados, sobre todo los chicos. Nos preguntamos en qué estado mental debe de encontrarse ese niño para hacer una cosa así; pensamos que probablemente su madre aloja a un montón de marineros y que quizá algunos se hayan sobrepasado con él y lo hayan pervertido. Vemos un papel que alguien desliza por debajo de la puerta. Paul grita. En la página arrancada de un cuaderno de colegio ha escrito con letra infantil: *Tú también me pareces a mí muy bonita, por favor, sal.* Después de aquello nos entra tal miedo que no nos atrevemos a salir de la habitación. Podríamos toparnos con el niño, quizá se quede allí toda la noche. Cerramos la puerta con llave y hacemos pis en el pequeño lavabo que hay en un rincón de la habitación. A la mañana siguiente no le vemos por ningún lado. No tenemos agallas para

contarle lo ocurrido a su madre mientras nos sirve huevos revueltos y tostadas, aunque estamos convencidos de que ella debe de estar enterada.

Dos meses después de acabar la gira Tessa me dijo que Don Cherry era adicto a la heroína.

56. SPACE IS THE PLACE

1979

Escuchamos «Space is the Place» de Sun Ra siempre que vamos de gira por Europa. Sobre todo funciona de maravilla en Suiza; lo ponemos cuando llegamos al túnel de San Gotardo. Bruce Smith, nuestro batería, lleva sobre las rodillas su radiocasete y las demás nos apiñamos a su alrededor gritando: «Todavía no; no lo pongas todavía.» Nada más entrar en la penumbra fresca del túnel, gritamos al unísono: «¡Ahora!» Bruce le da al play y cada uno se hunde en su asiento y se entrega por completo a la música, sumido en un espacio mental propio y diferente al de los demás. La pieza dura exactamente lo mismo que el trayecto a través del túnel, veinte minutos. La melodía crece y oscila, es hechizante y revitalizadora. Si calculamos bien el tiempo, la canción termina justo cuando emergemos del túnel y nos baña la luz del día. Es orgásmico.

Nos encanta Sun Ra, es una gran fuente de inspiración para nosotras, su música nos resulta muy cercana por su forma de mezclar canciones infantiles con ritmos repetitivos y superpuestos. Cuando estamos en Nueva York siempre vamos a oírle tocar. Pensamos que si alguien tan extraordinario como él puede usar canciones infantiles, entonces nosotras también podríamos. Necesitamos sentirnos valoradas; en Inglaterra no se nos toma muy serio, sobre todo dentro de la industria discográfica. Pero Sun Ra es alguien a quien respetamos, que hace lo que nosotras queremos hacer sin que nadie le tilde de tonto ni de negado para la música. Las canciones infantiles conforman la historia musical de un montón de chicas. Los cánticos religiosos, las canciones populares y las canciones infantiles se transmiten a través de madres, tías, hermanas mayores y amigas. Yo quiero integrar esas canciones en las nuestras, son parte de mi educación musical y pienso usarlas. Me da igual que otras personas las consideren nimias e insignificantes. Ésa es la forma en que podremos forjarnos una identidad propia (empezando de cero, sin reglas ni modelos a seguir). Por supuesto que habrá gente que se burle de nosotras porque nunca han escuchado la música

de esa manera, interpretada por un grupo de chicas desaliñadas y alocadas. Lo nuevo suele resultar chocante o amenazador y asimilarlo requiere cierto tiempo. Tenemos que coger fragmentos, ideas e inspiración allí donde se encuentren (en una conversación que oímos en un autobús; en el entorno de Rotten, que procede de un barrio humilde de viviendas de protección oficial; en la audacia de Vivienne Westwood; en la fuerza que adquieren las canciones infantiles que Sun Ra y Don Cherry introducen en sus composiciones...) y coserlos unos a otros como una colcha de retales para crear el sonido de las Slits.

En nuestra actuación en vivo incorporamos toda una sección de canciones infantiles a capela, usando la cancioncilla de Sun Ra: «Déjate de chorradas, Jack, guárdalas en el bolsillo que después vuelvo, al espacio me voy y no me entretengo, ni para darte la mano el tiempo tengo» (que es una adaptación de una canción de Slim Gaillard). Nosotras añadimos la canción infantil que Don le cantaba a Neneh Cherry cuando era niña: «Ah, oh, ah, oh, ¿quién robó las galletas del tarro-o-o?» Y otras dos más del patio de mi colegio: «Leche, leche, limonada, a la vuelta de la esquina hay chocolatada» y «Rodillas sucias, chinas, japonesas, ¿cuáles son ésas?» (señalando el pecho).

Tocamos dos veces en Estados Unidos. Primero, tres noches de teloneras con los Clash en la sala del Bond's Casino de Nueva York. A ellos los habían contratado para actuar dos semanas. Mick fue muy simpático al invitarnos, ahora sale con una cantante norteamericana muy guapa que se llama Ellen Foley, así que la situación puede llegar a ser un tanto incómoda, pero Mick es fiel a sus amigos. Volamos en la aerolínea de Freddie Laker. Nos cuesta cincuenta libras cada trayecto. Incluso esperar en la cola de los taxis en la puerta del aeropuerto resulta excitante. Llega nuestro taxi amarillo, nos apretujamos dentro y partimos rumbo al hotel Iroquois en Manhattan. Pasamos por debajo de un puente con un grafiti que dice: *Wheels over Indian Trails* (Los coches aplastan los senderos indios). Levantamos la mirada hacia el grafiti y, mientras asentimos solemnemente ante el mensaje, el capó de nuestro taxi se abre de golpe impidiéndole al conductor ver la autopista. Llevamos unos minutos en Nueva York y ya estamos muertos. El taxista se dirige a ciegas hacia donde cree que está el arcén mientras los coches que nos rodean nos atruenan con sus bocinas. Estamos demasiado aterradas para gritar, se nos han agudizado los sentidos y lo vemos todo a cámara lenta. Miro al frente intentando desarrollar poderes sobrehumanos y ver a través del

capó. Logramos aparcar al borde de la calzada sin chocar con nadie. El conductor sale del taxi, baja el capó, lo ata con una cuerda y vuelve a arrancar sin decir ni una palabra.



Concierto en Ally Pally, 1980. Una de las raras apariciones de mi Rickenbacker. Cuerpo pintado, vestido de arlequín comprado en Angels (tienda de vestuario de teatro que liquidó sus existencias). Zapatillas de deporte Spalding. Bragas rosas de lúrex de un sex shop de Berlín

Steve Beresford, que ahora toca con las Slits, no puede acompañarnos a las actuaciones en el Bond's Casino porque tiene un concierto en Ámsterdam. Pero Dick nos ha encontrado un sustituto brillante: Raymond Jones, que toca el teclado con Chic. Ari está intimidada ante Raymond, algo rarísimo en ella. Está inquieta y preocupada de que no logremos tocar todo lo bien que debiéramos frente a él. El público y los Clash no le quitan el sueño. Durante

todo el día previo a nuestra primera actuación en el Bond's Casino, Ari se niega a hablar y sólo se comunica a través de papelitos escritos para preservar la voz. De vez en cuando suelta algún que otro trino para probar la garganta. Cuando se acerca la hora del concierto Ari empieza a decir que no cree que pueda cantar esa noche, que no tiene bien las cuerdas vocales. Ninguna le prestamos atención, suele hacer lo mismo antes de cada concierto, siempre nos chantajea con el asunto de su voz. No sé si es producto de los nervios o una manía para hacer acopio de fuerzas. Esa noche la mimamos y le decimos que no es necesario que cante durante la prueba de sonido, después ya veremos cómo se encuentra cuando falte poco para el concierto. No estoy preocupada, es imposible que no cante esta noche estando Raymond en el grupo.

Faltan apenas unos minutos para salir al escenario y Ari sigue diciendo que no está segura de poder cantar. Este concierto es uno de los más importantes que hemos tenido, el primero en Estados Unidos ante un público de miles de personas. Ari nos tiene en vilo hasta el último minuto. Al final no canta. Decidimos desafiarla y salimos al escenario sin ella. Raymond también se apunta: «¡Venga, hagámoslo!» Y también Tessa. Ari no puede creerlo. Pensaba que no saldríamos sin ella. Pero lo hicimos y únicamente tocamos la parte instrumental y cantamos los coros. Sólo dios sabe lo que pensaría el público, pero parecía integrado en la música, bailando y sonriendo. A mitad de nuestra actuación Ari salta a escena y se pone a bailar *skank*. Creo que no puede soportar que estemos en el escenario sin ella. Siento que hemos defraudado a los Clash, al público y a nosotros mismos. Las dos noches siguientes transcurren sin problemas y Ari no vuelve a mencionar su voz. En el Bond's tenemos de teloneros a dos grupos realmente geniales. La primera noche actúan los Golden Palominos con Shelley Hirsch y John Zorn, y las otras dos noches un grupo de tres chicas que se llama ESG (Emerald, Sapphire and Gold). El portero que controla el acceso al local es Howie Montaug, un judío gay neoyorquino que escribe poesía. Es *justo* el tipo que deben poner en la puerta para no dejar entrar a la gente, así es como funcionan las cosas en Nueva York.

Durante la segunda visita a los Estados Unidos Ari ya no usa el estado de su voz como arma arrojadiza, pero sigue montando el caos allá adonde vamos. En todas las ciudades que visitamos se mete en la cocina de los restaurantes o cafeterías e intenta hablar con los emigrantes que trabajan allí.

Todos la miran con recelo. Probablemente ninguno tenga permiso de residencia y Ari debe de parecerles una extraterrestre, con sus rastas enrolladas encima de la cabeza y varias faldas superpuestas sobre un par de vestidos. Ari se pone a bailar en medio de la cocina y a gritar que les están explotando, que no deben permitir que les traten como esclavos.



Ari y yo incordiando a un chico que trabajaba en la cocina de un restaurante de Los Angeles, 1981. Sombrero vintage de paja y sarong (mercadillo de Brixton)

Cuando llegamos a Filadelfia decidimos visitar a Sun Ra para homenajearle por su magnífica música. No sabemos dónde vive, así que hacemos lo que haríamos en Inglaterra y buscamos su nombre en la guía telefónica. Las guías telefónicas están dentro de las cabinas públicas, igual que en Inglaterra. Buscamos por Sun, pero no encontramos nada, nos sentimos un poco estúpidas, pero por si acaso lo buscamos por Ra y ahí está: Ra, Sun seguido de su número de teléfono y dirección. Alguien sugiere que lo llamemos para comprobar si está en casa (no para preguntarle si desea recibirnos), pero otro grita: «¡No, no! ¡Son cosas del destino, claro que estará!» Todas estamos de acuerdo en arriesgarnos y presentarnos sin más, así que volvemos a apretujarnos en la furgoneta (Ari, Tessa, Bruce, Steve

Beresford, Christine Robertson, que es nuestra correpresentante junto con Dick O'Dell, y Dave Lewis, que más tarde tocaría la guitarra en nuestro grupo) y atravesamos Filadelfia, pasamos por delante de un montón de casas de madera desvencijadas a las que se accede por una escalinata, deteniéndonos a preguntar por la dirección cada vez que nos perdemos. Es Halloween, pero nosotras vamos vestidas con nuestra ropa de siempre. Aun así, cuando paramos a preguntarle a alguien, la gente mira hacia la parte de atrás de la furgoneta por encima de Christine, que es quien conduce, y nos pregunta de qué vamos disfrazadas. Llegamos a la pequeña casa adosada de Sun Ra, es muy modesta y corriente, con una verja delante, un pequeño sendero de entrada y una puerta sencilla. Para nada lo que yo había imaginado. Pensé que, por lo menos, un planeta de escayola coronaría el pilar de la verja o algo por el estilo. Llamamos a la puerta y aguardamos, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro como niños esperando a que les abran en una fiesta de cumpleaños (Christine y Dave se quedan en la furgoneta para que Sun Ra no se agobie al ver a tanta gente). Nadie contesta. Volvemos a llamar. Se abre la puerta de la casa de al lado:

–¿Estáis buscando al señor Ra?

–¡Sí! –contestamos a coro.

–Está de gira ahora mismo. –Nos echa una rápida mirada de pies a cabeza y cierra la puerta de inmediato.

De todas formas pudimos ver la casa de Sun Ra y la calle donde vive Sun Ra y hemos hablado con la vecina de Sun Ra. Algo es algo.

Cuando llegamos a Ann Arbor estamos agotados, pero tenemos que ir directamente a los estudios de radio WORT para una entrevista. Ari está de un humor de perros, es muy joven y tanto viaje se le hace cuesta arriba. Cuando nos estamos sentando delante de los micrófonos le digo a Ari:

–La única forma de afrontar todo esto es con humor.

Cada vez que el entrevistador nos pregunta algo, hacemos el tonto, tamborileamos con los dedos sobre la mesa y respondemos a gritos. Por suerte, el DJ se suma a la fiesta. A continuación organizan un concurso en el que el ganador obtiene entradas para nuestro concierto de esa noche. El DJ nos pide que preguntemos algo a los oyentes.

–Los oyentes deben acertar los colores de las manchas que tienen las bragas de las chicas durante su ciclo menstrual –digo yo.

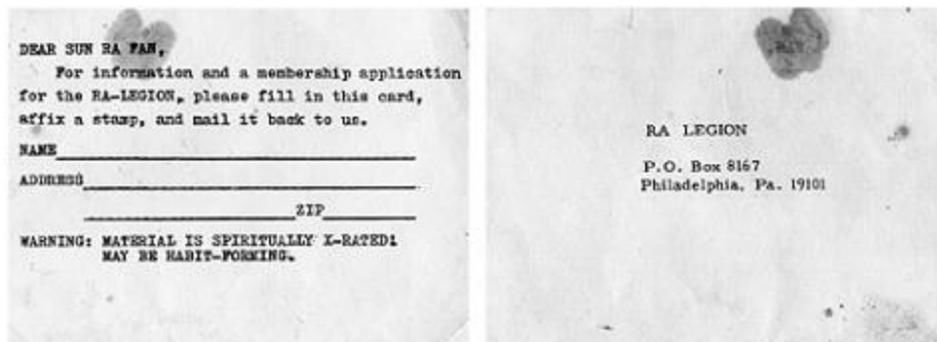
Ari y yo hemos pensado en componer una canción sobre el tema: «Girls

and Their Willies» (Las chicas y sus rollos). Nos parece que podría salir bastante bonita. Las luces de la centralita se encienden, los oyentes nos dedican todo tipo de insultos a los que respondemos con una risa histérica. Por fin, llama una chica y dice:

–Blanco, rosa, rojo, rojo oscuro, rosa, blanco.

–¡Sí! ¡Es la ganadora!

En el aeropuerto de Los Ángeles nos recoge un hombretón corpulento que es el representante de un músico de reggae con quien vamos a tocar. De camino al hotel nos cuenta que es un veterano de la guerra de Vietnam y que ha visto cosas horribles. Le tocó ir con una avanzadilla de soldados que arrasaban y quemaban las aldeas y asesinaban a sus habitantes. Dice que ahora es un hombre nuevo, que ha descubierto el reggae y que quiere hacer el bien promocionando a artistas jamaicanos. Cuando ríe, la cara se le contrae y parece convertirse en una máscara mortuoria retorcida y espantosa, atormentada por el dolor. Toda su ropa –pantalones, camisa, calzoncillos (que le asoman por encima de la cinturilla)–, incluso el billetero, lleva un estampado de camuflaje. Este tipo se ocupará de nosotros durante nuestra estancia en Los Ángeles. Le decimos que queremos ir al desierto, al Valle de la Muerte, y él nos lleva; afirma que sabe cómo acampar en el desierto. Le creemos. Allá vamos. El fotógrafo Anton Corbijn nos acompaña la mitad del trayecto y nos saca algunas fotos en las que parece que estamos en una película de Diane Arbus (yo llevo el pelo atado con calcetines y me protejo del sol con una sombrillita para niños). Las fotos son para la portada de Navidad de la revista *NME*. Llegamos al Valle de la Muerte. No puedo creer que los norteamericanos vayan allí a pasar sus vacaciones. Es árido e inhóspito. El veterano de Vietnam dice que lleva cierto tiempo apreciar la belleza del lugar.



Mi antigua solicitud para entrar en el club de fans de Sun Ra

Montamos el campamento y yo me alejo a hacer pis detrás de un cactus. Levanto la cabeza y veo al veterano a un par de metros de distancia, observándome fijamente mientras meo. No aparta la mirada de mí ni un segundo, allá adonde vaya no me quita los ojos de encima. No puedo dormir. Permanezco tumbada dentro del saco, sobre la tierra dura, alerta ante cualquier ruido que anuncie un movimiento, no por miedo a los animales salvajes, sino a aquel lunático. Doy gracias a dios cuando sale el sol y se acaba la noche; en el desierto hace un frío horrible por la noche y un calor insoportable durante el día. Partimos de regreso a nuestro hotel. Recorrer en coche aquella planicie interminable es agobiante, una simple llanura blanca que parece hecha de sal y que se extiende delante de nosotros hasta donde alcanza la vista. Descubro que soy un poco agorafóbica. Me resulta insoportable mirar por la ventanilla, me dan ataques de ansiedad ver toda esa nada. Tengo que bajar los ojos hacia mi regazo todo el tiempo. Nos envolvemos en prendas de ropa oscuras y nos cubrimos la cabeza con pañuelos a modo de turbante. Parece la única manera de protegernos del implacable calor.

Usamos las fotos de ese viaje como base para la carátula de nuestro segundo álbum: Return of the Giant Slits. Neville Brody volvió a ocuparse del diseño gráfico.

Nuestro hotel de Los Ángeles se llama Tropicana y está en Santa Monica Boulevard, situado en la Ruta 66. Jim Morrison, Rickie Lee Jones, los Birds, Janis Joplin y Tom Waits se han alojado allí. Puedes sentir que esas paredes rezuman historia. Es el lugar más delicioso y exótico que he conocido en el extranjero. Es como un edificio salido del cine negro o de una novela de Raymond Chandler. Tiene un cartel que se recorta muy alto sobre el cielo con el nombre, Tropicana Motel, con caracteres imitando letras de bambú estilo tahitiano. Debajo del hotel, como embutido en la planta baja, hay un café de aspecto común y corriente que se llama Duke's Coffee Shop. Ari dice que se va al café directamente porque está muerta de hambre y que nos espera allí. Al cabo de un rato regresa a todo correr, sobreexcitada porque ha estado sentada durante media hora con el cantante de Rose Royce hablando de música. Pronto nos enteramos de que ese lugar, el Duke's, es el bar más famoso de Los Ángeles, que a diario está a rebosar de gente y que allí

siempre te encuentras a personas interesantes. Para mí lo más impresionante del Duke's es el desayuno. Sirven crepes, beicon, sirope de arce y crema que viene en una lata, requesón, tres clases diferentes de melón, frutas exóticas, como mangos y kiwis, cosas que yo sólo había visto en fotos, todo apilado encima de una tostada. Allí jamás miras el plato insatisfecha; en nuestro país comer es como una penitencia, pero en Estados Unidos es una diversión.

Nuestro primer concierto en Los Ángeles es en el Whisky a Go Go. Salimos al escenario como si fuésemos las Stepford Wives, porque acabamos de ver la película en el hotel (*Las mujeres perfectas*) y nos parece que describe Los Ángeles a la perfección: una fachada tranquila bajo la que fluyen unas corrientes subterráneas siniestras. Yo misma me sorprendo de lo mucho que me gusta. Mientras estamos aquí intentamos contactar con un amigo nuestro que se llama Ivi, un jamaicano dulce y amable que Don Letts nos presentó en Londres, pero cuando telefoneamos a su apartamento nos dicen que ha muerto de un tiro en una pelea por drogas. Le dedicamos el concierto de *Return of the Giant Slits*.



Con Ivi en Regent's Park

57. EL RETORNO DE LAS SLITS GIGANTES

1981

Cuanto mayor es el éxito, más se roza el fracaso.

ROBERT BRESSON,
Notas sobre el cinematógrafo

En el mundo punk hay dos tipos de gente. Por un lado están los psicópatas, extremistas nihilistas y arribistas, que tienen mucha seguridad en sí mismos porque no sienten miedo alguno, carecen de empatía y les da igual lo que los demás piensen de ellos. Por otro lado están los que se han acercado a ese mundo atraídos por sus ideas. Espero que éstos perduren más que los del primer grupo, que son como los colaboracionistas durante la Segunda Guerra Mundial, a quienes lo único que les interesaba era estar del lado ganador. Esta faceta mercenaria de la gente es nueva para mí. Cuando era adolescente no la veía, pero ahora que tengo veinte y muchos me doy cuenta de más cosas. O quizá sea una actitud que empezó a aparecer después de que Margaret Thatcher fuese nombrada primera ministra en 1979.

Un periodista de la revista *Melody Maker* me hace una entrevista en solitario. Cuando vamos ya por la mitad, me pregunta mi opinión sobre Island Records.

–Creo que son geniales, que es una discográfica que nos entiende de verdad –contesto.

–Pues acaban de echaros del sello –me responde.

Me cuenta que telefoneó a Island Records para añadir algún comentario de ellos a nuestra entrevista y que habló con Jumbo, del departamento de contratación, quien le dijo que éramos una basura y que ya se habían deshecho de nosotras. Así fue como me enteré, me lo dijo un periodista mientras escudriñaba mi rostro para ver mi reacción y poder escribir sobre ello. La noticia es demoledora, pero mantengo la compostura, a estas alturas

ya he aprendido algunos trucos. Así es como te trata la industria de la música, no existe educación, amabilidad ni sentido ético, ni siquiera en un sello supuestamente independiente, una discográfica «indie».

No logramos averiguar por qué nos han borrado de Island Records. Hicimos un gran álbum, nos encanta el sello discográfico, nos llevamos bien con Chris Blackwell. No tiene sentido. Cuando se lo digo a Ari y a Tessa también ellas están sorprendidas y molestas, pero después de un par de días nos recuperamos y empezamos a hacer planes para encontrar otra compañía y grabar otro disco.

Contamos con energía fresca, pues Neneh Cherry se ha unido al grupo como corista y bailarina (creo que ahora se denomina *vibe master*) y se va a quedar dos años con nosotros. Realmente es una maravilla tenerla cerca, es una persona cariñosa, simpática, tranquila y entusiasta. Su actitud es de gran ayuda para poder recuperarnos emocionalmente después del golpe de Island Records.

Hemos oído que CBS está interesada en nosotros y pedimos una cita con un tipo que se llama Howard Thompson. Cuando se presenta en la cafetería de Covent Garden donde hemos quedado, me quedo mirándole. Tiene el pelo rubio muy claro, casi blanco, las mejillas sonrosadas y los ojos azules, sólo puede ser él: Howard Thompson, del colegio al que iba de pequeña. Es extraordinario que ambos fuésemos compañeros en aquella diminuta escuela de pacotilla en Muswell Hill y de inmediato se crea un vínculo entre nosotros. Es un hombre encantador, así que firmamos con CBS. No es un gran acuerdo, pero el punk ya está un poco pasado, por lo menos para las grandes industrias discográficas. Nosotras tenemos casi hecho nuestro siguiente álbum: *Return of the Giant Slits*.¹⁴ Hemos ido grabando trozos aquí y allá, en diferentes estudios. Es más experimental que *Cut* e incorpora un mayor número de influencias musicales. Creo que en algunos aspectos es un disco mejor.

Se produce un fallo en la parte gráfica e imprimen la carátula del disco con el título de *Giant Return of the Slits* (El retorno gigante de las Slits). Tengo que luchar para que vuelvan a hacerlo de forma correcta e intento explicarles que es realmente importante que quede claro que son las Slits las que son gigantes (ya sea el grupo o las *slits*, como rajadas o vaginas) y no nuestro retorno. El título está inspirado en las películas y cómics de ciencia ficción, al estilo de *El ataque de la mujer de 50 pies*.

Aunque nos encanta nuestro nuevo disco, fue agotador hacerlo sin ningún tipo de ayuda y las cosas comienzan a desintegrarse dentro del grupo. El ambiente musical ha cambiado en Inglaterra, es más ambicioso y competitivo, los grupos acuden a las reuniones con las discográficas vestidos de traje, con un maletín en la mano, y discuten acuerdos comerciales. No es un ambiente en el que las Slits encajen de ningún modo. La sinceridad y la franqueza son agua pasada. Cuando nos dirigimos a uno de nuestros últimos conciertos, sentadas en la parte trasera de la furgoneta, Ari nos dice que está embarazada. Mientras habla se tira de las cejas con aire distraído y va arrancándoselas una a una. Cuando llegamos a Bristol, no le quedan cejas.

Dimos nuestro último concierto en el Hammersmith Odeon en diciembre de 1981. Fue una gran actuación, con Neneh Cherry y Steve Beresford en el grupo; estábamos realmente «finos», por si a alguien le interesa. La gira de los Estados Unidos nos había pulido de verdad. Una de las actuaciones previas de esa noche corrió a cargo de la compañía de danza contemporánea London Contemporary Dance Theatre. Yo amaba la danza moderna y preferí cederles el espacio a ellos en lugar de a un grupo telonero.



Foto conmemorativa de las Slits, 1982. De izquierda a derecha: Tessa, yo, Ari, Bruce Smith, Neneh Cherry

58. SOBREDOSIS

1981

Médico, cúrate a ti mismo.

Lucas 4, 23

–¡Despierta, Tessa!

Venga, joder. Me cuesta creer que alguien pueda dormir tanto. Es mediodía y sigue tirada en el sofá totalmente vestida. Estoy tan furiosa que voy a poner un disco con el volumen a tope y a bailar por todo el salón para fastidiarle el sueño. Mi maldad me llena de euforia y ya preveo el enfrentamiento que tendremos cuando se despierte. Me pongo a dar saltos por toda la habitación al ritmo de «Dancing in Your Head» de Ornette Coleman, un tema deliciosamente fastidioso. Miro a Tessa constantemente para ver si se despierta, pero ni siquiera se mueve. Subo el volumen. Nada. Al final me aburro, me acerco a ella y la observo. Está muy pálida, extremadamente blanca, incluso para lo que ella es.

–¡Tessa!

La agarro del hombro y la zarandeo. Es como sacudir una muñeca de trapo. Miro la mesita junto al sofá, hay un frasco de pastillas vacío y un trocito de papel escrito con la elegante letra de Tessa:

Lo siento, hay gente que no tiene la valentía suficiente...

Una sensación me recorre el cuerpo, pero no sé qué es y no le hago caso. ¿A qué se refiere Tessa? ¿Es la letra de una canción? De pronto caigo en la cuenta: se ha tomado una sobredosis. Debo actuar como una adulta. Debo mantener la calma. Esto es importante. Recuerdo que con trece años estuve en una fiesta en la que un chico se tomó un ácido y empezó a decir que se iba a tirar por la ventana. Los padres de mi amigo estaban aterrados, no tenían ni idea de lo que debían hacer. Les dije que yo había oído hablar de una organización llamada Release (Rescate) (fundada por Caroline Coon) que asesoraba a la gente en asuntos de drogas, que ayudaban sin prejuicios, que la

llevaban voluntarios y tenían un teléfono que funcionaba las veinticuatro horas. Los padres llamaron a Release y el voluntario les dijo lo que debían hacer. Eso es lo único que se me ocurre en ese momento. *No necesito llamar a una ambulancia, esto no puede ser nada grave. No quiero que venga la policía.* Abro la guía telefónica y busco el número de Release. Han pasado tantos años que no sé si seguirá existiendo. Sí, gracias a dios. Les digo que mi amiga está en el sofá, que no puedo despertarla, que está como sin vida, que hay un frasco de pastillas vacío. No, no sé qué tipo de pastillas son, no tiene etiqueta. Me dicen que la ayude a ponerse de pie y que la obligue a caminar por la habitación. Intento levantarla pero Tessa es un peso muerto, tiro de ella y la arrastro, pero es imposible. Vuelvo a llamar a Release y les digo que su consejo no ha dado resultado.

—¿Está inconsciente?

—Sí, creo que sí.

¿Qué aspecto tiene alguien que está inconsciente? Debe de ser esto.

—Marque el 999. Pida una ambulancia.

Durante un segundo me parece que se han puesto melodramáticos y que su reacción es exagerada. Pero no es nada grave, ¿verdad? Creo que Tessa sólo se ha pasado un poco, no quiero llamar a una ambulancia innecesariamente, siento demasiado respeto por su labor para hacerles perder... Me interrumpe una voz en mi interior: ¡*Hazlo, Viv!*

Me siento como una tonta, pero hago la llamada. Llegan los paramédicos, se llevan a Tessa de nuestro semisótano en una camilla y la meten en la ambulancia. Me pongo el abrigo y voy andando sola al hospital. Queda a apenas unas calles. Me siento culpable y algo idiota. Tessa podría morir. Desde el teléfono público del hospital llamo a Don Letts, con quien Tessa ha estado saliendo intermitentemente. No contesta el teléfono, así que le dejo un mensaje en el contestador diciéndole que Tessa está en el hospital. Llamo a Dick, nuestro representante, y me responde que sale de inmediato para el hospital. Siento un gran alivio. La situación me supera y Dick es una persona mayor y responsable. Llamo a Ari y le cuento lo que ha pasado. Me dice que en ese momento está saliendo porque ha quedado con unos amigos y que no siente ningún respeto por la gente que hace ese tipo de cosas.

Voy a visitar a Tessa todos los días, me siento junto a su cama y le hablo, a pesar de que sigue inconsciente. Dick hace lo mismo. Su familia va y viene, llevan a un cura para que diga algo. Sigue sin recuperar la conciencia,

totalmente inmóvil, su cuerpo es como «una roca vetada de venas azules», como Lizzie en «El mercado de los duendes», de Christina Rossetti. La tez pálida de Tessa está enmarcada por su alborotada cabellera negra desplegada sobre la almohada blanca, su expresión es serena (me recuerda a Blancanieves tumbada en su lecho después de morder la manzana envenenada), hermosa, frágil, sumida en un sueño eterno.

Al final de cada día regreso andando por las calles de Victoria a nuestro apartamento. Un lugar de paso, frío e impersonal. Me detengo a mirar el escaparate de Cornucopia, mi tienda de segunda mano preferida. Se me acerca un hombre.

–¿Estás haciendo la calle, cariño?

–No. ¿Y tú?

Desaparece rápidamente. Estoy afligida, pero no sólo por Tessa. Si soy sincera conmigo misma, si tengo que hablar con la mano en el corazón, debo reconocer (por odioso y deleznable que resulte) que visitar a Tessa a diario me procura algo con que llenar mis días. Algo importante. Algo por lo que vivir. Las Slits se han separado, Ari ya está tocando con otra gente. Yo no tengo nada. Tengo veintisiete años y mi único futuro es vivir en un trastero en casa de mi madre. No tengo grupo, ni dinero, ni trabajo, ni marido ni hijos. Estoy acabada. Intenté hacer algo diferente y fracasé. La situación de Tessa me sirve de excusa para sentirme bien, necesaria, digna, útil. No soy mejor que Ari, que no muestra ningún interés en visitar a Tessa; de hecho, ella es más sincera que yo. Yo sólo finjo ser buena.

Tessa se despierta y sonrío con la sonrisa más radiante que he visto en mi vida. Está transformada. Le pregunto si le importa que la haya llevado al hospital, que la haya devuelto a la vida.

–No, no. Estoy feliz –me dice.

Pide continuamente perdón por lo que hizo. Ahora tengo un sentimiento muy distinto hacia Tessa. La quiero mucho. La he observado dormir día tras día (tan inocente y vulnerable) mientras pensaba que quizá no se recuperase. Me siento diferente y ella se comporta de un modo diferente. Es una persona abierta, comunicativa, feliz, renacida.

59. EL FINAL

1982

Huelo el hedor de la paz.

GABRIELE D'ANNUNZIO

Tessa y yo no podemos seguir pagando el apartamento en Victoria, así que vuelvo a mudarme a mi pequeño dormitorio en casa de mi madre. Me tiño otra vez el pelo de castaño y me visto con ropa sosa, informe y sin gracia. Quiero desaparecer. Los demás también desaparecen. Se esfuman de mi vida en un abrir y cerrar de ojos, nadie me invita, nadie me llama, nadie demuestra interés alguno. A los chicos que forman parte de un grupo musical les resulta fácil tener novias, siempre encuentran una chica bonita (incluso inteligente) que desea ser su compañera, pero para una mujer es difícil estar en la industria musical y mantener una relación al mismo tiempo. Eso a los chicos no les gusta, muy pocos se sienten cómodos en un rol de apoyo.

Telefoneo a Mick. Aunque ya no estemos juntos, siempre he podido contar con él cuando lo necesito. Rompo a llorar al oír su voz.

–Mick, todo se ha torcido. Me va mal en la vida, nada sale como yo había planeado.

–Ven a mi casa –me dice–. Yo te pago el taxi. Tengo una botella de champán.

Mick tiene mucho éxito. Es un superviviente. Creí que yo también lo sería, pero en lugar de encontrarnos en la misma situación, yo no hago más que acudir una y otra vez a él para que me rescate. Dormimos en la misma cama, pero no hacemos el amor. Yo lo deseo, pero quiero que él me ame, no soporto hacer el amor con Mick sin que haya una relación amorosa de por medio. Espero que esa noche me confiese su amor; pero cuando le digo que no haré el amor con él (creo que con cierta timidez y coquetería), Mick se acurruca bajo el edredón y se queda dormido.

A la mañana siguiente tiene que salir y me propone que regrese más tarde

si sigo sintiéndome mal. Le digo que volveré luego. A las cuatro de la tarde llamo al timbre de su casa pero no abre nadie. Me quedo en la puerta y llamo al timbre cada pocos minutos durante una hora, *quizá se haya quedado dormido*. Doy un paseo y después vuelvo a intentarlo: *volverá de un momento a otro*. Cuando ya han pasado dos horas y media no me queda más remedio que aceptar la realidad: Mick se ha olvidado. Me ha olvidado. Lo entiendo, ha seguido adelante con su vida.

El dolor que me causa el final de las Slits es peor que el de romper con un novio, que el que sentí cuando se divorciaron mis padres o cuando me echaron de Flowers of Romance. Siento como si una parte importante de mí hubiera muerto, como si hubieran desaparecido dos tercios de mi ser. Ahora que las Slits se han separado como grupo y que Tessa se ha recuperado no tengo adónde ir, no tengo nada que hacer. He sido arrojada de nuevo al mundo como la semilla de un sicomoro arrastrada por el viento. Estoy acabada y tengo el corazón roto. No soporto escuchar música. Cada vez que oigo una canción siento un dolor físico; sólo oír el sonido de un instrumento me resulta insoportable, me recuerda aquello que he perdido.



Las Slits desnudas en la playa de Malibú

Cara B

1. PERDIDA

1982

Ese horrible bostezo que no logra aplacar
el sueño.

LORD BYRON

La única música que puedo soportar en estos momentos es la de This Heat. Al menos tres veces por semana voy a Cold Storage, el estudio donde ensayan. La sala queda en Coldharbour Lane, en Brixton, y tiene las paredes de cemento y una gruesa puerta de metal. Me siento sobre un altavoz durante horas mientras Charles, Charles y Gareth producen a todo volumen los sonidos musicales más puros, pesados, horribles y hermosos inspirados en máquinas industriales. Un sonido tan auténtico y vehemente que incluso una persona destrozada puede tolerarlo.

Necesito un poco de amor. Conozco a un batería muy simpático al que le gusto; lo invito a que venga al piso que estoy cuidando mientras los dueños están de viaje. Se queda a dormir y hacemos el amor. Nada más acabar de hacerlo quiero que se vaya. Me encuentro muy mal. Siento como si un millar de insectos caminasen por debajo de mi piel, como en *La maldición de la momia*. Permanezco tumbada junto a él, contando los segundos hasta que el reloj marca las siete de la mañana y puedo levantarme sin parecer grosera. No quiero ser grosera, él me gusta. Sólo que no me siento bien.

Mientras estoy allí tumbada, observando el armario chapado en blanco al otro extremo de la habitación, intentando descubrir formas en las vetas falsas de la madera, tomo una decisión. No volveré a hacer el amor con nadie con quien no esté dispuesta a tener un hijo. Eso no quiere decir que yo quiera tener un hijo, la idea sigue aterrándome, pero sin duda ésa es la finalidad de una relación sexual. Si no puedo soportar la idea de tener un hijo con un hombre determinado, entonces no debería hacer el amor con él. Creo que con esa condición el acto volverá a tener sentido. Por el momento, practicar sexo

es como zamparse una caja de bombones para sentirte un poco asqueada después.

Tuve que abandonar aquella norma autoimpuesta después de pasar tres años sin hacer el amor.

Estoy tumbada debajo de la claraboya mientras un chaparrón tamborilea sobre el cristal, apenas a un metro de mi cara. Pienso: *Intentaré masturbarme, todo el mundo lo hace.* Me quito la ropa y me tumbo imaginándome que las gotas de lluvia me golpean el cuerpo. Llevo una mano a mi entrepierna. *Un aburrimiento.* Las pajas no van conmigo. Para excitarme sexualmente tiene que haber un hombre en mi vida por quien yo sienta cariño, pero no creo que vuelva a enamorarme otra vez. Es difícil querer a otra persona cuando no te quieres a ti misma.

Camino detrás de mi madre rumbo a la lavandería mientras arrastro calle arriba un carrito de la compra marrón, esos que llevan las ancianas. En él transporto la ropa sucia metida en una bolsa de basura negra. Estoy tan destrozada que ir a la lavandería me parece un buen plan para la noche del sábado. Me siento en una silla de plástico, clavo mi vidriosa mirada en la ropa que gira en la lavadora y escucho a mi madre que me habla de su trabajo como funcionaria del área de propiedades inmobiliarias del Ayuntamiento de Camden. No tengo nada que comentar al respecto, pero mi madre es buena conversadora y me hace reír. La mayoría de las noches comemos más de lo debido (todo muy sano, lentejas estofadas, patatas, ensalada, pero siempre en grandes cantidades), así que nos cogemos del brazo y salimos a dar un paseo nocturno por las calles del cercano y elegante barrio de St. John's Wood para intentar bajar la cena. En mi vida nada tiene sentido, por eso me da igual hacer cosas insulsas como ir a la lavandería o fisgar el interior de los hogares de la gente rica a través de las ventanas de sus casas.

2. DESEANDO Y ESPERANDO

1983

Ley de Hofstadter: Siempre se tarda más de lo esperado, aun teniendo en cuenta la ley de Hofstadter.

DOUGLAS R. HOFSTADTER

Puede parecer que voy a la deriva, pero en realidad tengo una estrategia: esperar. Sí, eso es. Espera y ya aparecerá algo. Yo siempre he intentado hacer las cosas lo más rápido posible en mi vida, pero esta vez voy a hacer lo que he visto que hacen los demás y voy a esperar a que me ocurra algo.

Transcurre un año y sigue sin pasar nada. A este paso, se me irá otro año más y seguiré aquí sentada. Está claro que yo no soy de esa clase de gente a quienes les pasan cosas sin proponérselo. Me hago la misma pregunta a la que siempre recorro cuando me siento perdida. ¿Qué es lo que más me interesa ahora mismo? La moda de cuidar la forma física que ha surgido en Los Ángeles. He estado yendo todos los días al Pineapple Dance Centre y al Fitness Centre de Covent Garden para mantenerme en forma. Me encanta el ejercicio, nunca había prestado tanta atención a mi cuerpo. Siempre he odiado los deportes aunque también he envidiado cómo los chicos usan sus cuerpos, no sólo deportivamente sino también cuando se enzarzan en peleas para hacer el tonto. He llegado a ser tan buena en las clases que un par de profesoras me piden que las sustituya cuando se ausentan. Cuando alguna se marcha definitivamente me contratan a mí para impartir su clase. He ido haciéndome con más y más clases hasta tener las más concurridas del Pineapple, algo que ha fastidiado a más de un profesor fijo de danza. Yo doy clases de aeróbic. Soy la segunda persona en todo el Reino Unido que lo enseña. Jane Fonda fue quien lo hizo popular en Los Ángeles. A veces también trabajo en la recepción. Me gusta contestar al teléfono.

–Buenos días, Pineapple Dance Centre, le atiende Viviane, ¿en qué puedo

ayudarle?

Me resulta relajante. También me gustan mis compañeros de trabajo, son divertidos y tienen los pies en la tierra. Nos reímos mucho. Sin embargo, cuando me río me sucede algo curioso, la cara se me contrae como si fuese a echarme a llorar. No puedo evitarlo. Giro la cabeza para que los demás no lo noten. Me recuerda al veterano de la guerra de Vietnam que conocimos en California. Quizá pueda medirse el sufrimiento de una persona sólo con verla reír.



Dando clases de aeróbic en el club Fridge de Brixton. 1983

Soy consciente de que carezco de la formación suficiente en todas las áreas, especialmente en música. Cuando estaba en las Slits me daba rabia no saber improvisar algo con otros intérpretes. Quiero superar mis deficiencias;

si no, jamás seré capaz de hacer música con otra gente, así que voy a clases nocturnas al Goldsmiths College en New Cross para aprender solfeo, practicar guitarra y desarrollar el oído.

Pero aunque gano lo suficiente dando clases de aeróbic y disfruto yendo a clases de música, siento que el tiempo se me escapa y que se me está atrofiando el cerebro. Debo hacer algo que me estimule la mente. Así que, otra vez, vuelvo a preguntarme: ¿qué es, para mí, lo más interesante que sucede en este momento en el mundo? Tiene que ser el cine. Con directores como Scorsese, Tarkovsky, Godard y Cassavetes, que hacen películas geniales, y directores experimentales como Maya Deren, Chantal Akerman y Stan Brakhage, que vuelven a ser estudiados. El cine independiente está planteando una nueva forma de pensar y de sentir en mucho mayor medida que la música. Y aún es más interesante la teoría cinematográfica, en especial la del cine feminista, que ha cambiado mi forma de ver una película, cuestionando el papel del público durante la experiencia y la responsabilidad del director para no seguir reafirmando los estereotipos existentes. La reconocida experta en teoría cinematográfica Laura Mulvey (autora de *Placer visual y cine narrativo*, publicado en 1975) da clases en el London College of Printing, así que ésa es la escuela universitaria a la que quiero ir. Quiero estudiar una licenciatura en cine en el LCP y asistir a las clases de Laura Mulvey. Nunca más emprenderé disciplina alguna sin haber estudiado el tema a fondo. Ésa es una lección que aprendí con la música. Así que ahora tengo una meta: preparar un portafolio y entrar en el LCP.

3. BÚSCATE LA VIDA

1983-1988

Acudo a clases nocturnas de cine y de dibujo al natural. Voy a visitar a Don Letts y le pregunto si podría dejarme algunas de las secuencias de las Slits para montarlas y así tener algo que enseñar en la entrevista de admisión para la escuela de cine. «¿Por qué no ruedas tu propia película?», me dice él. Al principio no me veo capaz. Pero le pregunto a mi amigo Jeb, que sabe hacer de todo, por dónde debo empezar para hacer una película. Me responde: «Necesitas una cámara.» Ah, claro. Jeb me dice que, si yo le digo lo que tiene que hacer, él filmará la película. Decido intentarlo.

No me voy a inventar una historia, ésa es una tarea de enormes proporciones. Lo único que haré es filmar a tres chicas interesantes que conozco y después montar las secuencias usando como música de fondo la canción «Typical Girls» de las Slits. Tampoco sé cómo montar una película, pero ya me enfrentaré a ese problema cuando llegue el momento. Mis tres chicas son: la bailarina y coreógrafa Gaby Agis; mi amiga Helen, que está en un equipo femenino de netball; y la cantante Anne Pigalle. Elijo una localización para cada una de ellas y alquilo un cámara súper 8, una máquina de montaje y una mesa de edición Steenbeck. En mis clases nocturnas he aprendido sobre planos largos, medios y primeros planos. Filmó a Anne Pigalle levantándose por la mañana, a Gaby la filmó en una toma larga y abierta mientras corre junto a un muro de un jardín de diseño simétrico en Chiswick Park, y a Helen cuando se reúne con su equipo de netball y juega un encuentro en Hackney.

Llevo a la entrevista la película acabada, mis dibujos del natural y otras cosas de aquí y allá, incluidos los discos de las Slits. Es tal la vehemencia que despliego hablando de mi trabajo y de mi enorme deseo de ser admitida en el curso que me tiemblan las manos y la voz se me quiebra por la emoción. Los miembros del jurado deben de pensar que estoy chiflada. He hecho todo lo que estaba en mis manos, ahora no me queda otra cosa que esperar. Siento como si mi vida dependiese de que me acepten o no en la escuela de cine y sé

que mi madre piensa lo mismo, aunque hace todo lo posible por disimularlo. Cuando salgo por las mañanas para dar mis clases de aeróbic, me observa desde la ventana para ver si, antes de abrir el portal, me he encontrado con una carta de la facultad. Todos los días levanto la mirada hacia la ventana al tiempo que muevo los labios diciéndole: *No*.

Un día me encuentro una carta del London College of Printing sobre el felpudo del vestíbulo comunal de la casa. No me invade el pánico, no siento nada, es demasiado importante. Leo la carta a toda prisa: me han aceptado. Cuando cierro la verja de entrada tras de mí, levanto la vista y allí está mi madre en la ventana de nuestro apartamento del primer piso, observándome. Sonrío, la saludo agitando la carta en el aire y me vuelvo para marcharme calle arriba. Ella abre la ventana de golpe: «¡Espera, espera!», grita, y después corre escaleras abajo. Quiere que le diga cara a cara que *Me han admitido en el curso universitario de cine y fotografía del London College of Printing*.

Durante los siguientes tres años aprendo un montón de palabras y expresiones nuevas, como *mise-en-scène*, enfoque masculino, «objetualización» sexual, contracine, segunda oleada, segunda ola del feminismo, semiótica, significante, escopofilia y orientalismo. También leo textos de muchos teóricos del cine, como los de la propia Laura Mulvey, y los de Molly Haskell, E. Ann Kaplan, Richard Dyer y Christian Metz. Estudio a Freud, Lacan, Derrida, Foucault y Nietzsche (*todo se me ha olvidado a estas alturas de la vida, así que no esperéis encontraros conmigo y mantener ese nivel de conversación*). Aprendí a deconstruir las películas de Alain Resnais, Chris Marker, Douglas Sirk, Michael Powell y John Ford. Hice algunos cortos y aprendí a expresarme a través de un medio nuevo. Entiendo el manejo del sonido y poseo un fuerte sentido de la imagen, pero tengo que aprender cómo definir el mensaje que quiero transmitir a través del medio cinematográfico. Está fuera de mi alcance, aunque lo mismo les sucede a los demás de mi curso. Me intimida tener que escribir ensayos, pero Laura Mulvey me da un buen consejo: «Piensa en lo que quieres decir y dilo lo más claramente posible.» Trabajo muchísimo y nunca me pierdo ninguna clase. Me esfuerzo y rindo por encima de lo esperado, como sucede con todos los alumnos de más edad. Los que tenemos una segunda oportunidad sabemos el valor que eso implica.

Siempre que tengo tiempo libre me voy a la biblioteca de la facultad y

aplico sistemáticamente el método Dewey, cogiendo uno a uno los libros de las estanterías y añadiendo en bolígrafo negro «/ella» y «/mujer» cada vez que leo «él» y «hombre». Lo hago durante los tres años que dura la carrera, pero no logro acabar mi labor (y por suerte nunca me descubrieron). Lo hago con justificada indignación porque no existe casi ningún libro en toda la biblioteca que no utilice exclusivamente el masculino genérico. Como si sólo los hombres pensasen, sintiesen, descubriesen y leyesen. En el curso nos enseñan que todo signo y sonido en una película o en una página es importante y está cargado de significado, y sin embargo la inmensa mayoría de los libros de la biblioteca están dirigidos sólo a los hombres. El lenguaje es importante, moldea los pensamientos, puede incluir, excluir, incitar, herir y destruir. Si el lenguaje no tuviese ningún poder, ¿por qué no llamar hija de puta a tu profesora?

4. CÁMARA OSCURA

1984

Siempre dicen que el tiempo cambia las cosas, pero en realidad tienes que cambiarlas tú mismo.

ANDY WARHOL

No dejo de pensar en mi padre. No creo que pueda tener una relación sana con un hombre mientras mi relación con él sea inexistente. Con el paso de los años su figura ha adquirido en mi interior unas dimensiones desproporcionadas hasta parecerse al muñeco gigante de Michelin. Su aspecto francés y su constitución baja y fornida están siempre ahí, en el fondo de mi ser, pero, debido a la falta de contacto y a los malos recuerdos, su imagen se ha distorsionado convirtiéndose en un personaje misterioso, casi como un ogro.

Tanto mi padre como mi madre tienen tendencia a recluirse, especialmente mi padre. Después del divorcio papá regresó a vivir a Toulon para estar cerca de su familia. A estas alturas ya han muerto casi todos, dejándolo sumido en una soledad total estos últimos diez años. Él es incapaz de hacer el esfuerzo que requiere entablar y mantener una amistad.

Le escribo y le pregunto si le gustaría que nos encontrásemos en Perpiñán, donde impartiré un curso vacacional de aeróbic durante una semana. Me envía una carta respondiendo que allí estará. Puedo percibir el entusiasmo que destilan sus palabras.

El día fijado para encontrarme con mi padre salgo al balcón de mi apartamento veraniego para colgar mi bikini al sol. Oigo unos ruidos en el patio a mis pies y miro hacia abajo. Veo a un hombrecito encorvado, con el cabello entrecano cortado estilo Beatle, yendo de un lado a otro con una expresión de ansiedad en el rostro. Va vestido con unos viejos vaqueros acampanados de los setenta y una camisa de manga corta azul desabrochada,

que deja a la vista un enorme medallón de oro que reposa sobre su peludo pecho gris. Refunfuña en voz baja. Me viene a la mente Rumpelstiltskin. Me da un vuelco el corazón. Sé que ese hombrecillo que parece un duende contrahecho es mi padre. Igual que lo sabía cuando mis compañeros de colegio señalaban a un pordiosero que cruzaba la calle arrastrando los pies y gritaban: «¡Eh, Viv, ahí va tu padre!» para reírse un rato. Bueno, ése es mi padre. Me meto dentro del apartamento a toda prisa antes de que me vea. No lo entiendo, en las fotos que tengo de él parece un hombre atractivo. Quizá es lo que dijo Oscar Wilde: el rostro de un hombre es su autobiografía. Supongo que si lo hubiese visto envejecer, día tras día, no me habría producido tanta impresión, pero parece detenido en la estética de otra época y completamente encorvado y... *Ay dios, no dejes que me encuentre. Y por favor no permitas que las chicas vean al padre tan feo, raro y con pinta de loco que tengo.*

Unos golpecitos en la puerta me avisan de que dios no me ha escuchado y que el loco ha dado conmigo. ¿Cómo me voy a dirigir a ese hombre al que no he visto en quince años? No puedo llamarle «papá». Lo saco a toda prisa del apartamento y vamos a sentarnos a la playa. Tiramos piedrecitas al mar mientras hablamos de nimiedades. No es fácil. En mi interior llevo acumulados años de ira, confusión y resentimiento, y lo suelto todo. Él me cuenta su versión de los hechos y poco a poco llegamos a una tregua. A medida que avanza nuestra conversación, el malo de los dibujos animados que habita en mi mente se va despojando de las capas que lo componen hasta quedar reducido a un hombre sencillo y vulnerable. Ha empezado una relación con mi padre.

Decido conocerle mejor y voy una vez al año a Francia a visitarlo. Me quedo en su apartamento. Habla en sueños, puedo oírlo desde mi cuarto. Duerme con un bate de béisbol junto a la cama (algo típico en el sur de Francia; otros franceses también lo llevan dentro del coche). Me preocupa que una noche me levante para ir al baño y mi padre se abalance sobre mí y me dé con el bate en la cabeza porque no recuerde que estoy en su casa. Parece que mi visita le inquieta sobremanera o quizá se retuerza y se queje así todas las noches. Mientras se asea suele maldecir por lo bajo. Maldiciones realmente fuertes. Creo que están relacionadas con mi madre: «Jodida hija de puta, eres una puñetera hija de puta.» Cuando se lo comento, no es para nada consciente de haberlo dicho. Estoy asustada, asqueada. Nadie tiene un padre

tan horrible como el mío. Por supuesto que habrá padres peores en el mundo, pero yo no los conozco, así que, en mi mundo, a mí me ha tocado el peor.

Intento comunicarme con él y hablarle de mi vida, de lo que he estado haciendo.

–He estado en un grupo de música, papá. He grabado discos y he salido de gira.

–No hables de eso. No quiero saberlo. No vuelvas a mencionarlo –me dice.

Tengo dos opciones: puedo enfadarme un montón y lamentarme ante su actitud, *bua, bua, mi papá no me quiere, no está orgulloso de mí*, o aceptar que no está bien de la cabeza. Decido mantener la calma y tomarme el asunto con sensatez: *Este hombre es incapaz de amar. Sólo puedes sentir lástima por él*. Y nunca más vuelvo a mencionar mi relación con el mundo de la música. A partir de ese momento sólo hablo con mi padre de generalidades (de la salud, del tiempo, de la historia), porque entiendo que, por alguna razón, es lo único que él puede soportar. No soy yo, es él quien tiene un problema y lo cierto es que no puedo malgastar más mi tiempo ni mi energía para acabar siendo una víctima de las ineptitudes de mi padre. Debo seguir adelante con mi vida.

5. EL PACTO

1987

Temer al amor es temer a la vida, y los que temen a la vida ya están medio muertos.

BERTRAND RUSSELL

Me licencié en la escuela de cine en julio de 1987 con una nota de 2,1. Mi novio, Olly, que está en el curso conmigo y es nueve años menor que yo, obtiene la nota más alta. Estoy furiosa. Rompemos.

Abandono el entorno protector de la escuela de cine y entro en el mundo laboral. Salgo lanzada a toda velocidad, como en un descenso acelerado por un tobogán acuático, con las piernas hacia arriba para aterrizar de culo sobre la plataforma de la vida real. Empiezo a trabajar de inmediato en una compañía productora de vídeos independientes llamada Dogray Productions dirigiendo vídeos para grupos de música alternativos como los Mekons. Hago vídeos como si fueran churros, dos a la semana, y todos resultan seleccionados por la nueva emisora de música MTV. Estoy demasiado ocupada para asustarme o presumir. Paso por todas las etapas típicas del mundo laboral: recibo varias puñaladas por la espalda, me quedo sin empleo, obtengo otros empleos, me hago más dura, me tiro a un corredor (hola, Dom), trabajo sin parar, follo de vez en cuando, doblo el lomo y curro y cada vez dirijo mejor. Filmo actuaciones en vivo de los Big Black y de los Butthole Surfers. Ruedo dos cortos. Trabajo sin tregua para Channel 4 y para la BBC. Gano bastante dinero, me compro un apartamento en Balham, ahorro para pagar mis impuestos. Me compro ropa bonita: Azzedine Alaïa, Romeo Gigli, Katharine Hamnett. Vivo en la década de 1980. Pero no estoy enamorada. Todo sería perfecto si estuviese enamorada. La soledad me corroe por dentro, el dolor en el centro de mi cuerpo no me deja dormir. Llamo a mi madre todas las noches.

–Estoy tan sola, mamá. Sólo pido que alguien me abrace.

Mi amiga Mo y yo estamos tan hartas de estar solteras que decidimos hacer algo al respecto. Hacemos un pacto que consiste en tres puntos:

Uno: saldremos con todos los hombres que nos inviten. Con todos. Da igual que sea viejo, joven, gordo, delgado, rico, pobre, feo o guapo. Y aunque queramos cortarnos las venas después de la primera cita, le daremos a cada tipo tres oportunidades. No descartaremos a ningún hombre hasta no haberle dado tres oportunidades. Porque a una persona le lleva su tiempo darse a conocer tal cual es y a nosotras nos lleva el nuestro dejar a un lado prejuicios y nerviosismos.

Dos: Mo y yo tenemos que invitar a salir a dos tipos al mes. Da igual quiénes sean, si nos gustan o no, lo que importa es el hecho de invitarles. Lo único que tenemos que hacer es cumplir con la cuota: dos al mes. Al tener que invitarlos nosotras entenderemos mejor lo que siente un hombre cuando le pide a una mujer que salga con él: los nervios, el temor a ser rechazado, la valentía, la humillación. Hasta el momento yo no he experimentado un rechazo en toda regla puesto que una chica normalmente le hace saber a un tipo que le gusta a través de miradas, gestos, sonrisas, comentándoselo a un amigo en común, utilizando canales que no nos exponen al rechazo directo. Las primeras dos ocasiones que me arriesgué, me dijeron que no y duele bastante. Pero pasado un tiempo, pienso: *Bueno, he cumplido con mi cuota mensual. Ya veré el mes que viene. ¿A quién podría invitar? NO debo defraudar a Mo.* Al tener que informarnos mutuamente, la humillación es más fácil de sobrellevar. Y cuanto más lo practico, más rápido me recupero.

Tres: siempre que salgamos en grupo no sólo habrá mujeres sino también hombres. Es mucho más fácil refugiarse en la compañía de amigas después de un duro día de trabajo, pero eso no nos ayudará a conocer a nadie. Así que siempre nos aseguramos de que se sumen un par de hombres al grupo, aunque sólo sean amigos. Al menos así podremos practicar conversando con hombres, algo muy diferente a charlar con mujeres.

Este pacto tiene un efecto sorprendente en nosotras dos. Después de tres meses de salir con cualquier tipo que se nos cruce en el camino, el nivel de nuestras expectativas baja y nos volvemos más realistas.

Durante ese tiempo me topo con un montón de tipos chungos. Conozco a uno en el bar Groucho's.

—¿Tienes novia? —me atrevo a preguntarle.

—No —contesta.

–¿Quieres tener una?

Quedamos un par de veces, pero es grosero con los camareros, así que lo planto. Otro tipo con el que salgo durante un par de meses me cruza la cara de una bofetada. Estamos delante de un pub en el Soho y me señala a un amigo suyo que está pasando por la acera de enfrente.

–¿Ves a ese tipo que va por allí? –me pregunta–. Es millonario.

El millonario es joven y va hecho una pena.

–¿De verdad? –replico.

Es entonces cuando me da una bofetada. Me doy la vuelta y me marcho. Mi madre me inculcó eso desde muy temprana edad: «Nunca dejes que un hombre te pegue dos veces. Si alguna vez un hombre te pega, no vuelvas a verle jamás. Si lo haces, volverá a pegarte.»

Una noche veo a Malcolm McLaren en un club. Mi amiga Debbion se acerca a mí y me dice:

–Acabo de oír que ese tipo que se llama Nils [Stevenson] le preguntó a Malcolm: «¿Quién te gusta?» Y Malcolm contesta: «Viv es guapa.» Entonces Nils le dice: «Yo te la consigo.»

En los siguientes meses coincido con Malcolm en varios sitios y nos hacemos bastantes amigos (asistimos a muchas fiestas porque ambos intentamos introducirnos en el mundo del cine). Solemos salir a cenar juntos, al Ivy o algún restaurante en Notting Hill Gate. Una vez, al final de la noche, me invita a su habitación en el Hotel Westbury, donde se aloja, pero yo me río y le contesto:

–De ninguna manera, debes estar de broma.

Parece dolido. No confío en él. No es que no confíe en él porque piense que lo único que le interesa es mi cuerpo, eso me daría igual si a mí también me interesase el suyo. Es que no me inspira confianza como persona, no tiene valores éticos.

Hablamos de asuntos muy burgueses como el precio de la vivienda y de cuáles son los barrios buenos. Le hablo de mi apartamento en Balham, que me compré con el dinero que gané dando clases de aeróbic. Malcolm busca un piso para comprar, pero no tiene claro qué barrio prefiere.

–No quiero que sea en Notting Hill. ¿Quizá en el noroeste de Londres? ¿En Regent's Park? ¿Tú qué crees, Viv? –Y todo tipo de comentarios parecidos–. ¿Por qué a todo el mundo le gustan tanto los muebles Reina Ana?

Después hablamos del amor. Hablar con Malcolm McLaren de amor, ¡qué

bonito! También es un buen conversador sobre ese tema, interesante y perspicaz. Me cuenta que la primera vez que fue a Los Ángeles Lauren Hutton se puso a coquetear con él y que se enamoró perdidamente de ella. Como un loco. Malcolm no sabía que se pudiese amar así. Estaba desbordado por los sentimientos. Dice que se sentía muy sexy con ella, que le hizo sentir un hombre de verdad. Estuvieron juntos un tiempo y después Lauren lo dejó. Como siempre hacen los norteamericanos famosos, que te hacen sentir el centro del universo durante cinco minutos y después se aburren y se marchan a sonreírle a otro cualquiera. La primera vez que te sucede es horrible, pero una vez que has pasado por ello ya no vuelves a caer en la trampa. Ella le partió el corazón. Malcolm habla sinceramente de su dolor; no la odia, la ama; siguen siendo amigos. Me cuenta que también Debra Winger intentó ligárselo, pero que a él no le interesaba. Aunque ella no se dio por vencida tan fácilmente; las yanquis son unas descaradas.

La última vez que supe de Malcolm fue cuando me llamó para pedirme que me reuniese con él en el Hazlitt's, un hotelito del Soho donde le gustaba alojarse. Le espero en el vestíbulo durante una hora, siempre llega muy tarde, pero esa vez me hartó (es tan poco masculino que un tipo se retrase siempre tanto), así que tiro la toalla y me voy a casa. Esa misma noche, más tarde, Malcolm hace que un amigo suyo me llame y asuma la culpa del plantón. «Ha sido todo por mi culpa, Viv», farfulla, «por favor, ven, ya estamos aquí. Malcolm está muy disgustado, de verdad que no ha sido culpa suya.» *No, no me apetece, gracias por llamar de todas formas.* Nunca me ha importado perder de vista a alguien que te toma el pelo, aunque en ocasiones le eche de menos durante un par de meses. A veces te enganchas a las personas, y los que suelen tomarte el pelo son, por lo general, aquellos con los que más te diviertes. Pero, bueno, al final no vale la pena dejar que pisoteen tu dignidad con tal de mantener esa «relación».

Sigo adelante con el pacto, a pesar de que al final de casi todas mis citas siento un deseo irrefrenable de volver a mi casa y cerrar la puerta tras de mí. *Gracias a dios que se acabó.* No veo la hora de meterme en mi adorada cama vacía mientras corro escaleras arriba.

Una noche quedo con un grupo de amigos en el bar del ICA, en el Mall. Les digo: «Invitad a algún hombre, a cualquiera.» En el grupo está mi antiguo novio de la facultad, Olly (lo he perdonado por haber sacado la nota más

alta). También está Emma, que dice: «Mi amigo llegará más tarde, ah, ¡ahí está!»

Levanto la mirada y, acercándose sin ninguna prisa por el blanco pasillo, casi en cámara lenta (la típica entrada de una estrella de cine), veo venir a un tipo joven con pantalones y cazadora de cuero negro de motero, balanceando un casco en una mano, con el cabello rubio alborotado y una expresión feliz y franca en el rostro. *Demasiado guapo para mí. Está fuera de mi alcance.* Es lo primero que pienso. Tiene una amplia sonrisa y las mejillas sonrosadas como un chico del campo. No intenta hacerse el interesante sino que es muy simpático y presta atención a todo el mundo. Mientras escucha la conversación de alguien del grupo, gira la cabeza hacia un lado y yo aprovecho para observarle de perfil. Tiene una nariz grande y bonita y una boca de labios sensuales, pero la tristeza empaña sus ojos verdes. Durante un segundo se quita la máscara de la alegría. Ahora sí me gusta *de verdad*. De ahí vamos todos a Groucho's. Él va en su moto (una Harley turquesa) y yo llevo a todos los demás en mi coche (un Ford Capri negro). Le pregunto a Emma qué tal es su amigo. «Un poco mercenario. Es ilustrador, hace el trabajo que sea por dinero, no tiene ningún escrúpulo.» *Eso es interesante,* pienso para mis adentros, *parece desaliñado y descuidado pero se dedica a ganar dinero. Me gustan esas contradicciones. Es un superviviente, un tipo realista, y bien que hace.*

El Motero y yo nos sentamos juntos en un banco del bar Groucho's y me habla de un piso que acaba de comprar en Ladbroke Grove, al que se va a mudar dentro de un par de meses. Tiene una forma de pronunciar las erres y un acento de la zona oeste del país que me resulta dulce y reconfortante. Dibuja el plano de su piso nuevo en una servilleta. Envidio a su novia por salir con un tipo tan simpático y nada complicado. Emma le comenta que yo tocaba en las Slits, y los ojos del Motero se iluminan, se interesa más por mí, dice que durante un tiempo tuvo un póster de nuestro grupo en la pared de su dormitorio. El hecho de que se anime tanto cuando se entera de que fui miembro de las Slits me pone en guardia. Hoy en día intento no mencionar ese hecho, pues me gusta ver si la gente se interesa por mí sin ayuda de ese detalle. Pero el Motero me atrae de todas formas, así que decido plantar una semilla. Le digo a Emma que su amigo me gusta y que se lo haga saber. Yo no voy a dar ningún paso porque tiene novia. Pero nunca se sabe, lo único

que haré es lanzar mi red y continuar con mi vida. Afrontar cada día tal y como viene y dar lo mejor de mí.

6. PESCAR AL MOTERO

1990

Pasan seis meses hasta que vuelvo a ver al Motero y es porque se cuele en mi fiesta de cumpleaños que celebro en la casa de mi amiga Jane Ashley en Fulham. Ya me había olvidado completamente de él. Jane y yo decoramos el jardín con velas protegidas por conos de papel de seda de colores. Titilantes cucuruchos naranjas, rosas y rojos cuelgan de árboles y plantas, guiando a los invitados a lo largo del sendero de piedra a través del jardín hasta la puerta principal abierta de par en par. Parece el país de las hadas.

Después de poner en práctica el pacto durante seis meses, comienzo a ver a los hombres desde un punto de vista más realista (se acabaron las fantasías sobre el hombre perfecto e inalcanzable, ya estoy curada de esa tontería), y cuando el señor Normal se presenta, parece un dios. De hecho, lo normal es algo divino. Un tipo normal es una bendición y una rareza.

El Motero trae dos collares de oro baratos que le compró a un tipo con un maletín en Oxford Street. Levanta los brazos para abrochármelos detrás del cuello. «Feliz cumpleaños», me dice. Está empapado de tanto bailar, la camisa toda sudada debajo de las axilas. Levanto el pelo para dejar la nuca al descubierto y que él pueda cerrar los collares. Se pega a mí. *Bueno, ésta es la prueba de fuego, la pasa o se hunde, si no me gusta cómo huele, esta historia no va a ningún lado.* Su transpiración tiene un olor bueno y franco, nada de desodorantes de mariquitas. Es vegetariano, así que no es un sudor sustancioso ni con efluvios de kebab, no es un olor fuerte, pero sí lo bastante intenso para trasmitirme el mensaje de que *éste es un hombre.* Eso me gusta.

El equipo de música se estropea. El Motero se agacha y empieza a tocar los cables. Por encima de la cinturilla de los vaqueros veo asomarle el elástico de unos calzoncillos negros Calvin Klein. Tiene una espalda fuerte y una piel tersa y bronceada. Arregla cosas. Es guapo, divertido, trabajador... y arregla cosas. Es imposible encontrar algo mejor.



Mi look de los años ochenta: blusa de seda de Whistles, falda de la tienda Nostalgia of Mud, de Vivienne Westwood. 1983

Ya avanzada la noche, el Motero se me acerca con aire decidido y mirada lujuriosa. Pienso: *Es mejor que vayas con cuidado, Viv, este hombre acaba de romper con su novia, así que dale un poco de tiempo, ahora no estará listo...* Pero otra voz en mi interior, bastante estridente, corta mi razonamiento en seco: *Si no te lo ligas tú, se lo ligará otra.*

Nos ponemos a bailar, los cuerpos muy pegados, la química sexual es embriagadora. Jane le susurra a alguien junto a la pista: «¿Quién es esa pareja tan bochornosa que están casi *montándoselo* en un rincón?»

Ya sé que todos dicen que jamás hay que meterse en la cama con un tipo la primera noche que sales con él, pero yo lo hice. Y me casé con él. Así que eso es una gilipollez.

7. EL MARAVILLOSO MUNDO LABORAL

1987-1995

El trabajo va bien. La vida va bien. El Motero y yo estamos saliendo, hemos pronunciado la palabra que empieza con A y, aún más importante, me compró un casco Arai negro muy caro para montar en moto, así que creo que esto va en serio. Hemos ido juntos de vacaciones (de camping a Irlanda y la recorrimos entera en su Harley). Tuvimos un pequeño disgusto cuando le mencioné que me gustaría tener un bebé pronto, puesto que ya tengo treinta y seis. Él me contestó que todavía no se sentía preparado para ello. Tiene veintisiete años. Bueno, todavía dispongo de mucho tiempo para volver a plantear el asunto. Por lo menos, ha quedado dicho.

He tenido algunos buenos empleos. Primero trabajo por cuenta propia como ayudante de dirección en anuncios publicitarios. La mayoría de los montajes son iguales, lo que en el sector se llama «Two Cs in a K» (two cunts in a kitchen) (dos coños en una cocina), pero gano un buen dinero. A continuación me contrata *01 for London*, un programa de televisión que trata sobre la cartelera de espectáculos, me dan un despacho propio (estuve a punto de ir corriendo hasta las oficinas centrales y decirle al productor: «¡No! ¡No! ¡Debe de ser una equivocación!») y allí trabajo con un gran equipo de profesionales, inteligentes y divertidos. Mi despacho estaba en Denmark Street, justo en mitad del Soho. Continuamente tenía que tomar decisiones e improvisar, filmar con bajo presupuesto y pocos recursos en cuatro o cinco localizaciones al día, subiendo y bajando de una furgoneta con un pequeño equipo de rodaje, conociendo a gente interesante (Anthony Burgess, Roald Dahl, Spike Milligan), a grupos de música ya célebres y también inéditos (los Cranberries, los Black Crowes y los BlackEyed Peas).

Después escribo y dirijo el corto *Coping with Cupid* (Bregando con Cupido) para el Instituto de Cinematografía Británico (BFI) y otro corto para Channel 4, *Rachel's Dream* (El sueño de Rachel) (1992) en el que Kate Beckinsale y Christopher Eccleston actúan por primera vez en una película; también dirijo durante una corta temporada en la BBC utilizando actores para

reconstruir crímenes que acababan de ocurrir. Es una tarea difícil entrevistar a las víctimas, sobre todo si son los padres de chicos asesinados. No dejo de darle vueltas y más vueltas a los crímenes en mi cabeza, *¿Por qué le ha pasado algo así a esa gente? ¿Cuál es el denominador común?* Lo único que saco en claro en los casos de niños asesinados o secuestrados es que la mayoría de esos críos eran demasiado pequeños para oponerse a la autoridad de un adulto o se les había educado en un respeto excesivo a los adultos. Me prometo que, si algún día tengo hijos, les educaré para que comprendan que hay situaciones en las que tienes que hablar alto y claro y mandar a los adultos a la mierda, y para que sepan que, aunque quizá se equivoquen, su madre siempre estará ahí para apoyarles. Una de mis colegas tuvo que rodar un corto sobre pedófilos. Entrevistó a uno en la cárcel. Dijo que se había sentido como Clarice Starling delante de Hannibal Lecter.

–¿Qué deben hacer los padres para que sus hijos estén a salvo? –le preguntó.

–No quitarles nunca los ojos de encima –respondió el pedófilo.

Aquél fue un trabajo muy difícil. Después no pude dormir bien durante un año. Me hizo sentirme vulnerable y desconfiada, porque me di cuenta de que el crimen no es algo que le sucede a otra gente sino que le puede pasar a cualquier persona normal y corriente, es fortuito.

Al menos me las estoy arreglando en la vida. Trabajo y gano dinero. El rostro ya no se me contrae en una mueca cuando me río. Ahora puedo escuchar música. Me encanta elegir bandas sonoras oscuras para mis películas.

Después me toca trabajar en un par de birrias. Me contratan para codirigir una película con un escritor. Es la primera vez que dirige algo y los productores quieren que alguien lo supervise. No era un trabajo ideal, pero no me estaban saliendo cosas en ese momento. La recesión había afectado negativamente al sector del cine y la televisión. Así que lo acepté.

–Es muy difícil trabajar con él –me dicen los productores durante la entrevista–. ¿Crees que podrás manejarlo?

–¿Más difícil que Sid Vicious? –contesto riéndome. *Sí, por supuesto que podré manejarlo.*

El primer día de rodaje el Escritor dice:

–¡Eh! Tú no llevabas anillo de casada durante la entrevista. ¿Hiciste trampa para conseguir el trabajo?

–No, mi novio me pidió en matrimonio este fin de semana y, en lugar de comprar un anillo de compromiso, me compró una alianza de matrimonio. Es muy ingenuo para esas cosas.

El Escritor no me cree. Lo veo escrito en su rostro: *Jodidas mujeres, siempre intentando embaucarte*. Me hace acompañarle a su casa «a recoger algo» y no deja de tocarme delante de su mujer. Después me entero de que su mujer le engaña y que ha llevado al amante a vivir a la casa. Caigo en la cuenta de que el Escritor estaba intentando utilizarme para darle celos. *Por dios, hay que ver las situaciones en las que te ves envuelta inocentemente sin enterarte de nada*.

Nos vamos los dos en coche a buscar algunas localizaciones a las afueras de Londres y nos sorprende una tormenta de nieve en la autopista. Fuera hace un frío horrible y la calefacción del coche del Escritor hace que los cristales se empañen por completo. El tipo empieza a hablar de violaciones, dice que no existe tal cosa y que yo debería acostarme con él por pura simpatía.

–¿A qué tanto lío? ¿Por qué las mujeres sois tan mezquinas con vuestro cuerpo? No es más que un polvo –dice casi gruñendo–. Vamos a tener que buscar un hotel donde pasar la noche y tendremos que compartir habitación, el presupuesto no da para pagar dos habitaciones.

Le digo que gracias, pero que yo pagaré mi habitación. Hablo con calma; es importante no mostrarse asustada. Miro por la ventanilla y estudio la autopista. El tráfico avanza muy despacio debido a la gran nevada. Llegado el caso puedo arrojarme del coche en marcha. Soy capaz de hacerlo. Confiaré en que algún amable desconocido me lleve al hospital. Con un poco de suerte, el desconocido no será tan mala gente como el Escritor. Correré el riesgo. No debe de haber muchas personas en este mundo que sean peores que el tipo que está a mi lado. Creo que lo único que le frena a la hora de atacarme es el miedo a que le pillen y acabar en la cárcel.

Mi siguiente trabajo es realmente interesante. Tengo que dirigir tres episodios de una serie de ciencia ficción infantil de doce capítulos. Aunque hay algo raro en el productor (lo llamaré «Anal»). Parece como si quisiera liarme constantemente; me miente, en el último momento cambia la hora de los encuentros para que llegue tarde, me lleva a las reuniones de trabajo con el productor estadounidense pero no me informa de nada de lo que se va a discutir para que yo tenga que desvivirme intentando entender de qué va el tema. Sin duda, está intentando socavar mi trabajo y desequilibrarme. Otro

que juega sucio. Al final resulta ser que los productores estadounidenses quieren que sea yo quien dirija la serie, pero Anal no está de acuerdo, quiere dirigirla él, no quiere saber nada con esta chica ex Slit. Es un resentido. Nadie del equipo de rodaje lo soporta, pero necesitan trabajar y se limitan a ocuparse de lo suyo dejándose llevar por un hastío desgastado y mediocre. Yo deseo que la serie salga genial, intento motivarles constantemente, entusiasmarles con las localizaciones, el vestuario, el elenco, infundirle estilo y creatividad a la serie, pero a los demás les da todo igual.

Un día vamos a ver una localización y empiezo a sangrar profusamente en el autobús. ¡*Qué raro! No puedo estar menstruando, y yo no sangro entre un periodo y otro.* Le pregunto discretamente a una de las chicas si tiene algún tampón en el bolso.

Anal levanta la oreja.

–¿Qué sucede? ¿De qué habláis?

–Me ha venido la regla –le contesto para que se calle de una vez.

Cuanto más desagradable es conmigo, más torpe me vuelvo yo. No paro de olvidarme cosas, estoy en las nubes. Yo no soy para nada así, por lo general soy muy eficiente. Quizá sea porque él me está observando todo el tiempo, esperando que me equivoque. Cuando termina la primera semana de rodaje tengo la sensación de que he hecho bien el trabajo. He logrado sortear las rarezas de Anal (además de negociar un par de tomas que había que corregir) y he cumplido con un programa que abarcaba demasiadas cosas. A la mañana siguiente llamo por teléfono a todo el mundo para averiguar dónde vamos a encontrarnos para estudiar la nueva localización, pero no logro hablar con nadie. Qué raro, ¿estarán todos durmiendo? Me resulta imposible contactar con el cámara, el encargado de localizaciones, el diseñador de vestuario y hasta con el propio Anal. Al rato ya empiezo a sospechar.

–¿Crees que intentan evitarme? –acabo por preguntarle al Motero.

–No, claro que no –contesta.

Entonces Anal me telefonea para decirme si puedo pasar por su oficina para que hablemos. Me visto para dar una imagen severa: chaqueta entallada, camisa blanca, vaqueros y botas de motera. Tengo el presentimiento de que debo parecer fuerte. El Motero me lleva en su Harley y me deja en la puerta de la oficina.

–Supongo que imaginarás lo que voy a decirte –dice Anal, frotándose la calva con una mano como si el peso del mundo le aplastase el cráneo (ojalá).

–No. –No se lo voy a poner fácil.

–Tendré que dejarte ir.

Nunca había oído esa expresión. Me lleva un par de segundos caer en la cuenta de que me acaba de despedir. Anal dice que me pagará la cantidad completa acordada por el trabajo, pero que tengo que firmar una cláusula de confidencialidad y no hablar jamás de lo ocurrido. *Muy bien, nadie ha resultado muerto*, me digo para mis adentros mientras salgo a la calle, todavía estupefacta, y la masa gris de bocinas, coches y gentío que es Tottenham Court Road me da de lleno en la cara.

Anal se salió con la suya y dirigió mi parte de la serie. Más adelante, ese mismo año, vi el primer capítulo y medio y me alegré al comprobar que había rodado una verdadera cagada.

Con el dinero que me pagó Anal me compro mi primer ordenador, un Mac de Apple, y el programa para escritura de guiones Final Draft, y me pongo a escribir el guión para una película sobre una pandilla de chicas en Escocia durante la década de 1970, basada en la vida de mi amiga Traci. La llamo *Oil Rig Girls* (Las chicas de la plataforma petrolera).

Me mudo a vivir con el Motero. Vendo mi apartamento de Balham y voy a medias con él en su casa de Ladbroke Grove. Vivo con un ilustrador motero, surfista y guapo. Me voy a casar en junio en el Registro Civil de Chelsea, y cuando voy al médico porque he sangrado fuera de fecha, la ginecóloga me dice que no me preocupe y que me tome las cosas con calma: estoy embarazada.

8. BABY BLUES

1991-1995

Pierdo el bebé. Las cosas empiezan a ir mal cuando estoy en el despacho de mi contable. Tengo retortijones y siento la entrepierna mojada así que le digo que debo ir al lavabo. Por las piernas me corren unos espesos hilillos de sangre y ensucio el suelo del baño. Me quedo ahí dentro un montón de tiempo limpiándolo todo. Después me voy a Selfridges a ver sombreros para distraerme del asunto, pero vuelve a pasarme lo mismo. Todo lleno de sangre. Salgo corriendo de los grandes almacenes hacia Oxford Street y tomo un taxi a casa. El Motero llama al médico y envían una ambulancia a recogerme. Qué vergüenza. Nunca había estado en una ambulancia. Los sanitarios empujan la camilla hacia la puerta del hospital victoriano de ladrillo rojo en Euston Road y una pareja se aparta para dejarnos paso. Levanto la cabeza de la camilla y les digo: «Perdón.»

El Motero está de pie junto a mi cama del hospital, parece preocupado. Tengo varios tubos conectados al brazo y una máscara de oxígeno transparente sobre el rostro. «Estás tan pálida», me dice. Estoy perdiendo mucha sangre. Se me escapa del cuerpo.

El bebé ha muerto. Otro bebé muerto. Esta vez no es mi culpa. Estoy decidida a ser optimista. *Tendré* un bebé. Esto no ha sido más que una advertencia de la naturaleza de que algo iba mal con este niño. Continúo trabajando en mi guión de *Oil Rig Girls*. También estoy trabajando de coguionista con una escritora llamada Lisa Brinkworth en una historia sobre una banda de mujeres. De hecho, es un guión que estamos escribiendo por encargo y por el que nos pagan. Aunque me está resultando difícil concentrarme porque todavía siento como si siguiese embarazada, como si el bebé siguiese dentro de mí a pesar de haber sufrido un aborto. No se lo comento a nadie, pensarían que estoy loca. Voy a la farmacia de enfrente de casa y compro un test de embarazo. Da positivo. *Debe de ser un efecto residual del anterior embarazo, pienso, puede que sea algo normal después de un aborto espontáneo, que todavía permanezcan en tu cuerpo algunas*

hormonas del embarazo. No sé ni lo que digo. ¿Debería llamar a mi ginecóloga? Debo de estar un poco loca o quizá desquiciada por la pérdida del bebé. Lisa me está esperando abajo para trabajar en el guión sobre la banda de chicas. Llamo rápidamente a la doctora y le cuento que acabo de hacerme un test de embarazo y que ha dado que sigo embarazada.

–Probablemente no sea nada importante, perdone que la moleste –le digo.

La voz de la doctora cambia de golpe. Adquiere un tono formal y monótono, como la de un Dalek, esa raza mutante de la serie de ciencia ficción.

–Llame a un taxi y vaya al hospital ahora mismo –me dice.

–De acuerdo –contesto.

–Tiene que ir de inmediato. No pierda tiempo ni en meter algo de ropa en una bolsa. ¿Me ha entendido? De inmediato.

Ahora sí que estoy asustada.

Llamo por teléfono al Motero, viene a casa a toda prisa y le dice a Lisa que se marche. No quiero bajar las escaleras. Tengo miedo de explicarle a ella lo que me pasa y convertir la situación en algo real. Tengo miedo de levantarme de la cama. Tengo miedo. Después de hacerme una ecografía el médico del hospital me dice que tengo un embarazo extrauterino, que el feto está localizado en la trompa de Falopio, atrapado en mi jodida trompa fibrosa y caótica, pues nunca llegó a colocarse en el útero. Podría desgarrarse en cualquier momento. Si eso me hubiese sucedido fuera del hospital habría muerto desangrada.

Me anestesian, me abren y me quitan el feto y la trompa de Falopio. A este bebé lo he perdido dos veces. La operación se complica y lleva más tiempo de lo previsto por el cirujano, así que me sedan aún más. Me despierto porque un hombre me grita enfurecido: «¡Viviane! ¡Viviane!» No quiero emerger de las profundidades del suave lecho marino en el que me encuentro. Aquí abajo se está muy bien, a oscuras y en silencio. Las enfermeras te gritan desaforadas cuando llevas mucho tiempo sedada porque así te despiertan más rápidamente que si te hablan con voz suave. No respondes si oyes a unas tentadoras sirenas cantando tu nombre, sino que te alejas flotando hacia las tranquilas profundidades del olvido. El tono furioso hace que te despiertes, te enardece, te provoca. Me llevan en camilla hasta mi habitación. Siento pena por el Motero. Cuando nos conocimos era joven, guapo y despreocupado, y ahora le han salido arrugas, está demacrado y no para de entrar y salir de

hospitales, metido en estos dramas por estar liado conmigo. Creo que mi cuerpo sufrió un colapso cuando se enamoró.

Me despierto y me miro el vientre, lo han abierto y lo han vuelto a cerrar con unas grapas de acero enormes. Tiene un aspecto asqueroso, como la boca carnosa y arrugada de un pez que asoma fruncida en mitad de mi cuerpo. Me caso dentro de dos semanas y tengo la cara amarilla, los ojos rojos, el vientre grapado y he perdido el bebé. No es realmente la culminación del cuento de hadas que me había imaginado.

Suspendo mi despedida de soltera y, en lugar de eso, mi amiga más antigua del colegio, Paula, viene a visitarme al hospital con una tarrina de helado de soja. El Motero intenta seguir adelante con su despedida de soltero e ir a jugar al béisbol en Hyde Park, pero su cabeza está en otra parte y al final se marcha temprano a casa y se fuma un canuto con su hermano. Yo me consuelo llenando páginas y páginas con nombres de niños y niñas. Arlo, Roseanna, Ariana, Frick, Freda, Ava, John..., mis amigas están usando todos los nombres bonitos a medida que pasan los años y yo no me quedo embarazada... Tengo que coger la delantera en el juego y estar preparada...

–Todo va bien, me siento bien –le digo a mi madre con fingido entusiasmo, mientras sostengo el bolígrafo en una mano y la lista de nombres en la otra. Pero noto que ella piensa que he perdido el norte.

Me he quedado muy delgada, así que hay que retocar mi vestido de novia. Me compro unos guantes largos de raso en una elegante tienda de Bond Street para ocultar mis codos huesudos.

Y entonces llega el día de mi boda.

La noche anterior me quedo en un precioso hotel boutique. Mi hermana ha venido de Estados Unidos y se sienta a los pies de mi cama y habla conmigo toda la noche. Por la mañana llega mi amiga Charlie Duffy, una maquilladora fantástica que opera un milagro en mi rostro. Nunca olvidaré lo que ella ha hecho hoy por mí. Logra mezclar el color perfecto para la base de maquillaje (Amarillo Hospital) y devuelve la vida a mis rasgos, antes inmersos en una máscara mortuoria. Es una artista, consigue que yo vuelva a parecer un ser humano, bonita incluso. Algo nada fácil cuando la persona ha perdido toda la luminosidad y el color que la hacen atractiva. Me recogen el pelo y me lo adornan con capullos de ranúnculos azules. Mi vestido de novia es largo, color marfil, de corte imperio y con unas piezas de gasa de seda que caen a

partir de los hombros; tiene un aire griego con un toque de Audrey Hepburn en *My Fair Lady*.

Mi primo Richard, tan alto y guapo, es quien me conduce hasta el novio (me he vuelto muy tradicional desde que vi la muerte cara a cara). Entramos con paso lento en el Registro Civil de Chelsea (me siento débil físicamente, tengo que apoyarme en su brazo para no caerme, pero no estoy nerviosa), al son calmado y melancólico de «Another Green World» de Eno. Después de la fiesta, mi Maridito y yo volvemos al hotel boutique, no podemos hacer el amor en nuestra noche de bodas, sigo toda grapada. Ni siquiera puedo mantenerme erguida de pie sin alguna dificultad. Así que nos tumbamos en la gran cama, recostados en un montón de almohadas de plumas colocadas contra el cabecero de mimbre, rodeados de un fresco de querubines y palomas, y vemos la tele. Es el día más feliz de mi vida.



Lanzando el ramo de novia después de mi boda. 1995

9. EL INFIERNO

1995-1999

Abandonad todo deseo de obtener beneficio.

Proverbio zen

Rechazo cualquier trabajo que suponga salir de Londres durante un tiempo prolongado porque quiero que mi matrimonio funcione. Maridito trabaja muchas horas, así que uno de los dos debe sacrificar parte de su carrera y yo lo hago encantada. De todas formas, él gana más que yo.

Ahora que me he recuperado de la pérdida del bebé, estamos los dos preparados y decididos a intentarlo de nuevo. Nos han dicho que no podré concebir naturalmente debido a que la trompa de Falopio que me queda también está dañada, así que nos hemos inscrito para una fecundación in vitro en el Hospital Lister de Chelsea.

Durante un mes me inyectan una solución en el estómago para inhibir las hormonas naturales, provocándome un estado similar al de la menopausia. El siguiente mes me inyectan orina de vaca gestante en el estómago para provocar la estimulación ovárica y, a continuación, estoy lista para la fecundación de los óvulos. Produzco cerca de veinte. Me he hinchado, parece que estoy de seis meses, padezco lo que se denomina síndrome de hiperestimulación ovárica, que tiene el mismo aspecto que la elefantiasis (una profesora de mi colegio la sufría). Tengo las piernas, los pies y la cintura como toneles. Es una complicación bastante grave; he reaccionado de forma exagerada a la medicación, ahora casi no puedo andar y sufro náuseas constantes. Mis óvulos se fecundan in vitro con el semen de Maridito y después me introducen otra vez en el útero los tres considerados de mayor viabilidad. A continuación esperamos cuatro semanas antes de hacer una prueba de embarazo. Estoy embarazada de nuevo.

Cruzo el puente de Chelsea de ida y de vuelta caminando como un pato

cada vez que voy al Hospital Lister. Los médicos y las enfermeras están encantados de que el tratamiento diera resultado a la primera, pero antes de la siguiente cita comienzo a sangrar, la sangre fluye a borbotones (*hola oscuridad, vieja amiga*) y otra vez pierdo al bebé.

Enloquezco de dolor, siento como si los ojos se me salieran de las órbitas, me desquicio. No quiero vivir. Barajo diferentes formas de suicidio. ¿Tirarme frente a un coche? ¿Saltar del puente de Chelsea y ahogarme en el Támesis? ¿O simplemente tumbarme boca abajo sobre ese charco y dejar de respirar? Pobre, pobre Maridito, se ha casado con una loca de atar. Pero él es como una roca, firme, con los pies en la tierra, seguro. Lo amo tanto que casi merece la pena seguir viviendo. Si está escrito que seamos sólo él y yo, que así sea.

Seguimos yendo al Hospital Lister. Continúo intentando quedar embarazada, los meses se vuelven años, fracaso tras fracaso tras fracaso. No soy una persona, soy una sombra que se desliza por las paredes, que se estremece sobre las aceras. Tengo picores por todo el cuerpo, la cabeza atormentada, la paciencia al límite, a punto de saltar a la más mínima provocación. No soporto ver a una embarazada. Las odio. Ni siquiera soporto a las amigas que están embarazadas, dejo de frecuentarlas. Si alguien se acerca demasiado a mí en la calle o en una parada de autobús siento ganas de matarle. Los *mataré* a todos. *Que se atreva ese hijo de puta a acercarse un paso más, no me importa, yo ya estoy muerta.* Siento como si mi cuerpo fuese una de esas figuras humanas que ves dibujadas en los carteles de las consultas médicas, despellejadas, con las palmas de las manos hacia fuera, con los vasos, los órganos, las arterias a la vista, en carne viva.

Tumbada en la consulta del médico, semana tras semana, los pies levantados y apoyados en los estribos, dejo que mi mente deambule lejos de mi cuerpo; no estoy allí, es la mujer que desea tener un bebé la que está tendida en esa camilla, con las piernas abiertas y con un hombre que no ha visto nunca metiendo una mano hasta las profundidades de su ser. *Hazlo por el bebé. No eres tú, Viv, tú estás flotando contra el techo, mirándolo todo desde arriba. ¡Caramba, qué pálida está! Rezuma desesperación. Es la criatura más triste que he visto en mi vida. Me parece que lleva un par de años llorando. Qué suerte que no soy yo. Yo soy afortunada. Mi madre siempre dijo que yo era una niña con suerte. Eso le comentó la enfermera cuando nací. Forma parte de mi historia.* En otro hospital al que me mandaron para hacerme más pruebas, el médico no usa guantes, me mete dos

dedos dentro y los gira una y otra vez dentro de mi vagina mientras me mira a los ojos. Creo que eso se llama abuso deshonesto. Después de vestirme, me siento frente a él al otro lado de su escritorio y rompo a llorar. Él se queda petrificado, pero no lo denuncio, no tengo tiempo. Tengo una misión que cumplir. La siguiente vez que voy al mismo hospital digo que no quiero que me atienda ese médico. La enfermera contesta: «No se preocupe, el doctor ya no trabaja aquí.»

Dejo de trabajar, estoy mentalmente incapacitada para trabajar. Me recluyo en casa, me escondo, salgo de vez en cuando a comprar comida. Cada ápice de energía se lo dedico a mi marido. Lo amo, quiero conservarlo, le preparo la cena, nos sentamos juntos en el sofá, cogidos de la mano, y vemos la tele. Estamos muy unidos. Somos los dos contra el mundo.

Me aceptan en la clínica especializada en abortos espontáneos del Hospital St. Mary's, dirigida por el profesor de renombre internacional Lesley Regan, y me someten a un régimen para hacer que mi sangre sea menos espesa inyectándome aspirina en el estómago todos los días; después regreso al Hospital Lister para volver a intentarlo. Sigo igual. Sin bebé. Sólo moratones violetas, negros y amarillos cubriéndome el vientre. Soy lo menos parecido a una madre. Tengo un contenedor para jeringuillas desechadas debajo del lavabo. Todos los días, todos, me inyecto. Voy a ver *Trainspotting* al cine Screen on the Hill, pero me marchó a mitad de la película, me parece una exaltación de las agujas hipodérmicas; para mí las agujas no tienen nada que ver con el rock and roll, no tienen ningún glamour. Para mí son sinónimo de sufrimiento y fracaso. Esa noche, al volver a casa, las pequeñas baldosas gris pálidas de nuestro cuarto de baño titilan como millones de minitelevisores mientras estoy sentada en el retrete, la cabeza apoyada en las manos, con la mirada clavada en el suelo y preocupada, preocupada, preocupada, pensando si estoy haciendo lo correcto. ¿Es ésta una forma segura o ética de concebir? La fecundación in vitro está en pañales, no hay mucha gente que la haya puesto en práctica. Una vocecilla infantil interrumpe mis pensamientos, alta y clara: *No me importa cómo haré para llegar hasta ti, mami. Tú sigue intentándolo.* La voz es tranquilizadora y destila confianza. ¿O es que estoy loca de remate? No debería ver películas surrealista en este estado.

Me entero de que existe una clínica de fecundación in vitro en Bélgica con un porcentaje de éxito mucho más alto que el de las clínicas inglesas porque allí las leyes para el tratamiento de la infertilidad son diferentes, está

permitido transferir al útero más de tres embriones. Así que Maridito y yo empezamos a viajar a Bélgica. En total, me he sometido a once in vitro y a trece operaciones con anestesia general, incluyendo los dos bebés perdidos y la extirpación de vesícula (tras sufrir una hiperestimulación causada por los fármacos de la fecundación in vitro). No me extraña que esté como una cabra. Me encuentro tendida en una cama mirando por la ventana que da a un polígono industrial belga. En el césped se congregan cientos de urracas. *Dios querido, te ruego que me envíes una señal si consideras que lo que hago no es lo correcto...* Cientos de urracas, miles de libras esterlinas, sufrimiento, viajes en tren, llamadas telefónicas internacionales, análisis de sangre... y sigo fracasando.

Fracaso se ha convertido en mi segundo nombre. ¿Parezco triste y abatida? Pues sí, joder. ¿Por qué no tiro la toalla? Porque quiero un hijo más que nada en este mundo. Durante treinta y seis años no quise tener hijos, pero ahora he conocido a un hombre a quien amo y quiero tener un bebé. Tan sencillo como eso. Soy presa de un deseo que me supera y me arrastra de un modo que no puedo controlar. Algo que también está destruyendo a mi madre. Ella intenta convencerme de que tener un hijo no lo es todo en la vida.

—¿Por qué tanta desesperación por ser madre?

—LO ÚNICO QUE QUIERO ES TENER A MI HIJO EN BRAZOS.

No tiene lógica, ningún sentido, es un impulso biológico obsesivo. Veo un cochecito con un bebé en la puerta del gimnasio, una niña. Qué divino sería poder levantarla en brazos y sostenerla un rato contra mi pecho. Bajo la mirada hacia aquel dulce cuerpecito, *Sólo me gustaría tenerla en brazos un momento...* Ay dios, estoy a un paso de robar un bebé. Ahora entiendo ese delito tan increíble como vil, lo comprendo, eso es lo que siempre dice la loca malvada que lo ha robado: «Sólo quería tenerlo en brazos.» Levantas al bebé un momento para hacerle un mimito y... es tan tibio y suave, tiene ese maravilloso aroma a recién nacido que te hace cerrar los ojos de puro éxtasis y... ya no puedes volver a ponerlo en el cochecito. Nunca más.

Como proyecto de futuro y para intentar que yo piense en otra cosa, Maridito y yo empezamos a buscar una casa para comprar. Queremos algo moderno, no soporto las cornisas, los suelos irregulares y el polvo que se desprende de las paredes construidas con cal y crin. En Camden Town encontramos una casa fantástica en una callejuela de antiguos establos acondicionados como viviendas individuales con un diseño arquitectónico

excepcional. Hay un montón de interesados en la casa, pero logramos quedarnos con ella. Es la primera cosa que sale bien en años; espero que sea una señal de que mi suerte ha cambiado. No esperaba conseguirla. Nunca más me jactaré de conseguir todo lo que me proponga. Ya no soy así. Ahora soy una persona a la que le pasan cosas malas. Nos mudamos. Es enorme. «Por favor, no me dejes sola en esta casa», le digo a mi marido. Pero la casa me encanta, es la primera vez en mi vida que me acerco a la puerta de una casa y estoy orgullosa de sacar la llave y meterla en la cerradura. Significa mucho para mí; parece una frivolidad, pero mi hogar es muy importante para mí. Aunque me avergüence decirlo, siento que en cierto modo me define. Toda mi vida he vivido en casas horribles, al menos ahora estoy en una que es magnífica.

Mi carrera se ha ido por el retrete con todas mis pruebas de embarazo fallidas. La BBC me ha ofrecido un contrato por una temporada corta. No quiero hacerlo, pero lo he aceptado. Tengo que empezar a contribuir a nuestras finanzas otra vez. He subastado mis guitarras, los amplificadores, la ropa de Sex y todo tipo de cosas y bártulos de Sid para pagar un par de intentos de fecundación in vitro (si uno de esos dos intentos hubiese dado positivo, pensaba llamarle Sid al bebé si era niño y Sidonie si era niña). Decidimos intentarlo sólo una vez más y después parar. Cuando me haya recuperado emocionalmente, ya pensaremos en adoptar.

Maridito y yo nos dirigimos con paso lento y desganado al hospital de Chelsea para hacer un último intento. Empiezo a trabajar de nuevo en la BBC en White City. El día que termino el trabajo para la BBC conozco a una mujer encantadora que hace terapia de reiki. Me hace tumbar encima de un escritorio en una oficina vacía y me somete a una sesión de sanación a través de la imposición de manos. No me acepta dinero a cambio, es una sanadora auténtica. Vuelvo a casa sintiéndome bien por primera vez en años. No dejo de repetir para mis adentros: *Suceda lo que suceda, podré con ello.*

Es sábado, ha llegado el momento de hacer nuestra última prueba de embarazo en lo que nos queda de vida. Da negativo. Por supuesto que da negativo. Ya me he resignado. Hemos quedado con unos amigos en Kenwood House para hacer un pícnic y escuchar el concierto al aire libre de esta noche. No voy a permitir que mi deseo de tener un hijo vuelva a dominar nuestras vidas nunca más, así que asistimos a nuestra cita a pesar de todo. Maridito y

yo estamos tumbados en la hierba mientras la *Música acuática* de Haendel flota encima del lago. No puedo sonreír. No puedo hablar.

—¿Por qué no te emborrachas? Al menos ahora puedes hacerlo —me dice Maridito.

Pero no me atrevo, no vaya a ser que todavía haya un feto ahí dentro. Tengo la sensación de que todavía puedo tener un bebé dentro.

Todos los días me hago una prueba de embarazo sin que nadie lo sepa. Siempre da negativo. Sólo quiero estar segura, dado que éste es el último intento. Voy a hacerme un test de embarazo todos los días hasta que me venga la regla. Si continúo haciéndolos por lo menos tendré algo por lo que vivir. Mantengo la esperanza. Pero eso es lo que te mata: la esperanza. Todos los días me someto a la tortura de mirar la pantallita digital del test mientras espero y espero. No aparece ninguna línea azul.

Pero un día *sí que surge* la línea azul. Muy tenue, pero me parece haberla visto. O me la he imaginado. Maridito entrecierra los ojos con la mirada fija en la pantallita y dice que también le parece ver una línea azul. ¿Es posible que después de haber leído un resultado negativo tras otro de pronto dé positivo? Vuelvo a hacer el test al día siguiente. La línea azul está más nítida. Ahora no es producto de mi imaginación. Voy al Hospital St. Mary's donde mi ginecóloga me hace otra prueba y confirma, sin lugar a dudas, que estoy embarazada. Mi ginecóloga y yo nos hemos hecho bastante amigas, pero hoy casi no podemos mirarnos a los ojos. Han asesinado a su mejor amiga, la presentadora de televisión Jill Dando. Mi inestabilidad es tal que todo se me antoja parte de mi maldición.

Un bebé crece dentro de mí. Lo sé. Y sé que es una criatura sana. No confío en mí misma, no confío en mi propia salud, pero no tengo ninguna duda de que Bebé es fuerte, mental y físicamente. Ahora mi obligación es no fallarle, convertir mi cuerpo en un lugar seguro y estable para ella hasta que esté lista para nacer. (Sé que será una niña, pedí que me dijeran el sexo pues no puedo soportar más sorpresas después de esperar tanto tiempo. Tengo que estar preparada.) ¿Estoy segura de poder con el embarazo? Por supuesto que no. La vieja y querida Sangre vuelve a aparecer, me sale a chorros. Me llevan al hospital y paso la noche en observación. Mi compañera de habitación está esposada al armazón de la cama. Es una presidiaria, la policía que la vigila está sentada en una silla junto a ella. La presa está tan sobreexcitada por estar fuera de la cárcel y haber cruzado la ciudad que parlotea sin parar toda la

noche. Dejo de sangrar, parece que Bebé está bien, me envían a casa. Sigo sangrando intermitentemente durante todo el embarazo. Cada vez que sucede vuelvo al hospital, pero Bebé sigue ahí aferrada. No se da por vencida. Gracias, querida niña.

10. EL CIELO Y EL INFIERNO

1999

Faltan pocos días para que dé a luz y de pronto me invade la certeza de que no debo tener a la niña de parto «natural» como había planeado y tanto anhelaba. Mejor someterme a una cesárea programada bajo circunstancias controladas. Hago caso a mi instinto y pido cita para ser intervenida el 12 de abril de 1999. Extraen al bebé de mi vientre: *¡Por dios santo, no sé nada de bebés pero la mía tiene el tamaño de una niña de un año!* Por primera vez en mi vida sé lo que es llorar de alegría. Si tuviese que morir ahora, moriría feliz. La envuelven y me la entregan, berreando sin parar. Mientras la enfermera viene hacia mí con aquella criatura chillando envuelta en una mantita blanca de algodón, entro en pánico: *No podré hacer que se calle. Se dará cuenta de que soy un fraude. Todo el mundo verá que soy una inútil como madre.* Cojo a la niña en brazos y le susurro:

–No pasa nada, Bebé, mami está aquí, mami cuidará de ti.

Y deja de llorar. No volveré a soltarla, a menos que sea necesario, en los próximos tres años.

Los tres días que paso en el hospital con mi bebé son tres días en el paraíso. Es una niña preciosa, suave, una bolita con hoyuelos. No dejo de mirarla. Se aferra a mí como una cría de koala. Estoy de pie en las escaleras de acceso al hospital y la llevo en un moisés. Va vestida con chaquetita y gorrito rosas de Baby Gap. Le pedimos a un transeúnte que nos saque una foto a Marido, Bebé y a mí. Después subimos al coche. Estoy horrorizada. ¿Qué demonios hace mi marido conduciendo así? Va a matar a mi hija. Todo se acentúa y se distorsiona. Ser madre primeriza es más psicodélico que tomarse un ácido. Todo es diferente. Los peligros se exageran, los olores se intensifican, la velocidad y los espacios crecen. De vuelta en casa, con otra cicatriz como la boca de un pez en el vientre, sentada en la mecedora mientras le doy el pecho a Bebé, oigo a Maridito haciendo cosas en el piso de abajo y pienso: *Por favor, vete. Márchate ahora mismo y déjame un cheque en el buzón todos los meses.* Qué idea más desagradable. Estoy llena de odio

y furia y recelo hacia mi marido, que me ha acompañado durante tantos años de fecundaciones in vitro y que ni una sola vez amenazó con abandonarme, ni siquiera en medio de un enfado. Lo amé con toda mi alma hasta el instante en que salí del hospital. Cuando la comadrona viene a hacerme la revisión a casa le hablo de esos sentimientos hacia mi marido. Me dice que deje pasar un año antes de reconsiderar la situación, me explica que es algo biológico y nada inusual. Tiene razón: después de un tiempo, el amor que siempre sentí por Maridito vuelve a instalarse en mi frío corazón.

Estoy nerviosa. Después de tantos años intentando tener un hijo, en lo más profundo de mi ser pienso que no me lo merezco. Seguro que alguien acabará quitándomela; mi madre la perderá en Camden Town, un pedófilo la secuestrará; Maridito se tropezará cuando la lleve en brazos. Todas las noches sueño que voy a su funeral.

Marido saldrá esta noche por primera vez desde que nació Bebé. Ya tiene seis semanas. Le doy el pecho y la acuesto. Pienso: *¿Me tumbo junto a ella y duermo un rato?* Estoy agotada, pero decido levantarme y prepararme una tostada con alubias de lata. Tengo que cuidarme. Estoy sentada en el sofá, comiendo, cuando oigo un golpe. No le hago caso. Otro par de golpes. Dejo la tostada con alubias en el plato, me dirijo hacia al vestíbulo y busco el origen del ruido, pero sin ningún asomo de preocupación. El sonido proviene del garaje. Abro la puerta del garaje, levanto la vista hacia la claraboya y veo una figura con los brazos y las piernas extendidos al otro lado del cristal.

Ah, son sólo unos niños haciendo el tonto, me digo para mis adentros, seguro que están jugando en los tejados de las casas para divertirse un rato... NO, VIV, ESTO VA EN SERIO.

Un hombre va a colarse en la casa a través de la ventana del primer piso a las diez de la noche, quiere llevarse a mi hija, ha venido a por ella, estoy sola, ella está en el piso de arriba, yo en el piso de abajo, soy madre primeriza, no sé qué tengo que hacer, no sé cómo salvar a otra persona, hasta ahora sólo he cuidado de mí misma, tendrá un cómplice vigilando fuera, ¿debería correr escaleras arriba y coger a mi hijita o eso nos haría más vulnerables a las dos?...

Todo esto lo pienso en una fracción de segundo y decido hacerle frente, con la esperanza de alejarlo de la niña. Decido dejarla sola en el piso de arriba. Puede que me equivoque. Abro la puerta principal (si tiene un cómplice estoy perdida) y estudio la calle oscura y en silencio. Estas casas

modernas de mierda, ninguna tiene una ventana que dé a la calle, sólo ladrillos y enlucido hasta donde se pierde la vista. Recuerdo haber oído que los delincuentes odian el ruido, atrae la atención hacia ellos y les pone nerviosos, así que suelto el alarido más fuerte y estremecedor del que soy capaz. Dos vidas dependen de ello. Vuelco todo mi ser en ese alarido. El hombre salta del tejado y cae a medio metro de mí mientras yo permanezco temblando en el umbral de la puerta. Intento cerrar de un portazo pero el tiempo se ha vuelto elástico, mis manos parecen de goma y la puerta de plomo. Tardo una eternidad en cerrarla de un empujón. Es tanto lo que me parece que me demoro que podría haberse colado por esa puerta un ejército entero.

Cuando logro cerrarla, me quedo en el vestíbulo y vuelvo a chillar. No sé si habrá podido entrar otro hombre en casa, quiero darle la oportunidad de que se largue. Después corro escaleras arriba hacia mi hija, que está llorando. Nunca ha oído a su madre emitir un sonido tan espeluznante. He imaginado muchas veces una situación de emergencia como ésta. Siempre pensé que lo mejor sería salir al balcón con mi hija y cerrar la puerta desde fuera, así que eso es lo que hago, pero el peligro ya ha pasado. Han resultado inútiles tanta preocupación y tantos planes urdidos para escapar con mi hija en caso de peligro. Llegado el momento de la verdad, tuve que improvisar.

Viene la policía, creen que ha sido un intento de robo.

—¿He hecho lo correcto? —les pregunto.

—Usted y la niña se encuentran a salvo —dice el agente—. Eso significa que ha hecho usted lo correcto.

11. SANGRE EN EL CAMINO

1999

Estoy paseando con Bebé y Maridito por Primrose Hill cuando de repente siento unos fuertes retortijones en el estómago, así que me meto en el primer pub que encuentro. Estoy perdiendo un montón de sangre, es increíble que todavía me quede algo. Algo anda mal. Bebé sólo tiene tres meses y le estoy dando el pecho, así que no tendría que estar sangrando en absoluto. Tengo el presentimiento de que algo malo me está pasando. Me quedo una eternidad sentada en el retrete. Maridito me llama con tono brusco del otro lado de la puerta como si yo estuviese encerrada allí para molestarle.

Voy directamente a la consulta del médico y una enfermera en prácticas me hace una citología. Comienzo a sangrar como un cerdo y la enfermera corre en busca de un doctor. Expulso trozos carnosos y gruesos que van acumulándose sobre la blancura de la sábana de papel que cubre la camilla de reconocimiento. Parece el mostrador de una carnicería. No hay manera de pararlo. ¿Adónde se han ido todos? ¿Es que no va a venir nadie?

Aparece un médico y me encuentra de pie en medio de un charco rojo, metiendo trozos de hígado en el cubo de tapa abatible.

–Coja un taxi. Vaya a Urgencias. Ahora mismo –dice.

Otra vez no.

Estoy sentada en la consulta de la doctora Jeffer con Maridito y con Bebé sobre mi regazo. La doctora me habla:

–... bla, bla, bla..., cáncer... bla, bla, bla.

Debo de parecer bastante ida porque la doctora me clava su brillante mirada de pájaro y vuelve a intentarlo.

–No podrá tener más hijos. ¿Lo entiende? –me dice.

Pues sí, dicho así, lo entiendo. Tengo que dar la impresión de que controlo la situación, de que asumo mi destino.

–¿Cómo se contrae este tipo de cáncer? ¿Qué es lo que lo provoca? –pregunto.

–El cáncer de cuello uterino sólo lo contraen las personas que son

sexualmente activas.

Cállate ya. Para de hablar. Me estás haciendo quedar como una fulana. ¿Qué va a pensar Maridito? ¿Que se casó con una perdedora que no sólo tiene cáncer sino que se acostó con medio pueblo y que ahora se va a morir y a dejarle solo para que se haga cargo de Bebé? Durante el resto de la consulta no hago más que tartamudear. Cuando intento decir mi dirección no me salen las palabras, sólo sonidos entrecortados. Antes de marcharme me dan una cita para hacerme una resonancia magnética.

Estoy tendida sobre una cinta transportadora, me colocan los auriculares para protegerme los oídos del fuerte sonido y sujeto con firmeza el pequeño timbre que me han dado para que pueda avisar en caso de que necesite que me saquen del tubo. La máquina hace un ruido tan fuerte que no me oirían aunque me pusiese a chillar allí dentro. Le digo a la radióloga que soy claustrofóbica.

–No tendrá ningún problema, ya verá –me dice–. Sólo la meteremos en el tubo hasta la altura de los hombros.

Se percibe cierta prisa. Poner en marcha una máquina de resonancia magnética cuesta miles de libras esterlinas por minuto. No hay tiempo para charlas. La radióloga se mete en una cabina y me observa a través de un cristal.

–Ahora la vamos a introducir en la máquina –anuncia una voz incorpórea.

La cinta transportadora me arrastra despacio hacia la máquina. Siento que sopla una suave brisa. Mis pies ya van por la mitad del túnel, ahora le toca el turno a mi cabeza, pero la cinta transportadora no se detiene, continúa internándose en el túnel. La radióloga me ha mentido. El techo está casi rozándome la cara, estoy encerrada, sepultada, sigo y sigo deslizándome, más y más adentro, hasta detenerme en las solitarias profundidades del tubo. No puedo soportarlo. Aprieto el botón del timbre. «¡Paren! ¡Paren!» Quiero salir, pero el espacio es demasiado estrecho, como una cueva subterránea, no puedo girarme hacia ningún lado. Un segundo más y empezaré a arañar las paredes. La camilla comienza a deslizarse hacia fuera lentamente y regreso a la sala blanca y fresca. ¡Qué vergüenza! He malgastado el tiempo y el dinero del hospital. Les he fallado a los médicos. Le he fallado a mi hija. Me despiden a toda prisa y me comunican con tono brusco que pida otra cita. En la sala de espera hay una cola de gente preparada para la resonancia magnética.

Creías que eras capaz de superar lo que fuera si tu vida dependía de ello.

Vuelvo a casa, vacío tres grandes cajas de cartón y las coloco juntas formando un túnel largo y estrecho con forma de ataúd. Todos los días me meto dentro, en medio del salón. Y cada día me coloco una manta cada vez más cerca de la cara, hasta que, al tercer día, puedo soportar tener la cara tapada durante cinco minutos. Cuando consigo estar dentro de la caja durante media hora, regreso al hospital y me hago la resonancia magnética.

Esta vez no hay problemas. Hay cosas que no se pueden hacer sin una práctica previa.

Estoy jodida. Tengo un tumor enorme en el cuello del útero. Si hubiera llevado a cabo mi idea inicial de un parto natural habría muerto desangrada. La cesárea me salvó la vida. Por lo que fuese, el tumor no fue detectado a pesar de que pagué para que me hiciesen una citología todos los años en lugar de cada tres. El cáncer de cuello uterino es uno de los pocos cánceres que es viral. Puedes contraerlo por follar. Basta que hayas follado una sola vez en toda tu vida sin la protección adecuada para contraerlo. Los médicos dicen que harán todo lo que esté en sus manos, pero que yo debería ocuparme de los preparativos necesarios «por si acaso».

Me invade la culpa. ¿Es esto consecuencia de haber practicado demasiado sexo sin tener cuidado? ¿De querer y necesitar amor? ¿Soy una frívola? ¿Una inmoral? Lo hablo con un amigo que tiene sida y me pregunta:

—¿Pensar en eso te ayuda a mejorar?

—No.

—Entonces deja de darle vueltas.

Mi hermana viene de Estados Unidos y se hace cargo de Bebé para que no tengamos que llevarla a una guardería. Mi madre viene a verme todos los días y me obliga a comer. Lo único que puedo tragar son espaguetis con mantequilla y sal. Mi amiga Tricia me acompaña a las citas del hospital (porque si no, después no me acuerdo de nada de lo que me han dicho) y otra amiga, Erin, le lleva una cena casera todas las noches a Maridito. Esas mujeres y una subvención de la organización benéfica Macmillan Nurses evitan que me hunda.

Hospital, médico. Puertas que se abren. Puertas que se cierran. Cuarta planta. *Ascensor subiendo*. Resonancia magnética. Endocrinología. Oncología. Tren. Casa. Bebé, abrazo, dormir.

Hospital. Análisis de sangre, endoscopia, ecografía, anestésico. Vomitar.

Sangrar. Resultados. *Me temo que es peor de lo que pensábamos.* Autobús. Casa. Bebé, abrazo, dormir.

Ascensor bajando. Esto puede escocer un poco. ¿Ha sacado número? Necesita un resguardo. Niveles en sangre. Suero, quimioterapia. Vomitar. *Un pequeño tatuaje. Permanezca tumbada sin moverse. Piense en que la máquina la ayudará a ponerse bien.* Radioterapia. Vomitar. Sangrar. Taxi. Casa. Bebé, abrazo, dormir.

Cierre los ojos. Abra las piernas. Soy importante, soy yo, estoy enferma. Te meten un dedo dentro, te palpan, te pesan. Vómitos. Diarrea. *Por favor use el gel de manos. Siga la línea verde. Usted se encuentra aquí.*

Gracias a dios que ésa no es *mi* vida. No siento nada, así que le debe de estar pasando a otro. Todo eso le pasa a la mujer que estaba tan desesperada por tener un bebé, es a ella a quien pinchan, radian, iluminan las venas con platino (cisplatino, el fármaco de quimioterapia basado en el platino), no a mí. De todos modos, yo jamás me cagaría encima. De hecho, soy bastante elegante, así que es imposible que sea yo la mujer que está en el cruce de York Way y Camden Road con una expresión tensa en el rostro, toda la cara contraída en una mueca, con las piernas temblando por el esfuerzo de contener la caca. Miradla con las rodillas juntas, agarrándose a las barandillas de hierro negro que rodean el complejo de viviendas de subvención oficial (*grandes momentos del rock and roll*). Probablemente sea una drogadicta o una borracha. Tch, tch. Es increíble la cantidad que se ven por Camden Town. Incluso entre la gente con dinero. «Por favor, podría pasar al lavabo. Muchísimas gracias.» *Habla con tu mejor tono de voz para que no piensen que eres una yonqui desesperada por pincharse. Actúa con tranquilidad, sólo unos pasos más. Demasiado tarde, no puedo aguantarme.* Delincuente sucia,apestosa, mugrienta, desagradable...

Ahora veo la vida de otra manera. Nunca más podré regresar al mundo de los sanos, he cruzado al otro lado. Y me alegro. Ahora tengo paciencia y soy compasiva y no me asusta la gente enferma o moribunda. Me parece que a las personas que no han cruzado esa frontera o que no han estado cerca de alguien que lo ha hecho les falta un hervor, que son seres sin vida.

Una vez que acabo con la radioterapia y la quimioterapia, todavía me queda someterme a un último tratamiento. La braquiterapia. Consiste en que los médicos me meten un cilindro de material radiactivo dentro de la vagina (se parece a esa barra verde brillante que le engancha la camisa a Homer

Simpson en la secuencia de créditos de *Los Simpsons*), después salen pitando de la sala, cerrando con llave tras de sí una puerta a prueba de ataques nucleares, y me escudriñan a través de una ventana de triple cristal mientras permanezco tendida en la camilla con las piernas levantadas al aire y la cosa verde encajada ya sabes dónde. Toda la semana posterior a este tratamiento la pasé tirada sobre el brillante suelo de madera de nuestro cuarto de baño, retorciéndome de dolor y vomitando un líquido verde brillante mientras me salía sangre del culo, que me escocía como si me lo hubieran rajado de un navajazo.

Le escribo una larga carta a Bebé, por si no salgo de ésta. He leído que es bueno hacerlo. Estoy tan furiosa conmigo misma; *¿qué clase de madre eres?, ¿traes una hija a este mundo para luego morirte nada más dar a luz?* Oscilo entre maldecirme a mí misma por morirme y pensar que soy una carga para Maridito y Bebé y que debería suicidarme. Hacerles un favor a los dos.

Pero el peor momento es la noche. La muerte esperando pacientemente al otro lado de la puerta entornada del dormitorio. Yo sé que está ahí fuera y ella sabe que yo estoy dentro. Aunque hoy le gane la partida y logre vivir una noche más, a ella le da igual, sabe que un día llegará su turno.

–Tengo miedo –le susurro a Maridito.

–Lo sé –me contesta. *¿Qué más puede decir?*

Cuando te enfrentas a la muerte, tienes que recorrer ese camino sola.

12. LA CASA BLANCA

1999-2007

De nuestras vulnerabilidades surgirá
nuestra fuerza.

SIGMUND FREUD

Sigo agotada como consecuencia de la radioterapia y la quimioterapia. Estoy como muerta en vida. Realmente, debería comer verduras de vez en cuando. Durante el tratamiento bebía infusiones de agropiro o grama de las boticas, zumo de setas shiitake, sopa de miso, comía verduras y no consumía carbohidratos ni nada de azúcar, trigo o lácteos. ¡Ah!, y antes de empezar la quimio me bebía mi propio pis (sólo puede hacerse si no estás tomando ningún suplemento alimenticio o fármacos), aunque debo decir que hay algo en el olor y el gusto de la clorofila que me provoca arcadas. Estoy tan delgada que no puedo tumbarme directamente sobre el colchón, tengo que colocarme dos almohadas bajo el cuerpo.

Me gustaría poder levantarme del sofá. Me gustaría poder sonreír, reír. No recuerdo la última vez que me reí. Me gustaría poder pensar en algo de este mundo que me interese aparte de mi hija. Emplearé el día de hoy en descubrir algo que me entusiasme aunque sea sólo un poquito. Miro la pantalla de la lámpara durante un par de horas. Me gusta mirar la pantalla, es algo neutro, sin sentimientos, sin compromisos. No hay nada en la pantalla de la lámpara que me moleste o me asuste. Por eso también pienso en la jardinera que aparecía por la tele, Charlie Dimmock. No me pregunto qué habrá sido de ella, sólo pienso en su aspecto. Ella también es neutra. Otra persona en la que pienso es Heather Mills. Heather Mills perdió una pierna, pero sigue considerándose una mujer atractiva. Cuando me invade el miedo a morir, canturreo por lo bajo: «Heather Mills, Heather Mills, Heather Mills, Charlie Dimmock, Charlie Dimmock, Charlie Dimmock.» No puedo pensar en nada que me haga sentir algo. Ése es el problema con las enfermedades graves y

con la depresión: que no puedes imaginarte curada (como cuando hace mucho frío y no puedes imaginar el calor), vives en un estado de terror continuo.

Lo único que me mantiene viva es mi hija. Es por ella que el amor corre por mi cuerpo como una droga. Puedo sentirlo constantemente. Ese sentimiento de intensa felicidad que late en mis venas durante todo el día le debe de crear una gran confusión al cáncer. Estoy decidida a recuperarme lo suficiente para disfrutar de la primera Navidad de Bebé. Ya tiene ocho meses. Hoy en día el único momento que paso con ella es cuando la abrazo mientras ambas estamos durmiendo. Maridito se ocupa de darle de comer y de cambiarle los pañales. Ella ya ha empezado a buscarle con entusiasmo para que la levante en brazos, se siente a salvo con su padre porque él es quien le proporciona todos los cuidados.

Les observo mientras constato cómo se desdibuja la intensa unión que yo tenía con mi hija. Estoy perdiendo a la hija que tanto luché por tener. Es increíble, inconcebible, nos comunicábamos telepáticamente. Estábamos unidas por el amor.

Permanezco despierta toda la noche observando a Bebé que duerme en su cuna junto a nuestra cama, recordando lo felices que éramos. Tras unas pocas horas de gimoteos, la autocompasión empieza a esfumarse y mi mente irrumpe de un salto: *Un momento, quizá yo pueda hacer algo al respecto. Al menos puedo intentar revertir esta situación. Hay pocas cosas que no tengan solución en esta vida.* Estoy tan deprimida que he olvidado que yo soy capaz de controlar mi vida. El cáncer te hace sentir una inútil.

Al día siguiente le digo a Maridito:

–A partir de ahora yo me ocuparé de cambiarle los pañales y de darle de comer a Bebé. No importa lo cansada que esté.

No tengo energía para hacerlo, pero tengo que elegir entre eso o perder a mi hija, así que saco fuerzas de la nada. Hacer todas las tareas cotidianas relacionadas con mi hija me devuelve a la vida. A través de ellas aprendo lo que es importante para mi bebé. Ella quiere que quien la coja en brazos cuando llora sea esa persona que se ocupa de sus necesidades físicas, que juega con ella, que le da de comer y que la cambia. Una niña lista. Después de dos semanas la he recuperado. Y durante los siguientes meses estamos más unidas que nunca. Ella necesitaba que su madre le dedicara tiempo y esfuerzo; a cambio, recibo la recompensa de su amor.

Si no es para atender a Bebé, apenas me levanto del sofá. No veo la tele, simplemente me quedo ahí, sentada. Ni siquiera miro el espacio, me limito a existir con el mínimo esfuerzo vital, como una ameba. Nunca salgo. No quiero estar ni hablar con nadie. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiera estar deprimida. Sé que no me interesa nada aparte de mi hija y mi marido y que me he vuelto apática y antisocial, pero pienso que se debe sólo a que estoy un poco quemada y harta de tanto luchar en esta vida, a lo que se suman los traumas de la fecundación in vitro, el nacimiento de mi hija y el cáncer. Le digo a mi médico que no logro reírme, pero no quiero entrar en detalles no sea que me quiten a mi hija.



Sujetando (fuerte) a Bebé en brazos en Primrose Hill, 2001

En medio de todo esto, recibo una llamada telefónica de Ari. No he sabido nada de ella durante diez años, ahora vive en Nueva York y quiere que la ayude a reagrupar a las Slits. Me aterra la idea de que Ari vuelva a entrar en mi vida. Soy incapaz de manejar la locura y el caos que eso conlleva. Le digo que *de ninguna manera*. Pone todo su empeño en convencerme. No le digo nada de mi cáncer, aún es todo muy reciente. Ari está muy molesta por mi negativa a volver a tocar en el grupo, pero me es imposible hacer nada que pueda ser perjudicial para mi hija o para mi salud mental o física.

Una mañana me encuentro de repente barriendo el suelo de la cocina.

Moviendo la escoba de acá para allá delante de mí. No recuerdo haber decidido barrer el suelo, levantarme del sofá ni entrar en la cocina. Sólo caigo en la cuenta de que lo estoy haciendo. Antes disfrutaba barriendo, era la única tarea de la casa que me gustaba. Recuerdo haber pensado alguna vez (cuando estaba bien): *Pobre Madonna, no barrerá jamás el suelo de su casa, tendrá a alguien que se lo haga, no sabe lo que se pierde.* Me parece que hay algo muy saludable en el hecho de limpiar tu propia cueva. El estado en que se encuentra tu casa es un buen indicador de cómo te va la vida. Si la tienes hecha una pocilga es que no das abasto o estás deprimida; si tiene que venir otro a limpiarla es porque es demasiado grande o estás demasiado ocupada.

Mientras barro me doy cuenta de que es la primera vez en un año que siento el impulso de hacer algo que no sea absolutamente necesario, y entonces sé que se ha producido un cambio. Eso me da esperanzas de que surjan otros pequeños cambios que me conduzcan, poco a poco, a una mejoría.

Desde ese día en que caí en la cuenta de que había abandonado el sofá y estaba barriendo la cocina, tuvieron que pasar diez años para que pudiera decir con toda franqueza: «Ahora estoy bien.»

Decido volver al gimnasio. Me siento en la bicicleta estática y, para darme ánimos, me imagino a un ave fénix renaciendo de sus cenizas. Pongo el nivel de resistencia de la bici en 1 (el más bajo). Yo solía pedalear en el nivel 10, pero tengo que ir poco a poco. La bicicleta no funciona, joder. Los pedales no giran. Le hago una señal con la mano al instructor para que se acerque. «Por favor, por favor.» Viene, inspecciona los controles, dice que está todo bien. Me bajo de la bici y él se sube de un salto para probarla. Los pedales giran sin problema. Vuelvo a montar. Los pedales no giran. Cero fuerza. Ninguna fuerza en las piernas.

Londres está llena de malos recuerdos. Maridito y yo pensamos que mudarnos a vivir a la costa me ayudaría a recuperarme (el aire fresco, una vida más tranquila) y que también sería bueno para nuestra hija. Vendo mis guitarras (me sorprende ver lo contento que se pone Maridito cuando las vendo), pero no tiro mis púas. Las guardo en mi elegante monedero. Me gusta verlas cada vez que lo abro para sacar dinero: una dorada con un agarre dentado y otra gris claro más gruesa.

Maridito y yo vamos a ver una casa junto al mar. Para llegar a ella tenemos que subir por un estrecho sendero de tierra, cruzar un puente de madera

(donde nos detenemos para mirar el riachuelo y dos cisnes que pasan nadando por debajo en ese instante), avanzar junto a hileras de lilas, un manzanar, varias casas de pescadores, hasta que llegamos a una casa de playa de madera blanca con el techo a dos aguas. Es como esas casas de verano norteamericanas de los años cincuenta y está encaramada sobre una roca que se eleva justo delante del Canal de la Mancha. El camino de entrada es de guijarros blancos y serpentea entre enormes plantas de espada de San Jorge y yucas (recorrerlo ya es una aventura), pero al salir del último recodo nos encontramos con un conejo despanzurrado delante de la puerta principal, el cuello y el estómago abiertos de un tajo. Con un rápido movimiento el agente inmobiliario levanta el mustio cadáver y lo mete en una bolsa de plástico. Yo salto por encima de las vísceras y bromeo diciendo que quizá sea una advertencia de que no debemos comprar la casa. Entramos en el enorme salón blanco y diáfano y delante de nosotros, como si no existiera una pared, está el mar, el mar, el mar. Decidimos comprarla, con o sin advertencia.

13. EL AMA DE CASA DE HASTINGS SE REBELA

2007

Me prometo hacer dos cosas cuando nos mudemos a la costa:

1. Me matricularé en la escuela de arte.
2. Me pondré en forma.

Me matriculo para asistir una tarde por semana a clases de cerámica en la Escuela de Arte de Hastings. Mi marido se ha enfadado, no entiendo por qué. Quizá esté celoso. Lo matriculo en una clase de dibujo al natural, así no soy la única que se divierte. Elijo la clase de cerámica porque el horario coincide con el del colegio de mi hija y porque, debido a mi tratamiento contra el cáncer, las manos me tiemblan de tal forma que probablemente no pueda volver a dibujar ni a pintar. Es la primera vez que no le doy muchas vueltas antes de decidirme. Los demás alumnos del curso son una mezcla de viejos y jóvenes, desempleados, trabajadores a tiempo parcial y solitarios, como yo. Me encantan. Son listos e interesantes. Me entusiasman sus conversaciones. Hablan de audífonos y de la guerra. «Las mujeres ponían una caja de detergente Omo en la ventana para comunicarles a los soldados estadounidenses: *Mi viejo ha salido.*» Me hacen reír. Ir a esa clase una vez por semana es curativo. Me siento relajada y cómoda por primera vez en toda una década. Lo mejor de todo es el profesor, Tony Bennett. (*Cuando el alumno está listo, aparece el maestro.*) Un buen profesor es un regalo, hace que la asignatura cobre vida y eso es lo que me transmite Tony. Me observa durante un par de meses, como si yo fuese un animal asustadizo. No se acerca demasiado. A veces se aproxima por detrás (como suelen hacer los profesores de arte) y hace algún comentario sobre mi interpretación del tema. Nunca critica, nunca me corrige la técnica, siempre habla de la emotividad en el trabajo, hasta que un día, cuando ya nos sentimos cómodos el uno con el otro, me dice:

–Viv, ¿por qué no intentas *expresarte* a través de tu obra?

–¡No quiero expresarme! ¡Estoy harta de expresarme! ¡Me he expresado

hasta decir basta! Lo único que quiero es hacer unos bonitos cuencos marrones para poner en el salón.

Estoy horrorizada, sorprendida, de la vehemencia de mi respuesta.

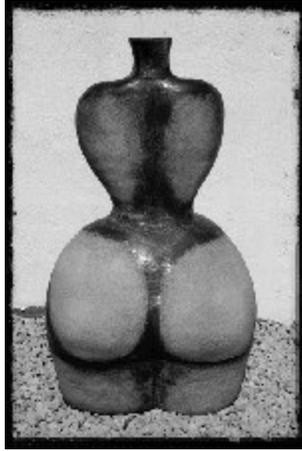
Deja que me desahogue y no dice nada más. La semana siguiente se acerca a mí.

—Ya sé por qué dijiste eso —me dice—. Anoche te oí en Radio 4, el apellido era diferente, pero reconocí tu voz, eres Viv de las Slits.

(Era una reposición de una vieja entrevista.) Hablamos de las Slits y de lo duro que fue ser una chica que abrió caminos, que recibía golpes en la calle casi a diario, así como en el mundo de la música, y que ahora lo único que quería era ser invisible.

Pero él ha plantado una semilla, algo cambia en mi interior y me relajo. Hago mi primera pieza de verdad. Es como el trabajo que solía hacer cuando estaba en la escuela de arte a los diecisiete años: erótico y gracioso, una combinación de lo antiguo y lo moderno, a la vez fetiche y símbolo de la fertilidad. Llevo la pieza de cerámica a casa. A Marido no le gusta. Se burla de ella, dice que no permitirá que la ponga dentro de casa. «Ponla en el jardín.» También dice que nuestra hija no debe verla porque es sexual. No es sexual, es la representación de una mujer desnuda. Creo que los niños pueden diferenciar desde muy temprana edad lo que es entretenimiento, arte, humor o vida real. ¿Todos los artistas que dibujan a partir de modelos del natural tienen que esconder sus obras ante sus hijos? Claro que no. ¿Y qué pasa con artistas como Yoko Ono y Louise Bourgeois? Sus obras son extremistas y ambas tienen hijos. No estoy diciendo que yo me considere una artista. No me importaría serlo. Pero no voy a ocultar nunca más mi verdadera personalidad a mi hija. Esto es lo que hace tu madre. Si tienes alguna duda o preocupación, puedes venir y hablar conmigo. Pongo la cerámica en el aparador.

Marido trabaja todo el día en el enorme espacio diáfano que es el salón-cocina, el único que hay aparte de nuestro dormitorio. Él sigue teniendo su estudio en Londres, pero no va todos los días. La vida de provincias le está volviendo un poco cerrado y cascarrabias. Estoy empezando a dudar de que fuese una buena idea mudarnos.



Mi primera cerámica. 2007

Necesito tener un espacio propio así que alquilo un estudio en Hastings (se lo ofrezco a Marido, pero él prefiere trabajar en casa) que comparto con un compañero de clase que se llama Robin. Voy al estudio un par de horas al día (después de dejar a mi hija en el colegio) y trabajo en mis cerámicas. Al principio no me gusta tocar la arcilla. Es demasiado viscosa, se me mete debajo de las uñas y me estropea la ropa. Me lleva un par de semanas hundir los brazos sin miedo en los grandes cubos de arcilla, meterlos hasta los codos, sacar grandes puñados de barro y después lanzarlo de golpe sobre la mesa de trabajo. Golpear y moldear la arcilla me parece terapéutico (nunca hubiese elegido ese material si no fuese por mis circunstancias, pero ahora que lo he descubierto, es justo lo que necesito). Moldear, dar forma, rascar y pulir son acciones muy naturales y orgánicas, sólo tienes que concentrarte a medias, así que una parte de tu mente está distraída de lo que estás haciendo, dejando que emerja tu lado más intuitivo e instintivo. Eso es bueno para mí, permite descansar un rato al hámster que corre sin cesar en su ruedecita dentro de mi cabeza.

Mi hija regresa a casa del colegio hecha un mar de lágrimas. Llegó última en la carrera campo a través. Dice que no le importa no haber llegado la primera, pero que no soporta haber sido la última. Le digo que eso se debe a que no ha entrenado nada. Las cosas no pueden salir bien si antes no se practica. Vamos a entrenar juntas. Todas las tardes después del colegio corremos por el prado que hay junto a nuestra casa. Es un terreno embarrado y desigual, con toperas, zonas encharcadas llenas de juncos que tenemos que

saltar, ovejas asustadizas que se apartan pesadamente de nuestro camino, montículos de caca de oveja salpicados aquí y allá como bolitas de chocolate. Mi niña va al trote, pero yo apenas puedo andar. Tengo un asma tan grave que casi me impide respirar, no tengo capacidad pulmonar. Tras unos pocos pasos se me cansan las piernas, ella da dos vueltas por cada una que doy yo. Odio correr. Después de un par de meses mi hija obtiene el tercer puesto en la carrera campo a través (posteriormente optará por quedarse en la retaguardia con las niñas guay) y yo decido intentar correr por encima del espigón, a ver si me resulta un poco más fácil hacerlo en llano. Soy como Rocky al principio de la película, sin aliento, cayéndome cada pocos pasos, sin control; me siento como unos jubilados que he visto por la tele llegando a la meta tras correr una maratón. Logro correr cuatrocientos metros, pero acabo mareada por falta de oxígeno. Me apoyo en el asta de una bandera y me quedo jadeando durante unos minutos antes de dar la vuelta y regresar a casa medio corriendo, medio andando. Voy mejorando poco a poco, el asma remite, siento cómo se recuperan mis músculos y empieza a gustarme salir a correr. Para mí es como la meditación, *tengo* que hacerlo; ya ni siquiera noto el esfuerzo.

Salgo a correr en cualquier situación climática y a cualquier hora del día. Da igual que llueva, haga frío, calor o sea de noche. A un lado del espigón hay una carretera y grandes prados con altas hierbas. Observo los cisnes deslizándose por un pequeño canal construido para transportar munición en barcas a lo largo de la costa durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Saludo con la mano a la campesina que conduce su tractor, los largos cabellos rubios alborotados alrededor de su rostro curtido por el sol, con su collie sentado a su lado, impaciente y alerta. Del otro lado del espigón está el mar; las olas grises rompen sobre los guijarros, las gaviotas chillan y se zambullen. A lo lejos, la central nuclear de Dungeness está posada en el horizonte, toda iluminada como si fuera un salón de baile flotante y hortera. Ahora paso corriendo por delante del asta de la bandera ubicada a cuatrocientos metros y, después de correr tres kilómetros y medio sin parar, llego al café de la playa que hay al final del espigón (la puerta de entrada está sujeta con una tarrina de margarina para mantenerla abierta). No necesito parar a descansar, doy la vuelta, me pongo de cara al viento y regreso corriendo.

La paranoia que me invadió después del cáncer (de que volvería a recaer)

comienza a desaparecer. Durante un tiempo seguí yendo al hospital por cualquier cosa, porque me parecía que tenía esto, aquello o lo otro. Fueron muy pacientes y me hicieron todo tipo de pruebas. Me metieron un tubo por la boca para poder examinarme el interior del estómago, me hice un montón de análisis de sangre para detectar alergias alimentarias, después me metieron una cámara por el culo..., esa prueba casi acaba conmigo. Creo que llegué a sufrir levemente el síndrome de Munchausen (caracterizado por una adicción a los hospitales); no podía abandonar la seguridad del hospital y la atención y los rituales que allí encontraba. Pero cuando me metieron una cámara por el culo, todo eso se acabó.

Después de haber pasado tanto tiempo preocupada y angustiada, la experiencia de vivir junto al mar y de salir a correr empieza a brindarme por primera vez en muchos años el espacio mental necesario para volver a desarrollar mi creatividad. Con el viento salado acariciándome el rostro, con los pies pisando los guijarros y el álbum *Hounds of Love* de Kate Bush sonando en mi iPod, la cabeza se me llena de nuevas ideas. *¿Qué me parece ese estilo arquitectónico?*, me pregunto mientras paso corriendo delante de una casa blanca modernista. «Me gusta la forma de la casa, pero las ventanas son demasiado pequeñas.» *¿Qué me parecen la escalera asimétrica y las esculturas del jardín?* «Esa escalera no queda bien en esa casa; las esculturas son interesantes.» *¿Quién soy ahora? ¿Soy la misma persona que cuando tenía diecisiete años? ¿La misma que era cuando me casé? ¿O mi personalidad ha sido minada por completo y debo empezar de nuevo, rehaciéndome a mí misma desde cero, como si hubiese padecido amnesia?* No importa cuáles sean las respuestas a las preguntas que me planteo para mis adentros, da igual que sean vulgares, que sean comunes y corrientes, lo importante es que sean verdaderas.

Todas las mañanas empiezo otra vez con las preguntas, cosas fáciles, como el color. Siempre me han atraído los colores. Mi madre fue quien los hizo interesantes para mí desde que era pequeña. «¿Ves el color de la falda de esa mujer?», me preguntaba mi madre cuando yo era niña. «Ese color se llama aliento de elefante.» Y así continuaba. «¿Ves esa cinta? Ésa es verde menta, ésta es azul huevo de pato, aquella flor es rosa empolvado y aquella otra es rosa asalmonado.» Me entrevisto a mí misma para descubrir mi nuevo yo. *¿Qué colores te gustan?* «El Eau de Nil, un color verde pálido, tranquilo y misterioso; el malva y el lila, colores delicados, suaves, sensuales.» *¿Por qué*

te gustan esos colores? «En lo único que podía pensar después de la quimio era en el color morado. Decoré todo el árbol de Navidad en color morado y envolví todos los regalos con papel morado, sentía que ese color me curaba.» *Muy bien, ahí tienes una historia, una respuesta con sentido. Crea un relato a partir de tus experiencias.*

También empecé a reír de nuevo. El contacto con mis compañeros de la escuela de arte (siempre abiertos, sin pretensiones y nada críticos con los demás) hace aflorar en mí una vena bastante lúdica y alegre. Vuelven a interesarme los detalles de la ropa: una manga abullonada, una cremallera lateral o frontal en una chaqueta de cuero, la forma del tacón o de la puntera de una bota. Disfruto mirando. Antes miraba todo y a todos. Me fijo en las marcas de una piedra, en las macilentas escolleras desgastadas por el mar; *da igual lo que te guste, debes ser sincera y observadora*, me digo a mí misma. No me permito salir del atolladero fácilmente: si afirmo algo tengo que poder explicar por qué.

Salir a correr también me ayuda a aceptar mi cuerpo. Después de tantos años de intervenciones médicas, me siento violada. Todas esas manos de desconocidos tocándome durante años. Para sobrellevarlo reaccioné como la víctima de una violación, renegando de mi cuerpo, abandonándolo y sobrevolándolo, no estando *dentro* de él mientras sucedía todo aquello. Me repetía para mis adentros: «Hago esto para tener un bebé, hago esto para tener un bebé, hago esto para curarme.» Por fin empiezo a sentir otra vez que mi cuerpo me pertenece y que es un cuerpo fuerte y sano, que me sirve fielmente en lugar de fallarme constantemente.

También intento aprender a jugar al tenis. No es para mí, soy negada para el tenis, pero quiero relacionarme con las otras madres. Balanceo el brazo con desgana mientras la profesora me lanza una pelota.

–Ojalá apareciese en mi vida un hombre que me sirviese de estímulo –le digo a la profesora.

¿De dónde ha salido esa idea tan desleal e insurrecta? Estoy escandalizada conmigo misma. No he sido infiel ni siquiera mentalmente durante mis quince años de matrimonio. Y ahora se me acaba de ocurrir que necesito un hombre, una musa para poder seguir adelante, una fantasía que me llene de energía e inspiración. *Ten cuidado con lo que deseas.*

14. LA HERMOSA FORTALEZA

2007

*In every dream home a heartache.*¹⁵

ROXY MUSIC

Voy a hacerme un chequeo con mi médico, el doctor Shah. Dice que mi marido fue a verle a la consulta la semana anterior por una pequeña dolencia.

–Él no la ama, ¿sabe usted? –me suelta con toda naturalidad–. No se preocupa por usted. Lo he visto en muchas ocasiones, cada vez que el más débil de los dos se vuelve dominante e intenta minar al más fuerte.

¡Qué raro que un médico te diga algo así! Aquello debería haberme sorprendido y preocupado, pero sé que mi marido me ama. Estamos pasando por un bache, eso es todo.

¿Cómo se puede vivir la experiencia del matrimonio y de la paternidad y continuar siendo la misma persona? Quizá sea inevitable que el individuo sacrifique algo en aras de la unidad. Rachel Cusk describe el matrimonio y la familia como «la deshonestidad institucionalizada», «un culto al sentimentalismo y a las superficialidades». Robin Wright Penn lo llamó «una hermosa fortaleza». Y Virginia Woolf, que nunca se muerde la lengua, escribió: «Detesto el matrimonio. Odio su suficiencia, su seguridad, su compromiso y la idea de que tú puedas interferir en mi trabajo, entorpeciéndome.» Lo único que sé es que yo no nací para esto. Yo soy una persona creativa, rebelde, feminista. No soy una limpiadora, una cocinera, una conciliadora, una conformista. Creo que puedo manejarme un poquito con todas esas cosas, pero no ocuparme sólo y únicamente de la vida doméstica.

Si pienso en los últimos años, no creo que hubiese llegado a ser una esposa y madre a tiempo completo si no hubiese sido por mi enfermedad, pero no tuve más remedio, no me sentía bien del todo como para salir a trabajar, lo

hice lo mejor que pude dadas las circunstancias y lo hice de buen grado. Pero, a pesar de haberme dedicado encantada y con toda mi alma al hogar, no ha sido fácil. Yo me he buscado la vida y he ganado mi propio dinero desde que tenía diecisiete años. La maternidad conlleva un cambio drástico en tu libertad y en el lugar que ocupas en la sociedad. Nadie te dice nunca: *Eres muy buena en esto, muy bien hecho*. Nadie te paga. Si la pifias y se te cae el bebé, entonces es posible que te presten algo de atención, pero si no das ninguna guerra y cumples «más o menos bien» con tus tareas, no te hacen ni caso.

Un día durante una discusión Marido me dice: «Tú me perteneces.» Y caí en la cuenta: *Es igual que en la década de los cincuenta. Si eres una madre a tiempo completo y no generas tus propios ingresos, eres como un bien mueble, una carga familiar. Estamos en 2007 y nada ha cambiado*. Marido quiere que deje de teñirme la raíz del pelo y de depilarme las piernas para ahorrar dinero y dedicarlo a la matrícula del colegio (y de paso convertirme en un yeti de greñas grises). Pero todavía tengo que moverme por este mundo, todavía tengo que presentarme delante de la gente a diario, mantener la cabeza alta. Eso es demasiado sacrificio para mí.

–Si no podemos permitirnos pagar un par de depilaciones al año entonces no podemos permitirnos mandar a nuestra hija a un colegio privado –le digo a mi marido, y lo digo en serio. No voy a martirizarme, no es sano. Ya transité un buen trecho de ese camino, y llegado a este punto debo parar en seco o no habrá vuelta atrás.

He dejado de mirar por la ventana para disfrutar de la vista del mar. Ni siquiera le echo una ojeada mientras me dirijo a la cocina con una taza vacía en la mano. Ahí está, desplegado en toda su inmensidad al final del salón, ondulando como una tela bordada con joyas que alguien agita eternamente para mi deleite. Y yo lo ignoro. Y lo mismo nos está pasando a mi marido y a mí: no nos prestamos suficiente atención, no nos tocamos lo suficiente. Si uno es capaz de no hacerle caso a algo tan majestuoso como el mar por el solo hecho de tenerlo todos los días delante, ¿qué posibilidades tiene un simple mortal? El equilibrio existente entre nosotros, el microclima de nuestra relación, ha cambiado: él solía ser mi roca, pero después de dar a luz a Bebé y de sobrevivir a un cáncer yo misma me convertí en una roca. Una de dos: o nos desplazamos un poco para repartir el peso sobre la balsa de nuestro matrimonio o acabaremos escorando hacia un lado, volcando y ahogándonos.

Tenemos que renegociar nuestros roles. Creo que es algo que debe hacerse constantemente durante el matrimonio. Hay una línea muy fina entre una roca y un peso muerto. *Hay una línea muy fina entre el amor y el odio.*

Estando en este punto decidimos reformar la casa. ¿Quieres saber si te llevas bien con alguien? Múdate con esa persona a la mitad de la nada, donde no conozcas a nadie, y ponte a hacer obras en una casa. Ahí queda todo bien claro. Tenemos a cinco obreros polacos metidos en casa todo el día, desde las ocho de la mañana, y Marido todavía sigue trabajando en mitad del salón. Lo hace para ahorrar dinero y poder pagar la reforma, pero está afectando a nuestro matrimonio. Nuestra casa tiene un enorme salón abierto en la planta baja y un dormitorio abuhardillado en el piso de arriba. «Tu matrimonio debe de ser muy sólido», me comentan las otras madres, no del todo convencidas, cuando se enteran de que tengo a Marido trabajando todos los días en el salón. Marido hace continuos comentarios sobre el estado de la casa: lo que (no) hay en la nevera, las migas que han quedado en la tabla del pan, la lavadora sin poner, las sábanas, el cuarto de baño, dónde he estado, a quién le escribo un correo electrónico, qué he comprado, por qué vuelvo a pedir otra cita para depilarme las piernas. «¿Otra vez? ¿No te depilaste el mes pasado?» «¿Te importa prepararme un café?» «¿Qué hay para comer?» Ahora ya no va a su estudio en Londres. Ahora sólo se mueve por casa y está empezando a obsesionarse con ella. Conozco muy bien esa sensación gracias al año que pasé tumbada en el sofá y, por supuesto, la casa nunca está del todo bien, no puede estar perfecta. Marido tiene la expresión contrariada de alguien a quien le han endilgado un empleado incompetente y que está convencido de haber cometido un gran error al contratarle. Tengo la sensación de que le gustaría despedirme, de que *me despediría* si no tuviera que pagarme una indemnización.

Muchas veces cuando llego a casa me quedo sentada dentro del coche y me echo a llorar. No quiero entrar porque allí no tengo espacio, no tengo donde meterme, no hay cocina, no hay salón (porque se ha convertido en su oficina). Marido, Bebé y yo dormimos en la habitación del piso de arriba al cual se accede, debido a las obras, por una escalera de mano. El contratista es un inútil, así que el trabajo se retrasa constantemente. Después de hacer la compra o de ir a llevar a mi hija al colegio, me quedo sentada dentro del coche para posponer lo más posible el momento de entrar en casa. Ya no

parece un hogar. Observo cómo la reconstrucción lenta y penosa de nuestra casa va destruyendo lenta y penosamente nuestro matrimonio.

15. LA CARTA

2007

Toda relación humana es una aventura.

TONY BENNETT

(no ese Tony Bennett, sino mi profesor
de cerámica en la Escuela de Arte de
Hastings)

Estoy tumbada en la cama de matrimonio blanca y extra grande de nuestro minúsculo dormitorio blanco, en nuestra flamante casa de playa modernista, con forma de cubo de cristal, y observo pasar las nubes a través de la claraboya del techo. Oigo a las gaviotas chillar y arañar el tejado al levantar el vuelo para planear por encima del canal y a las ovejas balar en los prados. Dormitando encima de esta colcha fresca de algodón como una marquesa, mientras un bombero del lugar joven y atlético llamado Dan está abajo en el jardín construyendo una valla con viejas traviesas de tren, pienso: *Las cosas no están tan mal. Hemos superado las dificultades.* Dan tiene el torso desnudo, está moreno y sudoroso, y un pequeño puro marrón le cuelga de la comisura de los labios. Es superatractivo, pero a mí no me interesa. Tarareo por lo bajo, desafiando a los dioses:

Nada de lo que digas puede arrancarme de mi chico.

Nada de lo que hagas podría hacerme ser infiel a mi chico...

Puede que no sea una estrella de cine...¹⁶

Marido y yo llevamos casados dieciséis años, hemos pasados tiempos realmente difíciles y tampoco las cosas están demasiado bien en este momento, pero aun así ningún bombero cachas ni ningún muchachote apuesto del pueblo ni ningún millonario, no señor, ni siquiera una estrella de

cine, pueden apartar mis pensamientos y mi corazón de la vida que hemos construido juntos.

Dos días después subo a duras penas por el sendero de guijarros, cargando varias bolsas de plástico naranja de Sainsbury's. La espalda me está matando. Estoy sofocada, estresada y voy con retraso. Tengo que entrar en casa, sacar la compra de las bolsas, guardarla y volver a salir a todo correr para ir a recoger a mi hija al colegio, que está a veinticuatro kilómetros. Cuando subo por el sendero, se me clava la hoja de una planta en el ojo. Marido me mira desde la terraza de madera. ¿Por qué diablos no mueve el culo y viene a ayudarme? ¿Y por qué agita un papel en el aire?

–¡Has recibido una carta de Vincent Gallo! –me grita por encima de las pitas y de las yucas.

–¿De quién?

–De Vincent Gallo. El tipo de las películas.

¿De qué me habla? Lo fulmino con la mirada mientras paso junto a él y suelto las bolsas sobre la encimera de la cocina. Tengo los dedos hinchados y doloridos de cargar con tanto peso. Marido agita la carta delante de mi cara. Le arranco el maldito papel de la mano. Me muevo por instinto. Me fijo en los detalles. Sospecho de la misiva, como un detective. Un detective bastante malo. Examino el sobre. Mi nombre y dirección están escritos a mano con tinta negra en una mezcla de minúsculas y mayúsculas. Las letras están separadas, son puntiagudas y denotan cierto nerviosismo, inclinadas en diferentes direcciones. El papel está lleno de surcos marcados por la presión del bolígrafo. Deduzco que el autor de la carta ha recibido una educación mediocre y probablemente un tanto inconsistente. Mi nombre está escrito completo: «Viviane.» Eso es raro. Casi todo el correo que recibo manuscrito viene dirigido a «Viv». El asunto despierta mis sospechas. Es demasiado considerado. ¿*Qué pretende?* La dirección del remitente, escrita en el ángulo superior izquierdo, es Sunset Boulevard, Los Ángeles. *Ah, sí, claro. Como si ésa fuese su dirección auténtica. Seguro que la ha puesto para impresionar.* La deconstrucción del sobre me lleva un par de segundos. Marido observa por encima de mi hombro.

–Sabes quién es ese tío –dice–. No es muy simpático. Aparecía en la película *Buffalo '66*.

–¿El que hace de director de cine independiente?

–No. Ése era Steve Buscemi. Ya sabes, el que se saca el pito en una

película, el de la mamada.

No parece el tipo de películas que me gustan.

Abro el sobre mientras Marido se va hacia su ordenador para buscar una foto que me refresque la memoria. Me llama para que me acerque a verla. Me inclino por encima de su hombro, pero no puedo concentrarme. No dejo de mirar al otro lado de la habitación, a la pantalla del reloj de nuestro horno Bosch. No tengo tiempo para esto.

En ese momento aparece una imagen en la pantalla del ordenador de una... ¿qué es eso? Me inclino un poco más para verlo mejor, ¿es una prótesis? Pues no. Sin lugar a dudas, nunca le había visto. Me acordaría de eso. Saco la carta del sobre. Sólo hay dos renglones escritos a máquina que dicen lo menos posible. ¿Podría él enviarme un correo electrónico o llamarme por teléfono para hablar conmigo de un asunto? Saluda atentamente. Muy formal. Me gusta la formalidad. Casi todos los que me escriben creen que tienen que parecer geniales. La carta también es misteriosa. No me gusta el misterio. Me gustan las cosas claras. Y al final otra vez ese garabato puntiagudo. «Vincent Gallo.»

Una de dos: Vincent quiere dinero porque cree que sigo en la industria del cine (algún rollo de trabajo), o, en el mejor de los casos, quiere usar la música de las Slits en alguna película. Como he dicho, soy una detective bastante mala. Cojo las llaves del coche y me dirijo hacia la puerta. Me vuelvo para mirar a mi marido que sigue sentado delante del ordenador revisando imágenes.

–Me da igual lo que quiera ese tipo, no puedo ayudarle –digo, y meto la carta en el cajón de los cubiertos antes de salir por la puerta. Corro hacia el Audi para sacar el resto de la compra.

Ya he recibido cartas como la de Vincent Gallo anteriormente, aunque de eso hace más de diez años. Algunas de tipos realmente interesantes. Nunca las contesto. Es parte del espíritu general del punk que afirma que «nadie es mejor que los demás». Nunca alentamos la existencia de los fans y yo continúo en esa línea. Además, soy una persona muy reservada. Pero sobre todo se debe a que no creo que yo tenga nada para dar a nadie. Es casi imposible que quede con ellos, los conozca y me los tire, así que, como no tengo nada interesante que decirles, lo único que conseguiré es desilusionarlos. Por tanto, lo mejor es, en el caso improbable de que Vincent Gallo sea un fan, que siga pensando que soy la guitarrista rubia, rebelde y

salvaje que acostumbraba a ser y no el ama de casa de Hastings en la que me he convertido. De todas formas, es agradable tener una carta de un chico estadounidense malo y guapetón en el cajón de los cubiertos. Si no le contesto, puede que esa agradable sensación dure para siempre.

–Realmente creo que deberías averiguar qué quiere Vincent Gallo –insiste más tarde Marido. Está más entusiasmado con ese tío que yo. Ese día vuelve a sacar el tema un par de veces más.

Dando un paseo por la Reserva Natural del Puerto de Rye la mañana siguiente con mi amiga Gina le pregunto:

–¿Te ha pasado algo interesante esta semana?

Me cuenta algo de su negocio de tejidos y que discutió con su socia porque no estaban de acuerdo en qué prendas poner en el escaparate.

–¿Y tú qué cuentas? –me pregunta a continuación.

–No mucho. Recibí una carta de un tipo que se llama Vincent Gallo.

Se para en seco. Me mira boquiabierta y con los ojos como platos.

–¿Has dejado que te aburriese con mi cháchara sobre prendas de punto cuando tú has recibido una carta de *Vincent Gallo*?

–¿Sabes quién es, entonces?

Tras hacer algunas averiguaciones, descubro que muchas mujeres saben quién es Vincent Gallo. Y que les parece un tipo encantador. Estoy sorprendida y disfruto de la notoriedad que me ha conferido su carta. Le envío un correo electrónico y le pregunto qué desea. Me contesta de inmediato diciendo que quiere hablar conmigo sobre algo. Después de esperar dos semanas y recibir el mismo e-mail un par de veces, le respondo y vuelvo a recibir otra contestación inmediata: ¿podría llamarme o llamarlo yo? Me envía dos números de teléfono.

¡Yo no puedo llamarle! No sé cómo hablar con un hombre de mundo. ¿Qué voy a decirle? Pospongo la respuesta a su e-mail, pero mi marido está intrigado. Quiere que le conteste. Debe de pensar que no existe ningún riesgo en que yo inicie un diálogo con un hombre guapo, talentoso y que tiene un gran magnetismo con las mujeres. Aunque viva al otro lado del Atlántico, ¿de verdad querrías que tu mujer mantuviese una correspondencia con una persona así? Yo no.

Vuelvo a escribirle y le digo que prefiero que me diga por escrito qué desea en lugar de hablarlo por teléfono. Estoy dándole largas al asunto. Estoy tan verde, me falta tanta práctica, me siento tan aburrida y sosa que no me

siento capaz de sostener una conversación de ese nivel, no podría pensar con la suficiente rapidez. El asunto continúa con esa tónica durante un tiempo, enviándonos correos electrónicos una y otra vez, él intentando convencerme y yo resistiéndome.

Recuerdo de mi época en la BBC que es mejor investigar a las personas antes de hablar con ellas. Decido no entrar en Google a buscar información sobre él (me gusta conocer a la gente en persona), pero alquilo sus películas, *Buffalo '66* y *The Brown Bunny*, y las veo con una amiga, arrebujadas en el sofá y riéndonos juntas. Las películas son graciosas y tristes al mismo tiempo. Las veo con un constante nudo en el estómago por el desasosiego que me causan (algo que me gusta sentir cuando veo una película), sobre todo *The Brown Bunny*. Me gustan las pelis sobre hombres destrozados, y ésta es una de las más sinceras que he visto en mi vida.

La escena con la jovencita en la recepción del hotel (era como yo cuando tenía su misma edad). Esperanzada, ansiosa y convencida de que esas historias románticas existían, que un hombre guapo podía irrumpir en tu vida y llevarte con él. Se me partió el corazón cuando el tipo se marchó en el coche sin ella. Dentro de mi cabeza imaginé cómo sería el resto de la escena (que no aparecía en la película): la salida de la jovencita de la casa con sus maletas, descubrir que él se ha marchado, pensar que volverá de un momento a otro y esperarlo y esperarlo, pero él no vuelve más. Cómo eso le quedará grabado para el resto de su vida.

Qué agradable resulta que alguien que hace algo interesante en la vida muestre cierto interés en mí. La atención que me dedica Vincent es como un regalo exótico de un pariente lejano y misterioso que vive en el extranjero, totalmente inesperado y justo lo que deseas, a pesar de no saber de qué se trata. Decido llamarle por teléfono.

Domingo por la mañana. Estoy marcando el número de Vincent Gallo. No tengo ni idea de lo que voy a decirle, en los últimos diez años sólo he hablado con niños y con otras madres. Vincent representa todo lo opuesto a mi vida, compuesta de clases de tenis, visitas al club del poni, niños rubios y lozanos que hablan educadamente, compras, tareas del hogar, caminatas, ovejas, prados. Creo que seré manipulada con facilidad por un hombre a quien imagino como un jugador y un mujeriego. No sé nada de ese ambiente, no es mi terreno. ¿Qué querrá? En un e-mail menciona que me vio tocar en Nueva York cuando él tenía dieciocho años y que se enamoró locamente de mí.

Quizá tenga una enfermedad terminal y está llamando a todas las chicas a las que siempre quiso besar antes de morir.

Decido que sólo tengo que ser yo misma. De todos modos, ya estoy harta de aparentar lo que no soy, de vigilar lo que digo y de maquillar lo que pienso. Marido nunca quiere que yo hable de las Slits ni de mis cerámicas ni que haga bromas pesadas. Estoy perdiendo hasta la última gota de la personalidad que tenía. Ya sé que no era muy buena, pero tampoco era un desastre de persona. No voy a fingir ser alguien que no soy por un tipo que vive a miles de kilómetros de distancia al otro lado del océano. No voy a intentar ser simpática y seductora con él. Hay tanta gente en mi vida con la que tengo que guardar las apariencias que no necesito añadir una más. Si no le gusto como soy, peor para él.

Es una mañana soleada, así que salgo al jardín y me siento mirando el centelleante mar color turquesa mientras oigo cómo llama mi teléfono a un número al otro lado de la línea en algún lugar de Estados Unidos. *Me siento extrañamente tranquila*, por citar a Charlie Brown una mañana que tenía un examen que no había preparado.

Una voz de hombre levemente aguda y con acento neoyorquino contesta el teléfono tras un par de llamadas.

—¿Hola?

—Hola, Vincent, soy Viv Albertine. ¿Te llamo en mal momento?

—No, es muy buen momento. Cuelga que yo te llamo. Estoy seguro de que puedo permitírmelo más que tú.

Qué descarado hijo de puta.

Mi hija entra y sale corriendo por el ventanal abierto enseñándome sus dibujos. El gato vomita en el césped delante de mí, las mariposas revolotean alrededor del seto de espino y mi marido está dentro de casa trabajando delante del ordenador. Mientras tanto Vincent Gallo y yo charlamos sin parar sobre todo tipo de temas como si fuera lo más normal del mundo. Como si nos conociésemos desde hace... una eternidad. Me encanta esa palabra. Eternidad. Me encanta que la eternidad no exista pero que tengamos una palabra para designarla y que la usemos todo el tiempo. Es algo hermoso y condenado al fracaso.

Hablamos de arquitectura, de comida, del ejercicio físico, del amor, de las Slits, de lo que él está haciendo, de *The Brown Bunny*, de un montón de cosas. Después de una hora tengo que salir. Le digo que estoy sorprendida de

lo fácil que es hablar con él, de que no sea una persona avasalladora y de que no me haya pedido nada.

–¿Te he desilusionado? –me pregunta.

–No.

¿Te he desilusionado? Apremiante, masculino, sexual.

Mi voz se pierde en un susurro.

–No.

¡Joder! Hace mucho tiempo que un tío no me hablaba así. Me siento en las nubes. Por primera vez en años me han hablado como a una mujer, como a una chica y, lo más excitante de todo, como a una artista. No sólo una madre, no sólo una esposa. Vale, puede que sea un truco de manual para atraer la atención de una chica, pero me da igual, porque la fuerza vital latente en Viv Albertine (y reprimida durante tanto tiempo) ha sido liberada.

Marido no está contento. Un par de horas más tarde, sentado en nuestra reluciente cocina italiana, mira a su mujer desde el otro lado de la mesa de roble macizo comprada en Habitat. Su mujer resplandece y gesticula llena de entusiasmo mientras habla y ríe sin parar, dándose aires de superioridad. Entonces Marido se da cuenta de que existe otra persona (alguien a quien él admira bastante) a quien yo le resulto interesante. Y eso le preocupa.

Ahora todo me parece diferente mientras realizo mis tareas rutinarias. Me observo a mí misma, me escucho cómo hablo. Me veo con otros ojos. Con los ojos de Vincent. Ya sabéis cómo es cuando conoces a alguien nuevo, a alguien a quien admiras o que te gusta: te lo imaginas observándote y sientes que flotas, una superheroína dentro de tu pequeño universo. Y mi universo es muy pequeño; yo sólo puedo flotar arriba y abajo por los pasillos del supermercado Sainsbury's, poniéndome de puntillas y estirándome como una bailarina de ballet para coger el arroz y un tarro de Marmite. Empiezo a vestirme un poco diferente: más joven, más estilosa. Me siento más segura al lado de las madres elegantes. He encontrado a alguien que me entiende. No pasa nada si no encajo en este ambiente porque sé que encajo en otro, así que me puedo relajar. No estoy loca. No estoy equivocada. Lo único que sucede es que no estoy en el entorno correcto.

Desde que mi hija nació siempre he querido que tuviese todo lo que yo no tuve (una familia estable y feliz, acceso a los libros y al arte, una buena educación, una casa bonita), pero este empeño se ha convertido en mi único mundo. Me llevo un disgusto si ella ha tenido un mal día en el colegio. La

semana pasada me vine abajo y me eché a llorar sólo de pensar que cuando cumplierse dieciocho años se iría de casa. Faltan once años para eso. Me he anulado a mí misma para que ella pueda tener la educación perfecta. Me controlo en todo lo que digo y hago. Deseo que mi hija encaje en el ambiente de sus amiguitos pijos, así que acudo a los encuentros matutinos para tomar café y a los centros de jardinería donde dan charlas sobre cómo criar perros labradores o cerdos panzudos vietnamitas, cultivar tomates orgánicos y hacer toallas Aga (no me preguntéis). Me caen muy bien las mujeres, pero no encajo en el ambiente. Elegí mandarla a un colegio privado para que tenga confianza en sí misma y una educación excelente. Para que aprenda a trabajar duro y sepa lo que es la autodisciplina. Para que se coma el mundo.

Ahora Vincent y yo charlamos por teléfono con regularidad. Empiezo a redescubrirme. Mi antiguo ser y mi nuevo ser. Y él me ayuda a hacerlo. Se ríe con mis bromas, escucha mis historias de antiguos novios (no hablas de ellos con tu marido aunque esas relaciones ayudan a definirte). Me pregunta sobre mi pasado musical (también un tema tabú en casa) y por fin un día me dice, exasperado:

—¡Viv, haz algo!

Aunque me siento un poco molesta ante la insinuación de que criar una hija y ocuparse de la casa es no hacer nada, elijo tomarme su llamada a la acción como un desafío. Un permiso para lanzarme y hacer lo que quiera. Una labor artística, no una labor doméstica, que es todo lo que me espera durante el resto de mi vida, y que estaría bien si yo fuese feliz con ello, pero cuanto más en forma y más saludable estoy, más consciente soy de que esa vida no me llena. Pero mi falta de confianza es tal que me cuesta creer que me quede alguna cosa que ofrecer todavía o, si así fuese, que a alguien pudiese interesarle en lo más mínimo.

El hecho de que Vincent Gallo crea en mí es como volver a abrir una puerta secreta que comunica con un mundo que he abandonado hace mucho tiempo. Un mundo que no es sinónimo de fama o de fortuna, nunca tuve tal afán, sino de expresión personal. Y ese hombre opina que para mí no es imposible realizar ese viaje desde el ama de casa de Hastings hacia..., bueno, lo que yo quiera. No es difícil creerle porque es un hombre con una gran seguridad, es una fuerza de la naturaleza, un tornado. Como el tornado que asoló nuestra aldea un par de meses atrás...

... Era el final de una calurosa tarde de verano. Las puertas y ventanas

estaban abiertas. Estábamos entretenidos en nuestros quehaceres cotidianos. Preparando una tostada, jugando en el ordenador. De pronto todo quedó como en suspenso. Es curioso cómo notas esa quietud. «Hay una diferencia entre la quietud y la inactividad», como dijo Jackie Chan. La quietud tiene un poder en sí misma. Levanté la mirada de la pantalla del ordenador y vi elevarse una hoja de papel que estaba encima de la mesa del comedor, se quedó suspendida un segundo en el aire y volvió a aterrizar sobre la mesa. Fue extraño e inquietante. Miré por la ventana. El cielo se había puesto negro, como si se estuviera formando un enorme enjambre de insectos sobre el mar. La negrura venía hacia nosotros. Con increíble rapidez. Una mujer gritó. Se oyó un fuerte portazo. Corrí por la casa cerrando todas las ventanas. Marido y yo llevamos a nuestra hija al piso de arriba a toda prisa. La niña subió a la cama de un salto y se encogió formando una pelotita. Le grité que saliese de ahí porque estaba justo debajo de la claraboya. Se echó a llorar. La habitación se oscureció por completo.

Nos apiñamos los tres y observamos cómo nuestro precioso jardín exótico, nuestro tejado nuevo y nuestro lujoso Audi eran hechos trizas y apedreados por enormes trozos de hielo. Duró cerca de diez segundos y después desapareció. El cielo volvió a quedar azul. Salió el sol y alumbró de lleno aquella devastación. Las ventanas estaban hechas añicos, había árboles tumbados, portones arrancados de las bisagras. No quedó nada en pie. Las pítas gigantescas, con varias décadas a las espaldas, estaban hechas jirones.

Salimos al camino y encontramos a varios vecinos dando vueltas por allí, sopesando los destrozos. Vi a Anna Crosby, una mujer inteligente y luchadora a la que tengo mucho aprecio.

—¡Igual que en la guerra! —gritó.

Yo lloraba.

—Lo único que tienes que hacer es esperar —me dijo—. Todo volverá a crecer con más fuerza todavía.

Y tenía razón. Así fue. Al cabo de un año aquel jardín estaba más verde y exuberante que nunca...

... Bueno, el Huracán Vincent es todo lo que yo necesitaba para salir de mi letargo. Por supuesto que supondrá una devastación. Sólo espero que yo también vuelva a crecer con más fuerza tras ella.

Comienzo a anhelar las llamadas de Vincent. Nuestras largas conversaciones me estimulan y me alientan a conocer gente nueva y a

intentar cosas nuevas. Las llamadas se hacen más frecuentes, dos o tres veces por semana, al final de su jornada y al principio de la mía. Su voz suena somnolienta e íntima tras un largo día de rodaje.

–Tú eres incapaz de amar –le digo en tono de broma.

–Tú no sabrás lo que es el amor hasta que yo te haya amado –me responde.

Esto se nos está yendo de las manos, al menos a mí. En lugar de hablar con mi marido, comparto mis nuevas ideas con alguien que es prácticamente un desconocido. Estoy siendo emocionalmente infiel. Es muy fácil para Vincent apoyarme incondicionalmente y ser divertido y sexy a miles de kilómetros de distancia, no tiene nada que perder. Mi marido, por el contrario, no parece tan genial, desconfía de mí y está furioso, pero eso es porque se da cuenta de que nuestra vida en común comienza a desequilibrarse peligrosamente; un equilibrio que nos ha llevado dieciséis años construir. Mi marido está, con razón, cabreado e intimidado por lo que él percibe como una pasión mía hacia Vincent Gallo, pero en realidad es lo que Vincent me hace sentir por *mí* lo que me tiene obnubilada y no lo que siento por *él*. Si Marido me hubiese estimulado en mis posibilidades creativas, aunque sólo fuera un poquito, Vincent Gallo no me tendría así de obnubilada.

Una mañana de invierno cruzo en coche un perfecto pueblecito inglés después de dejar a mi hija en el colegio. Mientras paso alegremente por delante de la vieja iglesia de piedra y de la tienda del pueblo y freno para dejar pasar a tres patos blancos y gordos que cruzan la calle bamboleándose, decido que aquello se tiene que acabar. No puedo seguir hablando con Vincent. Simplemente no está bien hacer algo así cuando eres una mujer casada y todo eso. No es una decisión fácil para mí; no tengo mucho en la vida. Mi hija crece, yo no trabajo (soy prácticamente una persona inepta para trabajar), vivo en mitad de la nada, rodeada de prados y de gente con la que tengo muy poco en común. Doy un volantazo brusco y me detengo en el arcén de hierba, rayando un lado del coche con los arbustos de espino, apago el motor y rompo a llorar.

La idea de renunciar a Vincent me resulta insoportable. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que me doy cuenta de que no es a Vincent a quien renuncio, sino que renunciaré a *mí misma*. Él me ayuda a alimentar y regar mi antiguo yo para que pueda volver a crecer y a florecer. Pero todavía no soy siquiera un brote. Apenas un minúsculo brote verde que asoma de la tierra hacia la luz. No estoy preparada para dejar marchar a la única persona que forma

parte de este renacer. No creo ser capaz de hacerlo sin ayuda. Se me han abierto los ojos, no hay vuelta atrás, pero me siento muy insegura para seguir avanzando sola.

Esa misma noche estoy en el cuarto de baño lavándome los dientes y Marido está en el dormitorio preparándose para meterse en la cama. Con la boca llena de pasta de dientes, le grito:

–No voy a volver a hablar por teléfono con Vincent Gallo, no me parece bien.

Mi marido se me acerca por detrás. Me vuelvo y le miro a los ojos, el mentón manchado de pasta de dientes. Me siento avergonzada, me he dejado llevar. Él ha sido un buen marido. Se mantuvo a mi lado en tiempos difíciles. Hemos compartido todo, cosas e ideas. No se merece esto. Le digo la verdad, a pesar de que sea un poco incómodo admitir que hace años que nadie me mira con cierto interés, al menos que yo sepa.

–Y tengo la sensación de que es capaz de presentarse aquí un día para verme.

–No creo. A menos que quiera follarse a su madre –contesta, recuperando de inmediato su antiguo humor. Y tras decir eso, se mete en la cama.

Abro el grifo y ahueco las manos pegándolas muy juntas para reunir agua y formar un pequeño y tembloroso laguito rosa. Las acerco con cuidado a mi cara y me tiro agua al rostro. Siento tal inmovilidad. Tanto frío dentro de mí. No del que te hace tiritar. *Frío como el del acero.*

Suelto una risita irónica para mis adentros mientras me cubro con el edredón, apago la luz y me acuesto dándole la espalda a mi marido. Él tiene cuatro años menos que Vincent Gallo.

16. EL AÑO DE DECIR QUE SÍ

2008

He decidido no renunciar a Vincent por ahora. He entrado en barrena, como un kamikaze. Ya veré cómo acabo.

Tengo dos voces dentro de mi cabeza. Una voz diurna y racional: *Te has sacrificado por lograr este sueño de perfección doméstica. Tú elegiste hacerlo así. Fue tu decisión. Ahora no lo estropees todo, has llegado muy lejos.* Pero durante la noche, ya en la cama y con la luz apagada, surge otra voz: *Atrévete hasta el final. Tírate de cabeza. Anímate.* No puedo creer que la madre afectuosa y la abnegada esposa que era yo hasta hace apenas dos semanas se esté convirtiendo en un monstruo egoísta, en alguien que se pone por encima de todos los demás. Mi marido duerme a mi lado y yo permanezco con los ojos abiertos de par en par, clavados en la oscuridad, aterrada, avergonzada y sobreexcitada.

El día de Navidad Vincent me escribe diciéndome que está enamorado de mí. Me enfurezco.

Todas las mañanas me levanto agotada, las mejillas cada vez más hundidas, más delgada. Pierdo peso. Es como si perdiera trocitos de carne durante la noche. La falta de sueño me está desquiciando. Puedes engañar a una parte de tu ser durante un rato, pero no puedes mantener a todo tu ser engañado todo el tiempo.

Estoy ordenando la casa cuando suena mi teléfono móvil y, por una vez, no es una llamada de mi madre ni del colegio de mi hija, es Tessa Pollit, la bajista de las Slits, que me pide que conceda una entrevista a una periodista que quiere escribir un libro sobre las Slits. El corazón me da un vuelco. ¿Quién querría escribir un libro sobre un grupo musical que dejó de existir hace veinticinco años? Me imagino cómo será la periodista: una de esas personas que viven en el pasado, que irá vestida al estilo punk o retro, con un par de *piercings* en el rostro. *No, debo alejar estos pensamientos negativos.* Desde mi relación con Vincent he decidido que éste será el Año de Decir que Sí. Yo suelo decir que no a todo. Soy hipersselectiva. Bueno, me he dado un

año de plazo en el que me dedicaré a decir que sí a todo (excepto a acostarme con otro que no sea mi marido). Si resulta que las cosas salen horriblemente mal y quedo como una idiota redomada, bueno, pues dejaré de decir que sí y volveré a decir que no. Ya no tengo que darle más vueltas a las decisiones. Sólo tengo que decir que sí.

Voy en coche hasta la estación de Hastings con el corazón en un puño a recoger a «Zoë, la Periodista», esperando encontrarme con una gótica entrada en años, enfundada en unas medias de malla agujereadas, el pelo rosa y un aro en la nariz. Ése es el aspecto que imagino que tienen las fans de las Slits. Vivir tan alejada del mundo me ha llenado de prejuicios y me ha vuelto estrecha de miras. Me apoyo en la valla delante de la estación de tren y observo a los pasajeros a medida que salen por la puerta en busca de una punk. No sale ninguna. Aparece una chica con abrigo rojo, de aspecto saludable y ojos brillantes que viene hacia mí sonriendo. Es Zoë Street Howe. Zoë es la autora del libro. Zoë no es ninguna carroza, emana luz, salud e inteligencia. No puedo creer que una criatura tan estupenda esté interesada en las Slits. No dejo de preguntarle: *¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?* Es muy sencillo, dice, le encanta nuestra música, cree que sigue teniendo validez. Le encanta la estética. Le encanta la actitud. «Pero pasó hace veinticinco años», le digo. Me dice que es un grupo que le gusta a un montón de jóvenes. Y que el mensaje es tan potente hoy en día como lo fue en el pasado. Estoy estupefacta. Entonces me suelta otra carga de profundidad. Tessa querría saber si yo estaría dispuesta a unirme a las New Slits.

Estoy a punto de responder *ni hablar*, como cuando Ari me sugirió lo mismo hace un par de años, pero entonces recuerdo mi propósito de Año Nuevo: *Sólo di que sí*. No tengo que pensar al respecto, no tengo que sopesar si es bueno, guay o sensato. Sólo tengo que decir que sí. Al menos darle una oportunidad. ¿Cuándo volverán a pedirme que me una a un grupo de música?

Tessa se pone contentísima al enterarse de que estoy planteándome la posibilidad de volver a formar parte del grupo y me pide que vaya a Nueva York para verlas tocar en una fiesta que da una actriz. Dice que es la única actuación que tienen ese año y verlas en directo puede ayudarme a decidir si quiero unirme a ellas.

—¿Quién es la actriz? —pregunto.

—No lo sé, Chloë algo.

—¿No será Chloë Sevigny?

–Sí, ese nombre me suena.

–¡Tess! ¡Es una actriz fantástica! Está bien, iré.

Sólo sigue diciendo que sí. A ver adónde te conduce.

Y por supuesto que pienso: *Quizá vea a Vincent, Chloë actuaba en su película The Brown Bunny. Quizá él vaya a su fiesta.* Sólo dispongo de unos pocos días para organizar el viaje, lo cual es bueno porque, si lo pienso dos veces, igual no voy. Mi amiga Lindsay dice: «Si te depilas las piernas me confirmará que estás barajando la posibilidad de acostarte con Vincent.» Por supuesto que me voy a depilar las piernas. E iré a hacerme la pedicura. Una no va a Nueva York sin acicalarse un poco. Pero no voy a acostarme con Vincent. Le envío un correo electrónico diciéndole que iré un par de días a Nueva York. Me contesta diciendo que intentará acercarse a verme, en esos momentos está rodando una película en Los Ángeles. No creo que se presente en Nueva York. Saco los billetes, reservo el hotel y después le comunico a mi marido que me voy a Nueva York a ver a las New Slits y que es probable que me encuentre con Vincent allí. No quiero mentir. Mi marido debe saber que no voy a acostarme con ese tío, llevo dieciséis años siéndole fiel. Las aventuras son para los que no tienen el valor de acabar con la relación en la que están metidos o la imaginación para salir y divertirse de un modo más lúdico. Además, me entran escalofríos sólo de pensar que otra persona que no sea mi marido vaya a tocarme o a verme desnuda. Le pido a mi amiga Kate que me acompañe, siempre ha querido ir a Nueva York y es una gran compañía. No puedo enfrentarme a todo esto sola.

Llevo cuatro meses sin dormir. Ni una sola noche. Me encuentro en un estado de gran nerviosismo. Delgada como un palo. Nada atractiva, a decir verdad. Es una pena, me hubiera gustado exhibir mi mejor imagen, pero no puedo hacer nada al respecto. Da igual lo que coma, sigo perdiendo peso. Estoy tan demacrada que ya no soporto mirarme al espejo. Mis brazos son como palos. Tengo el pecho flácido, sin ningún atractivo sexual. El culo se me ha quedado plano y soso (la ventaja es que los vaqueros me quedan geniales). Y mis labios vaginales..., bueno, ¿es éste el aspecto que tienen todas las chicas que son muy delgadas? Lo consulto con un par de expertas en belleza. Sí, no me pasa sólo a mí. Las chicas extremadamente flacas tienen los faldones del coño colgantes. No me extraña que haya crecido tanto el número de chicas que se someten a una labioplastia, como se llama en el

negocio de la cirugía estética, puesto que con la moda de la delgadez y de depilarse todo el vello del pubis, ya no hay donde esconderlos.

Esto es lo más espontáneo que he hecho en mucho tiempo. Es la primera vez que me voy de viaje y dejo a mi hija en los siete años que tiene de vida. Hasta hace muy poco había dado por sentado que mis posibilidades de tener una vida propia eran nulas. Como dijo mi marido: «Tú ya has tenido tu vida, ahora es el turno de nuestra hija.» (Tengo cuarenta y ocho años.) También una parte de mí considera que la maternidad es eso. Mi propia madre se sacrificó por sus hijas. Muchas madres de mi entorno parecen vivir sólo para sus familias y quizá un poco también para el perro. Sus vidas giran en torno a la familia, la comida, los perros, el tenis, las cenas sociales y las obras benéficas. Son mujeres con mucho dinero, esposas profesionales; no sé qué harían si su matrimonio fracasara. Se han entregado por completo a ese compromiso de por vida, aunque una me confiesa mientras tomamos una infusión: «El matrimonio es una gilipollez.»

Al menos vuelve a haber un imprevisto en mi vida. Así solía ser. Así solía hacer yo las cosas antes de la década de los ochenta y de los trabajos, del dinero, de la carrera, de la Thatcher, del matrimonio y de las hipotecas. Yo era espontánea, libre, incluso insensata. Muchas veces las cosas no salían bien, pero me sentía viva. Dolorosamente viva. Durante estos últimos años me he sentido dolorosamente muerta. Esa fuerza, ese deseo de vivir que todo el mundo espera que tengas después de superar un cáncer, bueno, tardó diez años en llegar, pero aquí está. Ya no me importa lo que los demás piensen de mí, voy a vivir la vida a tope, empezando por Nueva York.

17. CUENTO DE HADAS EN NUEVA YORK

Febrero de 2008

Me siento como si hubiese vivido un momento emocionante, incluso un tanto terrible, y que acaba de terminar. Y sin embargo no ha sucedido nada de particular.

KENNETH GRAHAME,
El Topo, *El viento en los sauces*

En el avión siento como si tuviera un imán en el pecho que me arrastra con tal fuerza que no puedo resistirme a la atracción. Como si una cuerda tirase de mí hacia Vincent, y el desasosiego no desaparecerá hasta que le haya visto. Miro las nubes a través de la ventanilla y sueño con las conversaciones que tendremos y con las cosas que haremos juntos. Tengo unas fantasías muy inocentes con él. Vincent no parece entenderlo. «Si no sueñas que follamos juntos, ¿qué sueñas?», me pregunta.

¿Qué sueño? Sueño que nos sentamos juntos en un sofá y hablamos durante horas. Que echamos un pulso o que él cocina para mí y después nos dedicamos a lanzar piedras a unas latas, como en la película *Malas tierras* o en *Bonnie y Clyde*. Si Vincent supiese lo que sueño, pensaría que soy boba. A veces creo que debo de ser una retrasada sexual. O que he estado rodeada de niños demasiado tiempo. Debería ver algunas películas porno.

Cuando el avión empieza a descender, una idea me viene a la cabeza: *Los neoyorquinos me preguntarán qué hago en la actualidad*.

–Kate, ¿qué diablos les diré a los norteamericanos cuando me pregunten qué hago ahora?

–Diles que eras la guitarrista de las Slits.

–Pero eso fue hace muchos años. ¿Qué puedo decirles que hago en la actualidad?

–Di que eres escultora o ceramista.

–Querrán saber con qué galería trabajo y que les hable de mis exposiciones.

–Entonces díles que eres una madre a tiempo completo.

–Ay, dios mío.

Kate y yo dejamos el equipaje en el Hotel Washington Square y tomo el metro para ir al apartamento de Ari en Flatbush Avenue, en Brooklyn College. No es la parte de Brooklyn que está de moda. Brooklyn College está al final de las líneas 2 y 5. La última parada. Espero en la esquina a que alguien venga a buscarme, tal y como me dijeron que hiciese. Es de noche, pero nadie me molesta. Sé cómo actuar, cómo parecer relajada. Ya he pasado por esto antes, si bien es cierto que eso fue hace veinticinco años. Pero lo recupero en un abrir y cerrar de ojos; nunca olvidas cómo espabilarte una vez que lo has aprendido.

Viene a buscarme una chica encantadora que se llama Maria, que supongo es una especie de ayudante de Ari. Maria no para de hablar durante todo el trayecto. Hace veintiún años que no veo a Ari. Me abre la puerta de acceso al pequeño apartamento. Tiene un aire a piso de protección oficial. Ari lleva un pañuelo amarillo alrededor de la cabeza a modo de turbante sujetándole los rizos que le llegan hasta la cintura, una minifalda amarilla, una camiseta amarilla y verde y unas zapatillas de deporte de diseño. Tiene buen aspecto. Bronceada, fuerte. Hay algunas personas más en el salón: Adele, la guitarrista de las New Slits, que sonríe tímidamente, y junto a ella una prima jamaicana de Ari muy guapa y otro tío. No estoy nerviosa, pero Ari sí lo está. Parece incómoda y cohibida; está tan nerviosa que apenas puede mirarme. No entiendo por qué. Me desconcierta. También parece muy estresada. Habla por teléfono sin parar, intentando organizar los vuelos y ensayos para la actuación de las New Slits que tendrá lugar dentro de dos días. Se ocupa de lo que solía ocuparme yo y se irrita del mismo modo que me irritaba yo. Puedo reconocer gestos y expresiones mías en ella.

Recuerdo que un neoyorquino que estaba en la industria de la música me comentó que cuando conoció a Ari, un par de años atrás, ella le dijo que yo era la persona que más miedo le daba en el mundo. Que Ari sienta miedo de alguien ya me parece inconcebible, pero ¿que sienta miedo de mí? De todos modos, eso explicaría muchas cosas. Su forma de actuar en el pasado. El recelo que detecto en ella esta noche.

Llega un tipo con muy buen aspecto que trabaja con Lee Perry. Ari nos

presenta. Está encantado de conocerme, ha seguido mi trayectoria, alaba mi forma de tocar la guitarra. No puedo creerlo. Yo no me considero nada en absoluto. Ari se pone a dar vueltas y a bailar en medio del salón, como en los viejos tiempos. Creí que tendríamos una bonita conversación ella y yo, que restableceríamos nuestros vínculos, pero ella se dedica a actuar. Estoy cansada, así que pido un taxi y me marcho, le digo que la veré al día siguiente, en el concierto. Espero un rato en el portal del edificio, y cuando por fin llega el taxi, el conductor no sabe cómo llegar a Manhattan desde allí. Nos lleva horas encontrar el camino hasta el West Village, pero vamos charlando y riendo todo el trayecto. Sólo llevo dos horas en Nueva York y me siento más viva de lo que me he sentido en años en Inglaterra.

Vincent viene a verme a Nueva York. Sospecho que no sólo viene por mí, sino porque también es la Semana de la Moda a la que asiste todos los años. Le pido a Kate que esté conmigo durante mi cita con él. Me siento débil por la falta de sueño y necesito tener cuidado para no hacer ninguna estupidez. Debo tener mucho cuidado. Mi vida entera, todo lo que he construido (mi matrimonio, mi adorado y seguro hogar, un refugio después de tantos años de incertidumbre y enfermedades, el bienestar de mi hija) puede volar por los aires en apenas un instante si no logro controlarme. Vincent es muy libre de hacer lo que le plazca, de actuar despreocupadamente, de divertirse, pero yo he decidido la vida que quería y he trabajado duro para conseguirla. No voy a perderlo todo por un impulso, por una aventura pasajera. En caso de que sea una aventura lo que busca, porque ni siquiera sé qué es lo que busca; es un tipo evasivo. Mi amiga Traci dice que Vincent es como un ladrón que entra en tu casa y no roba nada pero te caga encima de la cama.

Llaman a la puerta de mi habitación. Tengo las rodillas tan débiles que no sé si seré capaz de levantarme e ir a abrir. Y allí está él.

De pie en el umbral, encuadrado por el marco de la puerta marrón oscuro, bañado por una luz dorada como un Caravaggio, sonriendo. Juraría que la luz rebota en él y chisporrotea por toda la habitación. *El día que tú naciste los ángeles se reunieron...*¹⁷ Lleva el pelo engominado y peinado hacia atrás. Tiene los pómulos marcados y una barba de tres días. Lleva un sombrero de fieltro color rosa, un suave jersey marrón aterciopelado, con una pequeña marca blanca en el hombro derecho (¿habrá babeado mientras dormía en el avión?), y un abrigo tres cuartos negro de lana con un corte magnífico (Gucci: miré la etiqueta más tarde sin que me viera; también lo olí, pero fue

una decepción, porque no olía a nada)... y *decidieron hacer realidad un sueño*. Tiene todo lo que me gusta y además envuelto en un precioso papel. Todas mis fantasías de adolescente hechas realidad. *Así que espolvorearon tu pelo con polvo lunar y tus ojos azules con la dorada luz de las estrellas...* (Excepto por los ojos azules, yo los prefiero castaños, pero ¡bueno!, ¿quién se va a quejar por ese pequeño detalle? Sería una grosería.) Durante unos pocos y deliciosos segundos, me permitiré sentirme atraída por otro hombre. Hace años que no pienso ni miro a otro hombre de esta forma, así que dejadme disfrutarlo aunque sea unos segundos, ¡dios! Prometo que no haré nada. Excepto, quizá, vomitar de puro entusiasmo.



Vincent Gallo. Bueno, tú lo harías, ¿o no?

Contrólate, maldita sea, Viv. Di algo.

–Oh, dios, eres muy guapo.

Mejor decir la verdad, da igual, seguro que se ha dado cuenta de que le miro boquiabierta. Cree que lo digo en plan broma y levanta en alto el dedo medio. Le pido a Kate que nos deje solos, lo quiero todo para mí. He esperado este momento durante mucho tiempo y voy a sacar el mayor

provecho de él. Tengo total control sobre mí misma y sé que no voy a lanzarme en sus brazos.

Decido sentarme lo más lejos posible de Vincent, para dejar claro que no habrá contacto físico. Parece desconcertado. Entre nosotros flota cierta tensión sexual. Se deja caer de espaldas sobre la cama y alza los brazos por encima de la cabeza. El elástico de sus calzoncillos Calvin Klein grises le asoma por la cinturilla del pantalón. Veo una línea de vello que le baja desde el ombligo hasta..., ya sé lo que tiene ahí abajo. Lo he visto en una de sus películas. Es raro saber cómo es el pito de un hombre antes de conocerlo.

Vincent camina de un lado a otro de la habitación mientras hablamos. No es amable ni simpático como lo era por teléfono. Parece un poco cabreado. Apoya la espalda en la pared y baja deslizándose hasta quedar sentado en el suelo, con las rodillas dobladas contra el pecho. Dice que tiene frío, de un tirón coge una manta de la cama y se envuelve con ella. Después empieza a temblar. Le tiembla todo el cuerpo. Yo le observo fríamente. ¿Qué hace? Vincent me gusta, pero no confío en él. Le hablo para mis adentros, sin articular palabra. *Basta ya, Vincent*. Entonces pone los ojos en blanco como si estuviese sufriendo un ataque. Dice que padece una especie de narcolepsia. No creo ni una sola palabra de lo que dice. Creo que intenta hacer que me acerque a él. No sé si estoy en lo cierto, pero es lo que pienso. No voy a acercarme. Dentro de un rato veremos si ese ataque es verdadero.

Salimos del hotel y vamos dando un paseo por las calles de Nueva York hasta un restaurante. *¿Por qué de pronto aparecen pájaros cada vez que tú estás cerca?...¹⁸* No dejan de acercársele chicas jóvenes. «Sólo quería decirte que me encanta tu trabajo.» Sí, muy bien. Vete, jovencita. Hoy es mío. Unos músicos callejeros tocan en un portal. Vincent hace un comentario cínico. Tras una ráfaga de aguanieve sale el sol. Me siento como si estuviese en la carátula del álbum *The Freewheelin' Bob Dylan*.

Todos mis sentidos están agudizados por la falta de sueño y la novedad de la situación. Intento interpretar los más mínimos detalles de su lenguaje corporal. Los datos pasan a toda velocidad por detrás de mis ojos, como le ocurre al Terminator. Estoy en alerta roja.

Vincent me mira sin sonreír.

–Tú y yo nunca tendremos una relación sexual porque estás *casada*. –Dice la palabra «casada» como si acabase de pisar una mierda de perro y estuviera intentando quitársela de su zapato caro.

Avanzamos unos pasos más.

–¿Conoces la canción de Dusty Springfield «Some of Your Lovin» (Un poco de tu amor)? –me pregunta.

–Me gusta más cuando canta «You Don't Own Me» (No eres mi dueño).

–No es la mejor versión.

Camina muy rápido, con las manos hundidas en los bolsillos, los hombros encogidos y sin preocuparse en lo más mínimo si yo puedo seguirle el ritmo (puedo). Y entonces lo veo claro, como si hubiese tenido una inspiración divina, como si alguien hubiera tocado una campana de bronce antigua y enorme dentro de mi cabeza, un sonido alto y claro me dice: *Éste es un hombre que camina solo*. Eso es. Camina por la vida solo. Eso es lo que quiere. Eso es lo que le gusta. Eso es lo que siempre ha hecho y siempre hará. Está claro como la luz del día; la verdad revelada a través del simple acto de caminar. Intento con todas mis fuerzas borrar la idea que acabo de formarme en la cabeza, pero no hay marcha atrás, se me ha quedado bien grabada dentro y a partir de ahí influye en todo lo que diga o haga con Vincent. Todas mis palabras y mis actos se sustentan en la creencia de que Vincent no es alguien capaz de comprometerse a nivel emocional. Posee otras muchas virtudes, pero no ésa. Y mi subconsciente me aleja cada vez más de él, a pesar de que mi corazón y mi ego suplican quedarse.

Nos sentamos uno frente al otro en un restaurante japonés discreto y vacío. Extiende el brazo por encima de la mesa y me aparta suavemente un mechón de pelo de la cara.

–No te pongas en mi contra, Viv.

No estoy en su contra, es sólo que por fin me he dado cuenta: *Este hombre no puede ayudarme en mi recuperación*. Ningún hombre puede. Los hombres son espejos que sólo pueden devolverme el reflejo de mi ansiedad, mi confusión y mi inseguridad. Tengo que reconstruirme yo sola. ¡No jodas!

Entra Patti Smith.

No hay nadie más en todo el restaurante y resulta que entra Patti Smith con un amigo. Vincent y ella se saludan inclinando la cabeza con cierta frialdad. ¿Puede existir una señal más clara que ésa de que debo seguir con mi vida, resucitar a la persona que fui en 1977, espabilar y acabar mi trabajo? ¿La señal de que en ese momento crucial aparezca la mujer que me ayudó a liberarme de mis trabas?

Es hora de ir al concierto de las New Slits en Webster Hall. Es divertido

vestirse y ponerse guapa en la habitación del hotel junto con Kate y mi amiga Angela. Conocí a Angela Jaeger en 1980 en Nueva York. Vino a los camerinos después de que las Slits tocaran su primer concierto en Danceteria la noche de Fin de Año (una jovencita franca, superbonita y de cutis terso) y nos dijo que su hermana, Hilary, tenía un pequeño club que se llamaba Tier 3, que no podía pagarnos nada, pero que era un lugar muy *cool*, ¿nos interesaría tocar una noche allí? Así que fuimos con ella y tocamos en su club (y allí fue donde nos vio Vincent cuando tenía dieciocho años). Desde entonces Angela y yo estamos en contacto. Es una gran cantante y estuvo en el grupo Pigbag.

Para el concierto de las New Slits me pongo una vaporosa blusa de seda color crema, estilo Jim Morrison, diseñada por Kate Moss para Topshop y unos pantalones muy anchos de Balenciaga (he adelgazado hasta quedarme en la talla seis, que es una talla dos en Estados Unidos). Los pantalones te quedan geniales cuando estás delgada. Creo que las chicas delgadas están mejor cuando están vestidas, pero las llenitas están mejor desnudas. Llegamos al teatro. Ari ha mandado a Maria a buscarnos a la puerta y ella nos hace pasar sin tener que hacer cola. Charlamos un rato en los camerinos, pero las New Slits están ocupadas maquillándose y atendiendo algunas entrevistas; no quiero molestar, así que nos vamos a nuestro palco y nos ponemos a bailar al ritmo de la música. Me presentan a Chloë Sevigny, aunque ya la conocía de antes, iba a darle un papel en mi película *Oil Rig Girls* (todavía sin rodar). Estoy tentada de preguntarle por Vincent, pero ¿para qué? Estoy casi segura de lo que me va a contestar y, de todas formas, esta noche está totalmente dedicada a las chicas: las New Slits que tocan en la celebración de la primera colección de Chloë para la marca Opening Ceremony.

No siento celos del grupo ni deseo formar parte de él. Siento alivio por estar entre el público. La sala está a reventar de gente, es una auténtica locura. Salen al escenario y empiezan a tocar. Ari sigue siendo una de las personas que mejor se mueven sobre un escenario. Para mí está en lo más alto junto con James Brown. Es igual de atrevida, sexy e irreverente que la primera vez que la vi actuar en el Coliseum de Harlesden en 1976, cuando ella tenía catorce años. Me resulta rarísimo volver a escuchar mis viejas canciones. Estoy orgullosa de ellas, suenan bien, pero me siento un tanto posesiva, como si se hubiesen llevado a mis hijos y los hubiese criado otra persona.

La noche me ha levantado el ánimo de tal forma que decido que, si

aprendo a tocar la guitarra a tiempo, daré un par de conciertos con las New Slits y veré qué tal funciona. Tendré que explicar algunas cosas cuando vuelva a casa, pero ver a Ari y a Tessa allí arriba, divirtiéndose y conectando con el público, me hace pensar que la idea no es nada ridícula.

Vincent y yo quedamos una vez más antes de volver a Inglaterra. Mientras vamos andando hacia una cafetería me dice que se siente muy feliz porque acaba de encontrar un disco raro del grupo Poppy Family. Lo dice con una inflexión de voz calcada a la que usó cuando me confesó hace un par de meses que se sentía muy feliz de haberme encontrado a mí, como si yo fuese un disco antiguo raro o una guitarra para su colección. Mientras hablamos, me doy cuenta de que me siento más fuerte desde que he visto actuar a Ari y a Tessa. Tengo planes. He cambiado, ya no soy tan vulnerable a sus encantos. Antes de separarnos nos abrazamos. Es la primera y última vez que nos tocamos. Por supuesto que no es una cosa normal que te abrace Vincent Gallo, nada relacionado con él es normal. Convierte mi beso amistoso en algo más al presionar con fuerza su mejilla contra la mía, pinchándome con su barba incipiente, y hunde su boca en mi pelo mientras me estrecha contra el pecho (como Heathcliff) con tal pasión que apenas puedo respirar. Sólo me queda imaginar cómo habría sido si hubiésemos llegado más lejos. No, mejor no. Nos separamos y nos marchamos en direcciones opuestas. Me vuelvo y lo observo girar en la esquina y desaparecer. Pienso: *Es la última vez que le veo.*

Vuelvo al hotel y lloro a moco tendido delante de Kate. No porque Vincent y yo no seamos John y Yoko, sino porque tengo una sensación de agobio en la boca del estómago que me dice que, sin la ayuda de una aventura que me distraiga y sin la seguridad de tener unos ingresos propios (a lo que se suma mi incapacidad para trabajar y mi edad), mi matrimonio está acabado. *Ir a ver a Vincent a Nueva York fue como probarme un vestido de alta costura que sabes que no puedes pagar (una trampa que suelo hacerme). Por lo general, de diez vestidos que te pruebas, nueve no te sientan bien, y es bueno que te quede claro, así te lo quitas de la cabeza para siempre. Lo cierto es que Vincent no es mi príncipe azul. Y que no puede ni debe serlo. Es ridículo pedirle a nadie algo así. Dios, nunca aprendo, me aburro a mí misma.*

Vuelvo a mi hogar, a mi vida de siempre, convertida en una persona diferente. Cuando entro en casa, Marido está friendo unas setas en la cocina. Levanta la vista y me mira.

—¿Lo has pasado bien?

–Sí.

–¿Viste a Vincent Gallo?

–Sí.

–¿Te lo has tirado? –pregunta, con un estremecimiento.

–No.

Llevo la maleta al piso de arriba y apoyo la frente contra el cristal frío de la ventana de nuestro dormitorio. La lluvia salpica las brillantes hojas de las plantas tropicales, transformando poco a poco el manto de color verde menta del jardín en un gran lodazal marrón. Nuestra relación está rota y en parte yo he sido la responsable. Mi capacidad de discernimiento se ha entorpecido, está oxidada por falta de uso, pues no he tenido que recurrir a ella, arropada como he vivido en la seguridad del matrimonio y la maternidad. No tengo ningún problema en juzgar si una tarta está en su punto o si un collar va bien con determinada blusa. Pero no sé juzgar si un hombre es sincero o no.

Sigo sin saber hacerlo.

18. TOCAR LA GUITARRA

2008

Si destrozás una telaraña, la araña no se desespera. Vuelve a tejer y la repara.

LOUISE BOURGEOIS

He adelgazado tanto que ya no sé qué talla uso, pero estoy hecha un asco. Las otras madres del colegio están preocupadas por mí y me preguntan si pueden hacer algo para ayudarme. Llevo toda mi ropa a una tintorería donde hacen arreglos de costura para que me la estrechen. El hombre que atiende el mostrador parece preocupado por mi delgadez, a pesar de que nunca me había visto. Me lo tomo a broma, tampoco estoy *tan* delgada. Yo me encuentro esbelta. El marido de una amiga me dice que tengo un aspecto horrible. Dice: «Estabas mejor antes.» Mi amiga le manda callar. Bueno, alguien tenía que decírmelo.

Tengo una tos de pecho muy fea. Es un martirio. Vuelvo a la consulta del doctor Shah. Me mira desde el otro lado de su escritorio.

–Está demasiado delgada. ¿Qué le ha pasado?

Le cuento que tengo problemas matrimoniales. Me ausculta el pecho y me dice que tengo neumonía. Me prescribe antibióticos.

–Le doy una semana para que empiece a engordar. Si para el próximo viernes no ha ganado peso, haré que la ingresen en el Hospital de Hastings y que le pongan suero.

No pienso ir a ese hospital. Compró un montón de bebidas proteínicas y me obligo a tomármelas, así como a comer toda la pasta y todo el pan que me sea posible. Guardo cama. No puedo hacer nada. Me cuesta respirar. Creo que me estoy muriendo. En realidad lo que me pasa es que estoy asimilando la realidad: Marido y yo ya no nos queremos. No, es peor que eso: ya no nos gustamos.

Después de dos semanas he recuperado peso suficiente para satisfacer a mi

médico. Estoy mejor y la neumonía parece remitir.

Tengo una meta: aprender a tocar la guitarra en cinco meses y estar lista para el concierto de las New Slits. Me siento como una concursante en uno de esos programas de telerrealidad: *Elegiremos a una aburrida ama de casa de Hastings y la convertiremos en una guitarrista punk rock en cinco meses*. Voy a la tienda de música de la zona (en el antiguo y aletargado pueblo de Rye), que resulta ser una tienda de guitarras fantástica a cargo de Richard Kingsman, ex guitarrista de Straight Eight. Fue precisamente sobre sus pedales que Ari se meó cuando tocamos en la Music Machine, allá por la década de los setenta. Compró una Fender Squier de segunda mano por ochenta libras, un pequeño amplificador para ensayar, una correa de guitarra y un par de púas. Doy por hecho que Richard se reirá cuando vea entrar a una mujer de mediana edad a comprar una guitarra eléctrica, pero me anima y actúa como si aquello fuese la cosa más normal del mundo; incluso me enseña un par de acompañamientos (secuencias de acordes) para que los practique.

Instalo el pequeño amplificador junto a la mesa de la cocina, me corto las uñas de la mano izquierda bien cortas y, después de acostar a mi hija, intento volver a colocar los dedos para formar los acordes que era capaz de tocar hace veinticinco años. He perdido la práctica por completo. Tengo que empezar de cero. Recuerdo dónde colocar los dedos, pero no logro presionar bien sobre el mástil de la guitarra, así que me siento noche tras noche y, con la punta de la lengua fuera, me concentro en separar los dedos y en presionar con las yemas el tiempo suficiente para lograr tocar un acorde. Hago caso omiso al dolor que me produce la cuerda al clavárseme en las yemas de los dedos. No veo la tele ni leo el periódico ni quedo con nadie para tomar café, para comer ni para hacer nada que me robe un solo segundo de mi tiempo de estudio. Hago las mínimas tareas domésticas y punto. Todo lo demás desaparece. Llevo la guitarra conmigo a todos lados, siempre está en el asiento trasero del coche. Si mi hija tiene clase de tenis, yo me meto en el coche, tiro el asiento hacia atrás y practico mientras la espero. Llevo la guitarra a mi estudio de Hastings y toco durante un par de horas antes de subirme al coche e ir a recogerla al colegio. Toco en el aparcamiento del colegio durante diez minutos hasta que suena el timbre de salida y aparece mi hija. Incluso toco en el tren si el vagón está vacío. Estoy resuelta a conseguirlo, ardo en empuje y determinación. Lo voy a lograr. No sé por qué

lo hago ni adónde me conducirá todo esto, pero nada en el mundo podrá detenerme. Toco para sobrevivir. Necesito expresarme para no acabar deprimiéndome, así que decido escribir canciones. Compró un cuadernito, igual que en los viejos tiempos, y garabateo pensamientos, fragmentos de una conversación, citas, cualquier cosa que me sugiera algo e intento escribir mi primera canción. Ya no recuerdo cómo combinar los acordes ni cómo manejar las estructuras armónicas y líricas, pero debo escribir lo que siento o, si no, voy a reventar.

Necesito ayuda para aprender a tocar la guitarra otra vez. Necesito un profesor. Richard, el de la tienda de música, me dice:

–Bueno, tendrá que ser Nelson King, ¿no te parece?

Estoy delante de la puerta de una cabaña pequeña y humilde en las afueras de Hastings, con flores junto a la entrada, mi Squier en un triste estuche de plástico colgando de mi espalda, sintiéndome como una tonta. Llamo al timbre. Nelson King abre la puerta, cordial, sonriente, pelo largo, desprejuiciado. No le digo nada de las Slits; lo único que sabe es que soy una mujer que quiere aprender a tocar la guitarra eléctrica. Eso le basta, no porque sea profesor, sino porque es una persona de mentalidad abierta, un músico auténtico. Voy a verle todas las semanas y me enseña escalas y un poco de todo. Empiezo a coger confianza, no con la guitarra sino con él, y le cuento mis secretos. Le confieso que he escrito algunas canciones y quiere oírlas. No sé cantar, pero tengo tal confianza en él que se las canto a duras penas, para mí es algo terriblemente vergonzoso, pero tengo que hacerlo, nada puede detenerme. A Nelson le encantan las canciones, puede apreciarlas más allá de los errores y de mi forma de desafinar. Dice que debo cantarlas yo y no permitir que nadie más las cante en mi lugar.

–Puedo detectar que tienes escondida una voz preciosa –me dice.

Para demostrarme que tiene razón me graba cantando y tocando en su estudio de grabación casero, le añade un bajo y una percusión y, una vez hecha la mezcla, me la envía por correo electrónico. Corro escaleras arriba al ordenador que tengo en el dormitorio y escucho la canción. Mi voz es atroz, verdaderamente espantosa. No soporto oírla y antes de que pase un minuto quito la canción. Me hundo, mi profesor estaba equivocado; tengo una voz horrible y no sé cantar. Telefono a Nelson hecha un mar de lágrimas y le digo que no iré más a clases de guitarra. Me he dado de bruces con la realidad. Soy una mierda. Me doy por vencida. Después voy al médico y me

recetan antidepresivos. No es algo que haga a la ligera. Siempre he tenido tendencia a la depresión, soy melancólica, he luchado contra ello toda mi vida. El año pasado se me ocurrió preguntarle a mi madre: «Oye, mamá, ¿crees que todo el mundo siente un nudo de dolor y ansiedad en el pecho desde que se despierta por la mañana hasta que se acuesta por la noche, como me pasa a mí?» Me miró con preocupación y dijo: «No.»

Puedo prever la angustia y el estrés que me esperan ahora que mi matrimonio se desintegra y que la estabilidad familiar que he creado para mi hija se hace añicos. Me doy por vencida. Dadme las pastillas.

Nelson me llama por teléfono y me convence para que vaya a una clase más. Cuando llego, me dice:

–No voy a enseñarte más acordes ni escalas, tienes un estilo único tocando la guitarra y no quiero estropearlo.

Sólo porque confío en Nelson con toda mi alma, creo lo que dice. No creo en mí, pero creo en la confianza que él tiene en mí.

–Voy a llevarte a unas sesiones de micrófono abierto y hacer que toques en vivo delante de la gente del pub –continúa diciéndome.

Debe de estar loco. No puedo ponerme a tocar y a cantar delante de la gente. Prefiero morirme. *Recuerda, Viv, el Año de Decir que Sí*. Bueno, ¿y qué si me muero? ¿Qué importa si soy una mierda y hago el ridículo? Soy consciente de que nadie consigue nada ni llega a ningún sitio sin pasar por fracasos y tropiezos. Tengo que hacerlo. Nelson me ha hecho una oferta que no puedo rechazar, el muy cabrón.

Ya cuento con una seguidora: mi hijita de ocho años. Mi pequeña, que nunca ha visto a su madre hacer otra cosa que las tareas del hogar y ser esposa, se toma con naturalidad que me siente todas las noches junto a la mesa de la cocina e intente tocar la guitarra y escribir canciones. Le parece maravilloso lo que hace su madre. La implico todo lo que puedo en el proceso, pidiéndole consejo sobre las letras, las rimas, los interludios. Tiene un gran oído musical y hago caso de sus opiniones. Entonces, un día, después de luchar un buen rato con una serie de acordes, me viene un ataque y doy rienda suelta a mi frustración aporreando las cuerdas como una loca, deslizado los dedos por ellas para hacerlas silbar, rasgueando la guitarra con furia. De ese arrebato surge una frase musical rara, pero muy mía, un «riff muy Viv» (oriental, modal, con un montón de cuerdas sin pulsar, tocadas al

aire) y en ese momento sé que Viv ha vuelto. Mi hija levanta la vista de sus deberes del colegio y con voz emocionada me dice:

–Mami, tú *has nacido* para tocar la guitarra.

Esa frase y la forma en que la dijo ha sido mi puntal durante muchos años.

19. BEL CANTO

2008

Cuanto mejor es la voz del cantante, más difícil es creer lo que está diciendo.

DAVID BYRNE

Me siento ridícula yendo a ensayar a mi estudio, avanzando pesadamente bajo la lluvia y la grisura de Hastings, con la guitarra colgada a la espalda. Qué tonta, qué farsante. Sorteo charcos al salir del aparcamiento, paso delante de la tienda de saldos, cruzo por el acceso subterráneo, miro de reojo por debajo de mi capucha las olas que rompen en la costa y las paradas de autobús vacías; ¡vaya tiempo más deprimente! Aun así, prefiero estar rehaciéndome a mí misma en Hastings que en cualquier otro lugar. Siento que aquí estoy al borde del mundo o, al menos, al borde de Inglaterra. Ésta es una ciudad a la que la gente viene cuando quiere alejarse lo más posible de los demás. Es una ciudad de renegados, de músicos, de escritores, de artistas, de drogadictos, de madres adolescentes y de pirómanos. Es anárquica, un pueblo fronterizo, donde pasa de todo y todo se acepta, incluso el fracaso. Me encanta Hastings, joder.

Andy Guinaire, un amigo y brillante intérprete de *pedal steel guitar* (tocó con los Faces, entre otros), viene a una noche de actuaciones libres o de micrófono abierto y me aconseja que compre una guitarra mejor. «Ésa suena como si estuvieses sacudiendo un cajón lleno de cubiertos.» Así que voy a la tienda de Richard en Rye y me compro mi primera Telecaster en veinticinco años, una Fender Telecoustic rosa con diseño de flores.

Sigo yendo a la escuela de arte una vez por semana y le confieso a Tony Bennett en secreto (es la primera persona a quien se lo digo) que mi matrimonio está acabado. No parece sorprendido y me contesta que él ve romperse matrimonios todo el tiempo entre sus estudiantes. Me explica que para crear las obras en su taller debemos ahondar mucho en nuestro interior y

que, en ese proceso, es inevitable conocerse mejor, darse cuenta de quiénes somos y qué queremos realmente. Sin duda es algo que tendrá un impacto en tu vida.

Le recuerdo a Tony que en una ocasión me dijo que había reconocido mi voz cuando la oyó en la radio. Yo siempre pensé que tenía una voz muy común del norte de Londres, pero algunas personas me han comentado que lo raro es el timbre. No creo que lo digan como un halago sino sólo porque es inusual. Una vez que estaba con mi hija en un parque, se me acercó una mujer a la que llevaba diez años sin ver y me dijo: «¿Eres tú, Viv? Te he reconocido por la voz. ¡Tienes una voz tan particular!» Decido no tomármelo como una ofensa, sino más bien usar la rareza de mi voz como una ventaja. No soy una cantante pero, si soy honesta conmigo misma, con los valores del punk y uso mi voz de un modo natural y sincero, quizá baste con que sea una voz única y personal como las canciones. Empiezo a darle vueltas a la idea. Voy a la tienda de guitarras y esta vez le pregunto a Richard si conoce a alguna buena profesora de canto.

Sandra Scott. ¡Qué descubrimiento! Vive en una cabaña de pescadores de madera negra, con una puerta de entrada pintada de amarillo canario, en las afueras de Rye. Cada vez que entro me siento como si me tragase un enorme mirlo rechoncho y achaparrado de pico amarillo. Le digo a Sandra que no quiero aprender a cantar, no quiero sonar afectada, no quiero cambiar mi voz en nada, sólo quiero aprender a abrir la boca y proyectar mi voz. Soy tan tímida y tan temerosa que no logro emitir un solo sonido. Paso gran parte de mis clases de canto sentada delante de la chimenea llorando. El invierno da paso a la primavera y, a medida que cambian las estaciones, voy cayendo hasta tocar fondo delante de los ojos de Sandra, y a partir de ahí empiezo reconstruirme otra vez. Me enseña la técnica del bel canto para proyectar la voz a través de la nariz y el frente del rostro usando el cráneo como caja de resonancia («cantar en la máscara»). La mayor parte de la gente que no ha aprendido a impostar la voz canta desde la garganta, lo cual no aporta resonancia, calidez ni potencia a la voz. Con el bel canto puedes usar tu voz aunque no te encuentres bien, algo muy útil para mí porque parece que yo siempre estoy resfriada.

Voy todos los días a mi estudio y practico los ejercicios de canto con la cinta que Sandra me ha dado. Hago escalas ascendentes y descendentes, es lo único que deseo. No canto ninguna canción, sólo ejercito los músculos para

mejorar la voz. A pesar de que estoy sola, no canto muy alto. Me pongo de pie con la espalda contra la pared blanca y emito un débil sonido. Cada día me alejo un poco más de la pared hasta coger confianza y colocarme en medio de la habitación y proyectar la voz en todas direcciones, sin importarme si hay alguien en el estudio de abajo ni lo que puedan pensar de mí. Me acuerdo de la época en que vivía en el piso okupado de Davis Road y de cómo los vecinos me pedían que parase de tocar la guitarra porque hacía un ruido insoportable, y de cómo fui mejorando, me serví de mis peculiaridades y grabé un gran disco. Si pude hacerlo en aquel entonces con mi guitarra, seguro que ahora también podré hacerlo con mi voz.



Con mi Fender Telecoustic nueva

20. UN ASUNTO DE VIDA O MUERTE

2008

¿Qué debe morir en tu vida para que nazca
aquello que estás creando?

DEEPAK CHOPRA

Medianoche. Bajo del coche y observo la luna llena. Me siento tan aislada y sola que le hablo en voz alta.

–¿Estás bien, Luna? ¿Sobre qué otras personas estás brillando? ¿Sobre alguien como yo? ¿Alguien que pueda amarme en el futuro? ¿Alguien a quien amaré?

Subo por la entrada de casa con mi guitarra a cuestas, paso junto a los arbustos espinosos. Durante el día mi hija y yo jugamos en el jardín, entrando y saliendo de esos arbustos, imaginando que son monstruos, pero de noche puedes arañarte con ellos en la oscuridad y hacerte daño de verdad en la cara o en los ojos. Oigo el sonido del mar batiendo sin tregua sobre la playa de guijarros.

La razón por la que llego a casa a medianoche con mi guitarra es porque un par de veces a la semana conduzco tres horas de ida y otras tres de vuelta hasta un pub que elegí al azar para tocar mis canciones en público. Durante los días previos a esas noches de micrófono abierto, paso la mayor parte de mi tiempo libre decidiendo qué canciones voy a tocar. *¿Cuál me sale mejor? ¿Cuál toqué la semana pasada? ¿Cuál toco primero y cuál después?* Una vez elegidas, ensayo las dos canciones una y otra vez durante días.

Antes de marcharme de casa les doy de cenar a mi hija y a mi marido, acuesto a la niña y lavo los platos. Mi marido se pone furioso cada vez que salgo y procura encontrarme más tareas que hacer antes de que me vaya. Las hago todas, pero, llegado el momento, cojo mi guitarra y me largo.

*Ruby, no te lleves tu guitarra a la ciudad.*¹⁹

Intento aprovechar el largo trayecto hacia el pub para calentar la voz. Una

voz en la que no tengo ninguna confianza. Una voz de la que me he avergonzado desde que era niña. La odiaba tanto que una vez que estaba en el último curso de colegio y me hicieron leer en voz alta un pasaje de la Biblia delante de la clase, fui incapaz de hacerlo. Me quedé de pie, paralizada, las manos aferradas al atril, abriendo y cerrando la boca, boqueando como un guppy moribundo, mientras pensaba: *No puedo dejar que oigan mi voz, es grave y fea, como la de un chico*. Estaba muerta de miedo. Después de un rato, una amable profesora me ayudó a volver a mi lugar.

La siguiente vez que me atreví a usar mi voz fue con las Slits. Se supone que los punks tienen una mentalidad abierta y que te animan a que tengas iniciativa, pero en realidad era un mundo rígido y despiadado, y Ari siempre fue muy crítica con nuestras voces.

Mientras conduzco por la carretera de la costa cantando junto con la cinta de ejercicios, mi voz suena aflautada y débil, desafino porque canto en un tono demasiado alto o demasiado bajo, sólo dios sabe cuál. Repaso las letras e intento memorizarlas. Me parece horrible cantar con una hoja de papel delante. ¿Cómo te va a creer nadie si necesitas leer un guión?

Metó el Audi en el aparcamiento de un edificio de paredes rugosas muy feo y, tras un par de maniobras, lo estaciono en un sitio libre, apago el motor y me recuesto en mi asiento. ¿De verdad quiero hacer esto? Todavía estoy a tiempo. Puedo volver a encender el motor, meter la marcha atrás, sacar el coche del aparcamiento e irme a casa. No tengo por qué pasar por esa humillación. Pero, por lo que sea, debo hacerlo. Es como si hubiese sido abducida por un extraterrestre: no tengo ni voz ni voto en el asunto. Bajo del coche, saco el estuche de la guitarra del maletero, me lo cuelgo del hombro y enfilo mecánicamente hacia la pequeña puerta de vaivén al estilo de un salón del Oeste. Siento un dolor y una angustia que me oprimen el pecho, como si me dirigiese al cadalso.

Me instalo en una robusta mesa de madera marrón oscura, con un vaso de agua mineral frente a mí, apoyado sobre un posavasos de una marca de cerveza. Protejo el estuche de la guitarra con un pie para que nadie tropiece con él. Pienso en Vincent, me lo imagino pavoneándose en Cannes o en el Chateau Marmont de Los Ángeles. El bar está medio vacío, dos veteranos están sentados en un rincón oscuro rasgueando unas guitarras caras. En la barra, un tipo alto y delgado con una coleta canosa toca las estrofas de un blues en una armónica. Es evidente que todos llevan años en el circuito.

Clavo los ojos en la pegajosa moqueta con dibujos marrones y naranjas para no tener que cruzar la mirada con nadie.

Voy varias veces al baño y me lavo las manos una y otra vez porque me sudan de los nervios. Me miro al espejo y éste me devuelve la imagen de una mujer atractiva, de buen aspecto, cabellos limpios, labios pintados, vaqueros, camiseta. Clase media. ¿Qué coño está haciendo en un sitio de mala muerte como éste con una guitarra eléctrica? ¿Por qué no está en su casa viendo la tele con su marido y su hija? ¿O pasando la aspiradora? ¿O limpiando?

Oigo que anuncian mi nombre y vuelvo corriendo al bar, cojo mi Squier (la Teleoustic no suena bien en vivo) y subo al pequeño escenario situado en un rincón. El presentador intenta echarme una mano.

—¿Cantas música folk, cariño? ¿Como Joni Mitchell o algo parecido? Aquí es donde se enchufa. ¿Sabes usar un micrófono? ¿Has subido el volumen de la guitarra? Suena un poco aguda, deja que te baje un poco los agudos. —Se inclina hacia mí y gira los botones de mi guitarra. Le dejo hacer. Las manos me tiemblan de tal forma que todo el mundo lo nota.

Empiezo a tocar. No hay monitores y los altavoces apuntan en dirección contraria a donde estoy yo. No puedo oír lo que canto, pero puedo oír lo que toco a través del amplificador que está justo a mis espaldas. Y es horrible. Es tan malo que me da vergüenza oírme. Soy una mierda. Pero las canciones son buenas. Sé que yo soy un desastre, pero también sé que las canciones son buenas. Y tengo que darlas a conocer como sea. Son como pequeñas criaturas que claman ser oídas. Me veo obligada a hacer todo esto, más allá de cualquier lógica, del fracaso, de mi timidez. Hay una anciana con un gorro de lana viejo en la cabeza inclinada sobre la barra, la mirada clavada en su vaso de whisky. No levanta la vista del vaso. El tipo de la coleta intercambia sonrisas burlonas con sus amigotes. Siempre tiene que haber alguien que se ríe, se mofa o hace gestos de desaprobación. Tiemblo de pura cólera mientras sigo cantando mis canciones. Cometo un montón de errores, desafino de forma escandalosa, no puedo apartar la mirada de mis dedos, si no, me equivocaré al pulsar las cuerdas. Cada segundo es una tortura para mí y para el público. Seis minutos más tarde se acabó todo. El presentador sube al escenario de un salto y pide un aplauso para Viviane. Añade amablemente que hay que ser muy valiente para subir allí y cantar tus propias canciones, que al menos no hago lo que todos los demás que tocan versiones de temas

conocidos. Desenchufo la guitarra y me dirijo a mi asiento sorteando las mesas. Nadie me mira.

Algo raro empieza a suceder a medida que continúo recorriendo el circuito de pubs con jornadas de micrófono abierto. En cada sitio se me acercan una o dos personas cuando me dispongo a marcharme (un pescador, un granjero, el que atiende la barra, otro músico, una chica con aspecto estiloso) y me dicen: «¿Sabes qué? Tu música me ha emocionado. Sé a lo que te refieres con esa canción. Eres lo mejor que he escuchado en este lugar.» Y una vez, sin venir a cuento: «¿Has oído hablar de un grupo que se llamaba las Slits? Me recuerdas a ellas.» Esas personas me ayudan a seguir adelante. Son capaces de ver más allá de mi incompetencia y apreciar la honestidad de mis canciones.

Me detengo delante de la puerta de casa y revuelvo el bolso en busca de mis llaves. Las luces de fuera están apagadas. Todas las luces de la casa están apagadas. Mi marido se ha ido a la cama. Una vez dentro, no me atrevo a encender ninguna luz. Lo que hago me hace sentir tan mal y tan culpable que procuro no hacer nada de ruido. Me lavo los dientes en la cocina porque el cepillo de dientes eléctrico es muy ruidoso. Me desvisto a oscuras en mi lado de la cama y me deslizo bajo el edredón. Intento no pensar en la humillación que acabo de sufrir al tocar delante de unos tipos que son tan buenos intérpretes de blues. Me encantaría prepararme una infusión y una tostada y sentarme con mi marido a charlar y a reírnos mientras le cuento mis experiencias, pero él prefiere hacerse el dormido. Me siento tan sola tumbada junto a él en esta preciosa casa blanca.

Al otro lado de la ventana la negrura se pierde en el infinito. No se oye ni el ulular de un búho. La densidad del silencio es agobiante. El matrimonio es agobiante. La tristeza y el espanto me oprimen el pecho. Hemos estado juntos diecisiete años. Hemos pasado por tantas cosas. Nos hemos sido fieles. Siempre hemos tenido una buena vida sexual. Hemos estado muy enamorados. Y sin embargo aquí estamos, como dos niños pequeños muertos de frío y perdidos en el bosque, acurrucados, mirando en direcciones opuestas, echándole la culpa al otro y haciendo realidad el sempiterno miedo a que nos abandonen.

21. LAS NEW SLITS

2008

Lo único que quiero es poder tocar y cantar tres canciones manteniendo un buen nivel y no bajar de ahí, da igual lo cansada que esté o lo malo que sea el asistente de producción. Por el momento oscilo entre aceptable y totalmente atroz, y dicha aspiración se me antoja inalcanzable.

Nelson tiene que seguir con su vida, no puede acompañarme a todas las noches de micrófono abierto, pero me aterra la idea de ir sola a esos pubs dos veces por semana. Ya es bastante abrumador para una mujer entrar en ellos por su cuenta y riesgo (algunos sólo frecuentados por camioneros), enclavados en medio de la nada, para, además, tener que subirse a un escenario a tocar y cantar sus propias canciones un poco raras, cuando los demás cantan cosas conocidas como «Chasing Cars». Es algo que va más allá de la pura valentía, es una auténtica locura. Para asegurarse de que no me daré por vencida y porque tiene fe en mí, mi amiga Traci coge el tren desde Londres y viene conmigo cada vez que toco. La recojo en la estación de Brighton, de Hastings o en la que esté cerca del pub al que iré esa noche y ella se sienta conmigo antes y después de mi actuación para reírnos un poco. Es una amiga de verdad.

Voy cogiendo confianza, pruebo canciones diferentes, hablo con el público, hago bromas. Cuando toco en un pub de Lewes, al este de Sussex, un tipo llamado Tom Muggeridge se me acerca al final de la actuación y me dice que le han gustado mucho mis canciones, ¿me interesaría tocar en un festival que está organizando en el Laboratorio de las Artes de Lewes y que tendrá lugar dentro de un par de meses? Mi primer concierto. Organizo un grupo con Tom al bajo, un batería y un violinista de Brighton que he conocido en mis viajes. Ensayamos un par de veces en un almacén. Hay algunas cosas que no salen bien esa noche, pero para mí significa un gran paso, y cuando estoy en el escenario, cobro conciencia: *Soy la cantante*. He hecho la transición de guitarrista a cantante, un gran salto para cualquiera que

esté en un grupo. Cuando empiezas tocando un instrumento nunca llegas a imaginar lo que es estar al frente de un grupo.

Ahora ya no admito estupideces cuando actúo. Una noche, delante de una multitud de viejos rockeros de coleta que no paraban de armar jaleo, les grito: «¿Alguien de los que están aquí se ha chutado heroína alguna vez? ¿O ha grabado un disco?» Se hace un silencio. «Bueno, pues yo sí, así que os calláis de una puta vez o si no ya os podéis ir a casita a sacarle lustre a vuestras guitarras.» (Todos ellos tienen guitarras superchulas y perfectas, y notas que sólo las sacan de sus estuches una vez por semana, para limpiarlas y volverlas a guardar.) Ahora ya no me callo ante el típico comentario de «suena demasiado agudo» por parte del presentador. «Lo hago a propósito, para incomodar», le digo, y giro el mando para hacerlo aún más agudo: espero hacerle estallar los tímpanos. Empiezo a disfrutar de la tensión que se crea entre lo que el público espera de una mujer de aspecto agradable y lo que realmente recibe: palabras llenas de furia y un estilo de guitarra tenso y crispado.

Después de tocar durante un año y medio en aquellas actuaciones abiertas de los pubs, me encuentro en uno de Brighton, muy moderno e impersonal, con parrilla fuera y una barra de cócteles. Me dejo el alma en la primera canción, pero nadie presta atención, todo el mundo habla, ríe y grita. Se acabó: lo que yo hago no sirve como música de fondo. En la siguiente canción cambio la letra y canto «follar, joder, coño, mierda, meada, paja» (y todas las palabrotas que me vienen a la cabeza). Lo repito una y otra vez hasta que, por fin, la sala entera se queda en silencio. Cuando ya están todos prestándome atención, les digo: «Gracias y buenas noches.» Fue la última vez que toqué en ese circuito de micrófono abierto.

Se acerca el concierto de las New Slits. No estoy nerviosa; mi experiencia en los pubs durante el último año, donde tenía a la gente a diez centímetros de mi cara mientras tocaba sola mis propias canciones, me ha curtido. Eso da mucho más miedo que estar sobre un escenario arropada por un grupo. Vamos a España. Es tan divertido volver a estar con Ari y con Tessa y disfrutar de la camaradería de todas ellas otra vez. Cuando llegamos al hotel nos reunimos en una habitación y nos tumbamos encima de las camas a charlar. No existe un grupo de mujeres en el mundo con el que yo me haya sentido más en armonía que el formado por Ari, Tessa y Palmolive (me gustaría que Palmolive estuviese aquí en la habitación del hotel con

nosotras), no sólo por nuestra historia en común, sino porque todas somos el mismo tipo de mujer. Ari nos cuenta el problema que tiene ahora en Jamaica, que en Kingston alguien ha corrido el rumor de que ella es una espía de la CIA y algunos se lo han creído y quieren matarla. No sé cómo ha podido vivir bajo una constante presión desde los catorce años hasta hoy. Y todo por ser diferente a los demás y dedicarse a hacer sus cosas sin transigir. Me pide que mire un bulto que le ha salido en el pecho, dice que lo tiene hace un año. Sabe que he tenido cáncer y espera que yo pueda aconsejarla y tranquilizarla. Palpo el bulto, es bastante grande, del tamaño de una almendra. No tengo ni idea de si se trata sólo de un quiste o si es un tumor; le digo que tiene que ir sin falta al médico nada más volver a Inglaterra. Me dice que no le gusta Inglaterra, que ya hará que se lo examinen en Jamaica.

En la sala donde actuamos tenemos un camerino grande, nos han puesto unas bandejas con comida y hay monitores sobre el escenario para que podamos oírnos mientras tocamos. A mí todo eso me parece un lujo. Me encanta tocar con otros músicos, me siento mucho más segura que cuando estoy sola. Aunque me siento un poco incómoda interpretando los temas de las New Slits. Las canciones originales del grupo (aunque han resistido bien el paso del tiempo) ya no me emocionan, sobre todo ahora que estoy componiendo mis propios temas. Y las canciones nuevas, con una influencia de ritmos jamaicanos, no me resultan atractivas desde el punto de vista musical, a pesar de ser muy buenas. Como intérprete, no siento ninguna conexión con las canciones que estoy tocando, preferiría estar entre el público bailando y pasándomelo bien.

La siguiente actuación de las New Slits es en Manchester. Saco a mi hija del colegio para que pueda asistir al concierto y no tengo más que mirarla desde el escenario, allí de pie en la primera fila, sus ojitos clavados en mí con una expresión resplandeciente de orgullo, para saber que para ella he hecho lo que debía hacer. Si una madre o un padre llega a ver una expresión así en el rostro de sus hijos aunque sólo sea una vez en su vida, jamás lo olvidará. Es como haber descubierto el Santo Grial. En un momento de la actuación en el que tocamos música dub, decido entremezclar con el ritmo un par de acordes más abstractos y disonantes, pero Ari se me acerca corriendo y me grita: «¡Para de tocar! ¡Para de tocar!» Le parece horrible.

Esa noche, de regreso a Londres, voy mirando pasar la autopista por la ventanilla del coche y decido no volver a tocar nunca más con las New Slits:

quiero hacer mi propia música. Mi hijita está dormida, acurrucada junto a mí con su cabecita sobre mi regazo. Le acaricio el pelo. Siento tanto amor por ella. Recuerdo mi amor por las Slits veinticinco años atrás, lo destrozada que estaba cuando nos separamos. Me sentía como un amante abandonado, sufrí durante años, pero con el tiempo me curé y me hice más fuerte, porque no había más remedio (aunque me quedaron cicatrices). Ari hizo que fuese imposible que el grupo siguiera unido; y años más tarde volvió, como hacen muchos amantes que se han marchado; pero para mí el momento de hacer algo juntas ha quedado atrás: fue en el pasado, no ahora.



Trace

22. LA RUPTURA

2009

Tú no eres una artista, eres una gilipollas.

MI MARIDO

Marido me suelta un ultimátum: *O dejas la música o esto se acabó*. Le digo que no me está pidiendo que elija entre la música y el matrimonio, sino entre la vida y la muerte. Así que no tengo elección. Él cree que por culpa de la música estoy descuidando a mi familia, que no cumplo con el trato, un trato que existe en su cabeza (yo me ocupo de las tareas del hogar y él trae el dinero a casa). No soy más que una narcisista, una gilipollas y una caprichosa, una mala madre y una esposa lamentable. Me recuerda a mi padre: «No hagas eso, no hables de eso. No vuelvas a mencionarlo.» Sólo que mi marido va más allá y añade: «Eres una inútil, eres demasiado vieja y lo que haces es una pérdida de tiempo.» Una tarde, cuando una amiga me pregunta como quién me gustaría cantar y yo le contesto que como Karen Carpenter, Marido escupe sobre la mesa el café que tiene en la boca y se carcajea lleno de desdén.

Los dos hombres más importantes de mi vida quieren que me anule a mí misma. Como si mi vocación fuese algo vergonzoso. Un siglo atrás me hubieran dicho: *Si no paras de una vez, te recluiré en un manicomio*.

Intento que mi hija vea con buenos ojos lo que hago, pero Marido le está quitando todo su entusiasmo al convertir mi pasión en algo negativo. Estoy convencida, sin ninguna duda, de que soy un buen ejemplo para ella. Ver que tu madre se sienta a aprender un instrumento desde cero, que escribe canciones y que, con el tiempo, consigue subir a un escenario a cantarlas, me parece una fantástica lección de cómo hacer realidad tus sueños. Pero mi marido, que es diez años menor que yo, es un joven de los ochenta y no cree en eso tan loco y hippie de hacer realidad tus sueños. Él cree en el dinero; hay que ganar dinero. Yo no gano dinero. Puede que nunca lo gane haciendo lo

que hago. Él y yo somos de épocas ideológicas diferentes; no lo juzgo por eso. Él no quiere apoyarme económica ni emocionalmente, eso también lo entiendo.

Lo que hago ahora es impropio de una madre, a pesar de que parece que me arriesgo a perder a mi hija por segunda vez (la primera fue después del cáncer), pero no dejo de centrarme en mi música. La voy a recoger al colegio, preparo la cena, la acuesto por las noches (no limpio la casa, no tengo tiempo), estoy presente físicamente, pero no mentalmente. Para dar este gran paso tengo que meterme de lleno en mi trabajo. Igual que tienen que meterse de lleno en su trabajo todos los artistas (gilipollas), igual que Marido se ha metido de lleno en su trabajo durante los últimos dieciséis años. Muchas veces se ha quedado despierto toda la noche para resolver algo que estaba haciendo en el ordenador, en ocasiones durante semanas enteras. La diferencia radica (*y es una gran diferencia*) en que él estaba ganando dinero para la familia. Yo no. Yo estoy volviendo a ponerme en pie y colaboro con la familia de otra forma, pero lo que hago ahora mismo no puede medirse en libras esterlinas ni en peniques, y él es una persona que le da importancia a las libras esterlinas y a los peniques. Eso me gustaba de él.

Vamos a una fiesta que está llena de parejas que conocemos. Me fijo en los presentes y llego a la conclusión de que todos, un miembro de cada pareja o ambos, han tenido una aventura, y sin embargo ahí están todos, sonrientes y juntos. Marido y yo hemos sido fieles el uno al otro y, sin embargo, nos sentimos desdichados y nuestro matrimonio está roto.

23. DECIR QUE SÍ A NADA

2009

Keith Levene ha vuelto a entrar en mi vida después de veinticinco años. Ahora está considerado un gran guitarrista. Yo ya sabía que lo era, pero creía que era grande entre nosotros. En esta última época muchas cosas y gente de mi pasado empiezan a ser revaloradas, reconociéndose en ocasiones la gran influencia que han tenido sobre la música actual.

Nos citamos en el bar del Instituto de Cinematografía Británico en Southbank. Es como si no hubiese pasado el tiempo. Recuperamos la intimidad al instante, charlamos de cosas importantes, es un encuentro muy emotivo, a él se le escapa alguna lágrima. Es un hombre muy sensible. Le cuento que he vuelto a coger la guitarra, pero que no sé tocar bien. «Yo te enseñaré, Viv», me dice. Estoy tan emocionada de que Keith vuelva a echarme una mano, a pesar de que parezca una locura, pero él nunca fue una persona que reaccionase igual que los demás.

Así que una vez por semana cojo el coche y voy al este de Londres para tocar con Keith. La primera vez fue una tortura. Me da miedo conducir por la autopista, me siento insegura en todas las facetas de mi vida. Cuando llego, me dice que quiere oír algunas de mis canciones. Saco la guitarra, la enchufo y toco un tema. Está sentado a sólo medio metro delante de mí. Me tiembla la voz, no acierto con los dedos. Pero él comprende la idea.

He notado que hay un esquema que se repite en mi vida, que surge cada vez que algo fracasa (una amistad, las New Slits, mi matrimonio). Si tengo el valor de alejarme de esa situación nociva en lugar de quedarme y aferrarme a ella por miedo a un futuro incierto, parece que después de transcurridos cuatro o seis meses como mucho acaba por presentarse en mi vida algo mejor. Yo llamo a esa situación: Decir que Sí a Nada. Si tienes que elegir entre lo que está mal o nada, no importa lo asustada que estés, tiene que elegir Nada. ¿Verdad que sí? ¿No deberíamos hacerlo todos?



En mi estudio de Hastings. Blusa de seda (diseño de Kate Moss para Topshop; cinturón de Miu-Miu; shorts de Sloggi. El medallón de oro de mi padre y las botas que Vivienne Westwood insistió en que me comprase en 1977

Nada de maridos, nada de amantes, nada de grupos, nada de dinero, nada de seguridad.

Ahí va la nada.

24. UNA NOCHE DE LLUVIA EN NASHVILLE

2009

Cuántas veces me he acostado con lluvia
bajo un techo extraño, pensando en casa.

WILLIAM FAULKNER, *Mientras agonizo*

Las Raincoats me han invitado a ir con ellas de telonera en una gira corta por Estados Unidos en septiembre. *Di que sí, Viv.* Allí tienen bastante éxito, así que tocaremos en salas grandes. Cuando he actuado sola nunca he interpretado más de tres canciones. En Estados Unidos tendré que realizar una serie que incluya varias más. Ensayo a diario en casa y un par de días antes del viaje invito a seis amigos para que vengan a los estudios de ensayos Enterprise en Denmark Passage (el típico sitio que tiene pollas dibujadas por las paredes) para escuchar la actuación que he preparado y para que me den su opinión. Toco siete canciones y digo unas palabras de presentación antes de cada una de ellas. Mis amigos me dan algunos consejos muy útiles y después bajamos a sentarnos un rato al sol, donde coincidimos con las New Slits, que también están ensayando allí. Una situación un poco incómoda con Ari, pero los demás se portan fenomenal.

En el aeropuerto se me rompe la maleta. Los CD, los pedales y la ropa se desparraman por todo el suelo de mármol blanco. Salgo disparada hacia una de las tiendas del aeropuerto y compro dos maletas enormes para repartir la carga, me he pasado muchos kilos del límite permitido y tengo que pagar sobrepeso. Gina Birch, la cantante y bajista de las Raincoats, se muere de risa y comenta que no he cambiado nada.

–En los setenta siempre llevabas una maleta enorme y a reventar de ropa – dice.

Faltan dos días para el primer concierto, me quedo en mi habitación y ensayo como una loca, entonces descubro que el control de graves y el conector de salida de mi guitarra están rotos. Tengo que buscar una tienda de

guitarras en San Francisco y hacer que me los arreglen antes de la prueba de sonido.

Llego a Mezzanine, una sala de conciertos enorme, estilo «chic industrial», y me dirijo a la zona detrás del escenario. *¿Puedo entrar aquí?* Me he olvidado de todo lo relativo a las grandes actuaciones. He olvidado escribir una lista con las canciones y lo que debo pedir durante la prueba de sonido, además de lo que necesito que me muestren en los monitores; todo me resulta extraño. En la puerta del camerino hay una hoja clavada con una chincheta con la lista de los artistas y los horarios de escenario para cada uno. Ahí aparece mi nombre. *¡Oh, no! Esto es real, no es un sueño del que voy a despertar. Tendré que salir de verdad ahí fuera, al escenario, y tocar y cantar delante de cientos de personas.* Intento dominar el pánico mientras espero entre bastidores hecha un manojo de nervios, y en un abrir y cerrar de ojos llega mi turno. Salgo al escenario sintiéndome como una niña que va a actuar por primera vez. Miro al público y el público me mira a mí. Debo controlarme o me quedaré paralizada como una estatua y tendrán que bajarme de allí a rastras, como tuvieron que hacer cuando fui incapaz de leer delante de mi clase en el colegio. Una voz nerviosa y atropellada irrumpe en mi cabeza: *Ya sé lo que haré, voy a tocar mi parte a toda prisa, quitaré un par de canciones, lo acortaré al máximo, no diré nada de lo que pensaba decir, ninguna introducción antes de cada canción y después... ¡No! ¡Basta! Voy a hacer lo que he preparado. Es ahora o nunca; si no, jamás aprenderé.*

Respiro hondo y empiezo. Digo las palabras que tenía ensayadas y toco las canciones poniendo toda mi pasión. Al público le encantan. La gente es abierta y receptiva, se ríen (en el momento correcto) y corean mi nombre. Me podría haber quedado allí arriba, comunicándome con ellos, toda mi vida. Cuando termina mi tiempo me cuesta abandonar el escenario.

Esta noche tocamos en The Echo en Los Ángeles. Se me rompe una cuerda de la guitarra justo cuando estoy a punto de salir. Nunca se me rompen. No recuerdo cómo se cambia una cuerda y además no tengo ninguna de recambio. También está allí el dúo Rainbow Arabia y ellos me llevan al camerino y me presentan a un guitarrista que muy amablemente me deja una cuerda de repuesto.

Una de las canciones que canto en mi serie se llama «In Vitro» y me resulta bastante difícil de interpretar pues hay un par de cambios melódicos muy difíciles. Siempre temo que llegue ese momento y cuando llega no

puedo evitar desafinar. Pero cuando la toco en Estados Unidos me sucede algo extraño: las notas exactas me vienen a la cabeza justo una fracción de segundo antes de que tenga que cantarlas. Es increíble lo que puede hacer la mente cuando todos tus sentidos están alerta.

Cuando terminamos volvemos al hotel. Nadie está ya para ir de marcha. Todo el mundo se dedica a telefonar a Inglaterra para hablar con la familia. A mí me dijeron que no lo hiciese, que despertaría a mi hija y que las llamadas son muy caras. El resto del grupo piensa que es muy raro y muy triste que no pueda ponerme en contacto con mi casa. A esta situación tan horrible hemos llegado Marido y yo en nuestra relación.

He acordado tres conciertos en solitario durante unos días libres que tengo en mitad de la gira. Primero, Chicago, una pequeña actuación muy agradable, organizada por mi amigo Jon Langford de los Mekons; después Austin, Texas, donde conozco a una encantadora pareja de jóvenes cristianos en mi actuación y al día siguiente voy a misa con ellos, sólo para ver cómo es aquello. Es como el *High School Musical*, montado en una enorme sala de colegio con un grupo de rock y las letras de las canciones proyectadas en una pantalla por detrás de los altavoces. La sala está atestada de jóvenes. Después viajo a Nashville. Es emocionante estar en una ciudad tan musical. Quizá Jack White vaya a ver mi actuación. Los amigos de unos amigos me van a buscar al aeropuerto y me llevan a un motel. Dispongo de algunas horas antes de la prueba de sonido. Me siento en la cama color crema en la habitación color crema, ¡dios, qué sola me siento!, echo tanto de menos a mi hija que no sé qué hacer. Me duele el corazón, es insoportable. Ahora entiendo por qué cuando los músicos salen a la carretera recurren a las drogas, a los amantes. Ahora mismo yo recurriría a lo que fuese para mitigar esta amarga soledad. Descorro las cortinas color crema y miro por la ventana el aparcamiento interminable que hay delante del motel. Llueve a cántaros, el cartel de neón del motel proyecta su titilante luz azul sobre los charcos. Moratones en el asfalto mojado y resbaladizo. Una desolación magullada.

¿Qué estoy haciendo aquí, por dios santo? Si le pasara algo a mi hija, ¿cuánto tardaría en llegar hasta ella? ¿A cuántas horas estoy de ella? A catorce. Mis pensamientos me arrastran a verdaderos laberintos plagados de pesadillas: Si mi niña enfermara podría morir en catorce horas y yo no estaría a su lado cuando más me necesita. Me la imagino llamándome a gritos. ¿Y dónde estoy yo? Estoy en un motel de mierda en Nashville,

mirando un aparcamiento por la ventana. ¿Y para qué? Para cantar un puñado de canciones.

Es hora de ir al concierto. Sólo acuden tres personas. Bueno, esto me pone a prueba. Estoy desilusionada y muriéndome por dentro. Me prometo a mí misma que cuando termine la gira no volveré a dejar sola a mi hija, a tomar por culo las canciones y la expresión personal. Toco y canto con el corazón en la mano delante de esas tres personas. Mi pequeño público y el personal que atiende la barra están totalmente inmersos en la actuación. Dicen que han sentido que presenciaban algo muy especial. *(Y es verdad, aquella actuación fue la más intensa e íntima de toda la gira.)* De vuelta en el motel de la congoja, en el «heartbreak hotel», recibo un correo electrónico de una de las personas que me han escuchado esa noche diciendo que esperaba que mi corazón me permitiese darle otra oportunidad a dios («no creo en dios», dice la letra de una de mis canciones). Me meto en la cama y le mando un e-mail a mi querida amiga Traci diciéndole que ya no puedo más. De inmediato me llama por teléfono y hablamos hasta que me quedo dormida: una voz amiga en una noche de lluvia en Nashville. Siento como si lloviese en todo el mundo.

Mañana salgo otra vez para Nueva York. Estoy deseando ver de nuevo a las Raincoats. En estas dos semanas se han convertido en mi familia. En el aeropuerto un ladrón me birla del bolso todo el dinero que he ganado vendiendo mi mercancía.

Llego a la sala Knitting Factory de Nueva York exhausta, no he dormido en dos semanas (no por haber ido de marcha sino a causa de los nervios), pero estoy muy relajada debido al cansancio. Eso es lo bueno de las giras, llegas a conocer tan bien tu trabajo que puedes sumergirte en él y tocar sin esfuerzo. Mi última canción, «Confessions of a MILF», sale muy bien; me emociono mucho cantándola, siento cómo me corre la adrenalina por las venas y me llega al cerebro. Cierro los ojos y me dejo ir. Delante del escenario hay un joven que chilla lleno de entusiasmo y oigo la risa cómplice de una chica cuando canto la estrofa: «No hay nada como estar en casa, como dice *El Mago de Oz.*»

Al día siguiente veo a Palmolive. Sigue en contacto con las Raincoats y la han invitado a quedarse con nosotras en el hotel. El gerente nos pilla metiendo un colchón en el ascensor (queremos dormir todas juntas en la

misma habitación). Veo cómo se le ilumina el rostro a Palmolive mientras recurre a sus encantos para salir del entuerto, igual que en los viejos tiempos.

Gina me enseña una crítica de mi actuación que ha salido en Internet. Es la primera vez que alguien escribe sobre mi música en vivo. La copio a continuación, no para darme bombo sino porque la autora explica lo que hago con más objetividad que yo. Esta crítica me da fuerzas para seguir adelante y me ayuda a borrar de la mente la terrible noche que pasé en Nashville. Hasta que la leí no tenía muy claro si yo estaba loca o no. Gracias, Carrie Brownstein. (Suenan como el título de un libro de Gertrude Stein o de una película de Woody Allen.)

El viernes fui a escuchar a Viv Albertine, de las Slits, y también a Softpower (con Mary Timony) y las Raincoats que actuaban en la Knitting Factory de Brooklyn. ¿Y cómo me siento? Me siento una mujer afortunada.

La semana pasada escribí en este blog que las Raincoats influyeron en casi todos los músicos surgidos de la ciudad de Olympia y de otras ciudades y escenarios similares a lo largo y ancho de los Estados Unidos. No hace falta decir (o quizá sí que hace falta) que lo mismo podemos afirmar de las Slits.

Así que el viernes, en la Knitting Factory, viendo *no* a las Raincoats (que estuvieron fantásticas, por cierto) sino a Viv Albertine, me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no presenciaba una audacia tan auténtica, al menos no en un concierto de rock. Como dijo una amiga mía de manera más sucinta: «Ésta ha sido una de las cosas más punks que he visto en mi vida.»

Si hay una voz que rara vez oímos en la escena musical es la de una mujer de mediana edad que canta sobre lo que conlleva la maternidad, las tradiciones y el matrimonio. Una mujer que no intenta complacer ni aleccionar a nadie, pero que, en cambio, explica un estilo de vida tan omnipresente que resulta casi invisible. Albertine se planta delante de nosotros y nos presenta la imagen represiva de la domesticidad, la agobiante naturaleza de lo rutinario, poniendo del revés las comodidades y los supuestos que damos por sentados. Plantea preguntas que nadie quiere hacerle a una esposa o a una madre, sobre todo a la propia. ¿Eres feliz? ¿He sido yo suficiente para ti? ¿Qué sacrificas? y ¿vale la pena ese sacrificio? Cuando alguien tiene el valor necesario (la franqueza necesaria) para enfrentarse a eso tan difícil, a la dicotomía extraña e irreconciliable de ser una madre y una artista (¿y por qué tiene que ser una dicotomía?) es algo que asusta de verdad. Además ese sentimiento de desasosiego y malestar, sobre todo viniendo de una mujer que pasa de

los cincuenta, suena un poco tonto, incluso infantil. ¿Por qué? Porque se supone que cuando hemos llegado a cierta edad hemos de sentir que tenemos una vida estable o al menos resignarnos a ella.

Ni siquiera he mencionado que Albertine toca la guitarra de una forma hermosa e inquietante por su originalidad. No es sencilla sino más bien una distorsión de lo trivial. Un poco como los temas de sus canciones.

Vuelvo a repetirlo: Me sentí afortunada de estar allí.

¿Habéis visto algo más punk últimamente?

Artículo de Carrie Brownstein (ex guitarrista de Sleater-Kinney y ahora de Wild Flag), 19 de octubre de 2009, para Monitor Mix.

25. LIBERACIÓN

2009

Porque ahora no tenía que pensar en nadie. Podía ser ella misma, dedicarse a sí misma. Y eso era lo que últimamente sentía que más necesitaba: pensar...

VIRGINIA WOOLF, *Al faro*

Han ingresado a mi padre en el hospital. Un vecino le oyó pedir ayuda con voz muy débil, entró en su casa tras abrir la puerta de una patada (algo nada fácil, puesto que mi padre es un paranoico y la había reforzado con una plancha de madera, una lámina de acero, tres cerraduras y un candado) y se lo encontró tumbado en el sofá, consumido y deshidratado. Me pierdo a Neil Young en el Festival Hop Farm y tomo un avión a Francia para verle. No sé por qué, pero me invade el sentimiento del deber. Me siento junto a su cama y le cojo de la mano, me la aprieta con fuerza. Quizá se ponga bien. Llamo a mi hija, habla con su abuelo por teléfono y eso le anima, le hace sonreír. Pero más tarde empieza a despotricar en francés. No entiendo lo que dice, pero parece enfadado. Le pregunto si desea que me vaya, me aprieta la mano aún más fuerte y dice: «No, no, no.»

Los dos médicos franceses a cargo de mi padre me miran con cierto desprecio y me preguntan cómo pudo pasar algo así, que un anciano estuviese agonizando en su apartamento sin que a nadie le importase un bledo. Les enseño los papeles que demuestran que yo había contratado a un enfermero para que visitase a mi padre tres veces por semana, a pesar de que él se oponía. Mi padre le despidió sin yo saberlo. Había decidido irse de este mundo. Dejó que las bombillas se fuesen quemando una a una hasta que su apartamento, su mente y su cuerpo se quedaron totalmente a oscuras.

Es mi tercera visita al hospital. Después de hablar con los médicos, voy a ver cómo se encuentra mi padre. Grita «*Maman, maman!*» una y otra vez. El

hombre de la cama de al lado contesta: «*Je viens!*» Mi padre se calma durante unos minutos; cree que ella está al llegar. Al final de su vida, llama a su madre. ¿Puede haber mayor prueba del poder de una madre? Pero incluso a la hora de morir mi padre se las arregla para ser desagradable y odioso. No para de toser y de escupir los más lejos que le dan sus fuerzas unos enormes lapos de flema marrón. Salen disparados en todas direcciones; nunca sé dónde va a caer el próximo. Los esquivo por toda la habitación, desesperada por marcharme de allí, tengo miedo de coger alguna enfermedad. Viene una limpiadora y le digo en voz baja: «*Je suis desolé.*» Me da mucha vergüenza que tenga que limpiar aquel desastre. La mujer empieza a quitar con la fregona los viscosos escupitajos que salpican todo el suelo y en ese momento recibe uno de lleno. Me quiero morir. Estoy de pie en un rincón, justo al lado de la puerta, cuando una enorme bola de flema viene hacia mí, me agacho, salgo de la habitación y me marcho a casa.

Ya en Inglaterra, recibo una llamada telefónica:

–¿Hola? ¿Viviane Albertine? –pregunta una voz con acento francés.

–Sí, soy yo.

–Siento comunicarle que su padre ha muerto hoy.

No digo nada. Espero que mi silencio exprese desconcierto y tristeza, porque sería terrible que el doctor se diese cuenta de que no siento nada.

Tengo que volver a Francia y ocuparme de los aspectos prácticos tras su muerte. Organizar los preparativos tras la muerte de un padre ya es bastante duro, pero tener que hacerlo en un país extraño, en otro idioma, es algo que te supera. Pero nadie más puede hacerlo (mi hermana vive al otro lado del mundo), así que intento solucionar las cosas una a una, paso a paso, hasta completar todo. No quiero pararme a pensar en la monumental tarea que me aguarda porque entraría en pánico.

Así que: *Primer paso*, coger un avión a Toulon. *Segundo paso*, instalarme en un hotel. *Tercer paso*, ir al hospital. Me dicen que hable con una funeraria. Bajo al sótano, donde está la morgue, y allí me dan una tarjeta con la dirección de una funeraria en Toulon. *Cuarto paso*, tomar un taxi hasta la dirección que me han proporcionado. Me las arreglo como puedo durante la entrevista con el director de la funeraria. Me encanta la puerta de su despacho con un grueso cristal tallado de la década de 1930 y no puedo dejar de mirarla. El director se marcha un par de minutos del despacho y le saco una foto a la puerta con mi móvil. *Quinto paso*, comprar productos de limpieza y

bolsas de basura e ir a limpiar el apartamento de mi padre. Eso me lleva toda una semana, trabajando de la mañana a la noche, con treinta grados de temperatura. Mi padre era un ermitaño y una urraca que acumulaba todo tipo de porquerías; su apartamento es la cueva de un ermitaño y de una urraca. Está atestado de periódicos, cajas, botellas vacías, envoltorios de galletas, bolsas de papel, latas, herramientas, ropa, cartas, todo lo que te encuentras en la vida. Periódicos apilados hasta el techo, laberintos de cajas de cereales, casi no hay un centímetro de suelo vacío. Hasta los armarios están llenos de bolsas vacías de magdalenas, alisadas y colocadas ordenadamente una encima de la otra, miles de ellas. No hay duda de que le encantaban las magdalenas. Hay cientos de envases que guardaba para reutilizarlos. No puedo desmontar las tambaleantes torres de desechos de golpe, tengo que ir poco a poco, porque a mitad de una de ellas, aplastado entre una bandeja de pasteles y una caja de pizza, encuentro su pasaporte o una antigua foto de familia muy bonita. Incluso descubro su testamento dentro de una vieja lata de galletas. Hay que revisar papel por papel. Mientras limpio el apartamento, habitación tras habitación, pienso en la vida de mi padre; puedo encontrarle cierta lógica ahora que ha acabado. Ahora que tiene un comienzo, un desarrollo y un final.

Nació en el seno de una familia campesina de Córcega, era el menor de cinco hijos, guapo, rubio y consentido. Los otros hermanos sentían celos de él. Estaba levemente aquejado del síndrome de Asperger, un trastorno del espectro autista que conlleva dificultades de interacción social. Se alistó en las fuerzas navales de la Francia Libre y conoció a mi madre en la pista de patinaje sobre hielo de Queensway, en Londres, durante la guerra. Se casaron y emigraron a Canadá y después a Australia. Tuvieron dos hijas y volvieron a Inglaterra. Estudió ingeniería. Siempre fue un forastero. Divorcio. Soledad. Crisis nerviosa. Regresó a Toulon. Vivió solo el resto de su existencia, amargado y retorcido, trastornado y hablando solo. ¡Qué desperdicio de vida! Bueno, no es la mía. Ésa no va a ser mi historia. Pero ¿cómo voy a ser normal teniendo este padre, estos genes tan lamentables? Meto las cosas en bolsas, las tiro y friego frenéticamente, borrando poco a poco al loco de mi padre de aquel apartamento. Pero no puedo borrarlo de mi sangre. Los vecinos se refieren al lugar como «la casa del loco». Yo soy la hija del loco que vivía en la casa del loco.

Sexto paso, volver a la morgue. Tengo que llevarles ropa para vestir el

cadáver. Escojo el atuendo más normal que encuentro, normal para la década de los setenta, no para ahora. Elijo una chaqueta de pana beige, unos vaqueros oscuros, una camisa azul y una corbata azul marino. En la morgue me preguntan si quiero verlo cuando ya esté colocado en el ataúd. Digo que no. No voy a quedarme a observar a un tipo muerto. Es morboso. Pero mientras estoy sentada en la sala de espera blanca (viendo pasar a toda prisa a chicos y chicas jóvenes vestidos de blanco y con zapatos de suela de goma blancos, como una escena de la película *A vida o muerte*), empiezo a sentir pena por él. Qué triste estar ahí tumbado, bien vestido, con tu ropa de los domingos, y que nadie quiera venir a verte, que nadie quiera decirte adiós. Le digo al empleado de la funeraria que he cambiado de opinión, que quiero verle. Me siento en una silla dorada y lo miro. Lo primero que noto es la rigidez de su mandíbula, encajada en un gesto de amargura y de resentimiento. Está muy delgado. Desagradablemente delgado. Estoy impresionada. Me digo para mis adentros: *Nunca más alabaré la delgadez ni aspiraré a ella. Es abominable.* Le han cortado los cabellos largos y desgreñados y lo han peinado hacia atrás. Tiene un aspecto bastante distinguido, noble y hermoso, con su marcada nariz romana, los pómulos altos, el pelo plateado y la ropa elegante. Como un profesor universitario francés. Lloro un poco. Porque durante unos minutos, en el mismísimo final, justo antes de que desapareciese en una nube de humo, mi padre se parecía al padre que yo siempre quise tener.

Séptimo paso, mi hija y yo vamos al funeral que tiene lugar en el crematorio. Nos vestimos de negro y pasamos muy pegadas la una a la otra por otro funeral, éste lleno de familiares y amigos, de coches y de flores. Soy consciente de lo patético que resulta el nuestro, sólo nosotras dos, madre e hija, caminando detrás de un ataúd. Los franceses que cargan con el féretro intercambian alguna que otra broma mientras lo depositan sobre un carro. Les dirijo una mirada furibunda. El funeral es demasiado dramático, con una música exageradamente emotiva y pomposa, puesta a todo volumen, mientras las dos permanecemos sentadas delante del ataúd en una sala barroca y recargada, presentándole nuestros últimos respetos. La música cambia y suena un canto fúnebre, lúgubre y fatídico, las puertas del horno se abren y el féretro avanza despacio hacia su interior, las puertas se cierran con un sonido de fanfarria. Mi hija está sobrecogida por la pompa de todo aquello y llora sin

parar. La abrazo y me la llevo fuera, lejos del gentío del otro funeral. Subimos al coche de la funeraria y volvemos al hotel.

En su testamento mi padre me deja diecisiete mil libras esterlinas. En Francia es obligatorio dejar el dinero a tus hijos. Por ley. Uso ese dinero para contratar a un abogado y pagar mi divorcio. Mi marido también quiere divorciarse. El resto lo guardo para grabar un EP en el futuro. (La última vez que heredé algún dinero fue cuando murió mi abuela y con él me compré una guitarra.)

26. SEXO Y SANGRE

2009

–Bueno, ahora que nos hemos visto mutuamente –dijo el unicornio–, si tú crees en mí yo creeré en ti.

LEWIS CARROLL, *A través del espejo*

Avanzo a duras penas por la vida en un estado de shock y de terror mientras mi marido y yo comenzamos los trámites de divorcio. No sé si podré hacer esto. ¿Seré capaz de volver a vivir sola después de diecisiete años? ¿Podré pagar las facturas, arreglar los desperfectos y hacer frente al impuesto de circulación? ¿Ganar dinero? He olvidado cómo sobrevivir por mí misma. Hablo con otras divorciadas y me dicen que con el tiempo vuelves a recordar cómo se hace todo. Las casadas me dicen que estoy cometiendo el peor error de mi vida y que me encuentro en la peor edad para divorciarme. «Nunca conseguirás a otro hombre.» Una madre divorciada, rubia con mechas color miel y muy sofisticada, que lleva a su hija al mismo colegio que la mía, me confiesa al salir de la piscina:

–Hasta que llegas a un punto en que prefieres vivir en una tienda de campaña en mitad de un prado en lugar de en tu bonita casa con tu marido, no estás lista para el divorcio.

Mi matrimonio está acabado. Mi marido y yo hemos estado viviendo en la misma casa (pero separados) durante seis meses y no puedo dejar de pensar en el sexo. Tengo unas ganas acuciantes de tirarme a alguien y eso se debe a una razón importantísima: *Cueste lo que cueste, estoy decidida a hacerlo yo antes de que lo haga él.* Muy maduro por mi parte.

He estado con el mismo hombre durante diecisiete años y no sé si podré soportar que me toquen otras manos o desvestirme delante de un desconocido; o si mi cuerpo le resultará atractivo a otra persona; o qué hacer o cómo moverme con una pareja diferente. Es como si sólo hubiese hablado

con un hombre durante diecisiete años y ahora tuviese que aprender a hablar con otro distinto. Da miedo, pero no voy a dejar que Marido llegue primero a la meta, por decirlo de alguna manera. Y, en lo más profundo de mi ser, espero que me duela menos cuando él se acueste con otra si yo lo he hecho antes (*cosa que funcionó, dicho sea de paso*). Así que tengo una gran urgencia de follarme a alguien lo antes posible, pero no a cualquiera, sino a alguien muy concreto: alguien bienintencionado, corto de vista y, dada mi enorme inseguridad, que sea agradecido.

Elijo a un hombre al que sé que le gusto y que, lo más importante, no es para nada intimidante desde el punto de vista físico. No es guapo ni atlético. Tiene aspecto de conductor de radiotaxi (no lo digo yo, es la descripción que hace de sí mismo, pero coincido con él), no de taxista de los de toda la vida, éstos son una especie diferente, son tipos crispados, incluso podrían llegar a ser sexys. Él es perfecto para mi propósito, me siento lo bastante segura para arriesgarme.

Lo he hecho. Yacemos juntos desnudos, abrazados en el sofá. La habitación está a oscuras a excepción del reflejo de la luna llena que forma un charco de luz tenue sobre el suelo de roble. Una tibia brisa marina entra por las cristaleras abiertas.

Estoy perdida en mis pensamientos, felicitándome para mis adentros. *Ja, ja, lo he hecho antes que tú. La la lala la.*

El conductor de radiotaxi interrumpe mis pensamientos.

–Estás mojada.

Me llevo la mano a la entrepierna y me toco. Es verdad, *estoy* mojada. No húmeda de «excitada». Estoy empapada. Levanto la mano para mirarla. Está cubierta de sangre.

A la luz de la luna, nuestros cuerpos son de un blanco refulgente y la sangre que nos mancha todas las piernas parece de color negro. Una sangre negra y pegajosa. Empapa los almohadones del sofá y gotea sobre el suelo, como si hubiésemos derramado un bote de melaza sobre nuestro regazo. Aquí está, persiguiéndome de nuevo, mi vieja enemiga: la sangre. Sacándome otra vez de quicio. Maldita, maldita sangre. Siempre aparece cuando no la quiero y nunca cuando la deseo. Me pongo de pie de un salto, un torrente rojo me chorrea por las piernas. Estamos en medio de una masacre, como una secuencia promocional de *Carrie*. Dentro de mi cabeza puedo oír a la madre

de Carrie chillando: «¡La maldición de la sangre es el castigo por tus pecados!»

No existe razón alguna para que eso suceda. No tengo el periodo, no hemos practicado el sexo de un modo violento y él no tiene un pene enorme, entonces, ¿qué me pasa? Será verdad, estoy siendo castigada por tener una relación sexual sin estar enamorada, por ser una frívola y por atreverme a pensar que podría abandonar mi matrimonio, salir al mundo y vivir una vida artística y liberada. Es un castigo por ser una maldita bruja pependenciera.

Finjo no estar preocupada, me disculpo y voy al cuarto de baño a darme una ducha, olvidándome por completo del tipo cubierto de sangre que dejo en el salón. Abro el grifo al máximo. El agua caliente me da de lleno en el rostro y me corre por el cuerpo, pero ni siquiera la furia de esa ducha me quita de la mente la acuciante idea que me carcome por dentro...

No puede ser. ¿Verdad que no? Por favor, ahora no. Ahora no, que estoy al principio de un nuevo viaje, que tendré que trabajar por cuenta propia. No después de todos los riesgos que he tenido que afrontar y todo el valor que he tenido que reunir para llegar hasta aquí.

Por favor, dios, ¡otra vez el puñetero cáncer no!

Voy directa a ver a mis especialistas, el profesor Jeffrey Tobias y el doctor Anthony Silverstone, los dos hombres del University College Hospital que me salvaron la vida en 1999, y me ingresan de urgencia para someterme a un chequeo. Me inflan a anestésicos y cuando veo otra vez al doctor Silverstone me dice que mis órganos internos son extremadamente sensibles pero que no ha vuelto a aparecer el cáncer.

Seis meses más tarde vuelvo a hacerme otro chequeo con el doctor Silverston, quien me conoce desde hace ya diez años y me ha visto volver poco a poco a la vida.

–Sigo sin conocer a nadie –le digo.

–Lo harás –me responde con su voz maravillosa y tranquilizadora–. Un día encontrarás a alguien que cuide de ti.

Contengo las lágrimas hasta que estoy fuera de la consulta. Es como si me hubiera dicho: «Un día encontrarás un unicornio.»

27. LA CARNE Y UNA MILF

2010

Estoy grabando mi música otra vez. Es algo que nunca imaginé, creía que esa vida era ya agua pasada. Creía que era una impostora desenmascarada. Pero aquí estoy, llevo dos semanas en el estudio Levellers de Brighton componiendo canciones. Lo más raro de todo es que parece que sé lo que tengo que hacer. Aunque no he escuchado música como es debido durante veinticinco años, sé cómo quiero que suenen los instrumentos, dónde quiero los coros y dónde meter un interludio o una pausa. Estoy exultante, me da rabia tener que ir al lavabo porque no deseo perder ni un segundo. En la batería cuento con Dylan Howe (un gran percusionista que toca con Wilko Johnson, tiene su propio grupo y es hijo de Steve Howe de Yes, es gracioso porque él ejerció una remota influencia en mí). Dylan también es el productor del disco. No podría hacerlo sin su apoyo. Su fuerza, su experiencia y su entusiasmo me ayudan a salir adelante. A veces estoy tan agotada que no puedo ni pensar, pero Dylan nunca se cansa.

El primer tema, «I Don't Believe in Love» (No creo en el amor), lo escribí cuando me enteré de que mi padre había muerto. Durante mucho tiempo sufrí por no tener un padre decente y sólo cuando murió me di cuenta de que aún abrigaba la pequeña esperanza de que las cosas pudiesen mejorar. *Se ha ido y ahora ya nunca podré tener un buen padre*, me lamenté para mis adentros. Pensé en el efecto que tuvo en mí el hecho de tener un padre que no sabía o no podía amar. ¿He podido yo amar de verdad a un hombre? ¿Me ha amado alguna vez un hombre? ¡Que le den al amor! Ya no creo en él. Basta fijarse en las parejas que conozco. No están enamoradas, son personas a quienes les asusta la idea de quedarse solas, unidas por intereses económicos o aferradas a su matrimonio sólo para convencer al mundo de que son seres humanos aceptables. No se me ocurre una sola pareja de la que pueda decir que siento envidia. Cuando alguna de las mujeres que conozco se me acerca y me dice: «Siento mucho lo de tu matrimonio», yo pienso: *No, soy yo la que siento mucho lo del tuyo. Al menos yo tuve el valor de marcharme*. El día que murió

mi padre, decidí que de ahí en adelante sólo creería en cosas que pudiera ver y tocar, se acabaron los conceptos etéreos como el amor y la religión.

Una vez que acabo de grabar el EP, me empiezan a suceder cosas buenas. Gina Birch me presenta a Thurston Moore en los camerinos, después de una actuación de Sonic Youth en Forum, en Kentish Town. Se muestra interesado en lo que estoy haciendo y me pide que le envíe el EP, que lo sacará a la venta con su sello discográfico Ecstatic Peace!, cosa que hace.

Jane Ashley me invita a ir a ver la Rock 'n' Roll Library de Mick Jones en Portobello Road y propone que toque algunas canciones allí dentro de una semana. Me da mucho miedo, pero digo que sí. Mick viene a escucharme, puedo verle sonriendo al fondo de la sala. Después me dice que quiere grabar una de las canciones que he cantado: «Confessions of a MILF».

La grabamos una semana más tarde. Me pongo una falda negra y mis botas de Vivienne Westwood. Mick ha invitado a los Rotten Hill Gang para que toquen en mi canción. Estoy emocionada de que toda aquella gente, además de Dylan Howe, haya accedido a participar en mi tema a cambio de nada. Ensayamos un par de veces antes de empezar a grabar. Es uno de los mejores días de mi vida y todo gracias a Mick. Siempre fue muy generoso con mi música.



Con Mick, los Rotten Hill Gang, Zoë y Dylan después de grabar «Confessions of a MILF»

28. EL CENTROCAMPISTA

2010

Mejor hubiera sido mantener su pensamiento a buen recaudo, Pues ahora está otra vez sola y su ser entero atormentado...

STEVIE SMITH, «El matrimonio, creo»

Me mudo a vivir a Londres con mi hija. Estudia en un instituto público. Como hice yo. Ya no me avergüenzo de mí ni me preocupa que mi hija pueda salir a mí. Ella está cómoda en el instituto y yo me siento cómoda con las demás madres. Ahora he reanudado mis actividades y salgo sin parar, tengo que ir a todo lo que me invitan para recuperar mi vida social. Esta noche hay una fiesta en el club Gaz's. Hace años que no piso un club. Voy con una amiga. Mick Jones está en la fiesta y también otras personas de la parte oeste de Londres a quienes he empezado a ver de nuevo. No está tan mal. Puedo estar sola.

Me encuentro apretujada entre dos tíos que apenas conozco y casi sin nada de lo que hablar. Diez minutos más y me iré a casa. Ya he cumplido con mi deber, he ido al Soho por la noche y he sobrevivido. Eso demuestra lo desentrenada que estoy. Salir de noche es como una carrera de obstáculos.

El tipo que está a mi izquierda, pelo largo, gafas de sol, dice que dentro de nada él y otros amigos irán a casa de alguien, ¿quiero ir?

–No, gracias, tengo que volver a casa –le digo.

–Venga –insiste–. Vamos a hacer un centrocampista.

¿Se supone que tengo que saber qué es? A riesgo de parecer una ingenua, le pregunto qué es eso del centrocampista.

–Es una mezcla de éxtasis, ketamina y coca. Mi amigo Dave –dice, señalando a un tío sesentón y fuera de forma sentado junto a él– pica la mezcla muy fina y después te la sopla por el ano con una pajita. Es genial. Te va directo a la sangre.

Rechazo la invitación. Vuelve a insistir.

–La última vez que lo hicimos, todas aquellas chicas –señala a tres rubias de bote elegantonas y entraditas en años del oeste de Londres– se arrodillaron en fila con las bragas bajadas y los culos en pompa, y Dave fue una por una metiéndoles la pajita. –Debo de haber puesto cara de horror, porque se apresura a tranquilizarme–. Ah, no te preocupes, Dave es como un médico, no se fija en nada, lo hace continuamente.

Le digo que, de verdad, a mí no me va eso, que no tomo drogas, pero gracias de todos modos, además tengo que irme.



De gira por Francia. Traduje todos los títulos de mis canciones al francés (éste es «Nunca te corres»). Todavía con las botas de Vivienne Westwood que compré en 1977. Chaqueta de Vivienne Westwood. 2011

–Ah, ¿no bebes ni te drogas? –replica enfadado–. Ya, genial, dejarás un bonito cadáver, pero te quedarás sola. Y nunca conocerás a ningún tío. Sólo los gays no beben.

No veo la hora de salir a Oxford Street y coger un autobús a casa.

29. UN PSICÓPATA GUAPO

2010

Había oído que los locos poseen una fuerza sobrenatural.

BRAM STOKER, *Drácula*

Una noche de febrero en la que cae una gran helada actúo en Camden Town. Después del concierto me siento a beber algo con un grupo de amigos en el bar de abajo. Estoy acelerada, no por haber bebido ni haberme metido ninguna droga, es de pura felicidad. Paseo la mirada por el abarrotado bar y veo aquel rostro y pienso: *Ése es el tipo de rostro que me gusta*. No porque sea bonito, sino porque me resulta *familiar*. La piel mediterránea, los ojos oscuros, cierta inocencia en la expresión, la forma de la barbilla y de la frente. Quizá me recuerde a mi padre. Intento no volver a mirarlo. Continúo pasándomelo bien.

Mis amigos me van a acercar a casa en su furgoneta y no dejan de mandarme mensajes por el móvil. Están esperándome fuera, impacientes por marcharse, así que cojo mi guitarra y me abro paso entre la multitud rumbo a la puerta. Se me agarrota un poco el paso al cruzar delante del tipo guapo e intento parecer desenfadada. Para sorpresa mía, él me mira directamente a los ojos cuando paso a su lado y me dice con tono amable: «Adiós.» No es un adiós común y corriente. Es un adiós muy elocuente.

Una vez fuera, corro hacia Trace y me desahogo:

–¡No hay derecho! Jamás se me acercará un tío como ése después de una actuación y me invitará a salir. ¡Siempre son demasiado tímidos y respetuosos!

–Vuelve a entrar y dale tu número de teléfono –me contesta Trace.

–De ninguna manera –le respondo, horrorizada–. Soy incapaz de hacer algo así. Tal vez tenga novia. Me da mucha vergüenza. –Entonces recuerdo

que el tipo sí que hizo una *especie* de ademán de acercarse. Me vuelvo hacia mi amigo Barry, que está a nuestro lado—. Hazlo tú —le digo.

Riéndonos sin parar e intentando que nadie nos vea, Barry y yo nos acercamos a la ventana del pub para que le muestre cuál es el tipo y no se confunda cuando se acerque a él.

—Aquél, el de la chaqueta negra —le digo, señalándolo y agachándome de inmediato por debajo del nivel de la ventana. No puedo creer que esté haciendo esto. Barry entra en el pub con mi número de teléfono garabateado en un trocito de papel. Y yo me voy a casa.

Al día siguiente recibo un mensaje de texto del tipo del bar y quedamos en encontrarnos en un salón de té de Camden. Nunca he hecho esto antes, bueno, no desde que tenía dieciséis años. ¿He perdido la chaveta por completo? ¿Estoy sufriendo un ataque de histeria a consecuencia del divorcio? Pero es que en realidad no deseo hundirme en una existencia solitaria, sin ningún hombre: tengo que volver a ponerme las pilas.

Decido vestirme de manera informal y opto por un jersey de cuello de pico gris pizarra de Donna Karan, vaqueros y botas. Me siento un poco nerviosa cuando llego a la altura de Sainsbury's... Mejor paro delante del cajero automático y saco algo de dinero. No puedo esperar que él pague, sería una impertinencia por mi parte.

Entro en el salón de té. De pie junto a la barra hay un joven que lleva jersey con cuello de pico azul marino, vaqueros y botas. Me mira de forma inquisidora. Me invade el pánico y recorro el lugar con la mirada. *No puede ser él. Por dios bendito, Viv, ¿en qué estabas pensando? Es guapísimo.*

Pero es él. Nos sentamos a una mesa con una tetera delante y empezamos a hablar; es de Nueva York, me gusta su voz. ¿Cuántas señales de alerta necesita una mujer antes de dar un paso atrás? Bueno, una recién divorciada, un poco verde e insegura, unas cuantas.

Gesticula con los brazos de un modo nervioso: me vienen a la mente Keith Richards, Nick Kent y el capitán Jack Sparrow. Una especie de agitación drogota. Me cuenta que fue yonqui en el pasado. Pero eso fue hace ya mucho tiempo. *Admiro su franqueza.*

Llama «mariquitas» a los homosexuales. *Debe de ser una costumbre neoyorquina.*

Mientras me acompaña andando a casa, me dice que es importante no cederles nunca el paso a los peatones que vienen de frente, ve la ciudad como

una jungla. «Tienes que marcar tu territorio.» *Debe de haber crecido en un barrio difícil, el pobre.*

Le gustaría volver a verme.

–No dejes que pase mucho tiempo –dice en voz baja.

Vale, tiene un par de cosas un poco raras, pero puedo manejar alguna que otra rareza, ¿no? ¿No estaba yo en las Slits? ¿No era amiga de Sid Vicious? He conocido a todo tipo de gente rara. Así era yo y eso es lo que estoy intentando recuperar, se supone que debo volver a relacionarme con gente interesante y creativa como la que solía ver en aquella época. ¿No es así?

Salimos un montón de veces. Es un tipo divertido y tiene un gusto musical cultivado y exigente, algo que es importante para mí. Me lo tomo con calma, intento ser sensata, pasa un montón de tiempo, meses, antes de besarnos o tocarnos. Se comporta como un caballero y con el paso del tiempo me relajo y pasamos al contacto físico íntimo. Pero en la cama las cosas resultan un poco raras.

Noto que él se reprime sexualmente. Se controla. Me cruza por la cabeza que quizá se controle porque si se deja llevar acabaría siendo violento. Todo el tiempo intenta posponer nuestros encuentros sexuales. Dice que ya está casi a punto, ¿puedo darle otros quince minutos? ¿Estará medicado? ¿Viagra? ¿Por qué no me dice nada? Yo le he contado todos mis problemas, no es que mi estado físico sea perfecto al cien por cien. Él no puede tener un orgasmo. Puede tener una erección pero no eyacular. Estoy muy confundida. ¿Son así los hombres de hoy en día? ¿Es fruto de la edad? Hace tan poco tiempo que salgo con otros hombres que no sé qué esperar, qué es lo normal. Una noche, por fin, se corre, pero tiene que frotarse con tal fuerza contra mi vientre que temo que se le espachurre el pene. ¿Será consecuencia de muchos años de masturbación? Quizá no pueda correrse dentro de una vagina porque no le resulta lo bastante prieta. Me parece que no estoy tan mal por dentro. Tuve una cesárea, pero de ninguna manera podría brindarle una presión parecida a la que obtuvo frotando su miembro *con tanta fuerza* contra mi vientre (ninguna vagina podría brindársela, en realidad).

A medida que va adquiriendo confianza, empieza a manifestar más abiertamente su agresividad. Grita y tira cosas, pierde los nervios si comento que algo de lo que me cuenta no cuadra o contradice lo que me había dicho con anterioridad. No hay una sola vez que salgamos que no discuta con alguien en la calle. Y hay más señales de alerta.

No tiene amigos. Ni uno. «Es que todos han sentado cabeza y viven fuera de la ciudad», me explica. *Bueno, supongo que es posible, todo el mundo se empareja, tiene hijos, se muda a vivir al campo. Todos al mismo tiempo.*

Si yo no estoy con él, no puede dormir por las noches. «Me atormentan los pensamientos.» Se queda despierto hasta las cuatro o cinco de la madrugada y acaba haciéndose un ovillo en el suelo y quedándose dormido delante del radiador. *Qué mono, como un animalito salvaje.*

Un día empezamos a forcejear en broma, pero se descontrola y me aprieta la garganta con la mano con tal fuerza que me quedo dolorida durante tres días. Cuando se lo echo en cara, se muestra sorprendido e indignado de que me plantee siquiera que lo hiciera a propósito. *Parece sincero, serán imaginaciones mías.*

También pasamos muy buenos ratos, cocina muchas veces para mí (sólo tiene un plato, un cuchillo y un tenedor, pero me gusta que no les dé importancia a las cosas materiales y me deja usar sus cubiertos mientras él se sirve en un cuenco y come con una cuchara). Tiene montones de pedales para guitarra eléctrica antiguos, le gusta la tecnología, es un excéntrico. Eso me gusta en un hombre. También el hecho de que puedo presentarme en su casa a cualquier hora del día o de la noche y siempre se alegre de verme. Eso es bueno. Yo tengo unos horarios de trabajo muy extraños y no muchos hombres los soportarían.

Pero lloro mucho. Se supone que eso no debería pasar. No rompí mi matrimonio para estar todo el tiempo alterada. ¿Qué ejemplo voy a darle a mi hija si mantengo una relación inestable y desdichada? Quiero que sea una mujer fuerte y que tenga autoestima. Mi hija todavía no me ha visto disgustada con este tipo ni permitiré que me vea. Más vale que ponga mis ideas en orden. Rompo con él un par de veces, pero al día siguiente de discutir siempre está tan tranquilo, tan cariñoso, se comporta de un modo tan inteligente y racional, que pienso que soy yo que me imagino cosas raras y retomo la relación. Tengo tan poca confianza en mis dotes para atraer a alguien, estoy tan desesperada por demostrar que no era yo la persona con quien era difícil convivir dentro del matrimonio, que me niego a aceptar la realidad. Es evidente que ese hombre está loco.

Por fin, me enfrento a los hechos y una noche le digo con tono muy tranquilo que lo siento mucho, que no podemos continuar, que nuestra relación no funciona. Le deseo lo mejor y me dirijo hacia la puerta. *Muy*

madura y muy educada, pienso llena de orgullo. Podría haber hablado pestes, despotricado y discutido acaloradamente con él afeando su extraño comportamiento, pero mi intuición me dice que es mejor no irritarle.

Él empieza a hacerme señas para que me calle, para que no haga ruido.

–El tipo de arriba va a pensar que te estoy atacando –dice.

¿Qué? ¿Qué está diciendo? No le hago caso y recojo mis cosas.

–Te pido por favor que no hagas ningún ruido, Viv.

Este tipo ha perdido la chaveta, ¿o soy yo? ¿Me estoy volviendo loca? No, tú mantén los pies en la tierra, tú no has levantado la voz en ningún momento. Vuelve a repetirme lo mismo. ¡Por dios! Si está tan obsesionado con el ruido, voy a darle algo de lo que preocuparse de verdad. Adrede abro la puerta de un fuerte tirón, dando un golpe contra la pared mientras me dispongo a salir con mi maleta a rastras.

Aquel ruido fue como el pistoletazo de salida. Pierde la cabeza por completo y sale escopeteado hacia mí como un demente, con los ojos encendidos por la furia y el odio, los brazos extendidos hacia delante y las manos crispadas, listas para estrangularme. Nunca había visto nada igual en mi vida. Ni siquiera en las películas de asesinatos. Ni por asomo. La ficción no tenía nada que ver con la realidad.

En un abrir y cerrar de ojos, me agarra de las muñecas, sujetándolas juntas con fuerza y me lleva a rastras de vuelta al salón. Con la mano que tiene libre me agarra del pelo y me obliga a ponerme de rodillas para después tirarme hacia delante y apretarme la cara con fuerza contra la alfombra, no sin antes retorcerme los brazos hasta ponérmelos detrás de la espalda. Todo esto pasa en un segundo. Tiene la fuerza sobrenatural de un adicto al crack, la velocidad de un comando y los reflejos de un jovencito guapo que ha estado en el trullo y ha tenido que cuidarse el culo (algo que me dio a entender que le había sucedido).

Detecto con total nitidez una locura desenfrenada, una furia ciega y una mano experta en violencia, entonces decido, con toda la calma que requiere la supervivencia, no hacer ni el más mínimo ruido. No mover ni un solo músculo. Relajo todo el cuerpo y me quedo como muerta. No hay que discutir con los locos. Y no quiero darle la menor excusa para que me dé una paliza.

Así que, de pronto, ahí estoy yo, una mujer de mediana edad, madre de una hija de doce años (vestida con un cárdigan de Sonia Rykiel estilo marinero de

rayas azules y blancas y con un broche de seda roja con forma de corazón, una falda roja de hilo cortada al bias, sin medias, el pelo recogido en una coleta desordenada y chanclas hawaianas azules), de rodillas, con el rostro aplastado contra el suelo de un cuartucho diminuto encima de un restaurante chino de comida para llevar en Camden Town, inmovilizada por un hombre quince años menor que yo y que tiene la fuerza y la imprevisibilidad de un lunático. Un hombre que he presentado a mi madre y a mi hija, para el que he cocinado, con quien me he reído, para quien me he vestido con mis mejores galas y a quien he intentado entretener. *¡Caray! Hay gente difícil de contentar.*

Como presiento que hacerle frente incrementaría aún más su sed de sangre, lo único que puedo hacer es permanecer alerta y aprovechar cualquier oportunidad, si es que se presenta, para escapar. Cuento cada uno de los segundos, todos mis sentidos agudizados como los de un animal atrapado. Entonces, a pesar de tenerme dominada y totalmente a su merced, de que estoy calladita y no me muevo ni un ápice, hace algo aún más inesperado: me levanta la cabeza de un tirón y la atenaza fuertemente. El antebrazo con el que me rodea el cuello me aprieta la garganta de tal forma que no puedo respirar, y además me hunde el puño en el ojo. Uy. Ahora estamos deslizándonos hacia un territorio aún más oscuro. *Ya está, de ésta no salgo. Me va a romper la cara.*

Me viene a la mente la carita preciosa e inocente de mi hija. Veo su piel suave y tersa como un melocotón, sus ojos verdes, redondos y grandes, su naricita diminuta y su boquita roja como un pimpollo y siento vergüenza. Le hablo a través del aire: *Lo siento tanto, hijita. Siento tanto que tengas una madre tan estúpida. Te he fallado. Si salgo viva de ésta, te prometo que tú serás siempre mi prioridad y que nunca más haré que corras el riesgo de perderme. Te quiero, cariño mío.*

Me armo de valor y aguardo la lluvia de golpes.

No llegan. Me suelta. Veo cómo la locura va desapareciendo de su rostro, como cuando sorbes el jugo de un coco por una pajita y éste se va vaciando. Está totalmente tranquilo. Yo no. Yo estoy furiosa. Ahora que sé que el peligro ha pasado, exploto:

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estabas loco como una cabra y que eras un tipo violento!

Él quiere que me siente y que lo hablemos con calma, pero yo quiero salir

corriendo de allí. Me lanzo escaleras abajo, salgo a la calle y me marcho a casa.

Tardo tres días en echarme a temblar. Tres días para asimilarlo, para que se convierta en algo real para mí. Hasta entonces sigo con mi vida como si nada hubiera pasado.

Todo se me viene encima en Berlín. Llego al Hotel Michelberger. Mi habitación está ocupada casi en su totalidad por la cama. Es como un útero blanco. Me tumbo a descansar. Se supone que en un rato debo bajar a encontrarme con unas personas que me llevarán a dar una vuelta por la ciudad antes de mi actuación, pero no me puedo mover. No paro de temblar, mientras los recuerdos se suceden en mi cabeza, uno tras otro, como fuegos artificiales. Quizá encontrarme lejos de Londres y de mi hija me ha permitido pensar lo cerca que he estado de que me sucediese algo horrible. Cómo ese tipo me embaucó poco a poco. Cómo persistió. Su paciencia y sus mentiras, su voz suave, su caballerosidad, su fingido respeto, simulacros para atraerme hacia él. Ahora todo me parece tan obvio. Caí como una tonta.

Las actuaciones de Berlín salieron bien, no tuve problemas para centrarme en la música, es un alivio olvidarse del asunto durante media hora. Aunque estoy muy tensa. Un chico alemán me espera a la puerta de la sala donde voy a tocar y me pide que le firme su libro de autógrafos. Me enseña que ya tiene los autógrafos de Ari y de Tessa. Después me dice que también les pidió a ellas que le firmasen en varios trozos de papel, ¿me importaría hacer lo mismo? Se los firmo. Entonces saca más papelitos y me pide que también se los firme. Empiezo a sospechar. Le pregunto si va a venir al concierto. Me contesta que, por desgracia, no podrá venir. Que está muy ocupado. Así que cojo los papelitos que ya he firmado, los rompo en mil pedazos y los tiro al suelo. No los que tenían los autógrafos de las otras chicas sino los míos. Ahora pasa mucho eso: hay gente que te espera a la puerta de las salas para pedirte varios autógrafos sin tener la menor intención de asistir al concierto. Coleccionan morbosamente cualquier objeto relacionado con músicos o actores y lo tienen todo dispuesto y organizado para sacarlo a la venta en eBay cuando tú te mueras.

Lo más increíble es que durante un tiempo *echo de menos al psicópata*. Estoy profundamente avergonzada de mí misma, pero esto me ha dado una visión muy clara de cómo se siente una mujer maltratada y de por qué algunas vuelven con sus agresores. El ciclo de los malos tratos resulta

hipnótico: la intensidad del amor que vuelcan en ti, seguido por la violencia, el arrepentimiento, tu perdón y tu vergüenza, para después volver a empezar y sentir cómo te aman con toda su alma. Pero yo no volveré a caer. Y para asegurarme, le cuento a toda la gente que conozco lo que me ha pasado. Incluso a mi madre. Pobre mamá, ¿mi catálogo de errores no acabará nunca? No pueden permitir que perdone a ese hombre. En estas situaciones el silencio y la vergüenza son tus peores enemigos. Le digo a todo el mundo dónde vive, los diferentes nombres que usa y cualquier cosa sobre él que se me antoje importante de informar, para que, si alguna vez me pasa algo, *cualquier cosa*, sepan dónde encontrarle.

30. VIDAS BIEN VIVIDAS

Malcolm McLaren

22 de enero de 1946 – 8 de abril de 2010

No me han invitado al funeral de Malcolm pero pienso ir de todas formas, me parece importante hacerlo. Sé que estará lleno de gente que no lo conocía.

Estuve años sin verle y después me enteré de que había muerto. No me lo podía creer. Malcolm. Era tan pícaro y tan vital. Me doy cuenta de la enorme influencia que tuvieron en mí sus opiniones sobre la vida, su guasa, su capacidad para convertir todo en una aventura. Cualquier cosa, ir al banco o a una reunión de negocios era con él un acontecimiento. Transformaba las tareas más rutinarias en algo extraordinario.

Para el funeral me pongo un vestido de gasa negra con unos puntitos verdes diminutos de Phillip Lim y unos zapatos Mary Jane de Prada. Intento no estar tensa, sólo quiero parecer agradable. Ser yo misma. El funeral es en la iglesia que está en el número uno de Marylebone Road. Entramos todos en silencio y nos sentamos en los bancos. Reconozco a algunas personas, no muchas. Paul Cook y Glen Matlock están ahí; Steve Jones está en Los Ángeles, pero envía un mensaje en clave de humor diciendo que Malcolm se ha marchado llevándose todo el dinero.

El hijo del primer matrimonio de Vivienne, Ben Westwood, pronuncia unas palabras cariñosas y sinceras recordando su infancia junto a Malcolm. Dice que Malcolm siempre intentaba quitárselo de encima y quería que Vivienne sólo le hiciese caso a él. Es un discurso gracioso y lleno de afecto. Unos pocos dicen también unas palabras. Noto ciertas pautas que se repiten. Me doy cuenta de que Malcolm siempre se rodeó de gente organizada y muy trabajadora. Su novia neoyorquina, Young Kim, me impresiona enormemente. Estuvieron doce años juntos. Young Kim es elegante, inteligente, sobria, con mucho tacto y cariñosa. Si Malcolm fue capaz de tener una relación prolongada con una chica así, entonces no pudo ser un tipo tan malo. Vivienne se pone de pie. Va vestida con uno de sus trajes asimétricos de diseño propio. Recuerda detalles de la vida de Malcolm, que le

gustaba llevar a los niños sobre sus hombros y hacerles avioncitos de papel, pero a continuación arremete con una diatriba en la que no está muy claro si lo critica a él o a todo el mundo en general. Dice cosas como:

–¿Qué sentido tiene ser un rebelde si no haces nada al respecto? Al final, termina convirtiéndose en una moda.

Malcolm yace detrás de ella, en el féretro. Me lo imagino allí tieso, tumbado boca arriba con los pies apuntando al techo, enfundados en unos zapatos de claqué rojos de Anello and Davide (que he oído que solía llevar cuando iba a la escuela de arte) y su pelo rizado de color naranja. Observo a mi alrededor. Todo el mundo mira al frente sin entender de qué va aquello. Vivienne ha empezado a hablar de la salvación del planeta. Está a medio discurso cuando una voz grita desde las últimas filas.

–¡Capitalista!

Vivienne no oye la voz y continúa hablando.

–¡Eres una capitalista! –vuelve a gritar la voz.

Vivienne se calla y se inclina hacia uno de sus aduladores situado junto a ella.

–¿Qué ha dicho?

Me imagino al adulator contestándole:

–Ha dicho que es usted una capitalista, señora.

–¿Quién es? –le pregunta Vivienne al adulator, éste le susurra algo al oído. Vivienne se pone derecha y mira hacia el fondo de la sala entornando los ojos en un intento de enfocar la vista sobre un rostro que se encuentra en las últimas filas de la iglesia–. ¿Bernie?

–¡Bernard! –le responde a gritos.

Vivienne vuelve a inclinarse hacia el adulator.

–¿Qué ha dicho? –le pregunta.

–Ha dicho «Bernard», señora.

–Ah, está bien –dice levantando la vista–, Bernard entonces.

Todo es muy cómico. Bernie Rhodes, el ex mánager de los Clash, avanza como un vendaval por el pasillo central de la iglesia hasta situarse junto al altar. Tiene la cara hinchada y un aspecto raro (me recuerda a David Gest). Grita que él conocía a Malcolm mejor que nadie, que sabe lo que pretendía en esta vida, que Malcolm y él lo hicieron todo juntos, que ellos cambiaron el mundo y bla, bla, bla, incorporando su persona al relato existencial de Malcolm. Es como la escena de la boda en *El graduado*, en la que Dustin

Hoffman golpea el cristal gritando: «¡No! ¡Nooooo!» Y me digo para mis adentros: *Malcolm se hubiese reído mucho con todo esto*. Bernie sigue delante del féretro dirigiéndose a los asistentes y divagando durante un tiempo larguísimo. Nadie lo para. Nos está soltando un rollo en mitad del funeral. Mi amigo Mark tiene que sujetarme para evitar que salte y ponga fin a todo aquello. ¿Por qué nadie lo saca de ahí? Me preocupa la dulce novia de Malcolm, sentada en la primera fila, seguro que tanto jaleo le parecerá ofensivo e irrespetuoso. Vivienne intenta apaciguar a Bernie.

–Sé a qué te refieres, Bernie –le dice, asintiendo con la cabeza con aire entendido. A Vivienne no le importa que le planten cara. Lo que no soporta es que no tengas opinión propia. Al cabo de un rato Bernie se queda sin pilas y el funeral continúa su curso.

Allí sentada, recordando la forma de vivir y de pensar de Malcolm, siento que su muerte me ha afectado más que la de mi propio padre. Eso es debido a la gran influencia que sus ideas tuvieron en mí.

Steve New

16 de mayo de 1960 – 24 de mayo de 2010

Un mes después acudo al funeral de Steve New. Éste es más normal. Lleno de gente que lo conocía y quería de verdad. Un montón de chicas. Le encantaban las mujeres. Hay incluso un párrafo en el discurso que él mismo escribió para su propio funeral en el que agradece a todas las mujeres que conoció haber formado parte de su vida. Su familia toca una pieza musical en la que estaba trabajando, es la clase de sonido que me imaginaba que él hacía, etéreo y complejo desde un punto de vista técnico. Fue un gran guitarrista, un prodigio, muy inteligente, hermoso e iconoclasta, permaneció fiel a sí mismo hasta el final y nunca le lamió el culo a nadie. Nunca.

Ari Up

17 de enero de 1962 – 20 de octubre de 2010

Mi móvil emite un par de pitidos en mitad de la noche: he recibido un mensaje de texto. Tiene gracia, siempre lo apago cuando me voy a dormir,

esta vez me olvidé. No me importa, ya estoy despierta de todas formas. Me he despertado a las cinco. Es un mensaje de Vice Cooler, la percusionista de las Raincoats, que vive en Los Ángeles. *Siento mucho lo de Ari*. Sólo puede significar una cosa. Ha muerto.

La pequeña Ari fue la primera en marcharse. Era la más joven, no sólo de las Slits, sino de todo el mundillo musical. La vimos crecer. Tenía más energía que todos nosotros juntos, incluso al final. Creí que se iba a curar: tenía una voluntad de hierro, estaba convencida de que ganaría la batalla. Qué ridículo por mi parte, yo sé lo que es el cáncer y no tiene nada que ver con la voluntad, sólo depende del tipo de cáncer que tengas y lo maligno que sea.

Últimamente Ari me había enviado un par de correos electrónicos, pero no les presté demasiada atención. En el primero me invitaba al concierto de las New Slits en Londres, su último concierto en Londres; ella sabía que sería el último. Yo no tenía ganas de viajar de Hastings a Londres, estaba demasiado hundida en toda la mierda del divorcio. También invitó a Poly Styrene. Poly y yo lo hablamos: «¿Debemos ir o no?» Por supuesto que hubiésemos ido de haber sabido que se estaba muriendo, pero dimos por sentado que, si estaba dando conciertos, no podía estar muy enferma. Ojalá hubiese asistido, pero no para decir: *Yo estuve en el último concierto de Ari*, ni nada tan morboso, sino para demostrarle que la quería y la respetaba.

El siguiente e-mail que me mandó era muy cariñoso, lo envió un par de días antes de morir, y en él me decía dónde estaban algunas fotos de las Slits para que fuera a buscarlas y me las quedara. Tampoco entonces me di cuenta de la gravedad. Le contesté con un par de líneas diciéndole que me ocuparía de ello.

Me acuerdo de Ari siempre que practico con mi guitarra, sobre todo cuando ensayo con un metrónomo para trabajar el compás. Pienso en cuánto le gustaría seguir viva, seguir haciendo música, fue una artista entregada en cuerpo y alma, la música era su vida. Las artistas necesitan el amor más que nadie en el mundo. Ari necesitaba un montón de amor, pero no sé si recibió el suficiente. La música estaba antes que todo, incluso que su familia. Para ser una artista has de ser egoísta y a tu familia no le queda más remedio que aceptarlo. No es una cuestión personal, no es que no les quieras. Una artista no puede ofrecerle a su familia una rutina ni una presencia constante. Lo que ofrece es vitalidad e ideas, independencia y pensamiento creativo. Eso es lo que creo que Ari ha transmitido a sus hijos y a mucha gente que no llegó a

conocerla. Tras su muerte, con el paso de los meses y de los años, mi cariño hacia ella crece y me doy cuenta con mayor claridad de la mujer tan increíble que era.

Poly Styrene

3 de julio de 1957 – 25 de abril de 2011

Veía mucho a Poly. Quedábamos una vez por semana porque las dos vivíamos en Hastings. Tomábamos café juntas y hablábamos de música. Nuestra situación era bastante parecida, las dos intentábamos volver después de muchos años de silencio, sólo que algunos de sus temas tuvieron mucho éxito y era más conocida que yo.

Hace un par de meses estuve en Hastings y nos sentamos a charlar en la terraza de un café. Me dijo que apenas podía moverse, que era como si se le hubiese partido la espalda, pero que el médico no la tomaba en serio y le decía que lo que tenía era inestabilidad mental. Su rostro estaba gris y crispado por el constante dolor. Al final, una fotógrafa amiga, Naz, llamó al hospital y exigió que mandaran una ambulancia urgente o si no los denunciaría ante los tribunales y se lo contaría a la prensa. La ambulancia llegó de inmediato y esa misma semana a Poly le diagnosticaron un cáncer. La mandaron directamente a una residencia para enfermos terminales.

Antes de que Poly cayera enferma, la acompañé a oír cantar a su hija en Cargo, en Londres. Fuimos en coche y por el camino le hice escuchar mi nuevo EP. Estaba impresionada, ella no había querido retomar la música porque sentía que ya había superado la etapa punk, pero cuando oyó mis canciones se dio cuenta de que existía un modo de hacer música (grabada o en vivo) compatible con nuestra edad adulta. Cuando iniciamos el trayecto en coche Poly pensaba que yo estaba loca («¿Por qué quieres hacer eso?»), pero poco a poco lo fue entendiendo. Comprendió que no estaba intentando hacerme la jovencita, eso pudo oírlo en las canciones, era yo misma, escribiendo con sinceridad sobre mi vida actual. Planté una semilla, pero no lo hice dándole ningún sermón, sino con el ejemplo. Estoy contenta de que Poly recuperase su fuerza y grabase otro disco, *Generation Indigo*, antes de morir. Se puso a ello de inmediato y lo terminó mucho antes de que yo concluyera el mío. Era una persona realmente dinámica.

Cuando visité a Poly en la residencia estuvimos todo el tiempo cogidas de la mano. Tenía una piel suave, de niña pequeña. Nos reímos mucho, nos divertimos un montón hablando de chicos y de sexo y de miles de tonterías. Antes de tener cáncer, yo me sentía un poco incómoda con las enfermedades, pero ahora no. Creo que Poly pudo relajarse un rato conmigo. Todavía abrigaba esperanzas de curarse.

Un par de días más tarde le envié un mensaje de texto diciéndole que me acordaba de ella. Recibí otro mensaje comunicándome que Poly acababa de morir. Durante su funeral, pensé: *Es cierto que los mejores mueren jóvenes. Intentaré ser tan buena como lo era Poly, eso es lo que más echaré de menos de ella.*

31. THE VERMILION BORDER

2010-2012

Haces tu música en consonancia con tu nivel de capacitación.

BRIAN ENO

Grabar mi disco, *The Vermilion Border* (La frontera bermellón), es como volver a ser niña e invitar a todos mis amigos para que me ayuden a construir una casa en un árbol con los pedazos de madera esparcidos por todo el jardín. El disco se hace poco a poco, sólo paramos cuando me quedo sin dinero o necesito escribir otra canción. Me lleva un par de años. Abro una cuenta de crowdfunding con Pledgemusic para costear la grabación, lentamente empieza a entrar dinero y yo hago esculturas y dibujos para enviarles a todas las personas que colaboran.

Me encuentro a Jah Wobble en una fiesta, no lo he visto en veinticinco años, acaba de escribir su autobiografía, *Memoirs of a Geezer*, y hablamos de tocar juntos. Le insisto y le meto prisa y logro que quedemos; grabamos dos canciones, «Traum Palace» y «Bury the Bones» («Palacio Traum» y «Entierra los huesos») en el estudio de su editor en el Soho. Un par de semanas después conozco en un concierto a Jim Barr, el bajo de Get the Blessing y de Portishead. Le echo cara y le digo que me gustaría trabajar con él. Es una persona muy abierta y dice que sí. Le envío la grabación de «Couples Are Creepy» (Las parejas dan miedo) y graba una pista para el bajo.

Ahora tengo a Wobble y a Jim en mi disco, a partir de ahí surge la idea: *Podría convertirlo en un denominador común, ya tengo a dos grandes intérpretes de bajo, ¿por qué no continuar en esa dirección y conseguir un bajista interesante para cada canción?* Otro bajo con el que me encantaría trabajar es Jack Bruce, ¡qué ridículo! Con quince años yo sólo tenía cuatro LP y uno de ellos era *Disraeli Gears*, de Cream. Alguien de Pledgemusic

conoce a Jack, le envió un correo electrónico y, ¡quién lo iba a decir!, me responde y dice que sí.

Elijo un percusionista que creo quedará bien con Jack, Charles Hayward (antes tocaba con This Heat, uno de los mejores grupos del mundo), y el día de la grabación Jack se presenta puntual. Nos reímos un rato y cuando está cómodo y relajado le digo:

–Vayamos al estudio y toquemos la canción.

–¿Tienes una maqueta para que pueda escucharla antes? –pregunta Jack.

–No, acabamos de aprenderla –digo, intentando poner un tono optimista.



Trabajando en la mesa de la cocina. 2012

Me mira sorprendido.

–Guau. Eso sí que es como en los viejos tiempos.

Se hace un silencio, por un momento siento que me falta el aire y respiro hondo. Entonces él sonrío.

–¡Muy bien! –dice por fin.

Uf. Menos mal que el pequeño bache pasa pronto.

–¿En qué clave está?

¡No lo sé! No sé nada de claves ni de tonalidades. Estoy totalmente perdida.

–No tengo ni idea –respondo con voz firme.

–¿No te importa en qué tono toque? –pregunta Jack.

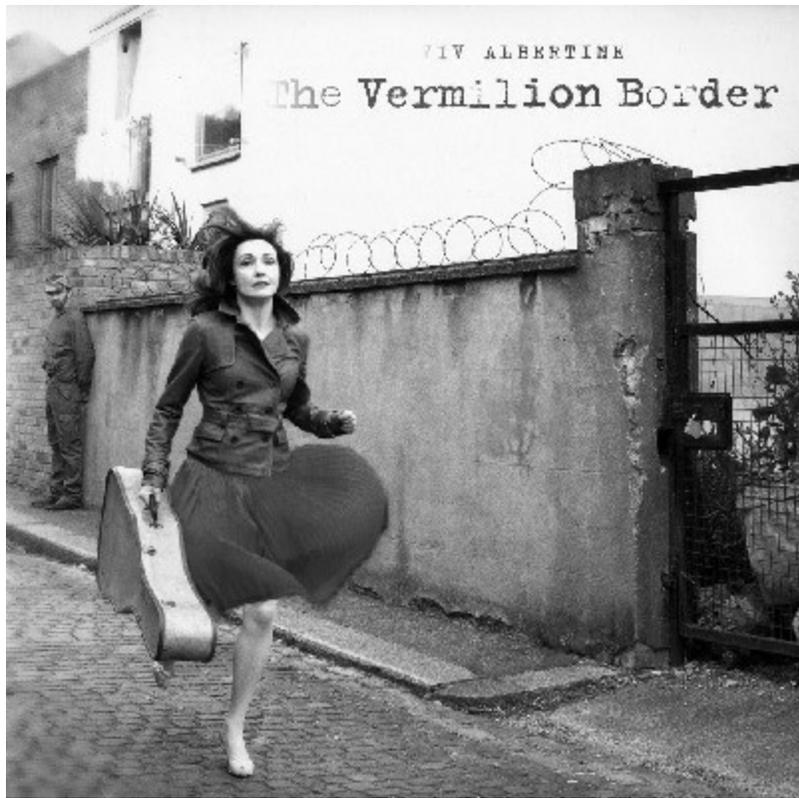
Pensará que soy una idiota.

–¡Genial! –dice, sonriendo de oreja a oreja.

Jack me pregunta qué tipo de sonido me gustaría que tocara. Le hablo de los antros de opio y de Marruecos..., pero se ríe y dice que a él la canción le recuerda a esos artistas de teatros de variedades de las décadas de 1930 y 1940: Wilson, Keppel y Betty, que bailaban unas danzas egipcias muy graciosas sobre un escenario lleno de arena. Enchufa su bajo Gibson con forma de violín, bajamos la intensidad de las luces y lo observamos a través del cristal de la sala de control. Inclina sobre la mesa de mezclas, escucho tocar a Jack y mi espíritu se transporta, primero descendiendo hasta una profunda tristeza para luego elevarme hasta la más alta dicha, pasando por todo tipo de emociones. Eso logra Jack cuando toca el bajo: pintar un cuadro de una gran emotividad.

Y ya está. Fin de la sesión. Jack dice que no dude en llamarle otra vez que le necesite, que acudirá en un abrir y cerrar de ojos, que hacía años que no disfrutaba tanto durante una grabación.

Los bajistas que participan en mi álbum son: Tina Weymouth (Talking Heads, Tom Tom Club), Jah Wobble (PiL), Jim Barr (Portishead), Jack Bruce (Cream, Blind Faith), Jenny Lee Lindberg (Warpaint), Danny Thompson (John Martyn, Nick Drake, Pentangle), Norman Watt-Roy (Ian Dury, los Blockheads), Winston Blissett (Massive Attack), Glen Matlock (los Sex Pistols), Wayne Nunes (Tricky), Gina Birch (las Raincoats) y mis amigos Toby Strain y Phil Oakey.



32. FUEGO AMIGO

2011

Detrás de toda mujer de éxito siempre hay
un hombre que intentó detenerla.

Pintada en el lavabo de mujeres,
George Tavern, este de Londres

Estoy en la librería Waterstones, en Camden Town, hablando por el teléfono móvil con mi «mánager», Pete Panini, sobre mi libro. Me dice que ha encontrado a una periodista musical de veintitrés años que podría ser mi «negro» y escribirlo por mí. Nunca ha escrito un libro, sólo artículos de prensa.

Empiezo la conversación muy tranquila.

–Pete, ya he hablado con un corrector de estilo que conozco para que revise mi texto. Dame una oportunidad, sólo tres capítulos y si no funciona lo haremos a tu manera.

–Bueno, si quieres que el libro sea una mierda –responde.

Lo intento otra vez. No tengo que alterarme, dios no permita que una mujer se muestre inflexible en los negocios.

–Sé que puedo hacerlo. Ya he empezado a escribir y he encontrado mi propia voz, estoy entusiasmada.

–¿Cuál es *mi* cometido, entonces? No tengo ningún cometido si vas a hacerlo de esa forma –dice.

Ajá, estamos llegando al quid de la cuestión.

–De todos modos, tu agente literario ya no va a querer representarte –continúa–. Y es probable que Faber tampoco te quiera.

Lo insulto. Me cuelga el teléfono.

–Perdone, señora, pero voy a tener que pedirle que abandone el local.

Salgo de Waterstones hecha una furia con el guardia de seguridad pisándome los talones. Cruzo Camden High Street esquivando el tráfico y me

detengo delante de Marks and Spencer. Me apoyo en el escaparate temblando de rabia. Al que se hace llamar mi «mánager», que en los seis meses que lleva representándome no ha venido jamás a ninguno de mis conciertos, ahora le da por decirme que soy una mierda como escritora y que soy incapaz de escribir un libro sobre mi propia vida.

Sabía que iba a tener que pelear duro cuando decidí volver al mundo de la música, pero nunca imaginé que me atacase alguien de mi propio equipo. Es el fin de nuestra relación.

Me da miedo que tenga razón. No sé escribir. El libro será una mierda. Pero no hago caso a mis temores. Me siento como una estúpida y estoy segura de que la respuesta será «no», pero llamo a mi agente literario y al director de Faber y les pregunto si seguirían interesados en el libro si fuese yo quien lo escribiese. Sí, les interesa. No puedo expresar en toda su magnitud lo violento y difícil que me ha resultado hacer esas llamadas, pero estoy contenta de haberlas hecho.

33. UN MAL COMIENZO

2012

Hemos sido colmados de grandes tesoros
con un solo propósito: desparramarlos.

YOKO ONO

¿Por qué me dedico a trotar por Regent's Park tres veces por semana, ir al gimnasio y mantenerme en forma? No es porque tenga un novio con quien tontear. No es porque a alguien le importe mi aspecto. Intentar estar bien a esta edad es agotador. Todo el tiempo depilándote, hidratándote, corriendo, haciendo estiramientos y mil cosas más. ¡Ay! Tropiezo con la raíz de un árbol y caigo de bruces sobre la tierra dura y reseca. Me golpeo con tal fuerza que se me corta la respiración, se me rompen los bajos del chándal y las rodillas se me llenan de raspones y piedrecitas. Pero no pienso darme por vencida y volver a casa después del trabajo que me ha costado mover el culo e ir hasta el parque, voy a correr todo el circuito para demostrarle a dios, a mí misma, a mi inexistente novio y a cualquiera que me esté mirando desde las alturas que no estoy dispuesta a dar mi brazo a torcer.

A la mañana siguiente de la caída, estoy en cama y me llama mi amiga Joanna Hogg, la directora de cine. Desde que nos conocimos hace veinticinco años hemos mantenido una chispeante amistad. Nos apoyamos mutuamente y quedamos de vez en cuando para contarnos cómo nos va la vida. Las dos hemos pasado por crisis, pero nos damos ánimos y nos marcamos metas creativas para seguir adelante. Es una amistad inusual y productiva.

Durante las últimas semanas no hemos parado de hablar de la nueva película que Joanna está a punto de empezar a filmar, barajando nombres para el reparto. El primer día de rodaje se acerca peligrosamente y todavía no ha encontrado a sus protagonistas. Joanna puede elegir los actores que quiera, pero prefiere trabajar con gente ajena al mundo del cine.

–Viv, te voy a preguntar algo pero, por favor, si ves que no te interesa,

dime que no.

Siento una sensación de calor en mitad del esternón, no es producto de la alegría ni tampoco de la angustia.

—¿Qué te parecería interpretar a la protagonista de mi película?

Digo que sí. No sólo porque desde el «Año de Decir que Sí» me he acostumbrado a responder afirmativamente a los desafíos, sino porque sé que si Joanna piensa que doy la talla para su película es porque la doy. Confío totalmente en su juicio. Es increíble que me pase algo así, es como encontrar el amor. Es maravilloso y terrible al mismo tiempo: maravilloso porque te sucede algo que creías que nunca te sucedería y terrible porque no puedes dejar de pensar: *¿Estaré a la altura? ¿No acabaré pifiándola?*

Acabo de vender la casa familiar (me tocó como parte del acuerdo matrimonial, a diferencia de mi madre, que después de su divorcio tuvo que mudarse a un piso de protección oficial al lado de la fábrica de gas de Turnpike Lane; en aquella época a las mujeres no se les permitía hacerse cargo de una hipoteca, necesitaban la autorización de un hombre). Durante las siguientes dos semanas meto en cajas todas las pertenencias de mi hija y mías, llamo a la empresa de mudanzas, adelanto el traslado dos semanas y nos mudamos el día anterior a empezar el rodaje. Pensaba que nunca querría abandonar aquella casa grande de la que estaba tan orgullosa, pero no siento absolutamente nada cuando cierro la puerta principal por última vez. Todavía no podemos instalarnos en nuestro nuevo hogar, así que dejo a mi hija con mi madre. Mañana empezaré a vivir con el hombre que hará de mi marido en la ficción en una casa de Kensington (que también es la localización principal de la película). Nos quedaremos allí seis semanas. Esta noche lo veré por primera vez.

Dejo de hacer la maleta durante media hora para encontrarme con Joanna y con el hombre en un pub que está al final de la calle. Supongo que los matrimonios concertados deben de ser más o menos así: el primer encuentro está cargado de esperanza, expectativas y terror. Lo más importante es que yo me sienta segura con él. No querría pasar seis semanas a solas en una casa con un tipo desagradable. Entro en el pub Lord Stanley y él está acodado en la barra con Joanna. Su nombre es Liam Gillick, es un artista británico que vive en Nueva York. Habla mucho pero no entiendo la mayor parte de lo que dice. Es enrevesado. Parece un académico dando una conferencia, así que le pido que se exprese de un modo más sencillo. Bebe un montón de vino y se le

pone la nariz roja, pero no me siento amenazada por él, así que sé que todo irá bien. Cuando se va al lavabo le digo a Joanna muy bajito:

–Por favor, ¿te importa pedirle que se lave los dientes antes de que nos besemos en la película?

Joanna me promete que lo hará. Hace un año que no beso a ningún tipo.

Llego al lugar del rodaje a las ocho de la tarde con todo mi equipaje, un ayudante me echa una mano para bajarlo del taxi y después nos deja solos a Liam y a mí. Mañana empezamos a rodar. Pasaré la noche en la casa vacía de unos desconocidos con un hombre al que me acaban de presentar. Es muy raro. Liam propone que vayamos al pub. Nos sentamos en la terraza, debajo de un calefactor eléctrico y hablamos de la vida, del arte, de los hijos. En el curso de la conversación descubro que una vieja amiga mía coincidió con él en la escuela de arte Goldsmiths. Le mando un mensaje de texto preguntándole qué tal es Liam. Mi amiga me responde: *MUY ambicioso*. Mientras tanto Liam me cuenta que él no es más que un socialista grandullón y adorable. A mí me da igual lo que sea o lo que tenga, si es ambicioso y si vive en un maravilloso ático y tiene niñeras las veinticuatro horas del día para su hijo, pero me parece divertido. Empiezo a tomarle el pelo con todo eso y explota. No le hace ninguna gracia. Sólo estaba provocándole en un tonto juego de ligoteo, pero creo que me he pasado llamándole «chico Thatcher» y arribista. (Hace diecisiete años que no practico el coqueteo.) Creía que habíamos ido a pasar un rato divertido a un lugar donde podíamos decirnos ese tipo de cosas el uno al otro, tomarnos el pelo mutuamente sin perder la sonrisa, pero he metido el dedo en la llaga. Se le cruzan los cables, se pone en pie de un salto, casi tira la mesa al hacerlo, agarra su abrigo (de diseño), tiene el rostro encendido, una expresión de bulldog furioso, saca pecho y dice que no va a participar en la película, que aquello no saldrá bien, que hará las maletas y que se irá a la mierda, que se vuelve a Nueva York.

Mientras observo boquiabierta cómo Liam sale disparado calle arriba enfadadísimo, me parece recordar vagamente que Joanna me dijo algo así como «Sé amable con él» la última vez que la vi. Ella me conoce muy bien. Es mejor que arregle este entuerto o no habrá película. Corro tras Liam e intento apaciguarlo. Le digo que sólo estaba bromeando y que él me cae muy bien. Apoyo la mano en su brazo y la aparta como si yo fuese una leprosa.

–No me toques –dice entre dientes. Pone cara de asco. Uy. Le sigo hasta la casa y le miro mientras hace la maleta. Sigue gruñendo y hablando entre

dientes—. No tienes la elegancia suficiente para hacer de mi mujer —dice, y no para—. Eres vaga y poco profesional. —(Porque todavía no he buscado su nombre en Google)—. Además no quiero actuar en esa película burguesa. — Parece importarle mucho la imagen que pueda dar en el «mundo del arte». Sigue y sigue con la perorata.

Renuncio a intentar calmarle y le digo:

—Te comprendo si crees que la película te perjudicará y además piensas que yo no soy la persona adecuada para ser tu esposa en la ficción. Debes hacer lo que consideres mejor para ti y para tu imagen.

Le cambia la cara, deja de meter cosas en la maleta, dice que no abandonará el proyecto, que se va otra vez al pub y que me verá luego.

Cuando oigo cerrarse la puerta principal, me siento en el escalón superior de la escalera de caracol y me echo a llorar. Después entro en cólera. *No pienso permitir que ningún hombre más me intimide ni que me diga que no soy lo bastante buena para lo que sea. Ya he aguantado suficiente. No voy a hacer la película, no me vale la pena sufrir un ataque de nervios por culpa de esto.* Cojo mi guitarra y mis maletas, llamo a un taxi y me voy a casa de mi madre.

34. SINTIENDO EL MISTERIO

2012

Ve siempre demasiado lejos, allí
encontrarás la verdad.

ALBERT CAMUS

–No te preocupes, querida. ¿No les pareciste buena?

Mamá no intenta ser desagradable, pero eso de que me llamen para actuar de protagonista en una película es algo que está tan fuera de sus perspectivas vitales, que no puede imaginar que su hija pueda hacerlo desde ningún punto de vista. Da por hecho que me han mandado de vuelta a casa porque soy una mierda.

Por la mañana hablo con mi hija. Quiere que regrese y haga la película. Ella está superorgullosa y entusiasmada con el proyecto. Además Joanna le prometió que la pondría de extra en una escena con Tom Hiddleston. No está dispuesta a renunciar a eso.

Vuelvo a la casa de Kensington y me encuentro a Liam en la cocina. Le doy un abrazo. Nos ponemos a trabajar. Me comprometo conmigo misma a entregarme por completo al desafío que tengo por delante, ya me enfrentaré a las consecuencias más adelante. Es muy, *muy* importante que esto salga bien, más importante que mi propio orgullo.

La gente del equipo de rodaje es simpática y es fácil trabajar con ellos. Hacer el papel protagonista en una película puede parecer abrumador, pero no lo es. Yo he dirigido y montado varias películas, conozco el lenguaje, cómo empezar y terminar las escenas, cómo podrían montarse, cómo repetir movimientos y diálogos. Aunque nada de eso es relevante en esta película en particular, a mí ese conocimiento me ayuda a saber por dónde piso. No estoy segura de poder participar en una película normal donde tenga que aprenderme los diálogos, pero sé improvisar, de eso estoy segura. De lo que no estoy nada segura es de mi cuerpo o de mi cara. Joanna no quiere que use

nada de maquillaje y ahí está la cámara a apenas unos centímetros de mi cara (y de mis muslos), dios sabe qué lentes estará usando Ed Ruthford, el director de fotografía. No tengo ningún control sobre mi aspecto. Me siento como Blanche Dubois en *Un tranvía llamado Deseo*, cuando Stanley Kowalski le agarra la cara y la retiene bajo la luz de una bombilla desnuda para comprobar lo vieja que es en realidad (Vivien Leigh dijo que fue la escena más angustiada que había rodado en su vida). El primer día de filmación soy plenamente consciente de mi edad. Son raras las películas en las que hay una cámara tan pegada al rostro de una mujer mayor. Normalmente las cámaras se enamoran del rostro de una mujer joven, prácticamente la acarician: *¿verdad que es preciosa, verdad que es perfecta?*

Al principio creo que hacer de «D» en la película no me resulta tan complicado: conozco bien a Joanna, conozco su trabajo y su estética, pero poco a poco empiezo a notar el desafío; D es un reflejo desincronizado de mi persona, es inquietante y perturbador sentirte tan cerca del personaje sin serlo en realidad. Los hechos que represento en la película acaban de ocurrirme recientemente en mi propia vida: dejar la casa familiar, intentar desarrollar la vocación artística dentro de una relación de pareja, el miedo al cambio. Aunque yo soy mucho más luchadora que D. Empiezo a perder la noción de dónde acaba mi personaje y empiezo yo.

Una de las referencias que Joanna me proporciona para ayudarme a construir mi personaje es la película *Jeanne Dielman, 23, quai du Commerce, 1080 Bruxelles* (1975) de Chantal Akerman. La vi cuando estudié en la escuela de cine y me encantó su naturalismo. Pensé cuán revolucionario era enseñar tareas cotidianas tan corrientes como pelar una patata en tiempo real en una película. Joanna también me da a leer el libro de Robert Bresson *Notas sobre el cinematógrafo* (1975) que me ayuda a confiar en mi propio juicio. «Quédate con lo que la intuición te susurra al oído antes que con aquello que has hecho y rehecho en tu cabeza diez veces», escribe Bresson.

El papel es muy exigente desde el punto de vista físico. Yo estoy en casi todas las escenas, trabajando a diario, seis días a la semana, corriendo escaleras arriba y escaleras abajo, por las habitaciones, por las calles del barrio, todo el tiempo de pie, pensando, recordando, calculando, improvisando. Me alegro de haberme mantenido en forma durante aquella época oscura en la que parecía no tener ningún sentido, sobre todo porque salgo desnuda en cinco escenas.



Fotograma de la película Exhibition

No podría hacer las escenas de sexo si tuviera un novio, sería una traición. Justo antes de rodar la primera, Joanna y yo hablamos del tipo de bragas que debería llevar. Unas negras y sexys no, es un matrimonio de muchos años; me pruebo unas blancas, pero coincidimos en que son «demasiado Bridget Jones»; nos decidimos por una sencilla de color carne de American Apparel. El equipo está listo, Liam está en la cama, yo sólo llevo encima las bragas y un albornoz blanco, cuando siento un fuerte retortijón en las tripas anunciándome una diarrea inminente. Me precipito escaleras abajo hacia el cuarto de baño de la entrada, el más privado de la casa, aunque tampoco lo es mucho porque queda justo delante de la puerta principal, que está abierta, y parte del equipo se encuentra sentado fuera tomando té con galletitas.

Me lavo un millón de veces y subo al piso de arriba. Mientras me meto en la cama me siento débil y frágil. ¡*Qué glamourosa! Si el público supiera...* Es la primera vez que Liam (que hace de «H») va a tocarme. Acaba de despertarse y la noche anterior también estuvo bebiendo. Creo que está nervioso. Tiene el cuerpo empapado de un sudor frío, pegajoso y con olor a alcohol. Yo me he duchado dos veces, me he cepillado los dientes dos veces,

me he lavado el pelo y me he lavado ahí abajo, estoy inmaculada. Joanna nos explica la escena (que se reduce a que H quiere hacer el amor y D no) y nos ponemos a ello. Hace más de un año que no me toca un hombre, aquello me resulta tan raro, un hombre tocándome de forma íntima mientras otro grupo de hombres que no conozco nos observa, el micrófono colgando encima de nuestras cabezas y la lente de la cámara, como el inexpresivo ojo de un tiburón, grabándolo todo. Estoy medio horrorizada y medio excitada. Para hacer frente a la situación, recurro al mismo truco que usaba durante las pruebas médicas de fecundación in vitro y de cáncer: abandono mentalmente mi cuerpo y asciendo flotando hasta el techo, desde donde observo lo que sucede allí abajo.

Más adelante, durante el rodaje, me doy cuenta de que represento continuamente dos papeles: uno, el del personaje reprimido de D, y el otro, el de la actriz Viv, llena de vida, que se desnuda sin problemas y que no se inmuta ante las escenas emotivas o sexuales con un hombre que no conoce, delante de un grupo de extraños.

Cuando llegamos a la última escena de sexo, tras seis semanas de rodaje, tengo que hacer un verdadero esfuerzo para meterme en mi papel. Estoy agotada, hecha polvo, he dado hasta la última gota de mi ser. Hablo con Tom Hiddleston de la sensación que a veces tengo de no lograr reajustarme del todo a la vida normal. Le comento que ya no sé qué parte de mí es real y cuál pertenece al personaje. Tom me dice: «Estás sintiendo el misterio, eso es bueno, es bueno para tu interpretación.» La actriz Mary Roscoe, que ha trabajado con Mike Leigh, también me da un buen consejo para ayudarme a abandonar al personaje. Mary dice que Leigh suele recomendarles a sus actores que contacten todos los días con sus familias y amigos al final de la jornada de rodaje, que se cambien de ropa, vayan al pub y hagan cosas que les recuerden quiénes son.

Una de las últimas escenas que rodamos se desarrolla en una casa de campo. El dormitorio está helado y completamente a oscuras, no tiene cama, sólo un colchón en el suelo. Joanna nos dice a Liam y a mí que nos acurruquemos juntos bajo una manta. Apoyo la cabeza sobre el hombro de Liam, él me rodea con un brazo. Empiezo a llorar descontroladamente. Joanna me consulta qué debe hacer. Le digo que siga filmando porque me será imposible parar de llorar. Es la postura en la que estamos tumbados la que me afecta de un modo tan profundo. Es la forma en que Marido y yo

solíamos acurrucarnos cuando éramos felices. Lloro sin parar durante las siguientes cuatro horas. Es la primera vez que he llorado desde la ruptura de nuestro matrimonio.

35. LA SOLEDAD

2013

El silencio es tan preciso.

MARK ROTHKO

Estoy sentada junto a la fea mesa de comedor marrón oscuro y de patas gruesas de casa de mi padre, el tipo de mueble sólido que hubiesen apreciado los victorianos. Llevo puesto un chaleco negro viejo con las sisas muy amplias, que dejan ver los lados de las tetas, no de un modo atractivo sino más bien de un modo que denota que «me estoy pareciendo un poco a mi padre». Le señalo a mi hija la cantidad de mariposas que revolotean en el arbusto de lavanda al otro lado de las cristaleras, igual que hacía mi padre conmigo en el pasado. El aire tibio y el sonido que emiten las chicharras al frotarse las patas me hacen sentir bien. Cada vez que voy a Toulon compro en el mercadillo un cuadro naif pintado por un pintor local (pinceladas desiguales y vigorosas que sugieren pinos, olas, la costa rocosa) y lo cuelgo con los demás enmarcados en marrón oscuro sobre las paredes encaladas en blanco.

Antes pensaba que mi padre era una persona egoísta e intransigente por no esforzarse lo más mínimo en hacer amigos. Por aquel entonces yo era un ser sociable, cada verano aparecía con un novio o un par de amigas, pero ahora la mayoría de la gente me considera demasiado franca, piensan que soy una maleducada por decirles la verdad. La única época en la que encajé totalmente fue la punk. Apenas una minúscula rendija de tiempo en la que era aceptable decir lo que pensabas. Quizá fue una suerte vivir aquello. Después de un divorcio los amigos parecen disolverse en el aire, como si temieran contagiarse. O quizá sea que tu cara ya no encaja en las cenas que organizan. Da igual, es una verdad universalmente admitida que una mujer sola, con una sentencia definitiva de divorcio, necesita unos buenos colegas.

Oigo a los niños chapoteando en una piscina al otro lado de la calle. Huelo

el aroma de la lavanda y de los pinos. Los Citroëns pasan ronroneando delante de la verja de casa. La brisa golpea mis contraventanas pintadas de color Eau de Nil. ¿Se levantará el mistral? Suele soplar en agosto y puede durar tres días o tres y tres y tres días; eso es lo que dicen los franceses. Me levanto de la silla y pongo una toalla roja a modo de cuña entre la persiana y el umbral. He hecho todo lo que solía imaginar que haría para reformar el apartamento cuando visitaba a mi padre en el pasado: pintarlo de blanco, cambiar las baldosas del suelo, darle un aspecto limpio y sencillo. Ahora vengo aquí dos semanas todos los veranos.

Paseo por las calles flanqueadas por chalets de colores apagados: ahí está el chalet frambuesa, el chalet vainilla, el chalet pistacho, y por todos lados caca de perro. Los franceses adoran a sus perros. Siempre desconfío un poco de las personas que adoran a los animales. Por lo general, no les importan demasiado los humanos.

Me dirijo andando hacia el apartamento mientras fantaseo que voy con un novio de la mano, acariciando al pasar las ramas de las buganvillas que cuelgan cargadas de flores moradas. Qué bonito sería. ¿O estaría él de mal humor? ¿Qué le parecería que yo fuese a darme un chapuzón rápido por la mañana, volviese a casa dando un paseo, desayunase queso de cabra con tomate fresco sobre una baguette y luego me dedicase a escribir toda la tarde? ¿Discutiríamos sobre lo que hago y a lo que dedico mi tiempo?

Quizá estoy mejor sin novio, no importa cuánto desee tener uno. La vida que llevo me parece difícil; si pudiera evitarla, lo haría. Preferiría estar sentada en un sofá, abrazada a un tipo, viendo un combate de boxeo en la tele, cocinando para él cuando regresa a casa de trabajar, diciéndome a mí misma que el amor es lo más importante del mundo, que vale la pena abandonar la música y la composición, en lugar de tener que trabajar y escribir canciones, todo el día sola. Da miedo salir delante del público a tocar y cantar, tener que batallar sin tregua para mantener un grupo unido, esforzarse de continuo para conseguir conciertos y dinero. Si se me presentase la oportunidad de tener una vida doméstica feliz, probablemente me aferraría a ella y no la dejaría escapar. Pienso en lo que me dijo mi madre la semana pasada cuando me lamentaba ante ella de mi soledad:

—¿De verdad quieres volver a ser propiedad de alguien?

He quedado para almorzar con dos francesas diez o quince años mayores que yo. Una tiene pareja y la otra está sola. Una está enfadada con su pareja,

celosa de ella y le da vergüenza que la vean con él. La otra sale y entra cuando le apetece. Ahí tengo las dos opciones, bien claras delante de mí: estar con alguien y sentirse irritada por su presencia (creo que la mayoría de las personas que viven un matrimonio largo son un poco víctimas del síndrome de Estocolmo), o estar sola y libre. Ninguna de las dos opciones me parece atractiva. Tiene que existir una tercera.

Aburrida, aburrida, aburrida, si tienes una relación. Sola, sola, sola, si no la tienes. Eso me dijo Ari cuando estuvimos juntas en España. Recuerdo que estuve palpándole el bulto del pecho. Tendría que haberme asegurado de que fuese a ver un médico, tendría que haber hecho más por ayudarla.

36. UNA NARANJA

2013

Es como si hubiera estado corriendo alrededor de un gran círculo para volver a encontrarme en la línea de salida.

JEANETTE WINTERSON, *Fruta prohibida*

Me imagino mi vida como un viaje circular, como si rodease una esfera, una naranja. He empezado por la parte de abajo y he ido trepando por uno de los lados, sintiéndome más segura a medida que avanzaba. A veces la vida se ha puesto difícil y me he quedado cabeza abajo, afrontando la travesía lo mejor posible. Al llegar a la cima, la he cruzado y he empezado a descender por el otro lado. Esta parte del viaje parece ir más rápido, parece que me acerco a comportamientos y a personas que me recuerdan mi pasado; aunque sean complicados, me resultan familiares. Reconozco algunos rasgos de la personalidad de mis padres asomando en la mía propia. Mi verdadera naturaleza (que suprimí en su día para poder funcionar y triunfar como adulta) empieza a aflorar otra vez. Soy tímida y proclive a la introversión. De todos modos, continúo viajando por el lado descendente de la naranja, es imposible parar.

Cómo estoy en este momento: Invierno de 2013

Una magnífica relación con mi inteligente y bella hija, con mi hermana y con mi madre.

Un par de amigas buenas y leales.

Pequeños ingresos y un hogar/estudio propio.

Libertad para crear.

Nunca me quedo parada frente a la puerta de mi casa sin desear entrar, más bien odio tener que salir.

He recuperado la salud.

Estoy en mi peso (basta de gimnasia para la tercera edad).

A veces estoy convencida de poder con todo.

A veces me desespero y me siento sola, nada del otro mundo, no es tan grave como una gripe.

Trabajo con un grupo de músicos talentosos y excepcionales.

Algunos conciertos son geniales.

No sé a quién poner como familiar más cercano en los formularios de hospital.

Todavía creo en el amor.

ROPA MÚSICA CHICOS

Ésta no es una lista completa de la ropa, la música o los chicos de mi vida, pero sirve para hacerse una idea.

NB: No me he tirado a todos los que aparecen en los apartados de «Chicos». Muchos figuran porque me influyeron desde un punto de vista musical, porque me gustaban o porque simplemente los veía con frecuencia en esa época. No he incluido a los desagradables.

1963-1966: CASA DE MIS PADRES Y COLEGIO

Ropa: Zapatos merceditas de charol negro, calcetines largos blancos y vestido camisero para las fiestas. Uniforme del colegio de sarga y gabardina granate. Calcetines cortos blancos, sandalias Clarks de cuero azul, cárdigan tejido a mano, vaqueros de los almacenes Woolworth y camisetas para jugar en el bosque de Highgate. Falda y chaqueta de pana violeta y gorra violeta «estilo Donovan», botas altas de cuero negro, vestido op-art de C&A, colgantes op-art, pelo largo con raya al medio, capas hechas en casa. Leotardos de ganchillo, Levi's, minifaldas de pana gruesa de la tienda Kids in Gear, de Carnaby Street. Pelo: secado delante de la puerta abierta del horno.

Música: Himnos, «Bobby's Girl», «Seven Little Girls», «Rawhide», «My Boomerang Won't Come Back», «Sea of Love» de Marty Wilde (todos regalos de mi prima Sally). Los Swingle Singers, Georgie Fame, los Beatles, los Rolling Stones, los Small Faces, los Kinks, Them, los Walker Brothers, los Yardbirds, los Moody Blues, Bob Dylan, Dusty Springfield, Marvin Gaye, los Four Tops, Otis Redding, los Troggs, los Beach Boys, Dave Berry, Percy Sledge, Tamla Motown, Sandy Shaw, Marvin Gaye.

Chicos: Lucien (Albert) Albertine, Colin y Raymond, John Lennon.

1967-1974: INSTITUTO, WOODCRAFT, ÁMSTERDAM, DINGWALLS, ESCUELA DE ARTE

Ropa: Ropa militar de segunda mano de Laurence Corner. Leotardos rosa fluorescente de Mr Freedom, minifalda negra, jersey de angora negro de segunda mano comprado en un mercadillo de beneficencia. Botas negras de ante por encima de la rodilla, camisetas de rayas y leotardos también de rayas, todo de Biba. Faldas largas de estopilla y camisetas de Kensington Market. Zapatos y botas de Terry de Havilland y de Anello and Davide. Vaqueros Wrangler tachonados a mano, chaqueta vaquera ajustada. Botas de plataforma y zapatos de Ravel. Permanente estilo Maria Schneider (*El último tango en París*): Molton Brown.

Música: Ska (por los cabezas rapadas de mi colegio), canciones de protesta, Pete Seeger, Bob Dylan, Country Joe y los Fish, Taj Mahal, Richie Havens, Ewan MacColl, Nick Drake, Tim Hardin, John y Beverley Martyn, Steve Miller Band, Gil ScottHeron, Hawkwind, Cat Stevens, Carole King, Thunderclap Newman, Melanie, Philadelphia Soul, los Doors, Captain Beefheart, Fleetwood Mac, King Crimson, la Incredible String Band, los Soft Machine, Henry Cow, Edgar Broughton Band, White Noise, los Pretty Things, Pink Floyd, Neil Young, James Taylor, los Small Faces (*Ogdens' Nut Gone Flake*), Marvin Gaye (*What's Going On*), David Bowie (*Hunky Dory*), Syd Barrett, glam rock, pub rock (Kilburn y los High Roads, Dr. Feelgood), Northern Soul, Frank Zappa (me sabía todas las canciones de Zappa como si fueran canciones populares, lo mismo me pasaba con las de Syd Barrett), Cream, Traffic, Bob Marley and the Wailers, Steely Dan, Sparks, Tim Buckley, Sly and The Family Stone, Sam Dees.

Chicos: Mark (Magnus) Irvin, Maurice (Ámsterdam), Nic Boatman, Ben Barson, Rory Johnston, Steve Mann (un influyente DJ que trabajaba en el Dingwalls), Russell Hunter, Brandi Alexander, Jan Hart.

1975: HAMMERSMITH Y PRINCIPIOS DEL PUNK

Ropa: Vaqueros de pierna estrecha, camisetas estampadas en casa, ropa con estampado de leopardo y ropa de lúrex comprada de segunda mano en mercadillos de beneficencia. Botas vaqueras hechas a mano azul celestes, zapatillas Converse. Chaqueta a cuadros entallada, camisetas encogidas.

Jersey de mohair comprado de segunda mano en un mercadillo, pantalones militares. Cazadora de aviador de cuero marrón. Pelo: Keith, de Smile.

Música: Roxy Music, los New York Dolls, David Bowie, Patti Smith, Esther Phillips, Lou Reed, Can, Kraftwerk, Jonathan Richman, Mott the Hoople, los Ramones, Iggy y los Stooges.

Chicos: Rory Johnston, Mick Jones, Keith Levene.

VERANO 1976-1979: LOS FLOWERS OF ROMANCE Y LAS SLITS

Ropa: Sex: vaqueros de cuero negro, leotardos de lycra, botas de charol rosa, camiseta de tetas, camiseta de cowboy, jersey de mohair. London Leatherman: muñequeras y cinturones con tachuelas. Camiseta de malla negra con flecos de dúrex. Chaqueta de cuero negro vieja. Botas Dr. Martens, zapatillas de deportes Spalding y Converse, camisetas de chico rotas, tutús, vestiditos de fiesta de niña pequeña, leotardos con flecos. Minifalda de cuero. Pelo: Keith Lavene.

Música: Velvet Underground, Ramones, Iggy (*The Idiot*), Bowie (*Low*), Lou Reed (*Metal Machine Music*), Eno, Patti Smith, Suicide, reggae (dub y lovers' rock), los Sex Pistols, los Heartbreakers, los Clash, musicales, *Dionne Warwick Sings Burt Bacharach*, los New York Dolls, los Ramones, Television, Richard Hell y los Voidoids, Black Uhuru, *sound systems* (Jah Shaka, Sir Coxone, Moe Anbessa, Stereograph), los Carpenters, alguna música disco –Giorgio Moroder, los Bee Gees–, Linton Kwesi Johnson, el reggae que pinchaba Don Letts (DJ en el Roxy).

Chicos: Mick Jones, Johnny Thunders, Keith Levene, Joe Strummer, Paul Simonon, Sid Vicious, John Lydon, Don Letts.

1979-1981: GIRA *SIMPLY WHAT'S HAPPENING* HASTA EL FINAL DE LAS SLITS

Ropa: Telas exóticas compradas en el mercadillo de Brixton, Stephen Linard, Betsey Johnson, Scott Crolla and Georgina Godley, Vivienne Westwood.

Zapatillas de deporte Converse, Dr. Martens, merceditas de Santini & Dominici, botas de Vivienne Westwood. Pelo: enmarañado y apelmazado.

Música: Reggae (lovers' rock y dub), música de otras culturas y jazz (Fela Kuti, Sun Ra, Eddie Harris, Olatunji, Dollar Brand, Don Cherry). Música improvisada (Company, Steve Beresford, Derek Bailey, Fred Frith, Maarten van Regteren Altena, Tristan Honsinger, Anthony Braxton, Evan Parker, Lol Coxhill, Han Bennink, John Zorn, Steve Noble), Parliament, Chic, Bootsy Collins, This Heat, PiL, los Last Poets, Dionne Warwick, los Pop Group, Rip Rig & Panic, Dennis Brown, Dennis Bovell, Pharoah Sanders, Miles Davis (*Bitches Brew*), Ornette Coleman (*Dancing in Your Head*).

Chicos: Steve Beresford, Gareth Sager (los Pop Group), Dick O'Dell, Bruce Smith, Budgie, Dennis Bovell.

1982-1984: PERDIDA, PROFESORA DE AERÓBIC

Ropa: Aburrida.

Música: Ninguna. Escuchaba las estaciones de radio LBC y Radio 4 de la BBC (emisoras sólo habladas).

Chicos: Ninguno.

1985-1995: ESCUELA DE CINE, DIRECCIÓN, EL AMOR

Ropa: Moda de los ochenta. Un montón de dinero, siempre recorriendo South Molton Street (Alaia, Romeo Gigli, Katharine Hamnett, Margaret Howell, Donna Karan, Sybilla). Zapatos: Manolo Blahnik, Patrick Cox, Stephane Kélian, Robert Clergerie. Pelo: Daniel Galvin.

Música: Jeff Buckley, Prince, Madonna, Philip Glass, Radiohead, Beth Orton, Nirvana, BAD, Mazzy Star, Van Morrison, Abdullah Ibrahim, Neneh Cherry, los Sugarcubes, mucha música étnica y tribal (rumana, esquimal, africana).

Chicos: Jeb Loy Nichols (muy amigo), Malcolm McLaren, Oliver Curtis (de la escuela de cine), Dom Lobo (un corredor muy guapo), el Motero.

1996-2007: BODA, FECUNDACIÓN IN VITRO, CÁNCER, MATERNIDAD, VIDA DE FAMILIA

Ropa: Vaqueros de 7 for All Mankind, camisetas de Velvet and Whistles. Agnes B, Joseph, Prada. Adicta a TK Maxx. Reloj TAG. Gucci para la noche. Mocasines Tod's, botas y zapatillas de Prada, botas de goma Hunter y una chaqueta de plumas Nick Ashley para las caminatas por la playa. Traje de neopreno. Pelo: Aveda.

Música: Pop debido a mi hija (toda la serie compilatoria de *Now...*; la lista de éxitos, los temas eran realmente buenos en esta época), Mika, Gossip, No Doubt, Keane, Bon Iver, Fleet Foxes, Kate Bush, Yoko Ono, los Libertines, Macy Gray, Mazzy Star, Guillemots, los Yeah Yeah Yeahs, Devendra Banhart, Aaron Neville, los Ting Tings, Albert Hammond Jr, Björk.

Chicos: Marido, médicos (doctor Anthony Silverstone, profesor Jeffrey Tobias, doctor Shah), Vincent Gallo (una especie de médico).

2008-2013: ESCUELA DE ARTE, DIVORCIO, MÚSICA, PELÍCULA, LIBRO

Ropa: Vaqueros negros de Gap, botas y chaquetas de Prada, botas bajas de ante Clarks, camisetas de James Perse y de Topshop, para estar elegante Christopher Kane, Phillip Lim, Acne. Botas de David Preston. Sue Ryder/Oxfam/tiendas de segunda mano. Un montón de ropa y zapatos *vintage*. No me interesan los bolsos. Pelo: peluquería local de Hackney, o Kennaland cuando puedo permitírmelo.

Música: Sigo escuchando a Syd Barrett, Marvin Gaye, Tamla Motown y los temas de jazz, blues y soul de toda la vida. Chris Watson (*El Tren Fantasma*), Apparat, Warpaint, Micachu and the Shapes, Leila Arab, Steve Mason, Oval (Markus Popp), los XX, Beach House, Broadcast, Kate Bush, Scout Niblett, Beyoncé, Robert Wyatt, Chuck D, Lauryn Hill y Yuka Honda.

Chicos: Vuelvo a tener amigos hombres gracias a que trabajamos juntos, lo cual es bonito. He besado a algunos sapos, seguro que ahora ya me faltarán muy pocos para encontrar a mi príncipe. Bueno, por lo menos se acabaron los chalados (por favor, dios), ya he besado a bastantes de éstos...

ILUSTRACIONES

CARA A

1. Mamá y papá, cortesía de la autora 16
2. Viv y su hermana, cortesía de la autora 18
3. Viv con el uniforme del colegio, cortesía de la autora 21
4. La pandilla, cortesía de la autora 44
5. Mark, cortesía de Mark (Magnus) Irvin 46
6. Ben, cortesía de Ben Barson 51
7. Paul, Nic, Viv y Maggie en Yugoslavia, 1968, cortesía de la autora 52
8. Entradas de conciertos, cortesía de la autora 57, 61, 65
9. Viv, a los dieciséis años, cortesía de la autora 69
10. Jan Hart, cortesía de la autora 85
11. Viv en la escuela de arte, cortesía de la autora 95
12. Mick Jones, a los diecisiete años, cortesía de la autora 102
13. Viv y Mick Jones, 1976, foto de Jane Ashley 108
14. Viv y Paul Simonon, 1976, foto de Jane Ashley 118
15. Viv en el club Stowaway, 1978, foto de David Smitham 122
16. Viv con Don Letts, cortesía de la autora 125
17. Tarjeta de socio del club Roxy, cortesía de la autora 126
18. Viv con la Gibson Les Paul Junior, cortesía de la autora 130
19. Viv, Keith Levene y Mick Jones caminando por Davis Road, 1975, cortesía de la autora 134
20. Sid, cortesía de la autora 140
21. Viv con una camiseta de tetas comprada en Sex, foto de Ray Stevenson 144
22. Viv preparando té en su estudio de Fulham, foto de Crystal Clear 149
23. Viv y Sid 152
24. Tarjeta de socio del Speakeasy, cortesía de la autora 155
25. Tarjeta de socio del Louise, cortesía de la autora 165

26. Viv con mallas de ballet, foto de Ray Stevenson 168
27. Fragmento de una carta de Sid Vicious, cortesía de la autora 176
28. Johnny Thunders, 1976, foto de Roberta Bayley © Getty Images 180
29. Thunders en acción, 1977, cortesía de la autora 182
30. Viv, foto de Kenny Morris 184
31. Las Slits. Foto de Caroline Coon © Camera Press, Londres 201
32. Viv y Ari, cortesía de la autora 205
33. Ari bailando, 1980 © David Corio (www.davidcorio.com) 218
34. Rob Symmons de Subway Sect, 1977, cortesía de Rob Symmons 231
35. Postal de Mick Jones, cortesía de la autora 236
36. Un cabeza rapada atacando a Ari, foto de Ray Stevenson 239
37. Folleto publicitario de las Slits, cortesía de la autora 243
38. Fragmento de una carta de Sid Vicious, cortesía de la autora 254
39. Folleto de reggae, soul, punk rock, cortesía de la autora 256
40. Viv con Ari y Tessa © Ann Summa 262
41. Folleto de un concierto *sound system*, cortesía de la autora 265
42. Dennis Bovell con las Slits, foto de Pennie Smith 273
43. Carátula del disco *Cut* de las Slits. Foto de Pennie Smith, diseño gráfico de Neville Brody 285
44. Steve Beresford, foto de Lisa Haun 288
45. Folleto, cortesía de la autora 290
46. Cartel de anuncio de la gira de 1979 de las Slits, cortesía de la autora 292
47. Viv en el Alexandra Palace © David Corio (www.davidcorio.com) 297
48. Viv y Ari, foto de Christine Robertson 300
49. Solicitud de ingreso en el club de fans de Sun Ra, cortesía de la autora 302
50. Viv e Ivi en Regent's Park, cortesía de la autora 305
51. Las Slits, foto de Pennie Smith 309
52. Las Slits en la playa de Malibú, foto de Christine Robertson 315

1. Viv dando clase de aeróbic © David Corio (www.davidcorio.com) 323
2. Viv en los ochenta © David Corio (www.davidcorio.com) 341
3. Viv lanzando el ramo de novia, foto de Oliver Curtis 353
4. Viv y Bebé, cortesía de la autora 374
5. Primera cerámica de Viv, foto de Clive Bremner 380
6. Vincent Gallo, 2008, foto de Shawn Ehlers © Getty Images 412
7. Viv con su Fender Telecoustic nueva, cortesía de la autora 428
8. Trace, cortesía de la autora 439
9. Viv en su estudio de Hastings, foto de Carolina Ambida 444
10. Viv con los Rotten Hill Gang, foto de Simon Tyszko 465
11. Viv de gira por Francia, cortesía de la autora 467
12. Viv trabajando en la mesa de la cocina, foto de Arla Albertine 486
13. *The Vermilion Border*, 2012, foto de Carolina Ambida, diseño de Slim Smith 488
14. Fotograma de la película *Exhibition*, foto de Sophie Mollins, 2013 498

Se han realizado todos los esfuerzos posibles para contactar con los dueños de los derechos de autor. Los editores estarán encantados de rectificar cualquier posible omisión o error que se les notifique.

Título de la edición original:
Clothes Music Boys

Edición en formato digital: marzo de 2017

© de la traducción, Cecilia Ceriani, 2017

© Viv Albertine, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3791-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1. *Pet Sounds* es el nombre del décimo primer álbum de los Beach Boys. La autora juega también con el significado de «Pet Sounds» como «sonidos preferidos» y con el más literal de «sonidos de mascotas» para titular un capítulo donde se refiere a las mascotas de su infancia. (*N. de la T.*)

2 Guy Fawkes Night, se celebra el 5 de noviembre en el Reino Unido con hogueras, fuegos artificiales y pirotecnia para conmemorar el aniversario del fracaso de la Conspiración de la Pólvora de 1605. (*N. de la T.*)

3 Es tradición en esta fiesta popular que los niños hagan un muñeco con ropa vieja y papel representando a Guy Fawkes para luego quemarlo. Los niños pasean el muñeco, conocido como *guy* para pedir un penique al grito de «¡Penny for the guy!», monedas que luego usan para comprar bengalas. (*N. de la T.*)

4 El Mandrax es un medicamento sedante que combina metacualona y antihistamínicos y que en los sesenta y setenta se hizo muy popular en Gran Bretaña como droga recreativa (llamada *mandies*, *mandrake* o *mandrix*). (N. de la T.)

5 Iniciales del presidente Lyndon B. Johnson de los Estados Unidos. (*N. de la T.*)

6 «La rabia (de los perros del amor)»: «Tan sólo un minuto en la clínica de Praed Street.» (*N. de la T.*)

7 Querida Viv, ya no me siento tan mal como hace unos días. Suzie y Steve vinieron ayer a visitarme y eso hizo que me sintiese muchísimo mejor. Me dijeron que es casi seguro que el ojo de la chica está fuera de peligro; así lo espero, de verdad. Quizá pueda salir de la cárcel el miércoles. ¿Qué tal va todo por tu lado? ¿Ya has empezado a practicar con Suzie y con Marco? Y otra cosa, ¿ya sabes si podrás ensayar en tu nueva casa cuando te la entreguen? Es tal la preocupación y el desasosiego que siento aquí que no logro dormir nada. Y cuando lo consigo, tengo pesadillas horribles. Estoy convencido de que cualquiera que se vea obligado a pasar un par de meses en este lugar acabará loco. Me encuentro en un estado de agitación nerviosa en... *(N. de la T.)*

8 Querida Viv. Estoy soñando en un autobús. Estoy soñando desde Vancouver hasta San Francisco. No le he dado muchas vueltas a la forma que tuviste de dejarme. Espero que ahora seas feliz y que todo te vaya bien. Con cariño, Mick. (*N. de la T.*)

9 Cariño, flores, besos, romances y todo eso, Syd. (*N. de la T.*)

10 Juego de palabras con «I Heard It Through the Grapevine», que literalmente significa «Lo oí a través de la parra», pero que en realidad es una frase hecha equivalente a «Me lo dijo un pajarito» o «Lo escuché por radio macuto». Ari juega con la frase en inglés cambiando *grapevine* por *bass line*: «Lo oí a través del fraseo del bajo.» (*N. de la T.*)

11 *Cut* es el nombre del primer álbum de las Slits. *Cut* significa «corte» (relacionado con *slit*, «raja, tajo»), pero además lo eligieron por su uso en la expresión *cut the crap*, «corta el rollo», y por *cut* referido al corte entre canciones de un disco. (*N. de la T.*)

12 «Éxito inmediato», pero también, en la jerga de la droga, «dosis inmediata» o «chute inmediato». (*N. de la T.*)

13 «Train in Vain» es «tren en vano», pero también hay un juego de palabras que significa «entrena en vano». (*N. de la T.*)

14 «El retorno de las Slits gigantes» o también «El retorno de los coños gigantes». (*N. de la T.*)

15 «In Every Dream Home a Heartache» (En todo hogar soñado un dolor), canción escrita por Bryan Ferry, que interpretó con su grupo Roxy Music. (*N. de la T.*)

16 Estrofas del hit mundial de los años sesenta «My Guy» (Mi chico), de la cantante estadounidense Mary Wells. (*N. de la T.*)

17 «On the day that you were born the angels got together / And decided to create a dream come true / So they sprinkled moondust in your hair and golden starlight in your eyes of blue.» Estrofas de la célebre canción «Close to You», escrita por Burt Bacharach y Hal David, e intercaladas en todo este capítulo. (*N. de la T.*)

18. Principio de la canción «Close to You», intercalada en todo este capítulo: «Why do birds suddenly appear / Everytime you are near?» (*N. de la T.*)

19 *Ruby, don't take your guitar to town*. Parfrasea la canción escrita por Mell Tillis, que hizo célebre Johnny Darrell y posteriormente Kenny Rogers: «Ruby, Don't Take Your Love to Town» (Ruby, no te lleves tu amor a la ciudad). (*N. de la T.*)

VIV ALBERTINE

Ropa música
chicos



● crónicas ●
ANAGRAMA